
Lena Dunham
Famesick
Unas memorias
DEBATE

Famesick

Unas memorias

Lena Dunham

Traducción de
Esther Cruz Santaella

DEBATE

Para Jean Seberg, Jean Harlow, Marilyn Monroe, Jayne Mansfield, Amy Winehouse, Liam Payne, Janis Joplin, Chris Farley, Elizabeth Wurtzel, Brittany Murphy, Lisa «Left Eye» Lopes, Maria Schneider, Sharon Tate, Eve Babitz, Gia Allemand, Whitney Houston, Heath Ledger, Aaron Swartz, Robin Williams, Caroline Flack, Dana Plato, Gilda Radner, Gia Marie Carangi, Jonathan Brandis, Jiah Khan, Daul Kim, Louise Brooks y todas las demás personas que cayeron demasiado malas de fama para curarse.

Y para Russell y Cy, para Matt y Michael, que están vivos, están bien y siempre lo estarán.

Nota de la autora

Este libro es una obra de no ficción. Ciertos nombres y detalles identificativos aparecen modificados. He complementado mi memoria con agendas exhaustivas, diarios, mensajes de correo electrónico e historiales médicos, y en ocasiones me ha bastado con buscar mi nombre en Google para localizar una fecha, una imagen o una fotografía que apuntalase un recuerdo.

Introducción

Me llamo Lena Dunham. Ese es el nombre que me puso mi madre y, como en muchos de los matrimonios mejor avenidos, mi padre tuvo escasa voz y menos voto. Así se llamaba mi bisabuela, una mujer que había emigrado de Rusia con siete hijos —después de enterrar a dos o a tres, según quién lo cuente— y unos brazos rollizos salpicados por quemaduras de andar metiendo y sacando pan del horno. El nombre de mi madre, Laurie, solo compartía la inicial con el de su abuela, nada más. Mi abuela aseguraba que era por una tradición asquenazí, pero esa tradición solo se aplicaba a familiares vivos y Lena estaba ya muerta. Lo cierto es que mis abuelos querían que sus hijas tuvieran nombres estadounidenses imposibles de rastrear, como Susie, Laurie o Bonnie. «Nombres diminutivos», como los llamaba mi madre. «No eran nombres "fuertes". Eran nombres de niñas pequeñas». Laurie se pasó toda la adolescencia furiosa con ese tema, por la certeza de que de haber sido Lena su vida habría estado llena de lujuria y de glamour, mientras que siendo una Laurie clásica y básica se veía relegada al estatus de personaje secundario, a ser mona, como mucho. A mi madre le encantaba el apellido de mi padre, tan blanco y tan tradicional, más antiguo que los propios Estados Unidos; no como el suyo, Simmons, modificado en al menos cuatro ocasiones generación tras generación para disimular sus orígenes. No habría segundo nombre; mi madre los consideraba un

poco frívolos. Lena Dunham, sin más. Mi madre me dijo que lo eligió porque sonaba a nombre de alguien que podía llegar a ser estrella de cine o abogada con igual nivel de éxito.

Ese nombre superó preescolar conmigo; ahí aprendí a escribirlo pronto, aunque no entendía que al palo de la E le salieran solo tres rayitas, así que insistía en ponerle un montón más. Superó también la primaria y la secundaria; ahí se le pegó el casi indeleble tufo de la falta de popularidad, pronunciado por lo general en el contexto de gente que esperaba que alguien *no* se apuntase a un plan. Y superó el bachillerato y la universidad; ahí lo utilicé para firmar poemas interminables sobre sentimientos abstractos de mal-estar. Todos eran usos naturales: lo típico de crecer siendo tú misma. Solo a partir de su entrada en el círculo vicioso de los medios de comunicación (para sorpresa de mis compañeros de clase más antiguos y de mi familia, aunque sobre todo mía) empezó a parecerme ajeno, como un personaje de una película que no hubiese escrito yo. Se convirtió primero en un sello de excelencia, luego en sinónimo de cierto tipo de ridiculez *millennial* y, al final, en un recurso humorístico percibido más bien como insulto.

Para cuando cumplí veintiséis años ya confiaba en poca gente. Dejé de querer compartir mi nombre, un nombre que de niña explicitaba con orgullo; a cualquiera que quisiera escucharme le anunciaba: «Soy Lena Dunham. No tengo segundo nombre», como si ese mero hecho me convirtiese en alguien interesante. Sin embargo, a esas alturas ya no me fiaba de que la gente fuese a tratarlo con cuidado, ni de que yo pudiera protegerlo.

Y así, en diversos momentos de los últimos diez años me he llamado a mí misma Rose O'Neill, Renata Halpern, Lauri Reynolds,

Ruth Stein… Todo un repertorio de nombres falsos que usar para registrarme en un Hyatt, toda una serie de personas que ser para recibir en mi dirección postal unas galeradas o, en el mejor de los casos, un bolso gratis.

No era porque hubiese alguien buscándome, ni porque fueran a acosarme si se descubría mi ubicación (aunque sí he tenido algún que otro roce en la puerta de mi casa con desconocidos para los que mi nombre significaba algo distinto a lo que mi madre tenía en mente —elegancia, estilo, fortaleza— y muy muy distinto a lo que significaba para mí). Era porque, cuando se me presentaba la posibilidad, sencillamente prefería no ser yo. Había escuchado mi nombre completo tantas veces, y en tantos contextos desconcertantes, que había dejado de ser mío. Le pertenecía al mundo, a cualquiera que lo dijese, y se había visto pervertido hasta significar algo muy concreto y no del todo agradable. Ser Lauri para el servicio de habitaciones, Renata en la factura de la tele por cable, Rose en rehabilitación o Ruth en el hospital me aportaba libertad en una vida que, vista desde fuera, parecía ser algo desprolija con ella. Era yo la que se había olvidado de que tenía libre albedrío. Y quizá es que estaba empeñada en eliminarlo.

***

Me he pasado buena parte de los últimos diez años enferma; a veces en una cama de hospital, más a menudo en mi propia cama y con mucha más frecuencia en el trabajo o cenando por ahí, fingiendo no sentirme como me sentía. Me cuesta mucho recordar una época en la que estar en mi cuerpo no fuese como remolcar un

coche siniestrado por toda la ciudad a medianoche, a excepción de breves destellos de adrenalina durante un rodaje o una cita, o en alguna de esas fiestas del mundo de la moda a las que la gente acude vestida, sin pretenderlo, como críos para una obra de teatro escolar sobre deidades griegas.

Estrictamente hablando, no es una verdad que todo el mundo quiera escuchar. La gente que te aprecia, con quienes te sientes a salvo, sobre todo desea que tu dolor cese, y por eso recurres a expresiones como «una época buena» y «en líneas generales», apoyándote en la idea de que el arco del universo siempre se inclina hacia una realidad mejor. Ante personas que no conoces tan bien, dices cosas como «ha sido un periodo muy bueno» o «lo gestiono sin problemas». Tras algunos errores de cálculo poco agradables, aprendes a regular tu enfoque según las distintas capacidades de asimilación. Como resultado, en la mayoría de los casos acabas verbalizando la verdad —el miedo a cómo será el futuro, y a si habrá un futuro siquiera— en mitad de noches de insomnio, para que solo la escuche la almohada.

También me he pasado los últimos diez años siendo famosa. Igual que mi enfermedad, esa fama ha variado en intensidad y en calidad: ha habido días buenos, periodos aceptables y épocas muy muy malas. A nadie le da pena que seas famosa, al contrario de lo que ocurre cuando estás enferma. En gran medida la fama se considera una condición de privilegio que tú misma te has creado: es culpa tuya, y además es algo bueno; quienes no la experimentan creen que incluso las partes malas parecen compensarse con los incentivos.

Al fin y al cabo, los entretenimientos fundamentales de la vida estadounidense (concursos de belleza y de talentos, que te descubran en un centro comercial) se basan en la idea de ser elegido para la gloria.

Solo mi padre, que ha abordado las reacciones a mi persona y a mi obra con una repulsa ostensible —que confunde a sus amistades pero a mí me fascina—, parece comprender e incluso aplaudir que mi relación con la fama, con la mala prensa y a veces con la infamia haya sido a menudo tóxica. El motivo no radica en el tipo de atención que he recibido (aunque en buena parte ha sido desagradable), sino en que yo no empecé en esto buscando ser una celebridad. Por el contrario, estoy aquí por un impulso casi inagotable de autoexpresión que se manifiesta como una adicción al trabajo y, además, como una obsesión monotemática que en realidad es lo opuesto a una hábil gestión de la fama. Mi padre es, asimismo, la única persona que de verdad comprende lo enferma que he estado. Él me ha recogido del suelo, literalmente. Me ha cepillado el pelo cuando me era imposible levantar los brazos por lo inflamado que tenía el abdomen. Habiéndose pasado muchos días sentado junto a mi cama en el hospital, vestido con traje y zapatillas de deporte, con las piernas cruzadas a la altura de la rodilla y *The New York Times* crujiéndole entre las manos callosas, ha sido testigo de la monotonía de la enfermedad y también de los súbitos picos del drama existencial. La tensión se te hunde, aparecen las enfermeras y una hora después estás tomándote un frappuccino del Starbucks. A veces sales del hospital curada, pero otras sales y vas de cabeza a un programa de desintoxicación. La vida pasa que arrasa, chica.

«No creo que estés muy cómoda así», me dice mi padre cuando tengo las almohadas hechas un gurruño, y entonces reajusta el paisaje que conforma mi cama antes de dejar la puerta entreabierta por si lo llamo. He experimentado otros tipos de devoción, pero solo él ha logrado hacerme sentir que algo tan malo —el hecho de que mi cuerpo se volviese en mi contra muchos años antes de lo debido y en sincronización con el público— podía ser la historia más importante de mi vida.

Primera parte

I'm Not a Girl

Para una mujer, la diferencia entre gestionar bien su reputación o hacerlo de forma descuidada tiene consecuencias en términos prácticos.

LILI ANOLIK
(comparando a Eve Babitz con Joan Didion),
Vanity Fair.

He sentido demasiada pena por mi vidilla de abundancia ja, ja, ja.

Cyrus Dunham en un mensaje de texto.

Capítulo uno

Tengo ideas

Con los veinte recién cumplidos, durante unas vacaciones de verano de la universidad que pasé en un lugar encajado entre los pintorescos maizales del Medio Oeste y un páramo postindustrial en el que la meta había sustituido a las ruedas de engranaje como principal materia de exportación, hice mi primer cortometraje. Lo califiqué de sátira, aunque no estoy segura de que supiera lo que significaba eso. El corto iba sobre una marchante de arte adolescente (interpretada por mi hermano cuando aún se presentaba como mujer) que dirigía su galería con mano de hierro, mangoneando a gente que le triplicaba y le cuadriplicaba la edad, una idea que parecía un cuento de hadas pero que, en retrospectiva, era una visión bastante premonitoria de la vida que me esperaba.

Para el reparto elegí a mi familia, usé nuestra casa como oficina de producción y como plató, y me burlé de manera implacable de la misma industria que me había permitido criarme en Nueva York y asistir a la reputada escuela de artes liberales en la que estaba matriculada en esos momentos. Llevo veinte años sin ver ese corto (seguro que sus formas amateurs me resultarían tan encantadoras como alarmantes), pero en aquella época lo consideré un pequeño paso para mí y un gran paso para las mujeres de la humanidad. Esa

es la soberbia típica que define a todo artista joven y que jamás habría que arrancarle a nadie.

Envié el corto a Slamdance, el festival aún más indie homólogo de Sundance, y cuando me aceptaron pensé que ahí daba comienzo mi vida, no solo como cineasta, sino como ser humano. Reservé unos billetes para ir a Park City y arrastré conmigo a mis dos mejores amigas de entonces, Audrey y Sara, dos morenas menudas que eran espectaculares y que cuando me flanqueaban hacían que sintiera que molaba más y que valía menos al mismo tiempo. Había un grupo de Facebook de cineastas admitidos en el que se ofrecían huecos libres en casas baratas, y nosotras nos reservamos una cama *king size* en un refugio cutre de esquí; la casa en sí (que tenía un par de cuernos polvorientos sobre una chimenea estropeada y una dudosa decoración «nativa») la compartiríamos con unos *filmbros* de treinta y tantos años y sus resignadas novias. Lo único que sabíamos con seguridad era que el festival prometía avistamientos de famosos (llevé un registro de los míos, garabateados en el reverso de un sobre: ¡Jared Leto!, ¡Gary Coleman de la mano de Teri Hatcher!, ¡Scott Speedman, joder!) y, si jugábamos bien nuestras cartas, la posibilidad de emborracharnos a saco con nuestros carnets falsos.

La primera noche entramos en tropel con nuestras botas de nieve en un bar atestado, de temática *western*, en el que varios señores nos colocaron sus tarjetas de visita —JOHN JOHNSON, PRODUCTOR INDEPENDIENTE— y lo dimos todo en la barra libre, nos pusimos finas a cócteles que, según nos dijeron, tenían poco alcohol porque aquello era territorio mormón. Audrey, con su raya negra y alargada en los ojos y el flequillo peinado a un lado, incluso atrajo la atención del famoso DJ Steve Aoki, que nos invitó a ir con él a una «activación de

Motorola x Budweiser». ¿Cómo íbamos a ser capaces de volver a la universidad, comer bajo la triste iluminación de la cafetería y asistir a una clase llamada Introducción a la Historia de la Agricultura Moderna después de todas aquellas emociones?

Al día siguiente se proyectó mi corto de doce minutos ante un público adormilado de doce personas, y mi gloria fue más efímera que los polvos con los tíos de la universidad que echábamos en Ohio. La decepción no había terminado de asentarse (¿tantas noches desesperadas sin dormir en el laboratorio de producción para esto?) cuando me quedé embelesada con el corto que vino después. Era sin duda más impresionante y sólido que el mío, bien rodado, con sus actores profesionales y su coreografía de títeres incluidos. Se titulaba *The Back of Her Head* y contaba la historia de un chico alternativo y tímido que estaba loco por la chica —la típica tía interesante y alocada a la par que tormentosa— que vivía en el piso de enfrente. Estaba claro que el cineasta tenía que ser una persona adulta con años de experiencia en el perfeccionamiento de su oficio. ¡Aquello era el *(500) días juntos* de los cortos románticos con marionetas! Sin embargo, cuando llegó el momento de que el cineasta se pusiera en pie e hiciera su reverencia, se levantaron dos chavales universitarios de cara aniñada, vestidos con esa ropa deliberadamente de estilo abuelo que en esa época se identificaba con la cultura indie. Cuando se dirigían al escenario para la sesión de preguntas con el público, uno de ellos tropezó. La gente ahogó un grito. Volvieron a tropezar, y siguieron dando traspiés todo el camino al escenario: un poco de teatro inmersivo ante el que nadie sabía si reír o llorar; nadie salvo yo, claro, porque aquello me pareció lo más gracioso y brillante que había visto en mi puñetera vida. Eran Josh y

Benny Safdie, dos estudiantes de la Universidad de Boston más o menos de mi edad. Nos pasamos el resto del festival correteando con ellos de acá para allá, unidos por el deseo común de armar un alegre jaleo. Para el final de la segunda noche, mientras comíamos bollitos de masa de pizza en el sofá de ante falso y lleno de pelotillas de nuestro refugio y hablábamos sobre cineastas que yo pensaba que solo me importaban a mí, ya había decidido que eran los chicos más listos que había conocido en mi vida.

Pese a estar también en la universidad, Benny y Josh ya se habían rodeado de un grupo destacable de técnicos (directores de fotografía, diseñadores de producción, actores), y cuando Josh se graduó en mayo montó un espacio para todos en un edificio de la parte baja de Broadway, no muy lejos de la casa de mis padres. Aquella oficina era una especie de residencia para frikis del cine indie con un talento tremendísimo. Además, todos habían nacido en Nueva York y frecuentaban a un grupo formado por otros cineastas (tíos, todo tíos) que se habían graduado en escuelas de las universidades de Tisch o de Columbia, y en las que, al contrario que en la mía, los departamentos de cine eran algo más que una cámara Super-8 que iba de mano en mano, un proyector roto y un profesor viejo al que le encantaba hablar sobre Bergman y darnos unos abrazos demasiado largos.

Mientras aún estaba en la universidad, aprovechaba cada vez que volvía a casa, a Nueva York, para seguir congraciándome con ellos; me ofrecía a sostenerles la jirafa, a hacerles de asistente de producción, a pegar carteles de proyecciones o a pagar la cena en algún local de *noodles* de Chinatown porque era la única que seguía recibiendo una paga. Todo merecía la pena con tal de ver a unos

cineastas comportarse como yo creía que debían hacerlo (supongo que eso significaba, básicamente, «como hombres»). Lo único que quería era estar con gente que hiciera películas, no que se limitara a hablar sobre ellas o a escribir algo en sus blogs —como el que yo tenía y en el que reseñaba filmes de Cassavetes para nadie—, sino que las estaba haciendo de verdad. Ariel Schulman y Henry Joost (los creadores de la peli *Catfish* y del correspondiente término, entre otros logros), el diseñador de producción Sam Lisenco y los hermanos Neistat (tempranos titanes de YouTube), todos tenían oficinas en el mismo edificio. Ronald Bronstein y su esposa, Mary, aparecían por allí de vez en cuando, recién llegados de una gira por festivales con sus películas *Frownland* y *Yeast*. Y ni siquiera he contado a los rubios esos de la marca de ropa urbana (unos perlas) ni al tío que se autodenominaba «escultor de sonidos» (obviamente, ese fue el único con el que tuve oportunidad de besarme).

Nunca en mi vida había tenido la sensación de saber lo que se estaba cociendo, y mucho menos de conocer el centro neurálgico en el que se cocía. Sin embargo, el número 365 de Broadway me recordaba a lo que mi madre contaba sobre el Soho de principios de los años setenta, cuando siempre había alguien fascinante haciendo algo fascinante y bastaba con salir de la cama para encontrártelo. Y a veces la emoción llegaba hasta mi propia cama, cuando nos amontonábamos todos ahí a ver algún clásico incomprendido como *Ishtar* en la tele de pantalla plana que había heredado de mi tío Bart, brazos y piernas entrelazados en esas posturas que dejas de adoptar con tus amigos varones en cuanto te metes en tu primera relación monógama real (y que nunca retomas a no ser que de adulta te dediques a las artes circenses).

En el verano entre mi penúltimo y mi último año de carrera, esos tíos —conocidos en conjunto como el colectivo Red Bucket— me ayudaron a filmar mi primera película «de larga duración», un híbrido entre digital *vérité* y Super-16, desencaminado pero ambicioso e inspirado en Godard. Se titulaba *Creative Nonfiction*. El rodaje, que nos llevó a la casa de mi tía abuela en Connecticut y a la comuna en la que había vivido mi madre cuando tenía mi edad, en los bosques del norte del estado de Nueva York, empezó con un bombazo, pero literal: un foco que habíamos alquilado se nos cayó de la parte trasera de la furgoneta (una furgo blanca y grande de esas que se usan en los secuestros), en mitad de una carretera de campo, a las tres de la madrugada. Se armó una pelea: «A LA PUTA MIERDA TODO. ESTO NOS VA A COSTAR...». Ninguno sabía en realidad cuánto; podían ser mil dólares o un millón, cifras equivalentes para nosotros. Sam le gritaba a Brett, que le gritaba a Chris, que le gritaba a Josh, todos con la firme certeza de que el otro tendría que haberse responsabilizado de cerrar en condiciones las puertas traseras. Devolvimos el foco con las caras muy serias y no hubo ni una sola consecuencia. Bien estaba lo que bien acababa, al parecer, y nosotros acabamos vaciando tres sacos enormes de arena en el suelo del estudio de mi madre para crear un falso desierto y olvidándonos de limpiar luego.

Cuando un año después me gradué en Oberlin, decidí que el mejor destino para los limitados ingresos que recibía como niñera era alquilar un «estudio» de catorce metros cuadrados justo debajo de la oficina de Red Bucket. Sara —la editora cinematográfica andrógina que me había acompañado a Slamdance— ocupó la mesa

de al lado. Dejé así de ser una intrusa y pasé a formar parte del tejido de aquel lugar.

Una amiga del colectivo (una actriz y guionista llamada Greta Gerwig, que para mí ya era famosa porque había actuado en algunas de las primeras películas *mumblecore* de entre mediados y finales de la década de los dos mil que me hacían ojitos desde las estanterías del Campus Video y me convencieron de que ser profesional del cine estaba al alcance de mi mano) también necesitaba un espacio de trabajo, así que se unió a nosotras en la cuarta planta, donde Sara y yo rodábamos y montábamos con diligencia episodios de una webserie titulada *Delusional Downtown Divas*. Pensada para cachondearse del mundo del arte, DDD (como la llamábamos nosotras) tenía unas trescientas visualizaciones de media, pero nos permitía crear a un ritmo frenético, rodando en inauguraciones de arte de verdad, en conciertos en directo y en otros espacios que disimulaban un poco la falta de presupuesto para producción. La protagonizaban mis tres mejores amigas, Isabel, Joana y Audrey, a las que había conocido cuando tenía uno, tres y trece años, respectivamente. De noche nos pegábamos unas juergas espectaculares, unas veces en lofts con mucho eco alquilados por chicos que se vestían como James Dean y que, inexplicablemente, habían recibido bastante pasta por unos álbumes de música indie que no entraban en ninguna lista, o en el Jane Hotel, donde podías avistar a las gemelas Olsen un martes por la noche, o en las casas en las que nos habíamos criado, cuando nuestros padres pasaban el fin de semana fuera.

Entre semana salía corriendo del trabajo —donde vendía ropa de bebé inspirada en la alta costura— y me iba a mi oficinilla a hacer el

montaje en un ordenador de mesa que había comprado con mi primera tarjeta de crédito y estaba pagando en plazos de diez dólares. Greta, por su parte, utilizaba nuestro reducido espacio para grabar cintas para audiciones de cine, y de vez en cuando yo le hacía de lectora y la ayudaba a recrear escenas con guiones que tenían nombres en clave como *El vuelo de los pterodáctilos* (que resultó ser una secuela de *Jurassic Park*). Todos alucinamos cuando a Greta la cogieron para su primera película de estudio, *Greenberg*, y se marchó a California. Tres meses después volvió y le organizamos un fiestón en Chinatown. Cuando le pregunté cómo era aquello, se encogió de hombros y me dijo: «Todo el mundo sale a caminar».

En retrospectiva, fue una época muy inocente. Sí, tuvo sus dramas; qué son los veintipocos años si no una oportunidad para quemar todos los puentes y luego volver a construirlos, para sisear entre dientes cosas como «Que te vaya bien, zorra». Uno que conocía a uno nos montó un desván para guardar nuestro equipo y una escalera, donde pirograbó los versos de Springsteen *I love you for your pink Cadillac*, así que naturalmente me acosté con él, y luego hicimos un viaje en coche a Kentucky para una boda. Al final de ese fin de semana ya no nos hablábamos, salvo cuando me exigió que condujera ochenta kilómetros por la autovía a la altura de Baltimore para que él pudiese cerrar los ojos un rato, pese a que yo no tenía carnet. La tuve con Sara cuando me enteré de que había estado durmiendo en el suelo de la oficina con su amante (un tipo más mayor), algo que me pareció un abuso de privilegios (aunque ahora mismo me resultaría inconcebible darle importancia a eso). Una vez, un novio al que Audrey había plantado irrumpió en mi oficina con una lámpara de segunda mano que ella se había dejado

olvidada en su casa, la reventó y gritó: «QUE NO SE TE OLVIDE CONTARLE ESTO».

No ganábamos nada de dinero; en todo caso, lo estábamos perdiendo, dado que vivíamos con nuestros padres para poder permitirnos aquella pequeña y extraña utopía. Un día, Ariel (o Rel, como lo llamábamos) se pasó varias horas armando un sistema telefónico que recorría todas las plantas del edificio, hecho con latas y cordeles, para que pudiéramos contarnos chistes guarros seguidos de un «corto y cierro». Todavía hoy me da una punzada cuando veo algún documental sobre un artista y se habla sobre ese preciso momento: cuando empiezas a formar parte de una comunidad creativa, pero nadie hace nada por dinero todavía, nadie ha traicionado aún a ningún colaborador de confianza ni ha llamado «vendido» a otro. En esos momentos todo parece provisional y aterrador, imposible e inevitable. En total, la cosa solo duró un año o así, aunque a mí me pareció mucho más larga, o quizá más amplia, porque fue entonces cuando de verdad me enamoré del cine, y también fue la primera vez que sentí que era una persona a la que merecía la pena conocer.

***

Hacía un año que había acabado los estudios cuando se instaló el terror. Sí, teníamos la oficina. Sí, teníamos nuestros trabajos cotidianos; por entonces el mío consistía en mantener al día unas hojas de Excel para un contable especializado en llevar facturaciones médicas y en darme palmadas en el culo (un clásico entre las mujeres jóvenes, al parecer). Sin embargo, pese al feliz caos de

aquella residencia cinematográfica de Broadway, lo sostenible de la idea empezaba a ser cuestionable. Podía permitirme el alquiler de la oficina porque no tenía que pagar el de un sitio en el que vivir, pero mis padres parecían cada vez menos encantados con tenerme en casa y más desquiciados con la logística de convivir con alguien lo bastante mayor para beber alcohol pero demasiado joven para acatar una sola de las instrucciones que me daban sobre cómo comportarme en su casa. No lograba conservar ningún trabajo más de cinco meses; era como mi tope: al llegar ahí, quienes me contrataban se daban cuenta de mi carencia de habilidades útiles.

Por entonces me había liado con otro graduado de Oberlin que vivía en San Francisco, y cada pocos meses me hacía una tarjeta de crédito nueva por mi cuenta y me compraba un billete barato para ir a verlo. Allí esnifábamos un medicamento para el TDAH a base de anfetaminas, sobre su póster de Selena, y follábamos sin mucho entusiasmo en su silla de escritorio, bajo la débil luz del amanecer sobre el barrio del Castro; pero estaba empezando a verse claro que aquel apaño no era en realidad el gran amor de mi vida. Tampoco lo serían el diseñador gráfico que hacía taekwondo ni el ornitólogo que me llamaba cada pocas semanas desde el barco de pesca de salmones en el que trabajaba. Durante el breve tiempo que trabajé como camarera-recepcionista de un restaurante (unos meses que me parecieron años y durante los que me gasté todas mis propinas en taxis porque me quedaba dormida después de que sonara el despertador), conocí a un hombre mayor que yo. Tenía treinta y tantos años y el labio leporino, y de inmediato me obsesioné con él: lo veía sensual, perjudicado y ligeramente peligroso. Dejé el trabajo pero me quedé con su número, y empezamos a mantener relaciones

sexuales en el callejón de detrás de su trabajo cuando echaba el cierre, a la una de la madrugada; en apariencia era por lo excitante del asunto, pero en realidad era porque vivía con su novia, a la que se refería como «Hayley, mi compi de piso». Cuando por fin vi su casa, un adosado hecho polvo que compartía con varios amigos y con su hermano (que físicamente era como habría podido ser mi amante si no le hubiese encantado la cocaína), me impactó tanto el nivel de porquería que tuve que decidir rápido si largarme o considerarlo exótico. Elegí lo segundo.

Notaba el desprecio de mis padres y de mi hermane cada vez que ponían los ojos en la pocilga que era mi habitación, llena de maquillaje caducado, lencería de encaje de poliéster y CD variados que pisaba con los zapatos de plataforma cuando intentaba meterme en la cama a oscuras. La fiebre de estar recién salida de la universidad había llegado a su tope.

A raíz de un comentario de mi madre —formulado a modo de preocupación, como siempre ocurre con ese tipo de comentarios—, cobré conciencia de que había empezado a coger kilos en la universidad y no los había soltado, así que me puse a hacer dieta, a contar las almendras y a comer queso cottage con edulcorante en desayuno, almuerzo y cena (y en algunos picoteos entre horas). Pasé de crecer a encoger, y me colaba a diario en el vestidor de mi padre para pesarme después de «la primera orina de la mañana», tal y como sugerían las webs proanorexia en las que me metía. Era allí, en el espejo de cuerpo entero, donde me miraba a los ojos y pensaba, con la rabia de un entrenador de boxeo que le hablase a una niña prodigio descarriada: «Más te vale hacer algo con tu vida, chavala».

Fue desde ese lugar (esa sensación de que la vida podía continuar tal cual hasta que me hiciese demasiado vieja para considerarla hermosa, hasta que viese que no me estaba convirtiendo en alguien nuevo sino que existía sin más) desde donde escribí el guion de *Tiny Furniture*. Impaciente y con miedo, hambrienta y con el corazón roto por nadie en concreto, creé el guion de la película durante unas cuantas noches metida en el despacho de mi padre. Había pasado un periodo de conflicto con mi madre que a mí me pareció una batalla bíblica entre el bien y el mal, pero que en realidad solo radicaba en el hecho de que yo nunca limpiaba por donde pasaba, nunca. Una noche, mientras buscaba vino en la alacena, encontré una caja con los diarios de mi madre de cuando tenía mi edad. Con una lógica igual de escasa que mi cuerpo menguante, decidí hurtarlos y meterlos bajo mi cama para leerlos, noche tras noche. Para mi estupor, la persona que sacaron a la luz era clavada a mí.

> Esta mañana he abierto los ojos y antes de registrar siquiera dónde estaba me he notado como revuelta, infeliz. Lo primero, nada más despertarme. Entonces me han venido los motivos. Un montón de problemillas tontos de amistad multiplicados por un montón de mierdas con mis padres que, pese a todos los adornos que quieran ponerse, mantienen inflexibles sus valores conservadores, sesgados, asquerosos. Los superprogres. Me entra una decepción hondísima cada vez que me doy cuenta de quiénes son, de lo que son. Ayer pillé a mi madre en uno de sus juegos retorcidos.
>
> NUEVA LISTA DE COSAS QUE QUIERO
>
> Un arco de violín
> Un amante que, por favor, funcione y me haga feliz
> Empezar a encarrilar mi arte

Pesar 58-56 y estar sana
Un traje de baño
Unas botas Frye para el invierno
Un abrigo nuevo
Ser amiga de Ed
Por favor, que Peter me llame pronto porque le importo
Unas sábanas buenas
Unos pantalones de algodón verde oscuro
Tangas de terciopelo
Tener el pelo largo
Que todo salga bien con el tío de la compañía eléctrica
Una balda para zapatos como la de Jane
Operarme los dedos de los pies
Arreglarme los dientes
Ser más discreta, hablar menos de mis secretos, miedos, etc., sobre todo de sexo y cosas desagradables sobre la gente

Hoy me siento triste y trastornada. Qué cojones va a pasar conmigo. El quinto ha caído ya. Me sorprende que cada vez me importen menos. Este ha acabado de una forma superabsurda. No he contado lo del lunes por la noche. Me emborraché como los demonios en la inauguración de Whitney.

Tres gin-tonics. Estaba mareadísima. Peter, con todo lo bueno que es, me llevó a casa. Casi vomito en el taxi. Me metió en la cama y me desvistió con mucho cuidado. Colgó en un gancho mi falda nueva y preciosa y mi blusa nueva y preciosa, y las medias de Opaque Pantyhose a juego. Fue de lo más amable. Luego procedió a desvestirse él y a subirse encima de mí y me folló, cosa que me parece graciosa por algún motivo que desconozco. Si no fuese una persona tan cercana para mí estaría indignada por la situación, pero supongo que ha llegado un punto en el que un polvo no es para indignarse.

Aquellos diarios sacaron a la luz a una persona que yo nunca había conocido. Mi madre, tal como yo la conocía, tenía un nivel de autocontrol tan solidísimo como sus carillas dentales. Siempre iba

vestida impecable, aunque con la relajada desenvoltura de alguien que sabe que mola. Era imposible ponerla nerviosa, hasta el punto de que mis peleas de adolescente con ella solían terminar conmigo intentando impresionarla a base de aporrear los cojines del sofá o de morderme el brazo. Cualquier cosa con tal de verla expresar alguna emoción más allá de una perplejidad hostil. Al fin y al cabo, aquella era la misma mujer que me pedía que no la cogiese de la mano de camino al colegio con diez años porque eso solo aumentaría mi aislamiento social.

Y ahí estaba: sola, obsesionada con el peso, enfadada, abusada. Aquellas páginas, cientos de ellas, se convirtieron en una especie de diálogo, en una conversación que mantenía yo con la versión de ella que en su momento había palpitado de necesidad, y no solo de la necesidad de crear sus obras, sino también de construir una vida que mereciera la pena vivir, igual que yo en esos momentos. Mi madre había sentido la urgencia de procurar eludir la vida adulta que veía como inevitable, el mundo que ocupaban sus padres: siempre intentando a la desesperada estar a la altura, integrarse en «el club», tener unas hijas que fueran buenas representantes de sus firmes valores estadounidenses. Y yo sentía lo mismo, en el camino de ida y vuelta a la oficina del contable manoslargas, en el centro de Manhattan, con los talones llenos de ampollas en mis tacones de polipiel de Zara, y mientras cuidaba de críos urbanitas que pedían sushi para comer entre horas. Sin embargo, por mucho que mi madre me hubiese exasperado con su negativa a implicarse en mi vida interior, debía reconocerle que nunca me había exigido ser respetable. Solo feliz.

Yo ya había hecho webseries y cortos, y *Creative Nonfiction* incluso se había proyectado en el festival de cine South by Southwest, pero nada de eso parecía haberla impresionado demasiado. No es que fuera condescendiente con mi trabajo, solo estaba hiperimplicada en el suyo. Aun así, cuando acabé el guion de *Tiny Furniture* (para el que usé fragmentos de sus diarios, leídos en voz alta ante la cámara por la hija frustrada de una madre artista, ¡siempre nos decían que escribiéramos sobre lo que conocíamos!), lo imprimí y lo dejé sobre la mesa de la cocina delante de ella, la mañana en la que cumplía sesenta años. «Lo siento, pero he leído tus diarios. Una vez me dijiste que querías actuar. Esto es para que lo hagamos juntas. Feliz cumpleaños».

En una reacción sumamente impropia de ella (mi madre era de esas que no pegaban ni un dibujo en la nevera y que se salían de las obras escolares en el descanso), se sentó y lo leyó de una tacada. «Vale —dijo, y se encogió de hombros—. Vamos a hacerlo».

En cuestión de días, pasó de ser mi archienemiga a mi principal valedora. Convenció a mi padre para que pasara todo el mes de noviembre fuera de la ciudad, y así nosotras podríamos disponer del loft entero para usarlo de plató, base de operaciones, punto de catering y mucho más. Les pidió donaciones a sus amistades, cantidades que a ellos no iban a cambiarles la vida pero que a mí me permitirían materializar un sueño. La escuché hablar por teléfono con uno de ellos: «Es bueno, es muy bueno. Vas a recuperar hasta el último dólar». Y no paró hasta que reunimos veinte mil dólares, una cantidad que a mí me parecía suficiente para mantener con vida a una familia de diez miembros durante cinco años. Esa manera

pertinaz de creer en mí, esa forma de abrirme el camino, ha sido lo que ha posibilitado todas las facetas de mi vida.

En aquel momento, sumando mis aventuras festivaleras y una red de cuerpos inexpertos pero voluntariosos salidos del instituto, la universidad e incluso Myspace, logré reunir a un equipo completo. Mis productores, Alicia Van Couvering y Kyle Martin, se habían graduado los dos en la Universidad de Nueva York y tenían un nivel de profesionalidad que convertía todo lo que había hecho yo antes en lo que siempre había sido: un juego de niños. Así, con el guion escrito a las prisas en la mano, montamos la oficina en la mesa del comedor y empezamos con la preproducción. Solo nos faltaba el elenco.

Jemima Kirke, la única amiga del instituto que había visto en mí algo más que una chica graciosa que le sirviera de gancho para ligar, acababa de asomar la cabeza de un centro de desintoxicación en Florida y había regresado a mi vida como una tormenta de verano, repentina y con una agradable virulencia. Pese a que nunca había actuado, más allá de unas cuantas clases en la escuela de Stella Adler a las que asistió por aburrimiento, yo sabía que su belleza (impactante hasta el punto de que los hombres se paraban por la calle, sobre todo cuando teníamos trece años) bastaba para que su presencia en pantalla funcionase. En aquella época, sobria desde hacía poco y con unas curvas que le sentaban genial, desprendía más luz que cuando era la chica más luminosa de la escuela. Para mí fue un guantazo en la cara: era mi musa. Siempre había tenido la actitud a la que yo aspiraba: mitad Lolita, mitad Keith Richards, con una sana dosis de dejadez alternativa y un sentido altivo de la buena educación para cosas muy concretas, como la falta de puntualidad.

David Call era un actor al que conocí a través de amistades comunes, y que había salido en *Gossip Girl*, lo que por entonces era tan impresionante como decir que habías tenido un papel secundario en una película de Orson Welles.

Y a Alex Karpovsky, adorado ya por la misma gente que veneraba a Greta, me lo había encontrado a las nueve de la mañana en South by Southwest mientras él cruzaba la carretera, borracho todavía de la noche anterior, y le había pedido el número de teléfono; el plan original era besarlo, pero cuando ese plan fracasó, una colaboración ya me pareció bien.

La película estaba escrita a propósito para rodarla casi toda en el loft de mi familia y alrededores, y saldrían también mi hermano (todavía mi hermana entonces), mi madre e incluso algunos de nuestros vecinos. Hasta que me hice con aquella cámara PD170, nunca en mi vida había actuado, más allá de algunas producciones alarmantes en secundaria, aunque en secreto siempre había albergado cierta sensación de que ante una cámara podría hacer cosas de las que no era capaz en la vida real. En cualquier caso, sin la certeza de que otra persona supiera condensar las especificidades de…, bueno, mías, me asigné a mí misma el papel.

Hasta entonces siempre había dirigido con un equipo unipersonal: yo misma, sujetando la cámara y el micrófono a la vez, con la ayuda ocasional de alguno de los chicos de la oficina de los Safdie que se plantaba ahí a poner cara de exasperación ante la enormidad de mi desconocimiento. Mis anteriores rodajes habían sido puro caos, y había tenido que llevar a rastras por toda la ciudad el equipo y los rollos de papel para hacer de fondo; me pesaban tanto que paraba cada pocos metros para coger aire.

Sin embargo, con ayuda de un grupo de gente cuya confianza tenía que ver, seguramente, con el hecho de que, de algún modo, teníamos acceso a lo que nos parecía una fortuna, abordamos *Tiny Furniture* como un rodaje de verdad. La diferencia me quedó muy clara. Con cierta previsión, el metraje parecía cobrar vida, imbuido por algo más profundo que la escena que yo hubiese escrito. En buena parte era gracias a mi director de fotografía, Jody Lee Lipes, que había sido una auténtica estrella en la escuela superior de cine de la Universidad de Nueva York y tenía el ojo refinado de ver a minimalistas europeos como Michael Haneke y Tom Tykwer. Jody ya había filmado la película *Afterschool*, estrenada en Cannes, y mostraba un aplomo tranquilo que me hacía sentir que estábamos haciendo algo de peso. Antes de él, nadie me había insistido nunca en que me plantease un encuadre, la iluminación o incluso algunas palabras del guion. Para mí no había más que el primer borrador, no el empeño por perfeccionar lo que me había salido a borbotones. Sin embargo, Jody era meticuloso para todo, desde su manera de vestir (camisas bien planchadas, botas Red Wing y vaqueros sin un solo agujero visible) hasta el modo de preparar su mochila o de sacarles punta a sus lápices japoneses. Noté en mí un crecimiento rápido, como un bebé que no para de triplicar su peso. De noche, cuando el equipo desalojaba el apartamento (y lo dejaba todo lleno de bolsas vacías de patatas fritas y pedacitos de cinta adhesiva que yo tenía que limpiar para que mis padres no sufrieran una crisis nerviosa), me sentaba a ver todas las tomas, cautivada, radiante por la sensación de que me estaba convirtiendo en una persona nueva con cada día que pasaba.

Concluimos los dieciocho días de rodaje justo después de Acción de Gracias. Lo celebré yendo a Brooklyn y dejando que el tipo del labio leporino se corriese en mi espalda, aunque por primera vez su actitud despectiva me resbaló. Él no era consciente, pero me sentía transformada: de un juguetito absurdo a una persona a la que tomarse en serio (tampoco me vino mal haberle robado unas diecisiete frases guarras de la boca para usarlas con tintes cómicos en una película que él no sabía que estaba haciendo).

Nos dimos prisa para montar la peli y tenerla lista para South by Southwest, que se estaba convirtiendo rápido en el epicentro del movimiento cinematográfico DIY. Gente como Andrew Bujalski, Joe Swanberg, Lynn Shelton, Barry Jenkins y los hermanos Duplass hacían películas a pequeña escala que tenían un impacto enorme, y South by Southwest era el lugar en el que convergían todos. La entonces encargada de la programación, Janet Pierson, se había interesado ya por mis primeros trabajos y había programado *Creative Nonfiction* (rechazada por todo el mundo en todas partes, incluido el anterior encargado de la programación del festival) para un miércoles por la tarde, una franja horaria muy alejada de la máxima audiencia, pero lo bastante cerca del meollo para animarme a seguir. Cuando terminamos de editar *Tiny Furniture* —unas horas antes de que se acabara el plazo para enviar propuestas—, le mandé la película junto con una nota que debía de estar entre las más floridas de la historia epistolar: «¡Esta película es una expresión de lo que para mí supone estar viva!», escribí. Y lo decía en serio.

Durante los días siguientes retomé mi trabajo de niñera e intenté no pensar en quién estaría viendo la película y qué pensaría de ella (o de mí, desnuda, agachada en la ducha, llorando tras un

humillante *affaire* sexual en un desagüe de aguas residuales). Ayudaba que mis padres, tras ver el producto acabado, hubiesen asentido con el respeto que normalmente guardaban para los artistas muertos.

Aún recuerdo dónde estaba cuando recibí la llamada: en el baño, meando, en el gigantesco ático de una familia con cinco críos cuyos nombres empezaban todos por la letra J y que tenían un frigorífico aparte con comida para las *babysitters*, toda de la marca blanca del Costco. Janet había visto la película y quería que la estrenásemos en South by Southwest, dentro de concurso, el mes siguiente.

Cuando artistas más jóvenes me hablan de lo que parecen ser triunfos pequeños (que te acepten en un festival, que recibas una nota de ánimo de un artista al que adoras), siempre intento recordarles que celebren esas victorias tempranas. Esas primeras experiencias de aceptación creativa no tienen parangón, porque aún no has adquirido el conocimiento suficiente para preocuparte.

***

Una mañana de diciembre, Jemima me llamó a las siete y media. Noté la vibración bajo la almohada y su nombre a esas horas me inundó de terror.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Estoy embarazada —me respondió canturreando.

Seguíamos teniendo esa edad en la que la única respuesta apropiada parecía ser: «Vale, bueno, ¿adónde vamos para solucionarlo?».

No, no, dijo Jemima. Quería tener el niño. Según su lógica, tenía que pasar tarde o temprano. Estaba enamorada (de un padre de dos criaturas, divorciado, al que habían excomulgado de su comunidad ortodoxa y que se había tatuado la cara de Jemima en el pecho). Además, le iba muy bien, y con un crío en su vida se vería obligada a seguir así. Parecía una señal para todos de que la vida estaba cambiando, de que, a la avanzada edad de veintitrés años, estábamos dándonos de bruces con nuestro futuro.

***

En el festival, en marzo, la barriga de Jem ya asomaba por una camisa de seda sin abotonar cuando nos reunimos a la entrada del cine para la primera proyección. Mis padres estaban allí, y mi hermane también, cabreade por saltarse clases tan cerca de su graduación en secundaria, cabreade por aparecer en la peli, pero estaba, llevando a regañadientes el vestido recto de satén negro que mi madre le había buscado. Yo llevaba un minivestido azul con un estampado de cisnes balanceándose por el dobladillo, unos aros que me rozaban los hombros, el pelo mal planchado y un pintalabios rojo poco útil para compensar el reborde de espinillas que enmarcaban mi cara menguante (la dieta continuaba, pese al consumo ocasional de una rueda entera de queso brie a medianoche).

Estuve a punto de desmayarme cuando empezó la película ante una sala atestada: las primeras notas de la música, la imagen de mi rostro pálido y hueco llenando la pantalla… No respiré hasta que no llegó la primera risa, aunque dejé de respirar de nuevo durante la escena en la que el audio se desincronizaba, de manera casi

imperceptible pero lo suficiente para generar una sensación de confusión, como anestésica, poco natural. A pesar de que el desajuste solo se alargaba una escena, estuve toda la hora siguiente susurrándole a Alicia, nuestra intrépida productora: «¿Sigue todavía? ¿Está pasando otra vez?».

Cuando aparecieron los créditos el cine estalló en aplausos. Uno a uno, salimos en fila hacia el escenario para la sesión de preguntas del público, y al acabar se había quedado fuera una cola de gente esperando para felicitarnos. «Como dependa de mí, ganáis el premio», susurró una persona del jurado.

Nos pasamos el resto del festival danzando de fiesta en fiesta, tomando el sol junto a Barton Springs, andando ocho kilómetros más allá de la ciudad para asistir a una fiesta en la que nos habían dicho que había vino, hasta que nos quitamos los zapatos y, llegado un punto, hicimos autostop para intentar cubrir el resto del camino. Cada crítica que nos llegaba, cada cumplido de un adulto que parecía saber de lo que estaba hablando, era otra guinda para el pastel. *Dayenú*: eso ya habría sido suficiente.

Una noche, mientras jugábamos al billar con un grupo de cineastas de Dallas con acentos sexis y sus novias calladas y malhumoradas, me llegó un email de alguien que se identificaba como David Carr. Se trataba de un periodista de *The New York Times* cuyo nombre reconocí por su época como responsable de la sección «The Carpetbagger», en la que cubría la temporada de premios de Hollywood. David había recibido un DVD de la película y quería quedar conmigo en el vestíbulo del Driskill Hotel a las diez. Me faltaba experiencia para entender que me estaba pidiendo una entrevista. Me presenté allí con un minivestido de terciopelo

aplastado demasiado ceñido y nada más llegar me pedí una copa de helado (ahí fue cuando aprendí que todo lo que hagas delante de un periodista acabará impreso y convertido en evidencia, en aquel caso, de mi hambrienta ingenuidad). David tenía cincuenta y pocos años, aunque, después de haber librado una batalla muy pública contra una adicción al crack que casi lo mata, mostraba los hombros encorvados y la voz rajada de un hombre mucho mucho mayor. Me hizo preguntas (de dónde era, qué esperaba conseguir, cómo había acabado rodando una escena de sexo dentro de una tubería grande de metal), pero cuando apagó la grabadora seguimos hablando hasta bien pasada la medianoche. David era una fuente inagotable de advertencias: sobre lo voluble que es Hollywood, sobre la malicia que te cae encima cuando eres precoz y mujer. Aunque él no era ni una cosa ni otra, lo había visto multitud de veces en su vida: como periodista veterano, había entrevistado a personas en sus primeros y esperanzados días y, de nuevo, años después, cuando ya lo habían conseguido todo, pero se habían vuelto amargas. Y también tenía consejos como adicto declarado que conocía los hoyos más oscuros a los que podía bajar la gente de forma voluntaria cuando se le daba un poquito de holgura con la cuerda. Yo lo escuchaba entre aturdida y fascinada —incluso la idea de descarrilar me sonaba emocionante si iba a vivirlo como cineasta— y por eso ahora raras veces le digo nada a la gente joven que está en pleno éxito temprano, más allá de «Llámame si necesitas algo alguna vez»; por experiencia, tengo claro que son incapaces de escuchar, y que probablemente tampoco deban hacerlo. No obstante, igual que entonces no sabía que algunas predicciones de David resultarían ser de una precisión espeluznante, tampoco sabía que aquella sería la primera de muchas

charlas nocturnas con él. La grabadora nunca volvería a salir a escena, pero durante los tres años siguientes David sería una especie de ángel guardián-sherpa que me guiaría por un paisaje ignoto para mí.

***

La tarde-noche de la entrega de premios del festival, saturada de sol, me echaba una siesta en la habitación doble de un motel abarrotada por seis chicas y sus excesivas alternativas de vestuario cuando escuché a Alicia chillar: había recibido por error un mensaje de correo electrónico embargado con la lista de los ganadores. Nos habían dado el Gran Premio del Jurado. «Pero actúa bien, hazte la sorprendida», me dijo entre dientes.

Yo no estaba segura de saber cómo hacer eso. Ni siquiera estaba segura de que, durante el rodaje de la película, en mi casa, con mi madre de coprotagonista, hubiera estado actuando. Pero cuando anunciaron el premio no tuve que hacer ningún papel. Fue demasiado impactante escuchar mi nombre —«Lena Dunham», aún sin estrenar ni viciar— exclamado en un contexto que no fuese para llamarme al despacho del director por haberme quedado dormida demasiadas veces en clase de Biología. Recogí la estatuilla, le di unas gracias incoherentes a mi madre y en el avión me apoyé el premio en el regazo, sujetándolo mientras dormía en la última fila de un vuelo de Southwest de noventa y nueve dólares.

No tenía ni idea de lo que iba a ocurrir a partir de ahí. Mis padres habían consentido prestarme quinientos dólares para prepararme y asistir al festival, y luego lo normal sería regresar a los trabajillos

esporádicos que sufragaban mi vida exenta de alquiler. Sin embargo, en cuestión de horas empezaron a lloverme mensajes de correo electrónico de agentes de ventas, agentes de talentos, representantes, productores… Feliz en mi ignorancia de las diferencias entre ellos, les respondí a todos con una gratitud rayana en la demencia: «GUAU. GRACIAS. QUÉ HONOR QUE ME ESCRIBAS».

Estaba acostumbrada a preguntarles a mis padres qué debía hacer, y cómo hacerlo. Conocíamos a artistas. Conocíamos a escritores. Conocíamos a historiadores especializados en cultura *queer*. Pero no conocíamos a nadie que hiciese películas, a no ser que cuente el vecino videoartista que hace cortos filmando danza contemporánea a través de paneles de PVC de colores (yo, desde luego, no lo contaba).

Mi padre, eterno escéptico, me dijo que ignorara a todos aquellos buitres. «¿Qué busca toda esa gente en una chavala de veintitrés años?», resopló. No es que no creyese en la película, pero hablaba el mismo hombre que había abogado multitud de veces por una ley federal para prohibir al alumnado de posgrado mostrar en público sus trabajos. Sin embargo, mi madre siempre ha sabido identificar una oportunidad (ya sea ante un inmueble en ruinas o ante una venta de muestras en apariencia preseleccionadas), y en ese momento se activó su instinto. Tenía la experiencia suficiente para ver que estaba pasando algo y —al contrario que tantas «madres representantes»— que ella no era la persona adecuada para orientarme, aunque conocía a una persona en Hollywood, solo a una, así que la llamó.

Se trataba de Peter Benedek, el agente que había fundado la United Talent Agency, identificada entonces por Google como «una

de las cuatro mejores empresas de su campo». Peter era el hermano del primer novio de mi madre, Tom, que acabó siendo guionista (¿alguien ha oído hablar de una peliculilla titulada *Cocoon*?). Mi madre buscó el teléfono de la oficina de Peter en la guía y se sintió aliviada cuando lo escuchó decir que se ocuparía de eliminar toda la morralla.

—Desde ahora soy tu agente, muchacha —me dijo por teléfono.

Le detecté un reconfortante rastro de acento neoyorquino.

—Entonces, ¿no debería reunirme con ninguno de los que me ha escrito? —le pregunté.

—¿Te suena Dick Wolf? ¿Te suena David Chase? Estás en buenas manos.

Peter me explicó que el siguiente paso era viajar a Los Ángeles y allí reunirme con todo el mundo: ejecutivos del cine y de la televisión, productores, incluso algunos actores. Lo llamó «la gira de sofá y botellín de agua por Los Ángeles».

Los viajes que había hecho sin mis padres se contaban con los dedos de una mano. «No podemos poner nuestra vida en pausa por esto, cariño», me explicó mi padre.

«Yo tengo un evento dentro de poco. Y además, no vas a querer ser la niña que se presenta con su mami», dijo mi madre. Fue como revivir el rechazo a cogerme de la mano cuando tenía diez años. Pero no le faltaba razón: la independencia que me había dado para averiguar lo que quería hacer con mi vida era la misma que me daría para averiguar cómo hacerlo.

***

En Los Ángeles, el plan era alojarme con Ti West, un cineasta con el que me crucé un aciago día en el que hice de extra en un corto digital para *Saturday Night Live* rodado por Joe Swanberg y dirigido por Noah Baumbach. A Joe no lo conocía mucho, solo lo justo para que me incluyese en un email en el que pedía a gente «con pinta de hípster» que acudiese a un bar en el Lower East Side para sentarse a una mesa y ganarse cincuenta dólares. Me pusieron de pareja con Ti, que estaba en Nueva York editando lo que sería su primera película de éxito, *La casa del diablo*. Al término de la jornada, lo que empezó siendo una dinámica en cierto modo beligerante (yo comenté algo sobre su gusto petulante y sus vaqueros Diesel y él me dijo que los cineastas de verdad ruedan en película de verdad) se había transformado en una invitación por mi parte para que se quedara a dormir en mi habitación, en un colchón inflable. Ti acababa de perder el sitio que subarrendaba ilegalmente y estaba durmiendo en una habitación que «apestaba a pis de gato» en lo más profundo de Brooklyn. Yo no entendía que el espacio de mis padres no era mío y que no podía ofrecerlo así como así. Ti se estuvo quedando en mi habitación durante dos meses raros y tensos (en el año previo a *Tiny Furniture*, extrañamente largo). Mis padres parecían demasiado descolocados para ponerle fin a aquello. Después de que se marchara —en esa ocasión, a un estudio en la zona este de Los Ángeles—, hablábamos todas las noches por teléfono hasta que nos quedábamos dormidos. Estábamos enamorados —según mi lógica— y por eso él se iba acostando con cualquier tía enfundada en unos leggings de American Apparel menos conmigo. Una vez me había dicho que no estaba seguro de haber querido nunca a nadie, ni siquiera a alguien de su familia, así

que ¿cómo una persona con el centro de gravedad tan desubicado iba a entender dónde residían de verdad sus afectos? Fue esa dinámica relacional la que dio origen al personaje de Alex Karpovsky en *Tiny Furniture* y llevó al personaje de mi madre a gritar algo que ella misma había gritado de verdad una vez: «TIENE QUE IRSE YA. NI SIQUIERA TE LO ESTÁS FOLLANDO».

Ti me recogió en el aeropuerto. Nuestra primera parada fue el Lemonade, un restaurante al que yo quería ir porque lo frecuentaba el elenco de *The Hills*. La siguiente parada fue el apartamento de Ti, una habitación individual, fría y húmeda, a la que se accedía por un tramo empinado de escaleras, en los montes de Los Feliz. Allí dormía Ti (como muchos otros hombres antes que él) con un edredón sin funda, un póster de *Pulp Fiction* y nada más.

Aquel acuerdo se mantuvo durante mi primera semana. De día, un joven del departamento de correspondencia de la United Talent Agency me llevaba en coche de reunión en reunión; en ellas conocí a hombres llamados Josh, Ben, Jeff o Sam, que me decían: «Nos apetece mucho encontrar algo que hacer contigo» (mi diario de esos días parece de un viaje por Disneyland: «¡Qué amable es todo el mundo aquí! ¡Les apetece mucho encontrar algo que hacer conmigo!»). Llegaba veinte minutos tarde, sí o sí, y me frustraba ver cómo, según la hora, treinta kilómetros podían suponer veinte minutos y cinco kilómetros, cincuenta.

De noche, Ti y yo nos acurrucábamos delante de una comedia clásica y yo me preguntaba qué pensaría de mí. Era como si siempre me estuviese planteando esas cosas, tratando de entender la posición que ocupaba yo en la vida de otra gente y tomando decisiones basadas en mis hallazgos abstractos. No recuerdo la

discusión que puso fin a nuestra breve dicha doméstica, solo que hice el equipaje entre lágrimas y, como la cremallera de la maleta estaba rota, tuve que bajar toda la ropa por las escaleras a puñados y meterla así en un taxi mientras el taxista maldecía por lo bajini en armenio.

Entonces mi madre intervino para pedir su segundo y último favor (supongo que en el fondo soy una *nepo baby*). Le preguntó a Nancy, una amiga de mi padre de la universidad —una morena andrógina que llevaba décadas viviendo en Los Ángeles y escribía para publicaciones sectoriales sobre los pormenores del negocio en cuestión—, si podía quedarme en su habitación de invitados. Nancy era chic en todos los sentidos, con una melenita corta perfecta y sus pantalones capri, como si Audrey Hepburn hiciera yoga y viviese en Venice Beach. Su mejor amiga desde hacía muchos años había sido la diseñadora de producción Polly Plett y era muy consciente de las muchas maneras en las que aquella ciudad podía perjudicar a la gente. Por entonces estaba casada con un arquitecto de éxito y vivía en un complejo modernista a unas manzanas del caos hipnótico de Venice Beach. Su hogar, todo vigas de acero y pasarelas de cristal suspendidas, parecía un plató de cine. La cocina siempre rebosaba de fruta ecológica y leche sin pasteurizar. La habitación en la que me instaló era como una casa en un árbol, con una cama doble y ventanas en las cuatro paredes. Me dio el código de la puerta, las instrucciones para calentar la piscina y una advertencia: «Aquí nadie quiere ser tu amigo y ya».

Me quedé otra semana. Recuerdo muy poco de las reuniones, salvo el día que entré en HBO. En aquel tiempo no tenía en mente querer hacer televisión, pero, por lo que había oído, era un trabajo

que te permitía pagar el vicio de hacer cine independiente, y trabajar en una sala de guionistas me parecía, dentro de lo que cabe, un empleo que podía asumir. Mientras echaba un vistazo por el vestíbulo en dos alturas, con carteles de series que me habían formado —*Los Soprano*, *Sexo en Nueva York* y *A dos metros bajo tierra*, con cuyo final aún podía llorar a voluntad—, me enderecé, abrumada por un deseo de impresionar que no había sido capaz de reunir ante ningún Josh ni ningún Jeff.

Aquel día en la sala había un mar de gente que terminaría definiendo mi vida durante los diez años siguientes: Sue Naegle, entonces directora de programación de series, una rubia con el atractivo adusto de Robin Wright Penn; Kathleen McCaffrey, su antigua ayudante convertida en ejecutiva de desarrollo, que me recordaba a mi persona favorita de la telerrealidad, Lauren Conrad, y que hablaba con la cercanía cómplice de una compañera de sororidad, o Casey Bloys, director de comedia, que con su buen aspecto, de corte más o menos blanco y tradicional, ocultaba un sentido del humor bastante guarro y una predilección por lo poco convencional. Hablamos sobre la película, que todos parecían haber visto con minuciosa atención, y sobre mis impresiones de Los Ángeles.

—¿Por qué todo el mundo se maquilla para ir al gimnasio? —pregunté.

Y entonces ellos me preguntaron:

—¿Qué te gustaría hacer?

Y di una respuesta improvisada que me salió en frases completas, como canalizada durante una sesión de espiritismo.

—*Sexo en Nueva York* iba sobre ser mujer en Nueva York, una mujer ya afincada y en busca del amor. Pero ¿qué pasa con la fase previa, cuando ni siquiera tienes la experiencia suficiente para saber lo que estás buscando? El Nueva York que yo conozco no es glamuroso. Nosotras nos hemos graduamos durante una recesión. Somos la primera generación para la que no es razonable esperar conseguir más que sus padres. Nos criamos a base de Ritalin y de Messenger. Nuestra vida sexual está marcada por la omnipresencia del porno, y somos feministas que no sabemos cómo vivir de acuerdo con nuestra ideología. Yo lo que quiero es ver a mis amigas en la tele.

La sala se quedó un momento en silencio.

—¿Puedes escribirnos una página que vaya sobre eso? —me preguntó Sue.

Aquella noche, sentada en el suelo del salón perfectamente estructurado de Livia, bajo un rayo de luminosa luz de luna que entraba por los ventanales correderos, escribí la página que me habían pedido: «Estas chicas están sobrecualificadas e infraempleadas, están seguras de ser demasiado inteligentes para sus trabajos como ayudantes, babysitters y camareras, pero no están tan motivadas como para demostrarlo (ni siquiera para esmerarse en ascender). Tienen esa mezcla entre sabelotodo que se cree merecerlo todo y autocrítica mordaz que caracteriza a cualquier gran humorista judío y a muchas mujeres de veinticuatro años con títulos universitarios en artes liberales. Muestran diversos grados de ambición pero las han criado para destacar. Saben que quieren triunfar mucho antes de saber en qué».

Más adelante, bromearía en una entrevista con que el texto de presentación había sido tan informal que lo había escrito en la servilleta de un cóctel (mentira: en realidad lo escribí en el portátil que mi hermano me prestó para aquel viaje). La historia de la servilleta se convertiría en una prueba más de lo accidental de mi éxito, de la extrema injusticia de un mundo en el que las cosas se les dan a los que no las merecen. Y aunque quizá sea cierto, hasta ese momento nunca me había esforzado tanto: para expresarme con claridad y con convicción, para decir algo que fuese digno de escucharse, para superar mi miedo al fracaso y atreverme a aceptar lo que la vida me estaba ofreciendo.

Releí lo que había escrito una y otra vez, en busca de lagunas, incoherencias en tono y tema, y por la mañana envié aquella página a los de HBO. Ese mismo día, más tarde, en el aparcamiento de un Jamba Juice, recibí una llamada de mi agente: «Quieren ofrecerte un acuerdo a ciegas para un piloto».

Llamé a mi padre, gritando como si hubiéramos ganado un dineral con un rasca de la lotería.

—¿Qué cojones es un acuerdo a ciegas para un piloto? —me preguntó.

—¿Es que no puedes emocionarte y ya está? —le pedí.

—Si crees que es una cosa por la que emocionarse, claro. ¡Qué emoción! Mírame, me he emocionado.

Capítulo dos

Cambio de papeles

Igual de repentino que había sido mi aterrizaje en Hollywood —sentada en salas de espera de rascacielos en Sunset Boulevard, recorriendo una calle falsa de Nueva York en los platós exteriores de Warner Bros— fue mi regreso a casa, a la habitación sin ventanas con la cómoda rota. Pese a la oferta de trabajo de HBO, seguía bajo el gobierno de mis padres, lo que implicaba normas tan irracionales como «lava los platos» y «no folles en nuestro dormitorio». Recibí el contrato para escribir el piloto, acepté con gusto la tarifa mínima que marcaba el Sindicato de Guionistas, firmé las páginas con una floritura teatral y las devolví por fax a los pocos minutos. Iba a pasarme los meses siguientes desarrollando el piloto, aunque antes HBO me dijo que querían organizarme un encuentro con los llamados «supervisores»; solo había tratado con uno en el contexto de mi trabajo como becaria en la Audubon Society, con dieciséis años (mi supervisora entonces era la mujer que se aseguraba de que troceáramos los ratones congelados con precisión para que las crías de búho pudieran digerirlos bien), pero esto era otra cosa. Según me explicaron, se trataba de una especie de mentor, alguien que, si nunca habías escrito un guion para televisión, te ayudaba a entender el conjunto invisible pero imponente de normas que se aplicaban en

el medio. Me explicaron que habían reunido a una serie de candidatos para que hablara con ellos por teléfono (fue en el mundo anterior a Zoom, cuando tenías que imaginar cómo era la gente basándote en pistas sutiles como si usaban las palabras «brutal» o «guapo» como sinónimos de «guay»). Eran todos gente con experiencia en comedias que yo conocía o sabía que debía conocer.

La primera fue Jenni Konner. Jenni había sido guionista de series muy apreciadas como *Vida universitaria* y había creado unas cuantas más que eran demasiado inteligentes para las horas de máxima audiencia y, por tanto, habían durado poco. Cuando hablamos por teléfono, de inmediato sentí que era como si la conociese de antes, como en esos casos de encuentros entre hermanos que han estado separados toda una vida y comparten cosas que carecen de explicación. Jenni mostraba la cadencia inconfundible de una persona a la que por lo general se la considera divertida. Además, me contó que teníamos algo en común: su padre, Larry —guionista de *Los Soprano*, por ejemplo—, vivía en un piso superior de nuestro edificio en Desbrosses Street, con su segunda familia. De hecho, eran los vecinos con los que mi madre tenía la relación más hostil, había tenido lugar un nutrido intercambio de emails pasivoagresivos sobre la gestión de la basura. Lo más cerca que habíamos estado Larry y yo de hablar había sido cuando nos quedamos encerrados por accidente en el vestíbulo del edificio porque la puerta se había estropeado; Larry estuvo soltando mierda por lo bajini: que si no llegaba a una reunión, que si le estaban «jodiendo pero bien»… Todo eso me pareció cosa del destino. Jenni tenía treinta y ocho años, era madre de dos hijos y acababa de separarse de su marido, con el que llevaba mucho tiempo escribiendo guiones. Me contó que

estaba viviendo una especie de renacimiento personal y que andaba buscando un nuevo camino cuando alguien le dio una copia de *Tiny Furniture* en DVD. «La vi y pensé: "Es la historia de lo que implica ser una persona"», me dijo. Me tumbé en la cama mientras hablábamos, con los pies apoyados en la pared, adoptando esa pose soñadora de quien se enamora en una peli de los años cincuenta.

Hacia el final de la llamada, me comentó:

—Deberías hablar con todo el mundo, tantear el terreno. Me encantaría hacer esto contigo, pero hay opciones y posibilidades y deberías probarlas todas.

—No quiero hablar con nadie más. Te quiero a ti.

Esa noche le mandé un email. Recuerdo que lo terminé así: «P. D. Por tu voz sé que eres una belleza».

«Espera a verme. Soy una judía regordeta con mucho pelo», me respondió.

***

Alrededor de una semana después de que Jenni y yo uniéramos fuerzas, recibí un mensaje de correo electrónico de alguien que afirmaba ser Judd Apatow. Me contaba que le había encantado la peli, que se había reído con ella y que le había recordado el disfrute de hacer algo solo porque sí. Para acabar me decía que lo llamase, por favor, si alguna vez necesitaba que alguien me ayudara «a conseguir esa cantidad de dinero que hace que las cosas sean mucho menos divertidas», y a continuación me dejaba lo que parecía ser su número personal. Mi amiga Isabel acababa de descubrir un programa que te permitía enviar mensajes desde

direcciones falsas; hasta ese momento solo lo habíamos usado para fingir ser ligues antiguos suyos y míos, pero mi primer instinto fue pensar que aquello era cosa de ella, una pullita para recordarme que no era la reina de Saba ni de Sabo. Al fin y al cabo, Judd me gustaba tantísimo que el año antes había ido a ver *Hazme reír (Funny People)* a la primera proyección que cacé, un jueves a medianoche; además, inventé una broma recurrente sobre mis ganas de «hacerme un Apatow inverso», es decir, elegir a un tío muy buenorro para hacer el papel de mi pareja sin que en ningún momento se aludiese a esa disparidad (¡pronto dejaría de ser una broma!).

Le respondí al mensaje: «Si de verdad eres Judd Apatow, joder. Si eres Isabel, vete a la mierda, tía, qué broma tan cruel».

Me contestó: «Llámame y te demuestro mi identidad. Pero saluda a Isabel de mi parte».

Lo llamé ese mismo día. Pensé que respondería algún ayudante, pero era él, y tartamudeé al decir mi nombre, nerviosa como no lo había estado desde el bat mitzvá en el que nos pidieron a todas cantar en un karaoke y yo elegí una de Sir Mix-a-Lot. Judd me dijo que se había enterado de que estaba trabajando en un piloto con su vieja amiga Jenni y me preguntó si necesitábamos «a alguien más en el equipo». La semana siguiente iba a estar por Nueva York y me propuso ir a tomar algo en el Mandarin Oriental.

Antes de nuestro encuentro estaba asustadísima, esperando plantada en el vestíbulo con un vestido recto elegido en su momento por mi madre para mi trabajo de camarera porque decía que transmitía una imagen de «joven profesional». Pero cuando unos minutos más tarde apareció Judd con pinta de perdido, vestido con

unos pantalones cortos tipo cargo, unos calcetines blancos largos que le llegaban a media pantorrilla y una camiseta de *Todo sobre mi desmadre*, mi ansiedad aflojó. Me recordaba menos a un supermegaproductor de Hollywood y más a Howie, el exterminador de plagas de Long Island con el que Eileen, la prima de mi madre, estuvo casada durante un breve espacio de tiempo y a quien mi padre llamaba «el asesino de bichos». Judd pidió una Coca-Cola light y luego un zumo de arándanos rojos, así que yo hice lo propio. Me consolaban sus maneras torpes de preocuparse por recolocar los utensilios que no usábamos. Me habló de la película que estaba empezando a escribir, una secuela de *Lío embarazoso* centrada en los personajes de Paul Rudd y Leslie Mann al cumplir los cuarenta (una edad que me sonaba increíblemente provecta pero que habré cumplido poco después de que este libro llegue a manos de la gente). Al acabar, me dijo que subiera con él para que conociese en persona a Leslie, a quien una cuadrilla de atractivos homosexuales estaba peinando y maquillando: se preparaban para ir a la Met Gala.

Cuando ya me iba, Judd me dijo: «Va a ser divertido. La mayor parte del tiempo».

***

Unas semanas después, HBO me procuró unos billetes para volar a Los Ángeles y empezar a trabajar con Jenni. En esa ocasión me alojaron en un hotel con el glamuroso nombre de Le Montrose. Apenas había pasado un mes desde South by Southwest. En ese tiempo le habíamos vendido *Tiny Furniture* a la distribuidora IFC Films; ganamos el doble de lo que había sido nuestro presupuesto,

lo suficiente para devolver el dinero a todos nuestros inversores y ofrecer además varios miles de dólares a nuestros principales colaboradores, algo inaudito en el cine independiente. Por otro lado, el supermegaproductor Scott Rudin me había ofrecido un trabajo: adaptar una novela juvenil sobre dos adolescentes que se enamoran en Navidad en Nueva York durante una yincana organizada a través de notas secretas que iban apareciendo en la librería Strand. No se me ocurrió plantearme si el libro de verdad me entusiasmaba, ni si tenía algo único que ofrecer a esa adaptación: se había abierto una barra libre y pensaba pillar todo lo que pudiese antes del cierre. Y esa es una sensación que no empezó a remitir hasta hace unos pocos años.

Aterricé a media mañana y Jenni me dijo que fuese directa desde el aeropuerto a reunirme con ella en su piso nuevo, en El Royale, un glamuroso edificio *art déco* de Hancock Park, al que acababa de mudarse tras su separación. Cuando llegué, el portero me dijo que Jenni no estaba en casa —«acabando un recado, te veo ya, diez min», me escribió—, así que me senté en el ornamentado vestíbulo de azulejos mientras escuchaba el chorrito de la fuente, olía la fresia en el aire y me preguntaba si alguna persona de veintitrés años habría tenido alguna vez tanta suerte o tantos nervios.

Cuando apareció Jenni, cargada con bolsas de comida ecológica del supermercado Whole Foods, comprobé que no era para nada regordeta ni peluda. Era delgada y tenía la piel bronceada, con las cejas tupidas pero muy cuidadas, boca de piñón y el pelo color caoba con la raya en medio, en una melena a capas estilosas que le llegaba por los hombros. Llevaba unos vaqueros de corte bota, una blusa de franela, una chaqueta corta y algo masculina y unas gafas

de montura negra y gruesa («atuendo de señora guionista de comedia», lo llamaría ella misma después). Me condujo por el vestíbulo, parándose a besar en la mejilla a todos los residentes que nos encontrábamos: un gay calvo y fabuloso de bíceps inflados, un doble de los Ramones con un chihuahua viejo, una actriz rubia y espléndida de voz cantarina.

En su cocina en galera, me sirvió agua de coco, bebida que yo nunca había probado, y de comer puso unos rulos rellenos de cosas crudas. Nunca había tenido amistades que se estuviesen divorciando, así que no sabía hasta dónde preguntar. Jenni insinuó que se había vuelto a enamorar. Me contó que sus hijos pasaban con ella la mitad del tiempo. Nos dimos cuenta de que cumplíamos años con solo dos días de diferencia. Todo eso lo fui sabiendo durante los días siguientes, sentadas en el suelo de su casa, mientras montábamos la idea para el primer capítulo con fichas de color rosa. Yo ya había escrito páginas y páginas de contexto para las chicas que había imaginado, «las *girls*»: Marnie Michaels (el *alter ego* de mi amiga Audrey, una sabelotodo guapa y productiva que siempre conseguía lo que quería pero nunca parecía disfrutarlo), Jessa Johansson (Jemima, un género en sí misma) y Hannah Horvath (yo: buenas intenciones pero mala ejecución; quizá, con suerte, adorable). Jenni me explicó la mecánica de un piloto, lo que debía conseguir. Me puso al corriente de conceptos como las tramas y las subtramas, los incidentes desencadenantes y las escenas cómicas. Me preguntó qué cambios experimentarían los personajes entre el principio y el final del piloto, entre el principio y el final de la temporada, y —en caso de que llegáramos tan lejos— entre el principio y el final de la serie.

Una tarde estábamos trabajando y llamó a la puerta uno del censo. Jenni lo hizo pasar, y mientras ella respondía a sus preguntas sobre consumo de agua él y yo nos cruzamos algunas miradas. No era mono, pero tampoco feo, y el muchacho parecía pensar lo mismo de mí, cosa que en aquella época era la característica definitoria que buscaba en una pareja sexual, aunque me había acostado con mucha gente a la que no era demasiado aplicable. Cuando el del censo se marchó, Jenni me sonrió con complicidad: «Después de ver tu peli, no estaba segura de si salías con gente o eras de esas mujeres que siempre se interponen en su propio camino. Ahora veo que te las apañas bien», me dijo.

En retrospectiva, durante aquella primera semana de ensueño, ebria como estaba con las posibilidades de lo que habíamos empezado a hacer, el único indicio que recibí de que esa mujer era algo más que mi nueva amiga interesante, alocada y tormentosa surgió una tarde, cuando llegué a su casa para trabajar y Jenni me recibió con pinta de recién levantada, me hizo pasar y me dijo que me sentara en el sofá, pero que ella necesitaba volverse a la cama. Estuve allí sola unas horas, hojeando unas revistas de decoración, hasta que me quedó claro que Jenni no iba a volver a salir y regresé al hotel. Nunca hicimos alusión a esa tarde perdida, y durante los meses siguientes hablamos y nos escribimos sin parar, en ese proceso vertiginoso de estar conociendo a alguien que a veces se asemeja a un enamoramiento. Sin embargo, de vez en cuando Jenni desaparecía un día, dos, tres. Cuando regresaba, me esforzaba por no ser demandante y nunca le preguntaba dónde había estado.

Por lo general yo era la amiga que se hacía un ovillo y se retiraba del mundo. Siempre había querido tener amistades, pero nunca

había sabido muy bien qué hacer con ellas. Si en secundaria se me conocía por algo era por idear atuendos elaborados para planes a los que a última hora decidía no apuntarme porque estaba demasiado cansada o aterrorizada. Quienes me querían sentían una frustración constante ante mi aparente incapacidad para hacer determinadas cosas, ante mi imposibilidad para fingir las formalidades básicas de la interacción humana cuando no estaba de humor o no se daban las condiciones perfectas. El mundo exterior vería un profundo egoísmo en todo eso, pero yo sentía una frustración constante al no encontrar las palabras para explicar la diferencia entre «no» y «no puedo». Para ser alguien que había estudiado el manejo del lenguaje adecuado, nunca había logrado conjurarlo cuando se trataba de mi sempiterno nivel fluctuante de comodidad con el mundo circundante.

Aquella amistad con Jenni era distinta. Con ella me sentía segura mostrándome en todas mis encarnaciones. Si la situación implicaba alguna presión social, Jenni era como un pilar, firme y encantadora, abriendo camino. En el tú a tú, todo lo que me contaba sobre sí misma me fascinaba más y más. Me reía a carcajadas con sus chistes, y no con la risa forzada que solía soltar cuando me juntaba con gente en la universidad. Empecé a usar sus frases típicas («qué locura es esa» y «cien por cien»). Cuanto más tiempo pasaba con ella, más quería; cuanta más atención y elogios me ofrecía, más necesarios me resultaban. Quería caminar como ella, hablar como ella, vestirme como ella. Jenni me escribía los mensajes de respuesta a los chicos («Tiene que ser siempre una sola palabra, como "sí"», me decía) y me recomendaba qué crema usar para la cara (un bálsamo para tapar imperfecciones, blancuzco en el bote,

pero que daba brillo a la piel). Lo único que me apetecía hacer sola era escribir: páginas y más páginas de ese mundo que en mi cabeza se aclaraba poco a poco conforme lo iba viendo reflejado en ella.

A principios de verano, durante uno de sus viajes a Nueva York, Jenni nos llevó a una embarazadísima Jemima y a mí a tomar un brunch. Pese a que se mostró halagadora y bromista, no parecía encajar con Jem. Cuando se levantó al baño, Jem refunfuñó: «Ahora sé por qué hablas distinto. Suenas igual que ella».

***

Donde aún sonaba a mí misma era en la página. Alentada por Jenni y por Judd, escribía páginas de diálogos como churros, no con un auténtico desenlace en mente, sino como forma de intentar entender cómo sonaban aquellas chicas. Escribía escenas en fiestas y en el trabajo, rupturas y ligues. En aquel momento, la serie aún se llamaba *Proyecto sin título de Lena Dunham* y yo seguía tratando de averiguar a qué sonaba Lena Dunham cuando se le daba espacio para existir más allá del salón de sus padres.

Estábamos todos de acuerdo en que la protagonista no debía ser de Nueva York. Nacer en la ciudad atenuaba el principal conflicto, que era la idea de que esas chicas habían ido allí en busca de *Sexo en Nueva York* y se habían encontrado con becas sin futuro, chinches y contagios del virus del papiloma humano.

Fue durante un viaje al Traverse City Film Festival, celebrado en una pequeña y pintoresca ciudad de Michigan famosa por sus cerezas cubiertas de chocolate y en la que todo el mundo se disculpaba por todo casi tanto como yo, cuando se me ocurrió que

en el Medio Oeste siempre me había sentido como en casa. Nunca tuve la energía de jefaza neoyorquina que caracterizaba a mi madre; no sabía saltarme una cola, ni poner a parir a un taxista, ni reprimir las ganas de vomitar al subirme a un vagón del metro en el que alguien se hubiese cagado. Así que tomé una decisión: Hannah iba a ser de Michigan. No era una vivencia que conociese, pero sí sabía lo que era dar con tus huesos en un lugar donde nunca esperaste acabar y limitarte a tratar de estar a la altura.

***

Ni siquiera con la confianza que Jenni y Judd trataban de infundirme para trabajar en la serie —desde que Judd se había unido al proyecto, HBO quería que les escribiese no solo el piloto, sino cuatro episodios y una «biblia», que viene a ser como una guía exhaustiva sobre el camino que iba a seguir la historia— conseguía quitarme de encima la dinámica que había creado con el tipo del labio leporino. Daba igual la cantidad de veces que se me revelara con claridad que nunca iba a ocupar un lugar significativo en su vida: estaba empeñada en intentarlo, aunque eso supusiera exponerme a unas prácticas sexuales cada vez más degradantes y a una comunicación posterior infinitamente pobre.

Incluso mis amigas, nada ajenas a humillaciones heterosexuales de toda índole, parecían desconcertadas por el apego que le tenía; era un hombre torpe, desgarbado, que a veces llevaba cuello vuelto y se reía en una tonalidad que solo los perros eran capaces de oír. Pero desde el momento en el que lo vi por primera vez, leyendo solo en un bar, en alguna parte primitiva de mi mente ajena a toda lógica

me sentí destinada a estar con él. Daba igual que tuviese novia, y que por eso nuestros primeros encuentros sexuales fueran en la calle; daba igual que, en cuanto rompió con esa novia, de inmediato la sustituyese por otra que no era yo, y daba igual que, cuando su manera de enfocar el sexo pasó de ser superficial a sádica, se hiciese aún más evidente que no me iba a espantar dándome miedo. Yo seguía pensando que el amor verdadero se desplegaba con la devoción unilateral de un perro apaleado. Era como una de esas competiciones en las que tienes que dejar la mano apoyada en un coche hasta que solo quedas tú, y entonces ganas el coche y además el respeto de la gente, aunque en el proceso te hayas tenido que mear encima.

Pese a lo que estaba por venir, yo todavía no era una gran consumidora; de hecho, solo consumía estando con él. Sin embargo, a menudo me plantaba ante su puerta con las pastillas que le había robado a mi madre de alguna de sus múltiples cirugías dentales envueltas en un pañuelo de papel. Cualquier cosa que esnifáramos me ayudaba a justificar mi presencia constante en un entorno en el que podía esperarme lo que fuera, desde que me amordazasen con mis propias medias hasta que me pasaran una hoja dentada por la pierna dejándome una levísima marca blanca.

Todo eso me lo explicaba a mí misma diciéndome que ese hombre había visto algo en mí, algo que yo era incapaz de ver. Aún no lo sabía, pero mi pretensión última era que me degradasen, que me humillasen, que me castigaran por mis ansias de que me desearan. Mi extrema juventud me impedía entender que esa complejidad del deseo era tan común y corriente como el sofá de Ikea que aquel tipo tenía en su salón, y por tanto todos los orgasmos me palpitaban

repletos de culpa y todas las mañanas amanecía con un punto de pena: si seguía así, nunca iba a volver a ser una chica digna de las miradas de adoración de mi padre. Tal vez hubiese dejado de serlo ya. *Si mi padre supiera lo que he estado haciendo cuando un martes cualquiera llego a casa a las cuatro de la madrugada, me escupiría en la cara*, pensaba.

Después de que las pastillas, las piernas estiradas por detrás de la cabeza y las llamadas debidamente respondidas siguieran sin convencerlo de que yo era la mujer de su vida, decidí que iba a invitar al hombre del labio leporino a acompañarme ese mes de junio a un festival de cine en el que se proyectaba *Tiny Furniture*. Nadie se quedó más impresionada que yo cuando esa persona, la misma que casi nunca me dejaba quedarme a dormir después de haberme follado todos los orificios que tenía en el cuerpo y seguramente alguno que no tenía, aceptó volar hasta la otra punta del país y pasar cuatro noches conmigo. Quizá dijo que sí porque, pese a que el festival alojaba a todos los cineastas en un Hilton anónimo del centro, yo le conté que a mí me habían dado una habitación gratis en el Chateau Marmont. Sabía que le atraían los símbolos del exceso sórdido de los años setenta, que le resultaría glamuroso y tentador, así que pensé que valía la pena cargar la habitación en mi primera American Express, una tarjeta blanca indicativa de mi estatus de estudiante que me ofrecía descuentos en publicaciones académicas y en librerías de museos. HBO todavía no me había pagado, así que ni siquiera había fondos con los que cubrir esa chorrada frívola. Igual que el resto de la relación, aquello fue una hermosa mamarrachada que me daría por culo más adelante.

Yo fui de avanzadilla unos días antes para trabajar con Jenni. Cuando el hombre del labio leporino llegó al aeropuerto de Los Ángeles, alquiló un Camaro rojo, un gesto que me pareció tan conmovedor como repulsivo, aunque nada pudo prepararme para el chaleco de cuero marrón y los pantalones de tiro bajo a juego que decidió ponerse para la proyección de la película, sobre la que yo había decidido no desvelarle que incluía una escenificación detallada de la primera vez que mantuvimos relaciones sexuales (un emparejamiento que tenía lugar dentro de una tubería enorme de acero escondida en una planta eléctrica de Con Edison en Dumbo).

«Chúpamela. Hasta que te atragantes. Buena chica», decía entre dientes el actor que hacía de él. Miré a mi lado, a aquel perla disfrazado de Pablo Escobar que al parecer era mi criptonita sexual. Se lo estaba tomando sorprendentemente bien.

A la gente le encanta sentirse vista.

***

IFC, la distribuidora cinematográfica con la que acabábamos de firmar, iba a dar una fiestecita para el elenco y el equipo en un bungaló del Chateau Marmont. Esa noche tenía que retirarme pronto; en vista de que íbamos a trabajar juntos, Judd quería que asistiera en directo a un rodaje de gran presupuesto, así que me invitó a visitar el plató de lo que pronto sería un clásico sobre la amistad entre mujeres: *La boda de mi mejor amiga*. A las ocho de la mañana me recogería un chófer en servicio discrecional (término con el que yo solo me había topado una vez, en la camiseta vintage de

un friki de la poesía durante un trabajo de becaria que me duró solo diez días: PRESTO UN SERVICIO DISCRECIONAL, ponía).

La fiesta era en uno de los bungalós que rodeaban la piscina. Una vez en el interior de aquel afamado hotel, me sorprendió ver lo gastadas que estaban las alfombras —filos deshilachados, quemaduras de cigarros— y lo anticuado que era el mobiliario. A lo mejor ese era el encanto que atraía a los ricos de verdad: alojarse en un sitio que tenía lo único que el dinero no puede comprar, es decir, una auténtica historia viva de exceso, intriga y rock and roll, revelada incluso en las cortinas ya parduzcas (desde entonces lo han redecorado con mucho gusto). En el bungaló, la piscina brillaba e iluminaba el espacio como uno de los múltiples letreros de neón de Sunset Boulevard, más allá. La semioscuridad actuaba como una capa de invisibilidad, o al menos eso parecía pensar el hombre al que mis amigas llamaban «Labio», sin más. Cuando intenté ecolocalizarlo, a la manera de cualquier muchacha con un hombre que intenta esquivarla, me lo encontré en el hueco entre la pared y la nevera besando a una chica que había llegado vestida con la parte de arriba de un biquini de color negro que le dejaba a la vista la sección inferior de los pechos, antes de que eso estuviera de moda. Fue entonces cuando toda idea de retirarme pronto salió por la ventana y empecé a meterme vodka en vena con cualquier refresco que encontraba, hasta que acabé perdiendo el conocimiento y volviendo en mí infinitas veces por todo el hotel. Un destello despertándome en el ascensor. Un instante tumbada en el borde de la piscina. Un flirteo con el fantasma de John Belushi en el hueco de la escalera. Y luego, no sé cómo, encontré el camino de vuelta a la

cama y me desperté en estado de pánico justo a la hora a la que debía recogerme el chófer.

El tipo era un hombre seco, antiguo especialista de cine, que me informó de que había más de una hora de trayecto hasta el club de campo en el que se rodaba la ya icónica escena de la boda. De inmediato supe que aquello iba a ser un problema; no estaba segura de si vomitaría, me cagaría o me saldría alguna combinación de ambas cosas, nueva por completo para mí y quizá para la humanidad en su conjunto.

Una hora (y dos paradas para vomitar en la cuneta) después, estaba en el baño del remolque de Judd escuchándolo hablar por videollamada mientras procuraba expulsar los pecados de la noche por diferentes extremos de mi cuerpo. Había sido inevitable desde el principio: había visto el camión gigante venir hacia mí a dos kilómetros de distancia y me había quedado quieta hasta que me dio alcance; y ahí estaba, un animalillo atropellado, echando a perder mi carrera cuando ni siquiera había empezado.

Al tiempo que observaba al equipo rodar la escena de la fiesta de compromiso en el club de campo (Rose Byrne, un encanto encantador; Maya Rudolph y Kristen Wiig, encajando todas las bromas heterodoxas como púgiles de primera), me suplicaba a mí misma mantenerme erguida en la silla de directora que me habían buscado. Judd me presentó amablemente a guionistas, productores y al director de la película, Paul Feig, con su traje maqueado. Tuve accesos de arcadas en el retrete del baño perfumado con flores secas, nunca me había encontrado peor. Judd no paró de referirse a mí como «una gran directora». Sí, bueno, más bien una grandísima perra.

Años después, cuando por fin le conté a Judd lo que de verdad me había pasado aquel día, me dijo que lo supo en todo momento. «Había visto tu película. ¿Crees que pensaba que eras una persona equilibrada?».

***

Labio y yo pasamos una noche más juntos en el Chateau. El vestíbulo estaba lleno de gente que se sentía cómoda allí, gente que sabía que no había que sentarse en los pufs tapizados, porque no eran sillas altas sino mesas bajas. Esa noche, vacía y amarga de tanto vomitar, me fui al restaurante sola y decidí cenar. Cabe destacar que llevaba más de diez años sin comer carne. Era vegana militante desde la secundaria, de un dogmatismo tan irritante que los chicos populares fotocopiaron folletos con mi cara y el texto LENA: LA OTRA CARNE BLANCA. Sin embargo, mientras miraba la carta sentí tal rabia (hacia el hombre que me acompañaba, hacia mí misma y hacia mi forma débil y anémica de afrontar nuestra dinámica) que me zampé una hamburguesa con queso y luego pedí otra, con los jugos chorreándome por la cara y la blusa, como una triste vampiresa.

Después de cenar subí a la habitación. Nos tumbamos en la cama a ver *Billy Madison*. «Creo que soy una rata —me dijo—. Que soy dañino. No puedo querer a nadie. Y lo siento mucho».

Asentí con la firme decisión de que no me viese llorar, por mucho que hubiese visto ya de mí, y desde múltiples ángulos.

Al final, aquel hombre, a quien deseé con tal desesperación que creí que era amor (diez años mayor que yo, pero infantil en su falta de civismo y en su deseo de no ser responsable de nadie más en

toda su vida), serviría como inspiración para el personaje de Adam en *Girls*, algo que no dejé de contarle al actor que lo interpretaba.

«No se comportaba como si me quisiera —le expliqué al Adam real que hacía del Adam televisivo que hacía del hombre con el labio leporino—. Pero… Es que no sé explicarlo mejor… Sé que me quería».

Capítulo tres

Piloto

A principios de septiembre de 2010, menos de seis meses después del estreno de *Tiny Furniture* en South by Southwest, HBO encargó la producción del episodio piloto de *Girls*. Yo estaba en el Corner Bistro con unas amistades cuando recibí la llamada. Salí para escuchar bien, me senté en un banco cruzada de piernas y me puse a mirar a una pareja de lesbianas que se estaban besando al otro lado de la calle, en la puerta del Cubby Hole, y a unas chicas con minivestidos y diademas que entraban al Beatrice Inn, mientras mi ejecutiva Kathleen me explicaba lo que significaba eso: tendríamos que estar rodando en noviembre, lo que nos dejaba dos meses para hacer el *casting*, contratar al equipo, buscar localizaciones, montar platós y un millón de cosas más que ni se me habían ocurrido porque nunca había hecho nada fuera de mi propia casa. Una clara muestra del poder de la juventud —mejor que cualquier droga existente, pura energía y cero efectos secundarios— fue que la avalancha de cosas por hacer no me asustó. No había ningún otro sitio en el que necesitara estar, ninguna vida que conciliar con el trabajo ni ningún deseo (ni siquiera romántico) que reemplazara mi obsesión con hacer películas. No me hacía falta salir. No me hacía falta dormir. Desde hacía un tiempo, ni siquiera me hacía falta

comer. Y si me encantaba hacer películas, hacer tele, me imaginé, sería como una peli que no se acaba nunca. ¿Qué podía haber mejor que eso?

***

La caza de protagonistas empezó de inmediato. Solo teníamos seis semanas para elegir a nuestras Hannah, Marnie y Jessa, y también al pavo del novio de Marnie, Charlie, y al follamigo desnortado de Hannah, Adam. Luego estaba Shoshanna, un papel pequeño pero crucial que era el trasunto mordaz de esas chicas ultrafans de *Sexo en Nueva York* y obsesionadas con medrar que por entonces estaban adueñándose del mercado inmobiliario del Soho (en principio, iba a quedarse solo un capítulo o dos, pero Zosia Mamet aportó un punto melodramático tan inesperado que se convirtió sin duda en el elemento más adorable de nuestro cuarteto permanente). Para ayudarnos a montar ese grupo, me presentaron a Jennifer Euston, una directora de casting con una mirada nada convencional, más alejada de los rostros anónimos que copaban la temporada de pilotos para el prime time y más en busca de una clase de concreción y de realismo que se alineaba con lo que yo había hecho siempre (da igual que lo hubiese hecho siempre así porque a lo que tenía acceso era a mis vecinos de residencia y a amigos de la familia). Una de las pocas concesiones que no estaba dispuesta a hacer era la de suavizar y anonimizar a los ciudadanos de mi pequeño universo cinematográfico. Quería elegir a personas de verdad, con rostros de verdad que no pareciesen caras perfectas

para la pantalla, y a favor de todo el mundo he de decir que nadie me pidió nunca lo contrario.

En mis proyectos había interpretado numerosas versiones del mismo personaje adyacente a Lena; las había llamado Georgia, Ella, Aura, nombres femeninos simples que guardaban una leve analogía con el mío. No eran exactamente yo, sino reflejos de espejos distorsionados; eran una Lena que ignoraba todos los consejos de su terapeuta y que no tenía el motor ni la brújula de la inspiración creativa. En el piloto de *Girls*, ese personaje era Hannah. Había dado por hecho que la interpretaría una profesional bien pulida, así que fue un shock cuando todo el mundo —desde Judd hasta Jenni, pasando por los mandamases de HBO— comentó que me ocuparía yo, como si tal cosa, como si ya se hubiese debatido. «Creo que… me han elegido hoy para el papel», le dije a mi padre durante la cena, sonriendo nerviosa mientras comíamos de nuestro pakistaní preferido a domicilio. Cuando mi padre —que siempre le mira el dentado al caballo regalado— me preguntó si me había planteado cómo influiría eso en mi vida, estoy segura de que le reproché que no me apoyara nunca para nada y/o me largué hecha una furia a mi habitación, que seguía estando a unos cinco metros de la suya. Al día siguiente acepté con gusto el papel que no supe que estaba escribiendo para mí misma y emprendimos la búsqueda de mis compañeras de reparto.

Durante el mes que siguió debí de reunirme con más de ciento cincuenta chicas para los papeles de nuestro cuarteto principal. Hicimos sesiones de casting en Nueva York y en Los Ángeles, por no mencionar las decenas de cintas que revisamos. Consciente de la extraña dinámica de poder que implicaba sentarse frente a todas

esas jóvenes (algunas de ellas, jóvenes y vulnerables; otras, aún más jóvenes pero con el lustre de años de trabajo profesional a sus espaldas, y otras más, hasta una década mayores que yo pero «capaces de hacer de veinteañera»), les dediqué una cantidad de tiempo desorbitada a todas y cada una de ellas, dando indicaciones, pidiéndoles lecturas adicionales. Daba igual que desde la primera frase ya me hubiesen parecido inadecuadas para el papel: sabía que todas se pasaban la mayor parte del tiempo sufriendo el escrutinio y el rechazo sumario de hombres alopécicos y de mujeres demasiado cansadas para acordarse del feminismo. Estaba decidida a que mi sala de audiciones fuera un espacio distinto, aunque eso significara que cada sesión de casting durase horas y horas. Todavía hoy me encuentro a gente que vino a las pruebas de *Girls* y me dice que esa audición le hizo sentir cierta conexión en un mar de audiciones abiertas. Nunca tienen que recordarme quiénes son: me acuerdo de todas ellas.

En el proceso destacaron algunas mujeres a las que llamamos varias veces y que ahora son nombres muy conocidos, como Elizabeth Olsen, Dakota Johnson, Cristin Milioti y Amy Schumer. Reconocí a una mujer llamada Allison Mack de *Smallville*; no era adecuada para ningún papel, pero estuvo mandándome emails para invitarme a su «grupo íntimo de mujeres» todas las semanas durante el siguiente año (bala esquivada, gracias a Dios).

Con respecto a Marnie, me había imaginado una interpretación bastante literal de Audrey: una judía con gafas pero seductora, con un sarcasmo muy consciente. Audrey era el tipo de chica que a todos los hombres les parecía magnífica, y todos suponían que eran el primero en opinarlo. Tenía una naturaleza inefable que era difícil

de encontrar en una actriz profesional; actrices que, según aprendí rápido, se clasificaban en dos categorías: divertidas o guapas; si las guapas eran un pelín divertidas, todo el mundo lo comentaba; si las divertidas eran un pelín guapas, a nadie le importaba.

Para Marnie me centré en morenas excéntricas. Audrey era excéntrica y era morena, por lo que Marnie también lo sería. Bastaba ponerle gafas a la mujer adecuada y tendríamos gemelas. Pero fue Judd quien me enseñó que a veces encuentras a una persona de lo más inesperada y encaminas tu guion hacia ella, más que empujar a un actor hacia el papel que está escrito en la página. Judd tiene un talento de sabio para detectar qué combinación de personas puede generar tensión cómica, y esa alerta se le activó viendo un vídeo de Allison Williams, recién graduada en Yale, cantando un *mashup* con el tema principal de *Mad Men*. «Verte con alguien tan normal podría ser graciosísimo —dijo—. Al final, Hannah es rara. Jessa es rara. No podéis ser todas raras».

A mí me generaba escepticismo. Allison tenía pinta de modelo de Abercrombie y había salido de la escuela hacía un total de tres meses. El hecho de que su padre fuera un famoso presentador de noticias no contaba para nada; yo me había criado en una familia que nunca ponía las noticias, nunca (salvo que estuviéramos en casa de mi abuela, porque Dan Rather la tenía loca), así que la fama de Brian Williams para mí era inexistente. El problema estaba en el rollo que transmitía Allison: al verla tuve la certeza de que aportaría una afectación muy de teatro musical y un sentido provinciano del no humor. Sin embargo, al final de la improvisación que hicimos durante la audición, Allison estaba hablando de pedos y haciéndome una trenza en el pelo grasiento. De inmediato sentí una acogedora

tensión entre nosotras, esa clase de antagonismo plagado de amor que tienes con esa amiga sobre la que no recuerdas un momento en el que no te haya sacado de quicio y la hayas necesitado a la vez. Teníamos a nuestra segunda chica.

La gente de HBO estaba tan cautivada con Jemima como cualquiera, pero había un problema: a Jemima le quedaban solo unos días para dar a luz. Le comenté el interés de HBO y reaccionó como escandalizada, casi ofendida, por haberle mencionado siquiera la idea de ponerse a trabajar cuatro semanas después de tener a su primer hijo (en mi defensa diré que, con veinticuatro años, era muy poco consciente de lo que eso suponía; daba por hecho que salía y ya y luego se lo ibas pasando a quien quisiera tenerlo en brazos, y dos o tres veces por semana le cambiabas el pañal). Pero más allá de la afrenta a su dignidad maternal, noté otra cosa: un destello de deseo, y el primer indicio de que Jemima empezaba a sentir que quizá fuese a perderse algo más que las noches de bailes sórdidos indies en el Don Hill's y un poco de heroína *black tar* de vez en cuando.

Jemima tenía algo que solo puede describirse usando el sumamente irritante concepto de *je ne sais quoi*, una frágil seguridad en sí misma, una inquietud que nace de la convicción de que nunca sería feliz. Su mezcla de ascendencia judía iraquí y británica le daba una particularidad difícil de definir, con ojos de muñeca embrujada y una boca que amenazaba con conquistarle toda la cara si no iba con cuidado. Era delgada, pero recia, con unos pechos pequeños y firmes y un culo que le llenaba los Levi's setenteros de tal manera que los hombres le silbaban incluso cuando estaba embarazada de nueve meses (describiéndola parezco igual

de subida de tono que ellos: ese es el efecto de Jemima). Después de seis semanas y tantas cintas que empecé a detestar las escenas que yo misma había escrito para ese personaje (buscando incluso en Londres, Toronto y Chicago), volví a lanzarme a la piscina con Jem (con el flotador de HBO).

—Y si te pusiéramos jornadas muy cortas, y un remolque adicional para que des ahí el pecho, y una niñera pagada. La serie en sí, si es que sale (que seguramente no), no se rodaría hasta dentro de un año. Esto son solo cinco días. ¿Tan complicados van a ser cinco días? Estaremos juntas.

Jemima llevaba tres semanas siendo madre y ya estaba empezando a ver que la cosa no iba solo de amor absoluto y pan casero. Eran ratos interminables de repetición exasperante, cacas y pis y pezones agrietados. Jem no tenía ni veinticinco años.

—Vale —me dijo, y se encogió de hombros—. Pero más te vale escribirme escenas de sexo buenas de verdad.

Zosia nos llegó en una cinta, solo unos días antes de que se nos acabara el plazo. Jenni la había visto en *Mad Men*, pidió una grabación suya y dijo: «Me encanta, qué niña más graciosa». Y en el vídeo que mandó estaba graciosa, sí, pero además lucía poderosa y sumamente guapa, con la espalda muy recta y el pelo color arena cayéndole sobre los hombros. Más adelante me contaría que le había dado miedo enviar la cinta porque estaba mala con la gripe y hasta arriba de medicamentos. Sin embargo, lo único que vi ahí fue a alguien que no se limitaba a interpretar una caricatura, sino que parecía estar invocándola, como si Zosia se hubiese enganchado a la vena de aquel personaje aún a medio hacer y la sangre no dejase de

fluir. Una gran parte de lo que Shoshanna terminó siendo se debe a esta profunda conexión, que ni la codeína logró diluir.

***

Los chicos de *Girls* no fueron tan difíciles de encontrar (ahora comprendo que el motivo más que probable fue que ellos no eran la clave; por lo tanto, podíamos probar cosas y ver qué pasaba). Christopher Abbott apareció en nuestra primera sesión de casting e hizo una audición tan graciosa y perfecta en su rareza que fue la primera persona seleccionada. Judd fue quien sugirió que le escribiéramos un papel a Alex Karpovsky, para hacer del tío algo más mayor y escéptico que pone de relieve lo absurdo del sistema de valores de las chicas. Lo elegimos basándonos en su destacado trabajo en *Tiny Furniture* —a Judd le encantan los hombres gruñones y graciosos— y le sorprendió mucho saber que no iba a tener que buscarse un sofá donde dormir durante el rodaje, sino que lo íbamos a alojar en un hotel de verdad.

Luego estaba el papel de Adam. En mi descripción del personaje, había escrito «un Taylor Kitsch» (soñar es gratis). Imaginaba a alguien de una belleza delicada, pero reconociblemente estadounidense, que hiciera sentir a Hannah que le había tocado la lotería solo por poder tocarlo y por tanto le consintiera cualquier clase de mal comportamiento, desde contagios de ETS hasta nalgadas (nada de lo que escribí fue tan oscuro como la realidad de lo que habíamos tenido el Adam de verdad y yo, así que siempre me impresionaba que a la gente le pareciese perturbador y sorprendente). En vista de mi petición de un doble de Tim Riggins,

cuando Adam Driver entró en la sala —todo orejas y nariz, larguirucho y patizambo, caminando desgarbado hacia la silla de la audición como un cadáver reanimado en una película muda—, me sentí… confusa. Intenté estrecharle la mano y él se limitó a gruñir.

«Espera y verás», me susurró Jen al notar mi leve alarma.

Adam prescindió de la charleta de cortesía y empezó con la escena incluso antes de que dijéramos acción. Sentada junto a él, lo observé transformarse, transmutarse, encenderse, convertirse en algo salvaje y, al mismo tiempo, muy consciente de lo que hacía. La primera vez que se rio —una carcajada aguda, como la llamada de apareamiento de una hiena—, casi me caigo de la silla. Cuando llegó un momento del guion que indicaba un abrazo poco entusiasta, me mordió el hombro en su lugar. Está todo grabado: yo, tratando de mantener la compostura y de no salirme del personaje mientras ese chico hacía su metamorfosis a medio hombre, medio bestia. No entendí qué estaba haciendo del todo pero tuve la sensación, poco frecuente, de que me encontraba ante alguien que acababa de empezar su ascenso, que (lo eligiese o no para el papel) iba a dejar de ser un secreto pronto. Si lo hubiera visto andando por la calle —la mirada gacha, las manos en los bolsillos—, no se me habría olvidado, no solo por su aspecto inusual, sino también por su manera de dominar el espacio, un truco extraño, dado que cuando no estaba actuando parecía querer fundirse con el suelo.

Al acabar la escena solo alcancé a pronunciar un débil: «Menuda locura que te llames Adam y que el personaje se llame Adam». Pero él ya había dicho todo lo que tenía que decir. Se marchó sin más.

Jen me explicó que Adam tenía una historia inusual: había sido militar antes de que lo admitiesen en la escuela de arte Juilliard y

llevaba un año haciendo teatro off-Broadway. «Pero no le digas nada de eso. No sé si le gusta hablar de ello», me dijo.

En su segunda audición, me dio mucha vergüenza percatarme de que esa mañana me había colgado al cuello (es probable que de forma subconsciente) las chapas de identificación de la Segunda Guerra Mundial de mi abuela, algo que no hacía casi nunca. Cuando Adam se sentó a mi lado para leer las nuevas escenas, alargó la mano y las tocó con una delicadeza sorprendente, asintió y empezó. Su segunda lectura no fue menos fascinante, y también noté cómo me ponía tensa y empezaba a implicarme como actriz de un modo que nunca antes había experimentado. Siempre había actuado con una naturalidad rayana en lo perezoso, pero Adam me obligaba a tomar decisiones nuevas, casi en estado de pánico. No solo quería tenerlo a él en la serie; también quería lo que sacaba de mí.

Al acabar el segundo pase de escenas se marchó con la misma poca cortesía con la que había entrado, y nos quedamos todos allí, sentados y estupefactos. Aquel día le mandamos la cinta de Adam a Judd, que se la enseñó a su mujer, Leslie, para confirmar que no estábamos locos.

«Ah», dijo Leslie. «Pero claro».

***

Habían montado unas oficinas temporales en los famosos Silvercup Studios de Queens, que antes que a nosotros habían acogido a *Sexo en Nueva York*. Ilene S. Landress, nuestra productora ejecutiva (conocida por *Los Soprano*, una mujer práctica y con poco margen para tonterías que me recordaba a alguna compañera de secundaria

de mi madre, ese tipo de gente capaz de poner firme a un contratista), se dispuso a formarme en los aspectos de la producción aún desconocidos para mí, que en realidad eran todos. Teniendo en cuenta que Ilene había trabajado con todo el mundo, desde David Chase hasta Martin Scorsese, se mostró sorprendentemente amable con mi virginidad. Cuando llegó el momento de entrevistar a los primeros ayudantes de dirección, tuve que llevarla a un lado y preguntarle:

—¿Y esa gente qué hace?

—Eso es lo primero que deberías preguntarles. Y ver si te gusta la respuesta —me dijo.

Entrevisté a tres primeros ayudantes de dirección: una lesbiana *cool* con corte despeinado, un tipo paternal con coleta y un gay ya mayor que hablaba sin tapujos sobre la antigua adicción al crack que casi acaba con su carrera y con sus dientes. Por supuestísimo, lo elegí a él.

La única concesión de HBO a mi estatus independiente fue permitirme incorporar a Jody, mi director de fotografía; lo metieron en el sindicato para que pudiera hacer el trabajo de forma legal. Jody y yo íbamos a dar ese salto juntos, y nos comprometimos a ser fieles a nuestra estética cinematográfica más allá de lo que nos echasen encima, a darle a la serie un estilo más Cassavetes que *Friends*.

En la puerta de mi despacho habían pegado un trozo de papel que ponía: LENA DUNHAM, GUIONISTA Y DIRECTORA, EL PROYECTO SIN TÍTULO DE LENA DUNHAM.

Al ver esas palabras ahí sentí una mezcla especial de orgullo y terror: hasta hacía muy poco no se me había pasado por la cabeza

que a las chicas de veinticuatro años no solían encargarles series; y si ocurría, no acababan actuando en ellas, dirigiéndolas y produciéndolas. Parte del trabajo se le daba a una persona experta, a un jefe, a una eminencia. Si aquello me salía mal, si me comportaba como una persona caprichosa o poco seria, no era solo mi futuro lo que se jugaba: tenía la conciencia suficiente para saber que todo paso adelante sería un paso para las mujeres de la humanidad, y todo paso atrás sería otra excusa para volver al *statu quo*. No lo dije en voz alta, pero lo asumí como un juramento; un juramento que (ahora me doy cuenta) he seguido manteniendo, que ha alimentado mi vergüenza ante todos mis fracasos, tropiezos y cagadas.

En el interior del despacho sin ventanas de Silvercup había una mesa plegable de plástico gris, un teléfono fijo con una guía que incluía las extensiones de mis compañeros, tacos de fotos de casting, planos arquitectónicos de los apartamentos que se estaban construyendo en los platós de abajo y páginas revisadas de nuestro guion. Era consciente de que alguien que conociese el proceso no perdería ni un segundo en nimiedades, pero yo muchas veces cerraba la puerta y no sabía lo que hacer. Me quedaba allí sentada a solas, y me preguntaba en qué invertiría el tiempo alguien con un cartel así en su puerta. Me aventuré a tomar cafés expresos, algo que siempre había vinculado a la gente adulta. Me compré una chaqueta de cuero y un pañuelo de cachemira para envolver mi constitución cada vez más delgada. De noche me quedaba dormida hecha un ovillo encima de las sábanas antes incluso de que mis padres llegaran a casa, de lo cansada que estaba de trabajar fingiendo saber de lo que iba todo.

***

Unas semanas antes de empezar a rodar, me desperté con una sensación de quemazón en la pelvis. Me notaba griposa y lenta, y al salir de mi habitación a las seis de la mañana me encontré a mi padre en la cocina. «Me pasa algo malo», le dije, y me acordé de la escena de *Mujercitas* en la que Beth se da cuenta de que se ha contagiado de escarlatina al agarrar en brazos al bebé de la familia pobre. Entonces, me caí en redondo.

Mis padres llamaron a mi tía Bonnie, una médica de urgencias rubia, inusualmente buena en situaciones de crisis y que tenía mano en todos los servicios de urgencias de Nueva York, como esa gente de Hollywood que consigue reservas en cualquier restaurante. Nos metió por la vía rápida entre la gente que abarrotaba el hospital Saint Vincent's, donde una residente me hizo una ecografía de vientre y me informó de que sufría una «colitis aguda». La doctora no estaba segura de si aquello era una cuestión puntual o el inicio de algo crónico. No le conté que me había dedicado a anular, o al menos atenuar, las señales de hambre de mi cuerpo a base de latas de bebidas energéticas y suplementos dietéticos, pero era consciente de que había estado tratando mi tracto digestivo como un desagüe obstruido que quisiera desatascar. Me recetó diez miligramos de morfina, unos antibióticos y una colonoscopia de seguimiento. Mi madre me llevó un sándwich de pavo y me puso su mano fresca en la frente, mientras murmuraba: «Mi niña, pobrecita», con un tono que no le había oído desde que era muy pequeña.

De vuelta en casa, abotargada por la morfina y con la fiebre remitiendo, pensé que no me había puesto en contacto con nadie del trabajo para decirles lo que pasaba. Preproducción no iba a esperar a nadie —mujeres tampoco— y justo cuando el miedo se apoderaba de mí y me preparaba para mirar mis mensajes (¿me castigarían?, ¿me despedirían?), sonó el teléfono de casa. Escuché a mi madre responder: «Hola, Jenni. Sí, está aquí. Estaba en el hospital. Colitis. VEINTICUATRO AÑOS TIENE Y LE VAN A HACER UNA COLONOSCOPIA. BIENVENIDA A HOLLYWOOD».

Unos días después, me tomé un tanque de limonada salada, me estuve cagando viva durante doce horas y luego mi madre y yo fuimos en taxi a la zona alta de Manhattan para mi colonoscopia. Recuerdo que me pidieron que me colocase en posición fetal, y luego despertarme y ver al médico (no mucho mayor que yo) pasarse por la zona de recuperación a darme una vuelta. Iba vestido de calle, con una mochila al hombro.

—¿HE DEJADO QUE UN TÍO CON UNA MOCHILA ME META UNA COSA POR EL CULO? CREÍ QUE ESTO ERA UNA CLÍNICA.

—Está sometida a mucha presión en estos momentos —se disculpó mi madre.

Más tarde me llevó a una cafetería para tomar una hamburguesa de pavo a secas. «Aún no has salido de la anestesia del todo. No deberías estar de pie y de acá para allá», me dijo, inusualmente preocupada. La preocupación solía ser territorio de mi padre, así que cuando venía de ella le prestaba especial atención.

Pero nos había surgido la oportunidad de ir a ver el hotel Carlyle, y si queríamos rodar allí teníamos que ir esa misma tarde a echar un vistazo. No cuestioné las prisas; quién era yo para cuestionar nada.

Ya les había dicho a mis compañeros lo que ocurría. Y ellos me habían dicho dónde debía estar y cuándo. Así que me subí a la furgoneta de localizaciones. Miré la ciudad pasar a toda velocidad; me pareció romántica y enorme, de un modo que solo percibes si estás de turismo o bajo una fuerte sedación.

En el Carlyle interpreté mi mejor papel. Asentía muy seria mientras observaba camas y puertas, acabados y muebles. La única concesión que tuve con mi estado fue que cada diez minutos me abría paso entre quien entorpeciese mi camino hacia el elegante baño más cercano, donde me aferraba a las paredes, respirando con dificultad, me adecentaba, me echaba agua helada en la cara y volvía a una habitación o a una sala en la que se suponía que yo estaba al mando.

En retrospectiva, aquella fue otra primera vez para mí: la primera vez que elegí obviar las ruidosas señales de mi cuerpo anteponiendo aquella cosa que tanto deseaba. Parecía que la industria del cine se componía de personas que ignoraban sus necesidades humanas básicas: sueño, tiempo con seres queridos, un horario predecible, dominio sobre lo que comían, adónde iban o cuándo meaban… Pero ¿quién podía culpar a esa gente, cuando la compensación era la oportunidad de hacer magia, de que te paguen por jugar a hacer de otros?

***

Judd me explicó que, antes de poder rodar, habría que hacer una lectura de guion. Yo había estado ya en la lectura para la película *Eternamente comprometidos*, en la oficina de Judd en Los Ángeles.

Aquello había sido de un glamour superior: Jason Segel y Emily Blunt haciendo reír como locos a decenas de guionistas de comedia. Al acabar hubo una conversación en la que la gente presentaba sus ideas. «Voy a lanzar un globo sonda», dijo Jason antes de exponer su concepto para una gran escena. Di por hecho que esa expresión se la había inventado él, así que incluso me eché a reír (al principio me pasaba mucho: un guionista de comedia utilizaba un término normal —por ejemplo, decir «llover sobre mojado» para referirse a hacer una broma sobre otra— y yo presuponía que era un genio, que lo había creado sobre la marcha).

Me dijeron que invitase a cualquier persona que creyera que podía tener algo valioso que decir, pero a mí no se me ocurría nadie aparte de mis padres y Noah Baumbach, con quien solo había coincidido en una comida. Todos declinaron la invitación, aunque Noah me llamó la noche antes y me dijo: «Mi única aportación es que no tienes por qué escuchar a nadie». *Qué fácil para ti decir eso*, recuerdo haber pensado. Yo no tenía mucha experiencia, pero ya era muy consciente de que, más allá de nuestro trabajo en sí, las mujeres debemos cumplir con la tarea emocional de que al menos parezca que escuchamos a todo el mundo. En cualquier caso, ahora sé que Noah me estaba haciendo un pequeño regalo, una semilla de resistencia necesaria para sobrevivir al análisis y desmontaje ajeno de tu trabajo.

Colocaron una mesa larga en un estudio de sonido vacío de Silvercup. Allison llegó con cuarenta minutos de antelación y estuvimos caminando nerviosas por la sala, comiéndonos la fruta que había y dándonos apoyo como dos universitarias compañeras de sororidad a la espera de que llegaran los chicos de la fraternidad a

nuestra fiesta. Adam entró cinco minutos antes de la hora, se fue directo a su asiento y abrió su guion para hacer ver que no estaba allí para hacer amigos. Conocí a Zosia en persona por primera vez; llegó recién aterrizada, con un jersey de cachemira *oversize*, el pelo largo casi por el culo, y una relajación californiana muy alejada de la Shoshanna que había ofrecido en su cinta. Jemima apareció treinta minutos tarde, después de mandarme un mensaje tras otro, con una puntuación cada vez más agresiva, para decirme que su taxi estaba atrapado en el tráfico, como si de algún modo fuese culpa mía.

Leímos el guion. El público, en su mayoría guionistas de comedia que yo no conocía, se rio de una manera generosa pero no excesiva, educada pero no divertida. Las palabras que había escrito, que con tanta facilidad habían fluido y con tanta precisión habían aterrizado a solas en mi dormitorio, resultaban en muchos momentos torpes y disonantes. Al acabar me paseé por la sala, tratando de discernir lo que pudiese de Judd, de Jenni o de nuestros ejecutivos, que charlaban sobre noticias de la industria del espectáculo desconocidas para mí y me sonreían con el entusiasmo de unos padres al término de un concierto del coro escolar, en plan «bien hecho».

Unas horas después, Judd me mandó un email que me pareció el más ominoso que había recibido en mi vida: «Creo que hay mucho trabajo que hacer». Yo había editado cada página, estudiado con minuciosidad hasta la última coma, y aun así (incluso con un grupo dotado de actores, todos alineados detrás de las plaquitas oficiales con sus nombres), momentos que en mi fuero interno pensaba que alzarían el vuelo y sin duda sorprenderían se cayeron de boca. Judd nos convocó a Jenni y a mí a una suite en el Trump SoHo (eran tiempos muy distintos) para echar dos días de trabajo intensivo.

Sin embargo, lo que al principio me generó la misma sensación que cuando te apartan de la fila en el control de seguridad del aeropuerto acabó siendo el momento en el que me enamoré de la guionización para televisión. Tirados en unos sofás, comiendo hamburguesas, patatas fritas, minipizzas y crudités, reflexionamos sobre lo que le faltaba al piloto: un instante que sacudiera a Hannah lo bastante como para lanzarla a una nueva vida. En aquel tiempo, el piloto giraba en torno a la degradación de Hannah en su puesto de becaria, su triste no relación con Adam y una caótica vieja amiga, Jessa, que regresaba a la ciudad en circunstancias misteriosas. Pero no había ningún cambio, ningún giro, nada que planteara la tesis de la serie: que te ves lanzada a empellones a la vida adulta mucho antes de saber cómo vivirla.

No recuerdo cómo llegamos a la idea de que los padres de Hannah le cortaran el grifo, solo que de repente era «la» idea. A los tres nos hacía gracia lo absurdo de intentar convencer a tus padres de que apuesten una vez más por tu grandeza y darte cuenta de que ellos ya saben, más allá de todo género de duda, que no vas a alcanzar esa grandeza nunca, o al menos no si no te dan una patada en el culo. Tiré de algunos de los momentos en los que mis padres se habían hartado de mí; recordé una noche en la que Sara nos sirvió un té de adormidera en su apartamento, junto al acceso al puente de Williamsburg, y acabé tan colocada y tan mala que me fui a casa y les pedí a mis padres que por favor me quitaran el vestido cortándomelo con unas tijeras (se negaron). Hannah, pensé, podía colocarse con opiáceos legales disponibles en un mercado de flores y decirles a sus padres que era la voz de una generación (la idea más

estúpida que puedes tener de ti misma, aunque normal si alguna vez has cursado Introducción a la Poesía *Beat*).

«O "una" voz. De una generación», intervino Jenni.

Al término de esos dos días teníamos un piloto que vibraba con una energía fresca. Pasé de creer en la idea de mi padre de que los grandes artistas trabajan en soledad y en la insistencia de Noah Baumbach de obviar las opiniones de otros a creer que podía haber gente que entendiese mi visión de las cosas incluso mejor que yo. Tumbada en la cama, leía y releía las páginas nuevas, aunque en realidad lo que hacía era revivir la sensación de armonía que había sentido en aquella habitación. Quizá alguna gente hubiese sentido eso mismo con sus amistades de secundaria, o con el grupo de improvisación de teatro en la universidad o con su primer amor. Yo solo había vislumbrado una conexión así en la seguridad de mi núcleo familiar. Pensé entonces que aquella era una nueva clase de familia, una que yo había elegido y que a su vez me había elegido a mí.

***

En la primera escena que rodamos para el piloto salían Marnie y Hannah despertándose en la cama juntas, en el apartamento que compartían en Greenpoint. El chiste, según el guion, estaba en que la cámara hacía una panorámica subiendo por las piernas de ambas, acurrucadas como amantes, y terminaba mostrando a dos mejores amigas con unos pijamas andrajosos; la más guapa roncaba con el retenedor encajado en la boca, llena de babas.

Hasta que no pasé por maquillaje y peluquería y llegué al plató (una aproximación perfecta a un piso compartido cutre, atestado y lleno de intentos kitsch de autoafirmación), no caí en que nunca en mi vida había actuado delante de más de cinco personas, y no estaba segura de poder hacerlo. Al mirar a mi alrededor, vi a decenas de espectadores, en su mayoría hombres bastante mayores que yo, charlando relajadamente sobre antiguos trabajos, comiendo dónuts, listos para desplegar sus conocimientos técnicos. Muchos no estaban allí porque pensaran que yo tenía una visión especial, sino porque cobraban lo dictado por el sindicato. A mí no me acompañaba ningún grupo de animadores (al menos aún no, aunque con el paso de los años muchos de esos tipos se convertirían en una especie de rudos hermanos mayores para mí). Yo no era más que otra actriz en su primer día, a punto de alzar el vuelo o de estrellarme. Tuve la clarísima sensación de ir camino de la guillotina. ¿Cómo es que María Antonieta no se había desmayado mientras se dirigía al patíbulo? (De hecho, lo que hizo María Antonieta fue decir «Disculpe, señor, no lo he hecho a propósito», después de pisarle el pie al verdugo). ¿Qué iba a decir yo si se me olvidaban mis frases, perdía los nervios, estallaba?

«Disculpe, señor, no lo he hecho a propósito».

Por eso me puse eufórica cuando sonaron tres timbres: una alarma antiincendios, pensé aliviada. Salvada por la campana, literalmente.

Pero mi ayudante de dirección me explicó de inmediato que esos tres timbres no eran ninguna señal de que hubiese que evacuar Silvercup con urgencia, sino el sonido que indicaba que todo el mundo debía callarse para iniciar el rodaje. Se rio y añadió: «No

pasa nada, cariño, tienes muchos intentos. No estamos en el teatro».

Llegado ese punto, Allison y yo habíamos pasado suficiente tiempo juntas para que me pareciese una persona a la que podía recurrir en busca de consuelo. Y a su propio modo de rubia ambiciosa, ella también estaba asustada. Sin embargo, cuando nos miramos supimos invocar una intimidad y una dulzura que nos permitieron sentir que, de algún modo, estábamos allí solas. Me di cuenta de que una gran parte de actuar consistía en eso: ser capaz de crear un espacio tranquilo y delicado en el que una sala llena de espectadores se desvanece y tú existes en otro mundo, un mundo mejor, un mundo en el que conoces de antemano el desenlace de las cosas.

En la tercera toma nos habíamos relajado lo suficiente para improvisar y —una vez que se impuso el entusiasmo— salté sobre ella, me puse a horcajadas y le cubrí la cara de besos de buenos días. Sin embargo, mi movimiento hizo que la cama que teníamos debajo se hundiera. Aún no entendía que en un plató todo es magia cinematográfica, que parece real pero está montado para que dure días, no años, para imitar la vida, no soportarla.

Durante un momento sentí una vergüenza enorme y recordé aquella vez que, con catorce o quince años, me lancé a la cama de un chico muy mono en un despliegue de flirteo relajado, la cama se vino abajo y él me dijo: «Muy bien, peso pesado».

Pero nadie movió ni un músculo. Se limitaron a llamar a los de dirección de arte de apoyo. Allí había chicos para todo.

***

Para prepararme para mi primera escena de sexo, imaginé que necesitaría una depilación tipo biquini. No terminaba de hacerme una idea de lo que iba a captar la cámara, pero sabía que no quería que Adam —un hombre cuya mera presencia me sonrojaba— vislumbrara ni un solo indicio de mata descarriada. El tipo de mujer que era responsable de una serie, que escribía escenas de sexo que además debía dirigir y controlar, era el tipo de mujer cuya línea de biquini estaba suave como una foca. Pero seca. Pero no escamada. Yo quería un pubis delicado, húmedo, seco, sin escamas, sin un solo rastro de que alguna vez hubiese tenido vello, que no pareciese infantil pero tampoco rollizo. ¿Era eso demasiado pedir para una esteticista con una camiseta enjoyada que ponía NO ME ODIES POR SER GUAPA, ÓDIAME POR GUSTARLE A TU NOVIO?

Rodábamos en el centro de Manhattan y producción consiguió, no sé cómo, que la chica de la cera viniese a mi remolque. Allí, en el sofá marrón con manchas, con las contraventanas cerradas a la calle Cincuenta y cuatro, Svetlana me arrancó todos los vellos púbicos que había tenido en mi vida y algunos de los que nunca había sido consciente. Fue mi primera depilación brasileña, algo que chocaba en bloque con mi ideología y resultó que también con mi piel, sumamente sensible: me salió una erupción que tuvo el efecto opuesto al que yo esperaba y que dio lugar a un pubis grumoso, rosáceo, que se despellejaba y había que tratar cada dos por tres con aloe, solo para poder sentarme.

La mañana de la escena de sexo me desperté mala de la ansiedad. Deseé tener a alguien a quien culpar, ante quien quejarme, un señor productor pervertido que me estuviera imponiendo esa humillación. Pero, tal y como ocurriría en repetidas

ocasiones a lo largo de los años siguientes, la única persona que me instaba a adoptar esas posiciones absurdas (desde atrás, desde arriba, desde la izquierda) era yo misma. Aunque había grabado escenas de sexo antes, dada la intimidad del equipo —y nuestra falta de conocimiento sobre cuestiones como la puesta en escena o el protocolo profesional—, todas habían consistido más bien en morreos que se alargaban delante de la pantalla con limitaciones preestablecidas; el rollo era bastante «los genitales no se tocan y nos olvidamos rápido de que esto ha pasado».

Pese a que estábamos en una época previa a los coordinadores de intimidad, mi firme intención era que las escenas de sexo fuesen seguras y profesionales, más por las otras chicas que por mí (yo ya estaba inflamada y escocida, así que la cosa solo podía ir a mejor). Envueltos en nuestros albornoces, Adam y yo ensayamos la puesta en escena muy diligentes mientras se la iba repasando como si le estuviera cantando una rutina de animadoras: «Beso de tres tiempos, me das la vuelta en tres, tu cara sobre la mía en dos tiempos, luego me das la vuelta otra vez en dos y corten». Adam asentía, como un carpintero al que le estuvieran dando unas medidas. «Ajá. Vale. Ajá».

Era nuestra primera escena juntos y no habíamos hablado mucho, salvo un día que lo llevé a almorzar sushi tras una sesión matinal de la obra de Broadway que estaba haciendo, en la que interpretaba a un canalla victoriano con chaqueta de montar. En esa ocasión le di algo de contexto sobre su personaje en *Girls*, que incluía un CD grabado con una recopilación de canciones que me recordaban a la época de mi vida en la que se basaba lo que había escrito. Su

máxima aportación fue: «Creo que a él le gusta Hannah, pero en cuanto ella se va, la olvida». Eso también valía.

Una amable encargada de vestuario entró en mi camerino para ayudarme a colocarme un protector de desnudo sobre la vulva ya expuesta (más o menos tapó los desperfectos). Era una especie de tanga sin cinturilla que iba desde la parte superior del hueso púbico hasta el coxis y se sujetaba gracias a un adhesivo muy ligero y a alguna que otra oración. Ahí fue cuando la encargada me hizo una pregunta que aún me atormenta: «¿Quieres un parche para el culo?».

Mientras nos preparábamos para rodar, intenté hacerle una broma a Adam (algo sobre lo absurdo de imitar el acto sexual delante de un puñado de tíos que parecían una cuadrilla de obreros), pero en vez de escucharme empezó a hacer flexiones encima de mí. Cuando llegó el momento de decir «acción», respiré hondo como si estuviese a punto de sumergirme a gran profundidad. Si bien Adam se había mostrado apagado durante los ensayos, en ese instante lo vi centrado, como si la escena de sexo fuese una misión que completar con el brío de una instrucción militar básica. Como había ocurrido en su audición, cuando se metía en un papel era un hombre poseído. Cada dos por tres soltaba obscenidades improvisadas, en apariencia espontáneas. Y aquí ocurrió lo mismo: toda mi cuidadosa planificación saltó por los aires mientras Adam me lanzaba de acá para allá. Estaba siendo todo tan realista que en parte tenía miedo de darme la vuelta y verme de repente en una peli porno de los setenta con penetración completa, pero después de unos empujones simulados grité «corten».

Aturdida, me quedé sin habla durante un momento; no sabía muy bien qué acababa de pasar. ¿Había perdido la autoridad como directora, había permitido que la escena se fuese de madre, no había dado las instrucciones adecuadas? ¿Me retirarían de mi puesto de inmediato? No es que me sintiera violada, aunque en tal caso tampoco lo habría sabido, dado que había poca cosa que no hubiese consentido en mi vida sexual, y sin cobrar. Sin embargo, sí tenía la impresión de que algo íntimo, confuso y primario había quedado expuesto en un escenario que debía estar bajo mi control.

Entonces lo escuché: una risa alborotada. Aplausos. En el combo estaban todos encantados, con la boca abierta, confundidos y emocionados tras ver algo que resultaba ignoto en la pantalla. Miré a Adam y asentí. Él me respondió igual. Fue en ese momento cuando llegamos a un acuerdo tácito: haríamos lo necesario para que esas escenas fuesen sorprendentes, reales, para que vibrasen. Uno y otro confiaríamos en que ninguno abusaría de ningún privilegio. Fue una de esas escasas situaciones en las que, a falta de límites, existía seguridad. Él se fiaba de que yo escribiese escenas que no fueran gratuitas, que tuviesen algo que decir, y yo me fiaba de que él probase cosas nuevas, a sabiendas de que ciertas líneas no iban a cruzarse y otras sí, pero por el bien de nuestro trabajo.

Un pajarito me había dicho que ese día Adam cumplía veintisiete años, así que habíamos pensado darle una sorpresa al final de la escena y llevarle una tarta. Cuando terminamos la última toma me retiré al camerino, me quité el protector de desnudo y el parche del culo, me vestí y le dije que volviera al plató porque teníamos una sorpresa. Sin embargo, antes de que pudiéramos encender las velas, me dijeron que se había ido por una puerta trasera.

Más tarde su agente llamó a Ilene para transmitirle un consejo muy en serio: «Nunca volváis a intentar darle ninguna sorpresa».

***

Al término de los cinco días de rodaje había pasado de pensar: *Seguro que esto no llega a ninguna parte, pero menuda experiencia, ¡un vistazo tras el telón!*, a decirme: *Como esta serie no salga, mi vida se acaba. Es la única receta de mi felicidad* (al parecer, no sé cómo, podías convertirte en una persona distinta en el transcurso de una semana laboral). No era una cuestión de éxito, ni de percepciones, sino de que no recordaba haber sido más feliz en mi vida, haberme sentido más esperanzada, útil o conectada con mi cuerpo. Así, entre otras formas, es como Hollywood te atrapa: cuando cumplir con tu trabajo te sienta tan bien, haces lo que sea por seguir; es un poco como las drogas: no lo abandonas aunque empiece a perjudicarte.

Quería pasar el resto de mi vida con unos auriculares puestos, mirando un monitor, sentada en un cajón de cámara, charlando en peluquería y maquillaje, ir corriendo a la máquina de café a por agua caliente y que me interceptaran con alguna pregunta.

Un día mi padre vino al rodaje mientras yo dirigía a Jemima en una calle de Chinatown. Era una escena sencilla: Jessa salía de un taxi y llamaba al timbre de una puerta. Sin embargo, al ver todo aquello —la calle cerrada, atestada con nuestros remolques, yo corriendo hacia Jemima con pequeñas indicaciones, nuestro corrillo entre susurros, nuestras sonrisas—, su estoicismo casi perpetuo quedó en un mar de lágrimas.

«Todo este dinero, todo este equipo, y aquí estáis las dos, haciendo lo que lleváis haciendo juntas desde que erais pequeñas: jugar a fingir ser otras».

Capítulo cuatro

La basura de un hombre

Tras acabar el rodaje del piloto de *Girls*, me subieron directamente a un avión para ir a montarlo («Guau, viajo en primera clase, muchas gracias», dijo ella). Esa vez me alojaron en una suite minimalista con vistas al mar en Santa Mónica.

Durante un mes viví entre la habitación, todo brillo *art déco* y ventanales panorámicos, y la isla de edición, que olía a *noodles* de bote y parecía la sede central de una distribuidora de material de oficina. No había hecho más que entregar el piloto acabado —habían pasado horas, no días— cuando recibí la llamada en la que me dijeron que nos habían dado vía libre para la serie: había estado cuatro semanas montándolo, trabajando con un profesional cuyo nivel de precisión era nuevo para mí, y veinticuatro horas después de mandarlo (preparada para pasarme unas vacaciones angustiada con el «será que sí, será que no») me llamó Mike Lombardo, presidente de programación en HBO. «Vamos a hacerla», me dijo, antes incluso de que pudiéramos intercambiar los típicos cumplidos.

Después de eso no escuché nada más, pero de inmediato tuve una llamada con Jenni y Judd, los dos juntos. «Nunca más va a salir todo tan rodado», dijo Judd, una ocurrencia muy oportuna que no supe interpretar como advertencia por parte del hombre que, como

todo el mundo sabía, había sufrido una lesión de espalda a causa de su batalla con la cadena por *Instituto McKinley*, lesión que lo obligó a supervisar dicha serie tumbado bocabajo.

El plan avanzaba muy rápido. Para llegar a las fechas de rodaje del verano, teníamos que empezar a escribir los demás episodios de inmediato. Yo ya había acabado cuatro, y para los seis restantes nos reuniríamos en una sala de guionistas de Los Ángeles (la serie se desarrollaba en Nueva York, sí, pero Jenni y Judd eran personas adultas con niños a su cargo, y yo era una cría más que viajaba con su juguete de peluche metido en la maleta, literalmente).

***

Estaba segura de que todas las chicas se emocionarían con la posibilidad de hacer la serie. Lo de Adam no lo tenía tan claro. Cuanto más lo conocía, menos lo entendía. Era imposible pillarlo, no se podía analizar su comportamiento para detectar tendencias.

Una noche, tarde, después de tomar algo en el Nancy Whiskey, quedó más claro que el agua que le gustaba que así fuera.

A esas alturas había luz verde para hacer la serie y yo llevaba en torno a una semana de vuelta en la ciudad, haciendo el equipaje para los meses que pasaría en la sala de guionistas de Los Ángeles. Adam se ofreció a acompañarme a casa, y no sé por qué le pregunté si le apetecía ver el piloto que habíamos hecho.

En el ordenador del estudio de mi madre (con el volumen bajo y mis padres durmiendo arriba), puse el capítulo. Yo ya lo había visto decenas de veces, así que estuve mirando a Adam, no la pantalla. Me esforcé por discernir algún estado de ánimo, una sensación, una

predisposición que indicase que estaba emocionado, entretenido, orgulloso, pero cuando empezaron los créditos se levantó y se largó dando un portazo.

Un ardor de pánico me nació en el pecho. Adam odiaba el piloto. Le espantaba verse implicado en eso. Creía que lo que habíamos hecho era una cosa grosera y alarmante que merecía estar prohibida en los cincuenta estados y en los otros dieciséis territorios estadounidenses. ¿Un hombre bueno, con buenos valores, había acabado metido en algo así? O tal vez le parecía malo y punto; una ridiculez hecha por una ridícula. No supe lo que pensaba Adam en realidad, porque no respondió a ninguna de mis llamadas de las tres semanas siguientes.

Tras el incidente del visionado del piloto, hice algunas indagaciones más para intentar comprender a esa persona incognoscible que, con el poder puro y duro de su silencio, me había forzado a compartir tantas cosas sobre mí misma en taburetes de todo Nueva York. Adam tenía una novia de muchos años, una chica rubia que habría encajado a las mil maravillas en un camarote de primera clase del *Titanic* y también en un concurso de modelos de un centro comercial de pueblo.

Así, cuando sonó el teléfono a las siete de la mañana en Los Ángeles y vi que era Adam, respondí con la certeza de que al fin llamaba para suplicarme que lo librase de su contrato.

—Dunham —me dijo en tono informal, como si hubiéramos hablado el día antes—. Solo llamaba para saludar.

—Ah… Pues estoy en California. En la cama de un hombre —susurré.

—¿Y todo bien ahí?

—¿En California o en esta cama?

—En los dos sitios. Donde sea.

—Me preocupaba no volver a saber nada de ti.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Te fuiste tan rápido después de ver el piloto, que…

—Ah, eso. Es que no me gusta verme, me trastorna la cabeza. Pero, bueno, ¿cuándo vuelves?

Cuando Adam y yo estábamos a solas, hablaba conmigo de forma distinta a cuando había más gente. Me contó lo que el trabajo significaba para él y me insinuó lo que significaba yo. Eso me gustó. Me gustaban aún más los cumplidos ocasionales que le dedicaba a mi cuerpo, siempre lanzados a una velocidad encantadora mientras se marchaba tras una jornada larga. Por lo general incapaz de no revelar mis secretos (me salían sin querer, como a una madre emocionada, expectante, a la que le quemase un test de embarazo en el bolsillo), ese me lo callé. Lo quería todo para mí, o al menos la ficción de mantener el control y la dignidad, de parecer estar en la cima de mis poderes artísticos, y también los placeres básicos de que me desearan por mi cuerpo más que por mi cerebro. Me daba la sensación de que incluso los hombres que se limitaban a follar conmigo lo hacían porque era graciosa, porque sabían que en un momento crucial podía soltar algo interesante. Y me parecía perfecto imaginar que, mientras le explicaba mis ideas al equipo, Adam ignoraba mis palabras para fijarse en mi culo.

***

Recibí un cheque de sesenta mil dólares por escribir el piloto de *Girls*. Tengo una foto en la que salgo sosteniéndolo delante de mi cara, lloriqueando. No era solo el dinero, una suma de las que cambian la vida y que me permitiría empezar de cero fuera de la casa de mis padres, y además comprarme unos conjuntos muy muy subiditos; era además la convicción, experimentada por primera vez en la vida, de que no siempre iba a ser dependiente.

Había asimilado la sensación (normal para cualquier persona a la que hayan etiquetado de cosas como «estudiante con necesidades especiales», «problemática» o «niña con dificultades») de que a lo mejor dependía de otras personas para siempre, de que sería incapaz de hacer lo que a otra gente le salía con tanta facilidad. Al igual que Hannah, mi homóloga en la ficción, me habían diagnosticado TOC de muy pequeña. Los síntomas empezaron cuando tenía siete años y durante un tiempo fueron fantasmas ilusorios instalados en el fondo de mi mente, pero luego empezaron a avanzar hasta llegar al centro y conformar todos mis movimientos.

Durante la secundaria y el bachillerato, mi salud mental había ido absorbiendo cada vez más oxígeno en nuestra casa. Desde luego el TOC es una enfermedad que envuelve a la familia entera, dado que quien lo sufre amarra a todas las personas que quiere con sus obsesiones y compulsiones, comprueba las cosas una y otra vez, y exige certezas que nadie puede dar. Mis padres invertían lo que parecía ser una cantidad considerable de su tiempo libre en llevarme a psiquiatras y a especialistas conductuales, a médicos que gestionaran los efectos secundarios de la medicación, por no mencionar a la ginecóloga que trataba mi complicada menstruación (que cubría la casa con el hongo nuclear de mi humor huraño y

profunda incomodidad física) y que me recetaba fármacos que me provocaban sueño y hambre, me hinchaban y me secaban la piel. Los anticonceptivos me ayudaban con el dolor, pero me dejaban tan deprimida y ansiosa que apenas podía abandonar el sofá. Me daba miedo quedarme a dormir en casas ajenas. Me daba miedo comerme la comida de otra gente. Siempre estaba confesando pecados extraños que en realidad no había cometido («Perdóname, Padre, porque he deseado a la mujer de otro… ¡Si ni siquiera me gustan las tías!»).

Una vez, con quince años, escuché a mi madre hablar con una amiga en el salón, con el manos libres. Cuando salía el tema de mi salud mental, mi madre siempre se mostraba animada y confiada, y soltaba su lema favorito: «Se pasará, como todo».

—No sé cómo lo hacéis —dijo su amiga—. Será un milagro que sobreviva cuando se vaya de casa.

A favor de mi madre, diré que no entró al trapo.

—A mí me parece una niña maravillosa —respondió, y luego añadió, como quien no quiere la cosa—: La verdad es que para mí lo problemático sería una vida sexual tan intensa como la que lleva tu hija.

Para eso ha servido la vena rebelde de mi madre: para defender con cabezonería incluso mis comportamientos más extraños (hace poco me dijo: «La única vez que me asustaste fue cuando llevaste al colegio esos calcetines horribles hasta la rodilla, con unas coletas y una mochila minina. Ahí pensé: "Vaya puñetero desastre"»).

Al parecer, mi núcleo familiar iba a ser el único espacio en el que me sentiría de verdad a salvo y comprendida, y luego mis padres morirían, y yo tendría cincuenta y tantos años y viviría con los

Manolos sin tacón de mi madre, comprados de rebaja y ya gastados, como en un museo instalado en su honor.

Pero no, después de todo iba a conseguir salir, y lo primero que necesitaba era un apartamento.

Por entonces, Jemima vivía ya con su joven familia en Brooklyn Heights, el barrio donde habíamos hecho el bachillerato, y me dijo que era perfecto para mí; al fin y al cabo, allí todo el mundo tenía cien años, así que no me sentiría presionada para vestir bien ni para salir de fiesta. «Además, es un sitio sorprendente para llevar a un ligue de una noche —añadió—. Es muy chic ponerte en plan: "Ven a mi casa, vivo entre veteranos de la Primera Guerra Mundial"».

Jemima emprendió la tarea de buscarme casa como si fuera un juramento sagrado: repasó listados por internet, llamó a inmobiliarias de la zona e incluso marcó anuncios en un periódico de los de antes con un rotulador rojo. Siempre le había encantado aprovechar la oportunidad de gestionar los recursos de los demás de formas nada prácticas. Estuvimos una tarde de marzo paseando con su criatura de seis meses envuelta como un fardo; pasamos por todos los clásicos de nuestra época de bachillerato (la tienda de animales donde trabajé a cambio de comida para mi conejo; el videoclub donde estuve de ayudante justo un mes y Jemima venía a colocar conmigo las películas porno en las estanterías; la pizzería Monty Q's donde ella se dormía con la cabeza en mi regazo durante el almuerzo) mientras comprobábamos lo que se podía hacer allí con mil doscientos dólares.

El primer sitio que vimos fue un estudio en un edificio de lujo con portero, aunque sin cocina, solo una repisa pequeña para una cafetera y una triste ventana con vistas a un patio de luces, como un

cuadro de Edward Hopper: todo iluminación gris y ángulos duros en torno a la cama solitaria. En el siguiente, pillamos a la pareja que lo seguía ocupando aún dormida en el hueco junto al salón, a las cuatro de la tarde, y en el tejado de asfalto que quedaba al otro lado de su ventana había un grupo de amigos suyos fumando porros y comiendo queso, pese a los cuatro grados de temperatura. Me planteé qué clase de vida quería de verdad, y elegir el apartamento correcto me parecía la clave para conseguirla.

En nuestro tercer intento, subimos a pata tres tramos de escaleras hasta un piso de un dormitorio al final de un pasillo largo con moqueta que olía de manera inconfundible a pis de gato. La altura de los techos era mayor que la anchura de las habitaciones. Había un saloncito de forma extraña con una chimenea estropeada. El dormitorio, al fondo, tenía un radiador que silbaba bajo un alféizar de madera contrachapada. La cocina era solo un frigorífico mohoso embutido de cualquier manera junto a un horno avejentado, y daba paso a un baño con la alcachofa de la ducha rota (pero ¡había una bañera con patas de garra!). Pese a las proporciones alarmantes, a los muebles espantosos y al olor tremebundo, aquel lugar tenía cierto glamour, a lo *Desayuno con diamantes*, como si la chica más triste de la fiesta viviese ahí sola con un estante de ropa y un gato asilvestrado. Y luego estaban las vistas: los mejores jardines de la ciudad, cuidados y alineados hasta donde alcanzaban los ojos. Más allá de los patios, tenía un acceso visual íntimo a grandiosos salones con lámparas de araña y molduras de techo. Sabía que si mi madre veía aquel sitio iba a intentar ingresarme para impedir que firmara el contrato de alquiler, así que fuimos corriendo a la oficina de la inmobiliaria y le entregamos a un señor jasídico (que se negó a

decirnos su nombre) un cheque cumplimentado a mano, que el señor inspeccionó mientras me inspeccionaba también a mí.

«Vuelve mañana cuando esté cobrado y podrás llevarte las llaves». Celebramos nuestra gran victoria con una parada en una tienda de señoras de Montague Street y nos compramos unas orejeras.

Me negué a dejar que mis padres viesen el apartamento, no hablemos ya de ayudarme a decorarlo. Daba igual que nunca hubiera usado un metro en mi vida, o que ellos tuviesen un don para el interiorismo y un trastero lleno de cosas útiles (mi hermano fue lo bastante avispado como para aprovechar ese botín y, como resultado, sus primeras casas fueron facsímiles chapuceros y encantadores del salón de nuestra infancia reubicados en Providence, Rhode Island y luego en el este de Los Ángeles).

Pero sin su ayuda fui una completa inútil. Compré un puñado de muebles de Ikea que no cabían en las habitaciones porque no se me ocurrió medir nada. Tardé meses en terminar de mudarme, aunque la mayoría de las tardes salía de casa de mis padres y me iba allí a hacer llamadas entre las cajas, tumbada en el suelo de parqué.

Cuando por fin me mudé, me deleité con aquella sensación de soledad y destierro. De noche tenía la ligera impresión de echarme a dormir en un mercadillo desconocido en el que parecían estar vendiéndose todas mis cosas. Sin embargo, por la mañana, al despertarme con el sol brillando sobre aquellos jardines (o incluso con la lluvia que se filtraba por las ventanas chapuceras y creaba charcos en el alféizar improvisado), me daba la sensación de que mi vida podía ir hacia cualquier parte, de que ya había echado a andar,

tan rápido que sentía nostalgia de una época en la que ese apartamento sería ya una historia que le contase a la gente.

Debajo vivía un saxofonista, el culpable del olor a arena de gato. Arriba había un hombre que se pasaba las noches bailando al ritmo de *Runaround Sue* y hacía tanto ruido que me veía obligada a aporrear el techo con un cepillo como si fuera yo Jack Lemmon o algo. Una de esas noches, cuando ni siquiera así logré que se callara, subí en bóxer y sujetador de deporte a pedirle que parase. Me encontré la puerta entreabierta y a él atado a una silla, en calzoncillos, riéndose como una niña chica. A su alrededor bailaba una joven australiana con una melena lustrosa de pelo degradado que lo amenazaba con un cinturón mientras él se reía y ella gruñía: «¡Nooouuu, quieto parado!».

«Perdón —dijo él, al parecer contrito de verdad—. ¿Estamos haciendo mucho ruido?».

Dato banal de cine independiente: la escena final de *Frances Ha* se rodó en ese edificio, en mi apartamento. Al contrario que en mi caso, ahí es donde aterriza el personaje después de todas sus idas y venidas de veinteañera, no antes. Va a poner su nombre en la ventanita del buzón y, como Frances Halladay no cabe, lo condensa en el Frances Ha del título. Destaca menos otro momento breve pero encantador en el que Frances coloca sus cosas en mi pequeño escritorio blanco y mira por la ventana, a los mismos jardines que me hicieron sentir que debía vivir allí. La escena capta con precisión cómo fueron para mí aquel invierno, aquella primavera y la mitad de aquel verano, cuando yo era la chica del apartamento espantosísimo que no sabía hacia dónde se dirigía, pero que era demasiado cándida para pensar en otra dirección que no fuera hacia arriba.

***

La noche antes de empezar a rodar la primera temporada de *Girls* me tumbé en la cama de mi nuevo apartamento, con las paredes pintadas de cualquier manera y empapeladas por un músico callejero que acababa de dejar preñada a la hermana de Jemima, y traté de imaginar lo que se me venía encima. En la preproducción me había mostrado ultrasegura, como el típico tío que va puesto de coca en cualquier fiesta y tiene la certeza absoluta de que todas sus ideas son meritorias. Pero de repente se me vino a la cabeza una pila de posibles calamidades: olvidarme de las frases, olvidarme la lista de tomas, olvidarme de ser guapa, divertida, lista o buena.

Entonces empecé a preocuparme por si me quedaba dormida, un miedo que de niña había sido un problema real, hasta tal punto que mi madre se inventó un dato científico para calmarme: «Cerrar los ojos te aporta el mismo descanso que dormir». Desde que me lo dijo la primera vez, tardé veinte años en plantearme pensar que aquello era una tontería enorme y sin sentido. Si cerraba los ojos no estaría durmiendo. El sueño es la base de la salud mental. ¿Y cómo se me iba a dar el día siguiente si no dormía nada? Por no hablar de los cuatro próximos meses.

De pronto me acordé de las pastillas, intactas en la bolsa de mis medicinas: clonazepam, recetado en mi época de bachillerato para cuando el TOC me dejaba paralizada, y luego otra vez en la universidad, poco después de que me violasen en una fiesta y volviera a casa inconsolable e inusualmente callada. Debía usarlo para ocasiones de ansiedad extrema. Me lo tomaba raras veces, si es que lo hacía (en aquella época, las drogas solo las consumía cuando

quería impresionar a alguien), pero si había un momento oportuno, aquel parecía serlo. Un pequeño batallón de gente dependía de que yo me presentase llena de energía y de ímpetu, así que me tomé una pastilla y me tumbé sobre mi colcha de Urban Outfitters. Dejé que pasara una hora. Nada. En cierto modo el sueño parecía aún más lejano. Así que me tomé otra.

Lo siguiente que recuerdo es estar tumbada bocabajo en la bañera oxidada, en ocho centímetros de agua templada. Me imaginaba como un manatí en un acuario, feliz, gordo, sonriendo a los turistas. Yo era ese manatí. Ese manatí era yo. Pasado un tiempo (pudieron ser cinco minutos o cinco horas), no sé cómo, logré llegar a la cama y me desperté con la alarma unas breves horas después, aún húmeda y envuelta en la toalla, encima de la cama hecha. Me vestí a oscuras con una ropa que había elegido la noche antes, recogí mis cosas y me subí a la furgoneta discrecional.

La primera escena del rodaje era en un banco de un parque: Jessa, Hannah y Shoshanna hablando sobre lo que significaba ser una señora. «Nosotras somos las señoras», concluye Shoshanna ante el violento rechazo de Jessa, que NO quiere ser una señora.[1] La escena tenía lugar delante del Thompson Street Playground, el parque en el que yo jugaba de pequeña, los escasos días que aceptaba ir a un parque a jugar. Seguía con resaca; el mundo me parecía pegajoso y difícil de alcanzar. Me vi catapultada de vuelta a infinitos bucles de recuerdos: aquella vez que una mujer en un banco de un parque me engatusó y me ofreció un espejo tocador de juguete, aún en su caja, como la bruja de *Hansel y Gretel* repartiendo caramelos mientras mi padre me llamaba exhortante; cuando me caí del columpio y dije «¡Jesús!» y la niñera irlandesa me

amenazó con lavarme la boca con jabón; cuando fuimos en verano a bañarnos a la piscina al aire libre pero me dio demasiado miedo ponerme a la cola para ir a la parte poco profunda con todos los niños grandes. Estaba allí y aquí, en el entonces y en el ahora, y comí demasiados helados de Tasti D-Lite del atrezo y me obligué a vomitar en el baño de mi remolque, con todo el dulzor químico recubriéndome el dedo índice.

***

Acabamos la escena y me pareció que había salvado los muebles. Jemima y Zosia eran tan graciosas que con un poco de montaje podría ocultársele al espectador la leve resaca de clonazepam de la actriz principal.

Sin embargo, al día siguiente Jenni me llevó a un aparte durante la pausa para almorzar.

—La gente de Los Ángeles ha visto la prueba de cámara. Dicen que sales demasiado guapa, con la ropa muy arreglada y con extensiones en el pelo. Llevas faja.

—Vale —acepté—. No necesito el pelo artificial. Y la faja da igual. Si me lo quito todo, el aspecto general será… más caótico, más ridículo.

Jenni estuvo un momento callada.

—Creo que el problema es que estás demasiado delgada. Y la cuestión es que no tiene gracia que estés demasiado delgada, eso es repetir otra vez *Sexo en Nueva York*. Es lo que hacía que tu película fuera especial, que tú no eras así. Si perdemos eso, no tenemos una voz clara.

Lo que me asustó no fue lo que dijo (aunque a nadie le gusta escuchar que en su pertenencia a la normalidad estriba el elemento cómico de su trabajo, por muy consciente que se sea de ello en algún compartimento de su cabeza), sino cómo lo dijo. Hasta ese momento Jenni se había mostrado bromista, burlona, pero siempre con la actitud defensiva de la hermana mayor televisiva ideal: se reía de ti, aunque solo porque eras algo suyo, y si otra persona intentaba hacer lo mismo lo pagaría con el infierno. Pero esa vez había cierta amargura en su tono, cierta histeria en su voz que indicaba que yo estaba haciendo algo más que poner la serie en peligro. La estaba poniendo en peligro a ella, que tenía un trabajo que cumplir e iba a decir y a hacer lo que hiciese falta para conseguirlo. Si podía ser por la vía agradable, genial, pero con aquello me estaba dejando claro que procederíamos por las buenas o por las malas, según lo que yo quisiera. Era la primera vez que cambiaba de papel, que dejaba de ser la mejor amiga hospitalaria a la que yo lanzaba ideas y pasaba a interpretar el papel para el que la habían seleccionado en un principio: «supervisora». La mera idea de tener una supervisora adoptó un tinte más siniestro: la Gran Hermana te vigila.

Le expliqué que me estaba costando comer.

—Me he notado angustiada —le dije.

Una verdad a medias. Sí, me había tenido que pelear con la ansiedad y me movía a un kilómetro por minuto, pero además me había asomado a Hollywood y había captado de inmediato el ambiente, lo que se exigía a sus mejores ciudadanos. Y tampoco es que ella predicara con el ejemplo. En una ocasión me desperté en su casa de Los Ángeles y me la encontré desierta; miré mis mensajes y vi que me había escrito: «He ido andando monte abajo a por batidos

de fruta, por mi obesidad». Jenni no era obesa. Vestía vaqueros ajustados, blusas alegres con dobladillos ondulantes. En mi opinión, era como un potrillo. A veces se pasaba días comiendo solamente salmón de lata de una empresa ayurvédica que enviaba productos a domicilio.

—Pues no cuesta tanto —me bufó—. Te metes comida en la boca y listo.

Aquello no me sonó a preocupación, sino a amenaza. El resto del día, cuando intentaba cruzar la mirada con ella, me daba la impresión de que desviaba los ojos hacia otra persona. La escuchaba reírse, pero a lo lejos, y no conmigo. Me sentía pesada y aterrada de antemano; no sabía cómo manejar aquello, que ya no era un experimento de siete días sino una realidad del día a día. ¿Cómo hablaba una jefa? ¿Cómo actuaba? Había dado por sentado que Jenni estaría a mi lado, dándole forma a todo. Lo único que sabía era que no quería hacer que nadie se sintiera así nunca. Algo me decía que, si surgían situaciones personales confusas, iban a encargarle a ella que tomara las medidas oportunas (momentos delicados, momentos propios de una institutriz, momentos propios de una chica de veinticuatro años), y eso también me daba miedo.

Cada vez que empezábamos a hablar se me llenaban los ojos de lágrimas —yo quería continuar una conversación que para ella ya había acabado—, pero Jenni no se quedaba para verlas caer.

Hasta más tarde, cuando le di un mordisco al primero de dos trozos enormes de pizza del John’s, la misma pizzería a la que me llevaba mi padre las tardes de verano, Jenni no me miró a los ojos: «Buena chica».

Tardé años en plantearme cómo abordar a alguien que mostrara signos de un desorden alimenticio; fue cuando ya tenía treinta y muchos y trabajaba con mujeres de veintipocos. Nunca se me ocurriría hacer otra cosa que preguntarle si podía ayudar en algo, expresar mi preocupación por su salud, su vida interior, los recursos que tenía y los que necesitaba. Comentar cómo daba en cámara sería lo último. Al ver a esas mujeres más jóvenes, pensaba, además, en lo absurdo que resultaría vincularme a ellas de alguna manera que no fuese en la forma de ese sistema de apoyo informal que ofrece un adulto en un plató, la colaboración creativa intergeneracional que acaba por ser entretenida y fructífera. Pero ¿convertirlas en el cohete que me llevase a la siguiente estratosfera? No había dinero que me persuadiera para exigirle eso a alguien tan joven, con tan poca formación.

Quizá Jenni miró en mi interior y vio lo que me haría reaccionar, lo que me haría esforzarme al máximo y con el mejor resultado. Tal vez ella sabía que yo nunca haría aquella serie si no creía que tenía todo lo que necesitaba: una mejor amiga, una madre, una mentora, todo en uno, sentada en una silla de directora junto a mí. Y creo que le caía bien, que incluso me quería. Sobre todo me quería cuando andaba fina haciendo lo mío.

Durante el resto de ese verano me alimenté como si mi trabajo dependiera de ello. Cupcakes, hamburguesas con queso, bagels, manteca de cacahuete, plátanos, docenas de galletas de avena en mi cama. Debí de coger siete kilos en un mes y ninguno de los vaqueros nuevos, los que me había comprado con los últimos sueldos, me entró hasta años después.

Ahora me da la impresión de que la respuesta a casi cualquiera de las crisis reales que surgieron mientras avanzaba la serie, en los siete años siguientes, fue alguna versión de «Pues no es para tanto. Te metes comida en la boca y listo».

Y lo que eso significaba era «No te hemos dado acceso a los escalafones superiores de todo lo que puede ofrecer la industria del espectáculo para tener que aguantar tus mierdas. Nos has costado mucho dinero, pero como te rompas pensamos devolverte».

***

En julio, mientras rodábamos el último capítulo de la primera temporada, me disocié. Me había ocurrido ya antes, durante quince minutos o una hora, pero aquella vez duró días.

Resulta complicado explicarle la disociación a quien nunca la ha vivido. Es un síntoma de estrés postraumático o de ansiedad y suele describirse como una sensación de irrealidad, como si el momento presente estuviese ocurriendo, sí, pero no a ti. Yo lo asemejaría a una impresión permanente de *déjà vu*, una sensación que te sacude la cabeza y te saca del presente durante un momento que pasa a ser todos los momentos. Ahora me río al pensar en la cantidad de problemas que debí de generar entre mis veinte y mis treinta años por ser yo misma hasta el extremo, cuando en realidad me encontraba a universos de distancia de mi propio cuerpo. Es fácil desencadenar incendios en una vida que parece una simulación.

No comprendí del todo el desencadenante de aquel episodio. Ese verano había estado rebosante de placeres: improvisar por primera vez con Andrew Rannells (su día inaugural fue el ahora

omnipresente: «Me alegro de verte. Tu padre es gay»); rodajes nocturnos con Allison, Jemima y Zosia, apiñadas y tiritando con las botas forradas que nos daban entre toma y toma; ir en coche a casa con Adam, al anochecer, y tomar un café en el paseo de Brooklyn Heights, hablando de nuestra infancia y de nuestros miedos más profundos, y cómo me miraba, sacudía la cabeza y decía algo cargado de significado o quizá sin sentido, como «De verdad que eres de lo que no hay». Recuerdo la creatividad infinita que la televisión parecía permitir, por no mencionar los milagros: si metías en el guion un cuadro abstracto, un bizcocho *bundt* o un deportivo para algún capítulo, lo que fuese aparecía igual que lo que Harold dibujaba con su lápiz morado mágico.

Aun así, también estaba aprendiendo rápido lo que son las intrigas de un lugar de trabajo adulto. Siempre había alguien que estallaba por algo. Ilene iba todo el rato camino de algún remolque o departamento para aplacar alguna situación, y en el proceso a menudo volvía a detonarla. Todo eso parecía estar de algún modo por encima y por debajo de mi categoría salarial, pero además, a esas alturas, había un tira y afloja entre Jody, quien consideraba que él y yo éramos aliados en nuestra estética indie, defensores de la sutileza, artistas que se negaban a hacer cosas tan básicas como primeros planos tradicionales, decorados interiores superpuestos o ritmos cómicos trillados, y Jenny y Judd, que intentaban ayudarme a salvar el hueco entre mi estética tan específica y el medio de la televisión, que, incluso en su forma más elevada, debe parecer accesible, y hasta cierto punto populista. Yo apreciaba muchísimo a Jody como amigo, claro, pero también como artista; sentía que le debía todo mi instinto cinematográfico, que mi manera de ver el

mundo era un reflejo directo de su forma de pasarlo por la lente. Y también apreciaba a Jenni y a Judd, y a ellos les debía el mero hecho de estar allí, en aquel rodaje.

Cuesta recordar los malentendidos concretos y las suspicacias que nos llevaron hasta ahí, pero en el último capítulo de la temporada Jody apenas se dignaba a mirarme. «Si crees que puedes hacer esto sola, venga, hazlo», parecía decirme. Empezó a hacerse de rogar y me dejaba sola a la de hora de comunicar mis necesidades a la intimidante variedad de técnicos. En una ocasión en la que no lograba dar con él, me informaron de que estaba echándose una siesta en una hamaca que tenían colgada en la parte trasera del remolque del equipo eléctrico.

Una mañana me desperté y me notaba extraña, como ablandada, como si todos los sonidos estuviesen filtrados por un cartón de huevos, con la intensa sensación de que no me encontraba dentro de mi cuerpo. Era como si mi cara no fuese mía; me resultaba familiar, sí, quizá de una prima a la que me parecía un poco, pero que tenía unas experiencias vitales por completo distintas. Recuerdo estar tumbada en la cama cuando me sonó el teléfono. Eran mis padres, que llamaban desde el aeropuerto; iban camino de París y querían saber cómo me encontraba. Mientras lloraba histérica, incapaz de empezar a explicar por qué, me preguntaron si necesitaba que se quedaran, pero no estaba segura de si me lo ofrecían en serio, o quizá ya no sabía lo que me vendría bien, así que lloré un poco más mientras me despedía, aunque las lágrimas empañaban las mejillas de otra persona y sentía que era la mano de otra persona la que las limpiaba.

En el trabajo me encontré con que me costaba actuar o dirigir, porque en realidad no era una persona. Me pregunté si la gente que había en el rodaje se estaría dando cuenta de que me había reemplazado un extraterrestre. Me pregunté si mis compañeros de escena percibían lo poco humana que era. Recuerdo hacer una escena de una pelea con Adam y el miedo que noté al plantarme con tanta ausencia frente a alguien tan presente. Una noche, tarde, mientras ensayábamos un texto en mi remolque, de pronto no me salían las frases. Era consciente de que las había escrito, y unos minutos antes sí que me las sabía. Sin embargo, cuando abrí la boca, lo único que saqué fue un tartamudeo, hasta que al final Adam me gritó: «DI ALGO, JODER», y tiró una silla contra la pared, cerca de mí. «ESPABILA, COÑO. ESTOY HARTO DE VERTE AHÍ ALOBADA», me dijo.

Soy una de esas personas afortunadas que creció en una casa sin violencia. Tardé años en entender que eso era un regalo, no algo que viniese dado. Eran los años noventa, aquella época extraña en la que ya se desaconsejaba el castigo físico como estrategia de paternidad pero aún había padres comprensivos que pasaban por alto alguna azotaina que les vieran dar a otros en el parque. En cualquier caso, mi familia hizo poco más que agarrarme por los hombros un par de veces, y con total sinceridad puedo decir que siempre me lo merecía. Recuerdo una ocasión en la que, después de días y días negándome a ir a la cama, obligándolos a quedarse despiertos hasta la una, dos o tres de la madrugada, mi madre amenazó con darme una nalgada: «Te digo en serio que lo voy a hacer», me gritó, trastornada por el agotamiento, antes de levantar la mano y echarse a reír histérica sin ni siquiera haberla bajado.

(De niña, cada vez que mi padre alzaba la voz, yo gimoteaba diciéndole: «¡Por favor, papá, no me pegues!». Era algo que habría visto en alguna peli, y resultaba de lo más eficaz para conseguir que nos fuéramos de museos aburridos, y rapidito).

Por eso, la primera vez que me dieron un puñetazo —directo al pecho, estando puesta de oxicodona en la casa de Labio (al que mis amigas empezaron a llamar «Anal» por aquella época; los motes surgen así) en Flatbush, un barrio de Brooklyn—, cuando el golpe me impactó en la clavícula, estoy bastante segura de que me eché a reír. Me pareció un gesto absurdísimo: sus brazos echados hacia atrás, la cara retorcida con esfuerzo en una mueca lamentable, su rabo escurriéndose fuera de mi cuerpo por lo incómodo del momento.

«Cállate la puta boca, joder. ¿Te parece gracioso?», me susurró.

Para cuando sentí el dolor, emocional o físico, ya estaba camino de mi casa.

Ojalá pudiera decir que, después de que me pegase, no volví a hablarle nunca más. Todo el mundo sabe que no fue así, que durante mucho tiempo seguí apareciendo cuando y donde él me decía. Incluso con la primera temporada ya empezada, a veces lo llamaba mientras iba de vuelta a casa. Una noche se pasó por allí, todavía con el uniforme del trabajo, y se limitó a agarrar una silla y a observarme cerrar los ojos y fingir descansar, nada segura de lo que haría ese hombre si de verdad me quedaba dormida.

Así que le repliqué. «Dame una bofetada —le pedí en un arrullo—. Asfíxiame. Dame un puñetazo. Demuéstrame que no soy nada». Confírmame lo que siempre he sabido pero que nadie me dice.

Toda la vida me ha fascinado sobrepasar los límites, y ese era demasiado bestia para no exprimirlo hasta la última gota. No tenía sensación de peligro en la habitación, ni la tuve durante años. Al fin y al cabo, de niña, al médico le costaba sacarme una reacción cuando me daba en la rodilla con el martillito. Lenta de reflejos.

Por eso, cuando Adam lanzó la silla no tuve más preguntas, no se lo conté a nadie, pero dije mis frases bien.

***

Al quinto día de no existir decidí llamar a mi psicofarmacóloga. De inmediato entró en modo compasivo de crisis. «Sí, a veces ocurre. Es una forma de ansiedad extrema. Se te pasará», me dijo con una voz cálida pero clínica. No supo determinar cómo ni cuándo se me pasaría, pero me recetó clonazepam (como había hecho en anteriores episodios de ansiedad implacable) y me indicó que me lo tomara cada cuatro o seis horas, según lo necesitara, «durante este periodo crítico». Me fui a casa de mis padres (seguían fuera, en su viaje romántico), me tumbé en su cama y esperé a que el fármaco hiciera su efecto. Antes de notar que me volvía humana, noté que me daba sueño. Vi una comedia en la tele y me congratulé por que Will Ferrell me hiciera sonreír como a todo ser humano con sangre en las venas.

Al día siguiente, de camino al trabajo, me tomé otra pastilla con el té verde e hice un croquis de cómo iba a comportarme: con quién hablaría y en qué orden. Lo anoté todo en una servilleta por si acaso se me olvidaba. Luego me recosté a escuchar «The Edge of Glory» de Lady Gaga y a ver pasar los postes de la luz. Lo sentí en un

instante, después de un poste y antes del siguiente: mi yo, el que identifico como Lena, volviendo de golpe a su sitio, como una articulación dislocada que regresara a su cavidad.

Trabajé hasta las cuatro de la mañana, y fue entonces (muy visible en una calle de Bushwick, nublada por la benzodiazepina mientras dirigía a varios actores que entraban y salían de una ambulancia, tratando de hablar con Adam como si no me hubiese tirado una silla y con Jody como si no me estuviese haciendo el vacío) cuando lo vi: menudo como un duende, con unos hombros musculosos y bronceados y un piercing en el cartílago, subido a lo más alto de una escalera apoyada en una camioneta de iluminación.

Lo miré deslumbrada, perpleja, como si ese chico fuera una alucinación, una versión morbosa del duende de las galletas Keebler inducida por los fármacos.

«¿Quién eres?», me preguntó. Había ido a visitar a un amigo que trabajaba en el equipo y ya me tenía fichada, pero me sonrió con superioridad mientras yo rebuscaba una respuesta.

Antes de que el clonazepam se convirtiera en un hábito frecuente en mi vida, creía que cualquier problema —desde una pelea familiar hasta un conflicto en el trabajo o un episodio de colapso psíquico absoluto— lo podía solucionar metiéndome en la cama de otra persona y dejándole hacer lo que quisiera. No era que yo no participase; merecía hasta el último premio a la participación, me ofrecía entera como objeto de fantasía y de juego, anunciándome como una chica dispuesta a probarlo todo dos veces. Sin embargo, la verdadera excitación no radicaba en ninguna clase de placer físico. No experimentaba esos encuentros como eróticos en el sentido típico, sino como unas vacaciones de mi existencia, una anulación de

mi yo frágil que no lograba averiguar cómo había acabado ahí: en ese cuerpo, en ese trabajo, en esa vida.

Pero ¿en esa cama? Eso lo tenía más claro que el agua.

Capítulo cinco

¿Qué vamos a hacer ahora con Adam?

Me compré mi primer apartamento justo en mitad de la primera temporada. Estaba situado en un edificio de Brooklyn Heights, una antigua residencia de mujeres universitarias con el glamuroso nombre de Mansion House, muy del Nueva York decimonónico. No me disuadió el hecho de que los residentes tuvieran ochenta y seis años de media. Se trataba de una NORC, es decir, una comunidad de ancianos surgida de forma natural y, como joven profesional que necesitaba centrarse, para mí eran las condiciones ideales. Luego descubriría que había una crisis en el edificio porque el lanzamiento de pañales de adultos por el conducto de la basura estaba convirtiendo el sótano en un paisaje infernal, y que al menos tres veces por semana llegaba una ambulancia para llevarse a alguno de los nuestros. Estuve unos días bastante triste después de ver cómo sacaban a Selma, una mujer menuda con melenita y bastón, metida en lo que parecía ser una bolsa para cadáveres, hasta que más adelante, esa misma semana, me llevé la sorpresa de ver a la propia Selma saliendo por su puerta con un gesto hosco de saludo. De vuelta de entre los muertos.

El edificio lo conocía bien. Me había pasado allí el verano siguiente a mi graduación en la universidad, en un apartamento de un

dormitorio en la sexta planta, cuidando a los tres gatos obesos de mi profesor de coro de bachillerato mientras él hacía una producción especial de verano de *My Fair Lady*, en la que interpretaba al Henry Higgins más gay que hubiese pisado un escenario jamás (y ya es decir, la verdad). Me encantaba todo de aquel sitio: el vestíbulo de baldosas blancas y negras con sus lámparas de araña tintineantes; el trío de porteros que ejercían de terapeutas *de facto*, pero que habrían dejado entrar a un grupo de vándalos con una sonrisa; la presencia en cierto modo reconfortante de los representantes de la empresa de botones de emergencia médica, que no paraban de entrar y salir para gestionar averías en los aparatos y falsas alarmas (aunque Selma no quería llevarlo, por «degradante»).

Por tanto, cuando mi profesor de coro me dio el soplo de que su vecino se había muerto hacía unas tres horas (¡así es el mercado inmobiliario de Nueva York, chica!) y de que sus familiares estaban tratando de vender rápido el piso de un dormitorio, me planté allí como un rayo. El lugar estaba pintado entero de un azul pastel desconchado, con una moqueta manchada de pared a pared que seguramente en tiempos fue de un color con un nombre como «Blanco Susurro» o «Crema Francesa», y tenía varios televisores rotos con las antenas en ángulos extraños. Hice una oferta ridículamente baja, transferí al completo mis ingresos de la primera temporada (inferiores a lo que cualquiera pensaría; a esa edad, no sabía hacer otra cosa que sonreír y ahogar un grito cuando me ofrecían cualquier cifra con tres ceros al final) y me convertí, con veinticinco años, en propietaria en Nueva York. Desde una temprana edad me habían infundido la creencia de que poseer un bien inmueble en Nueva York —más allá de lo pequeño, cutre o raro que

fuese— era el mayor poder y la mayor seguridad que podías alcanzar. En lo que a mí respectaba, aquellos setenta metros cuadrados representaban no solo mi propio éxito, sino los sueños cumplidos de mi madre, y los de mi abuela y mi bisabuela antes que ella. Joder, estaba consiguiendo que la tatarabuela Regina se sintiera orgullosa, aquella chica polaca de catorce años que había llegado sola a Ellis Island en 1901 con un sombrero de pieles y un sueño.

Sin embargo, en cuanto acabé de celebrarlo me di cuenta del tremendo proyecto que tenía ante mí. Llevé a un amigo a ver el apartamento. Solo unos segundos después de que me dijera: «No parece estar embrujado del todo», empezó a sonar de pronto un teléfono antiguo en algún lugar del salón. Buscamos por todas partes cualquier indicio del aparato, siquiera de una toma, mirándonos con un terror nivel *Bruja de Blair*. Por fin, mi amigo ubicó con la mano un punto de la pared, pegado a la cocina, que estaba vibrando con el sonido.

Se lo enseñé a mi padre, que por lo general es un auténtico MacGyver en lo que a espacios se refiere. «Joder, Lee, vaya pocilga. ¿Ya lo has pagado?».

***

Fue una aliada nueva e inesperada quien me aconsejó cómo remodelar aquel sitio. Unos meses antes, había llegado a mi buzón de entrada otro correo que parecía fabricado por la misma aplicación que en su día pensé que había creado el de Judd. Para ser justa, noraephron@aol.com tiene toda la pinta de ser un cebo (más adelante me enteré de que los correos electrónicos del vetusto

proveedor de internet AOL son un alarde de estatus en Hollywood, usados por magnates tan respetados que no les ha hecho falta actualizar sus servidores desde 1998; lo juro: esa gente existe y mantiene por sí sola AOL a flote).

Nora me enviaba un mensaje breve para decirme que había visto *Tiny Furniture* y le había gustado —«Me reí a carcajadas, cosa rara en mí»—, y que se ofrecía a llevarme a almorzar, una invitación que acepté de inmediato y a la que llegué inusualmente temprano. Esa mujer era tal y como prometía su forma de escribir: elegante, tan ingeniosa que te dejaba tartamudeando y generosa con sus halagos y también con su franqueza.

Llegaría a conocerla en toda su singularidad a lo largo de muchos almuerzos como ese. Para alguien tan dada a construir su propio mito, era asombrosamente modesta, aunque nunca caía en esa falsa humildad que aqueja a tantas mujeres de éxito. Tenía pullas para repartir, sí, pero se las guardaba para los tipos malos. Me hizo sentir que me daba la bienvenida a un club, un club de mujeres que desde luego estaban acostumbradas a soportar muchas gilipolleces. Nora hablaba con cansancio y apatía sobre la inevitable falta de respeto y de lealtad que existía en la industria, aspectos que yo aún no me había encontrado, aunque estaba segura de que ella sabía más que yo. En cualquier caso, gracias al meticuloso gusto de Nora y a su absoluto rechazo del secretismo, se me garantizó asimismo el acceso a las mejores peluquerías, bagels y rebecas. Me dijo que nunca me riese cuando un hombre propusiera un chiste vinculado a la menstruación para un personaje femenino, y que en vez de eso le preguntara: «¿Tus menstruaciones son muy malas, Bob?». Me contó que el mejor amigo de cualquier director es una chaqueta de marca

Patagonia, no de forro polar, sino de plumón de ganso, fina. «Tiene que ser la corta, con cremallera, si no, no vale». Nora pedía media carta y probaba de todo un bocado detenido y extático; y siempre estaba todo bueno, porque nunca iba a sitios que sirvieran mala comida. Le encantaba tener más de setenta años, porque podía ir en metro a todas partes con tarifa reducida: «¿Te lo puedes creer? Nadie habla de esta ventaja tan increíble de envejecer».

Durante el siguiente año y medio más o menos, Nora me ofreció su tiempo, un tiempo del que más tarde supe que era plenamente consciente de que no le sobraba; años atrás le habían diagnosticado un cáncer raro en la sangre sobre el que no le dijo nada a casi nadie. Por lo que podía entrever observándola caminar rápido hacia el metro, con su pelo perfecto cortado a capas y sus pantalones capri negros, se preparaba para un tercer acto infinito.

También sabría después, cuando murió en 2012, cuántos de nosotros sentíamos que éramos la persona especial de Nora, su elegida, la portadora de su testigo. Le gustaban los casos perdidos. Le gustaban los bichos raros. Era precisa, profesional y pulcra, pero no le importaba que tú tuvieses el pelo grasiento y las manos de mantequilla siempre que pensara que eras, al menos, medio graciosa.

Nunca me hizo sentir una fracasada, ni siquiera cuando fracasé. Le encantaba hacer sugerencias. Y por eso, en el restaurante del Gramercy Park Hotel donde compartimos un plato perfecto de *cacio e pepe* durante una ventosa tarde de otoño, le conté a Nora que me había comprado una ruina de apartamento.

—Me pareció una gran idea —le dije.

A esas alturas el piso llevaba dos meses tal y como estaba, azul y lleno de televisores, mientras yo seguía durmiendo en el colchón hinchable junto a las mancuernas de mi madre.

—¿Tiene molduras de techo? —me preguntó.

Sí.

—¿El alicatado original?

En el baño, rosa y negro.

—¿Un inodoro rosa, entonces?

Sí, sí, un inodoro rosa.

—Tiene salvación.

Me dijo que iba a avisar a un señor llamado Enda a quien yo le pediría que quitara la moqueta para recuperar el parquet original: «Tiene que estar ahí debajo». Le pediría además que utilizara un blanco muy concreto, que en realidad era una mezcla de dos blancos. «Acabado satinado para los elementos de madera, mate en todo lo demás». Nora me indicó dónde comprar persianas, no venecianas, sino de las otras, e incluso me sugirió un frigorífico, una réplica de un SMEG de los años cincuenta en el que apenas cabía un helado pero que era monísimo de morirse. Elegí el rosa, que en su opinión era cursi y un error, pero mejor eso que nada.

Cuando Enda y sus muchachos acabaron, me subí a la línea N/R del metro hasta Court Street, caminé por Clark y atajé por Pierrepont, giré en Hicks Street y atravesé el patio del Mansion House, y pasé junto al portero, que estaba fuera de sí porque el ascensor se había roto y llevaba todo el día subiendo y bajando a octogenarios por las escaleras. Abrí la puerta con la llave oxidada y miré a mi alrededor, al sitio más bonito que había visto nunca.

***

Al poco de echar raíces en Brooklyn Heights, me fui de nuevo a Los Ángeles a pasar tres meses con el montaje de la primera temporada de *Girls*. Inspirados por el amor de Judd por la improvisación, no solo teníamos las escenas guionizadas, sino también horas y horas de momentos improvisados y experimentos que debíamos repasar para encontrar el tono, en algún punto entre la comedia indie errática y la comedia de situación clásica, con un toque de drama de entrada en la madurez.

Con la firme intención de llevar una auténtica vida de Los Ángeles, como *Según venga el juego* pero sin el intenso consumo de barbitúricos, descarté la idea de instalarme en un hotel de larga estancia. En su lugar, una amiga glamurosa que siempre estaba donde querrías estar tú me sugirió subarrendar un sitio en las colinas, por encima de West Hollywood. Consciente de que yo no conducía, me garantizó: «Puedes ir andando al Chateau todas las noches. Será divino». La casa era propiedad del fundador del Bowery Hotel, un hombre conocido por su buen gusto, y había estado años ocupada por un guionista que llevaba gafas de sol en interiores y que a mí me parecía el tipo de tío con el carnet de amigo de demasiados museos.

Así pues, me llevé una sorpresa cuando el taxi me subió arriba, muy arriba, más allá del Chateau, mucho más allá, al menos cinco kilómetros de ascenso por un monte que rozaba lo vertical. Cuando por fin el taxi se detuvo, me vi delante de una caja gris desconchada, el típico sitio en el que tenían secuestradas a las chicas en los thrillers de Ashley Judd de los años noventa.

Por dentro era una guarida de soltero de estética *mid-century*, con mucho más de soltero que de *mid-century*. Ofrecía unas vistas imponentes, monte abajo y por todo West Hollywood, que brillaba y vibraba con tanta intensidad que casi resultaba mareante. La ausencia de ventanas en la parte que daba a la calle se compensaba de sobra con la pared acristalada que ocupaba todo el testero de atrás. Mi primera mañana allí me desperté y salí solo con una camiseta puesta, para aspirar el aire frío y neblinoso, y contemplar las emblemáticas casas con techos a dos aguas de alrededor y el tráfico que se desplazaba abajo, en Sunset Boulevard. *Aquí estoy*, pensé, *despertándome en Hollywood Hills como tantas jóvenes aspirantes a estrella antes que yo* (aunque a algunas las hubieran asesinado y otras más hubiesen acabado en baños de electroshock; en aquel momento, incluso eso formaba parte del hechizo). Ensimismada por el glamour de mi situación, me apoyé en la barandilla, que se rompió y se desplomó cientos de metros por la ladera del monte. Una inspección posterior desveló que la casa se la estaban comiendo las termitas.

Pero las vistas…

Decidida a aprovechar al máximo en un mundo pre-Uber, la mayoría de las noches bajaba el monte andando para ir a cenar. Aparte de Jenni (que era una persona adulta, con hijos y una vida), solo tenía un puñado de amistades, nadie muy cercano, en su mayoría guionistas de comedia que vacilaban entre sentirse abrumados por mi tesón y mi empuje y dar la clara impresión de que no les hacía ninguna gracia que viniera a comerles la tostada. Siempre ingenua, siempre la chica asombrada de que la inviten a la fiesta de pijamas, le hablé muy contenta a mi madre sobre una

guionista que me había acogido bajo sus alas, una rubia glamurosa con treinta y pocos años que ocultaba su semiatrevimiento con unas gafas a lo Buddy Holly.

—Dice que no debería aceptar trabajos puntuales de reescritura de guion, que tengo que mantenerme fiel a mis raíces indies —le conté—. Que debería evitar Los Ángeles en la medida de lo posible y no olvidarme nunca de mis orígenes.

—Lena, lo que pasa es que no quiere que le quites el trabajo —respondió mi madre manteniendo la calma, entretenida con mi ingenuidad.

Para moverme a cualquier sitio necesitaba de una diligente carabina que me llevara (salvo para ir y volver de la sala de edición, adonde me llevaba el chófer Rubi, un muchacho paciente que usaba camisas de vestir). Pero, dado que no sabía a quién pedírselo ni qué pedir, a menudo bajaba andando el monte al anochecer para comer sola en un restaurante vegano —pese a que ya no era vegana; solo tenía un leve trastorno alimenticio y me daba miedo el pescado crudo— y volvía de nuevo a pie en la oscuridad. Las curvas eran pronunciadas y las calles estaban desiertas y envueltas en sombras. En aquella época solía llevar faldas que apenas me tapaban la raja del culo y, sin resuello por la caminata, debía de tener pintas de andar con la inclinación mareada de quien va demasiado borracha para ser funcional. Presa fácil. Pensándolo ahora, es un milagro que sobreviviese.

***

Mi madre vino a visitarme a principios de noviembre. Mi plan era pasar una semana de cenas chic y tratamientos faciales, además de unas cuantas sesiones con la despampanante entrenadora personal amazónica que me ponía a hacer *burpees* monte arriba y abajo y que intentaba meterme en un esquema piramidal de proteínas en polvo.

Sin embargo, al llegar en el taxi, le vi a mi madre el espanto en la cara en cuanto acabó de asimilar la imagen que también me había alarmado a mí nada más llegar.

«Te prometo que por dentro es una maravilla», le dije.

No estuvo de acuerdo. Tardó cinco minutos en hacer una inspección de cabo a rabo y decidir que aquel sitio estaba maldito: ubicación peligrosa, posible lugar embrujado. En nuestra primera noche, mientras compartíamos cama como siempre hacíamos cuando estábamos solas, me juró que había sentido una presencia «ahí tan pancha, en el quicio de la puerta».

—¿Pancha? ¿Has dicho tan pancha?

—Sí. La he visto ahí, tan pancha.

Aunque no podía negarle que la casa se caía a cachos por el barranco, trozo a trozo, le hice frente:

—¡Quiero quedarme aquí! ¡ME ENCANTA ESTE SITIO!

Sin embargo, al tercer día estábamos comiéndonos unas tostadas en el futón embutido en la minicocina cuando escuchamos unos golpetazos en la puerta principal. Era un hombre sin hogar que se había presentado allí y no paraba de aporrearla mientras nosotras nos negábamos a abrir; el señor farfullaba exigiendo un pago de cien dólares por «los servicios prestados» («¿Qué servicios?», le preguntamos una y otra vez, y mi madre se asomó por un lateral del

porche y alcanzó a ver lo suficiente para decir que «tenía pintas de Manson, SIN DUDA»). Transcurrida una hora, el hombre seguía sin irse y empezó a dar en la puerta con un trozo de madera, así que llamamos a la policía, que llegó seis horas más tarde, cuando hacía cuatro que el tipo se había largado.

Tras la marcha de mi madre sentí una profunda melancolía. En cierto modo, la persona a la que más quería impresionar se había ido con la certeza no de que mi carrera prosperaba en la meca del cine, sino de que alguien me iba a reventar la cabeza, ya fuese la mujer fantasma que la había estado observando o el hombre que había prestado los servicios fantasma. Aun así, seguí decidida a quedarme allí, hasta que escuché un lento chirrido y una puerta que no sabía que existía se abrió para dejar a la vista un baño sobre el que nunca se me había informado y que tenía el suelo cubierto por un extraño líquido rosa.

Llamé a Ilene, nuestra productora, que suspiró como diciendo: «Sabía que iba a recibir esta llamada antes o después». Me respondió que recogiera mis cosas, que llamaría un taxi para llevarme al Sunset Tower, un hotel de Sunset Boulevard que aún no había alcanzado el atractivo glamuroso del Chateau y en el que a HBO le aplicaban una tarifa corporativa.

Tras un espeluznante trayecto final monte abajo, llegué «al Tower» con un follón de bolsas grandes a rebosar y quince libros de tapa dura, en su mayoría, seré sincera, sobre asesinatos cometidos en la zona de Hollywood Hills. El hotel, que en otros tiempos albergó a iconos del glamour como John Wayne o Greta Garbo, se encontraba en proceso de remodelación para convertirlo en el típico sitio de moda. A mí iban a alojarme en la planta baja, bueno, en la

segunda, si hablamos con propiedad. Me condujeron hasta una habitación pequeña pero elegante de color crema, con cortinas gruesas beis, armarios en madera de castaño lacada y una galleta de avena y pasas sobre un plato de porcelana. Me tumbé bocabajo a lo ancho de la cama bien hecha, sin sospechar que cuando cumpliese treinta años habría vivido en ese edificio tres años en total y conocería cada rincón de aquella finca, cada atajo y pasadizo secreto, cada local cercano de smoothies y cada manzana adecuada para pasear con un perro ansioso, cada balcón donde llorar, cada bañera donde sangrar, y cada cama donde suplicar perdón. El diseño de todas las suites se quedaría grabado en mi psique, igual que las particularidades de los cerrojos de las ventanas. No sabía que me recuperaría de al menos tres operaciones quirúrgicas ni que evitaría al menos a cuatro porteros después de haber mantenido conversaciones demasiado íntimas. No tenía ni la más remota idea de que le metería fuego a una mesita en pleno día y estando más sobria que un monje, ni de que ese ni siquiera sería el primer fuego que prendería.

***

Terminamos de editar la primera temporada en un proceso que fue para mí desafiante y excitante al mismo tiempo. Observé cómo esa fase podía arreglar traspiés de dirección y cosas flojas de guion, días malos de interpretación y química floja. Y antes incluso de que hubiésemos fijado una fecha de estreno, HBO nos pidió de inmediato que iniciáramos las sesiones en la sala de guionistas para la segunda temporada.

A esas alturas, Jenni se había mudado de El Royale a una casa con su novio y sus dos hijos, un hogar de personas adultas con la cocina integrada, armarios verde pálido y una piscina con forma de riñón. Los Ángeles empezaba a parecerme menos un espacio transitorio y más una realidad, así que Jenni me sugirió que fuese a la oficina de alquileres de El Royale a ver qué había disponible. Al fin y al cabo, era un sitio cómodo, con calles por las que se podía caminar y una comunidad de excéntricos, gente que se había ido a Los Ángeles y había decidido estar de alquiler hasta labrarse una fortuna, solo que nunca se la labraba y seguía viviendo en lugares carísimos, con una fontanería dudosa pero una personalidad excepcional.

Me vestí para mi excursión a la oficina de alquiler como si tuviese una entrevista para un trabajo temporal, con una blazer de lana gris y una falda de seda acampanada. Una rubia con unas uñas rosas larguísimas y una edad que podía estar entre los cuarenta y los setenta me hizo varias preguntas; se limitó a teclear haciendo mucho ruido en un ordenador IBM antiguo, concentrada como si tratase de resolver un teorema, y me anunció que estaba «¡De suerte, y tanto que sí! Estos apartamentos tienen MUCHA demanda y CASI NUNCA se encuentran disponibles, pero parece usted un excelente valor añadido para la comunidad de El Royale». ¿Yo? ¿En serio? Acababa de quedarse libre un apartamento de una habitación en la segunda planta. Le extendí un cheque y a cambio ella me entregó una lista impresa con los antiguos residentes famosos del edificio: Clark Gable, William Faulkner, Cameron Diaz y Nicolas Cage, que según se decía había reventado su acuario y lanzado por la ventana

a una cría de tiburón en un ataque de ira dirigido contra su novia, Nicollette Sheridan.

Al contrario que la zona de montes, El Royale estaba situado en una parte moderna por la que sí se podía pasear. El Café Gratitude había abierto en la misma calle y servían comida sana hasta la exageración, con nombres como Agradecido, Amado y Necesario, así que cuando los camareros te tomaban la comanda tenías que decir cosas como: «Estoy Pleno, Estoy Energético. Ah, y yo quiero un… Estoy Iluminado». Me encantaba hasta su más mínima ridiculez. La comida era todo a base de fideos crudos de calabacín y paté de nueces, kale masajeado y crujiente de coco, y a mí me venía genial, porque estaba decidida a soltar, a tiempo para el estreno, todo ese peso que de manera tan obediente había ganado durante la primera temporada, siguiendo un régimen que además implicaba dos clases diarias en el recién abierto SoulCycle, donde cerraba los ojos mientras el monitor me decía: «Sigue hasta la cima de esa montaña, esa que nunca pensaste que podrías escalar, y mientras subes EMPÁPATE DE LAS PUTAS VISTAS».

La administración del edificio estaba en proceso de volver a pintar todos los apartamentos, así que me pidieron que eligiera mis colores favoritos de un catálogo de Sherwin-Williams. Escogí azul celeste para el salón, morado para el dormitorio y rosa clarito y verde menta para el vestidor y el tocador integrado. En la cocina, un amarillo que sobre el papel parecía mantequilla pero al aplicarse tiraba más a orina. Compré un sofá de terciopelo morado claro en Urban Outfitters que se asemejaba a una concha tapizada y dos sillas Regencia color azul marino en Jonathan Adler que eran las cosas más caras que había tenido en mi vida. El resto —un cuadro de

margaritas extragrandes, dos mesitas desparejas y dos sillas Shaker, básicas, para la cocina— lo pillé todo de segunda mano en un Goodwill del norte de Hollywood.

Clavé la lista de mis precursores famosos en el tablón de corcho de la cocina.

De día estaba siempre en la sala de guionistas, ampliando una historia que, de entrada, nunca pensé que llegaría a contar. El inicio de la segunda temporada habitó en ese maravilloso espacio entre haber acabado algo de lo que estás orgullosa y estar empezando otra cosa nueva, pero sin que nadie haya hecho su crítica aún. De noche flotaba por mi apartamento nuevo y glamuroso como aturdida, con la sensación de que, al fin, el escurridizo sueño de Los Ángeles era mío.

Nuestra sala de guionistas llevaba más o menos una semana en activo. Usábamos un espacio para reuniones en la planta baja del edificio de oficinas de Judd, «el Apatower» (qué otro nombre iba a tener). No era un lugar con especial glamour, había una pizarra enorme y quedaba junto al gimnasio corporativo sin usar (como Judd me dijo una vez: «Nunca te fíes de un humorista cachas»), pero a mí me encantaba. Aquella sala era una oportunidad de pasar tiempo en un espacio ocupado por la gente más graciosa del mundo, dedicada a contar las historias más divertidas y a pensar en qué almorzar. ¿Qué puede haber mejor que eso? Al principio fui reacia a esas sesiones, dado que escribía mejor en la cama, de noche, sola, pero Judd y Jenni me convencieron y en realidad era como que te hicieran sitio en la mesa más guay del instituto y que encima te pagaran.

El equipo llevaba en la sala en torno a una semana cuando mis agentes me comunicaron que Scott Rudin, quien entonces tenía en su poder el guion juvenil que me había encargado solo unas semanas después de la primera proyección de *Tiny Furniture* (y que yo había escrito durante una serie de maratones nocturnos en la casa de los montes), quería confirmar mi «compromiso con el proceso». Con la segunda temporada de *Girls* en marcha, a Scott le preocupaba que mi trabajo para televisión se interpusiera en el calendario que él había concebido para esa producción, así que pretendía que me pusiera a revisar la película mientras rodaba esa temporada, que empezara la preproducción el día que acabáramos el rodaje de la serie y que dirigiese la peli al mismo tiempo que montábamos la segunda temporada de *Girls*. Pese a que no era nada ajena a aceptar calendarios vertiginosos y poco realistas, incluso yo sabía que eso no entraba en lo humanamente posible. Coincidí con mis agentes en que iba a tener que caerme del proyecto, cosa que, si soy sincera, fue más bien un alivio. Pese a que odiaba la idea de abandonar las cosas por la mitad, había aceptado ese trabajo en un momento en el que estaba segura de que nunca me ofrecerían nada más. Mi vínculo con el material era escaso, y eso siendo generosa, y Scott, a pesar de lo encantador y brillante que era, siempre me dejaba una sensación de incomodidad. Cuando me sentaba frente a él a recibir apuntes se me venía la imagen de estar nadando en un tanque de tiburones, tratando de mantener las rodillas bien encogidas y quitadas de en medio.

Mis agentes llamaron a Scott para darle la noticia. En cuestión de minutos empecé a recibir un torrente de emails que aún puedo citar de memoria, pero no lo haré porque no quiero que nadie acabe igual

de traumatizado que yo. Basta decir que el señor Rudin pasó de los halagos, las flores, los bolsos de Alexander Wang y los elogios a mi ingenuidad y entusiasmo juveniles a decirme lo que era yo en realidad: una niña malcriada que ni siquiera sabía vivir sin que sus padres la vistiesen por la mañana, una farsante que acabaría expulsada de la industria tan rápido como se me había permitido entrar. Además, iba a demandarme, dijo; no estaba claro por qué, dado que yo había empezado (y terminado) el trabajo de buena fe, sin haber firmado ningún contrato ni haber recibido ningún dinero.

Mientras leía los mensajes, el tiempo se ralentizó hasta detenerse. Me habían descubierto. Iba a perderlo todo. Me entró de nuevo esa sensación de disociación de mi cuerpo y no había horas en el SoulCycle, ni fideos de batata con kimchi ni tocadores integrados rosa claro que pudieran devolverme a mi ser.

A la mañana siguiente, metida de nuevo en lo que apodé «estación disociación», estaba limpiándome distraídamente el oído con un bastoncillo —uno largo, de uso médico, que mi madre se había dejado en mi baño, pensado no para los oídos sino para limpiar heridas o suturas— cuando noté un plop, un goteo, y luego un estallido de dolor. Me caí al suelo, me arrastré hasta el móvil y le pedí a mi querido amigo Jesse Peretz —director y productor de *Girls* que estaba en la ciudad para ayudar con la mezcla de sonido— que me llevase a urgencias. Allí, un médico me exploró el oído y, como quien no quiere la cosa, anunció: «Hay demasiada sangre y no veo nada». El hecho de que esa sangre me saliera también por la boca no parecía ser muy buena señal. Me limpiaron el oído con una solución salina, que también me salió por la boca. Por fin lograron ver que el tímpano no estaba únicamente roto: había desaparecido.

Podría haber gestionado la coincidencia del inicio de la segunda temporada con los primeros compromisos ante la prensa por la temporada anterior. Es probable que pudiese haber gestionado además los mensajes de Rudin, por impotente, infantil y aterrorizada que me hicieran sentir («¿No lo pillas? —me dijo mi madre—. Ese tipo manda setenta mensajes así a diario. ¡La semana que viene se le habrá olvidado!». Pero a mí no, le respondí. A mí no).

Podría haber gestionado estar a miles de kilómetros de casa en un edificio en el que Aidan Quinn estaba montando una campaña para remodelar el gimnasio y mi vecino de arriba, un gurú del estilo llamado Gary, me decía que cometía un gran error por «vivir sin suelos de sisal».

Pero aquello, que mi oído y mi garganta se convirtieran en una misma cavidad hueca de resonancia, no era capaz de gestionarlo. Pese a que intenté tirar con el día, en la sala de guionistas las voces me sonaban como el vago tintineo de la cháchara en un bar atestado. Emprendí la vuelta a El Royale, viajando en silencio en el coche junto al asistente personal encargado de llevarme, con la mano ahuecada sobre la oreja, como escuchando el sonido del mar en una caracola.

Al final de la semana solo era capaz de quedarme tumbada en la cama, frotándome un pie con otro, imaginando que me sacaban de El Royale en una camilla como a tantas Frances Farmer antes que yo.[2] De nuevo me encontraba fuera de mi cuerpo y no lograba imaginar cómo iba a hallar el camino de regreso. A lo mejor esa vez me había marchado para no volver.

Mi padre, sintonizado como siempre a mis estados de ánimo y capaz de calibrar cuándo estaba montando un drama y cuándo había

que preocuparse, se subió a un avión de inmediato. Me llevó a una clínica de otorrinolaringología que tenía una maqueta del oído interno del tamaño de las estructuras de barras de los parques infantiles. Supe que me encontraba mal porque ni siquiera le pedí a mi padre que me hiciera una foto apoyada en esa cosa. Allí, un médico me metió en una cabina insonorizada y me puso a escuchar una serie de pitidos; debía levantar la mano cada vez que percibiera un ruido. Apenas moví el brazo. Luego, otro médico me pegó con mucha pericia un trozo de lo que él mismo definió como «papel de fumar» para crear un tímpano nuevo y provisional que al menos me permitiese distinguir el lenguaje humano.

—Venga, pues creo que me vuelvo a la sala de guionistas —le dije a mi padre.

—No. No mientras esté yo aquí. Estás agotada y reventada, y tienes pinta de llevar meses sin comer.

Viniendo de él, un hombre que considera que comerse una batata ya es darse un homenaje, aquella era una apreciación de peso. Así que llamó a Jenni, le pidió que añadiese a Judd a la llamada, y les explicó: «Es momento de que la dejéis irse a casa. De todas maneras, escribe mejor sola».

***

Regresé a la consulta de la especialista en psicofarmacología a la que llevaba peregrinando desde que tenía doce años. Me recetó veinticinco miligramos de escitalopram y más clonazepam para que lo tomase cuando lo necesitara: «Tienes tendencia a permitir que el estrés se te acumule hasta que llega un punto en el que no toleras

estar en tu propio cuerpo. La disociación es una respuesta natural. Es tu subconsciente tratando de ayudarte, como lo haría si estuvieses ante un depredador en la naturaleza y tus opciones fueran luchar, huir o mantenerte inmóvil. Solo que tú ya te quedas paralizada», me dijo.

Me sentía avergonzada. Sabía que Hollywood era un sitio en el que debías ser capaz de compartimentar tu estrés, afrontar la ansiedad y rendir bajo una presión muy alta. Sin embargo, hasta el momento, cada vez que la cosa se calentaba demasiado, no era que saliera huyendo de la cocina, sino que me quedaba allí, en estado de fuga, con la mano puesta sobre el fogón.

La sala de guionistas continuó con su actividad y a diario me enviaban sus anotaciones. Yo trataba de tomar mis propias notas, pero me sentía débil y como anestesiada. Como desde otra habitación, observaba que ya no sabía cómo sonaba un chiste, y mucho menos cómo había que contarlos.

De noche le pedía a mi madre que se sentara conmigo en el colchón hinchable al fondo del loft mientras me quedaba dormida. Perdí peso sin intentarlo. La única vez que socialicé fue cuando, en uno de los breves momentos en los que el clonazepam me dio valor, le pedí al tío que me había tirado en la fiesta de fin de rodaje de la primera temporada que me trajera un jarabe para el resfriado y se enrollara conmigo en la puerta, y en cuanto noté que tenía una erección le anuncié que tenía que irse. Me sentí como una adolescente sobrepasada: nadie podía esperar una mamada de mi parte, igual que tampoco podía esperarse que fuera capaz de sobreponerme a las circunstancias que me habían llevado hasta ahí.

En Los Ángeles, los guionistas seguían lanzando ideas para la temporada. En casa de mis padres, yo hacía borradores de capítulos como churros, leyendo con detenimiento esas ideas e incorporando las que tenían sentido. El proceso iba desencajado, pero de algún modo logré hacer mi trabajo, incluso habiendo perdido de nuevo mi centro de gravedad, incluso con mi tímpano de papel. HBO me puso a hacer entrevistas para preparar el estreno de nuestra primera temporada y, al llegar a un café para reunirme con la prestigiosa crítica de televisión Emily Nussbaum, me detuve a arreglarme el pelo en el ventanal hasta que mi cara empezó a asemejarse a una vela derretida. Pensándolo ahora, es un milagro que lograse hablar de manera convincente sobre aquel trabajo, cuando hasta tenía que decirles a mis pies que se moviesen para caminar.

Cada día que pasaba cerca de mis padres suponía un ligero alivio para mi ansiedad, mientras el escitalopram comenzaba a aplanar los picos de miedo. Sin embargo, nada me ayudó más que la risa que soltó Nora cuando le conté la historia de Rudin.

—Ha dicho que va a demandarme —le expliqué con el labio temblando, incapaz de tocar mi budín de pan—. Al principio era tan encantador…

—Cariño, si Scott fuese hetero, todas nos lo habríamos follado y luego nos habríamos preguntado por qué.

Le dije a Adam que había vuelto a casa. Él estaba haciendo una producción off-Broadway de *Mirando hacia atrás con ira* y me consiguió una entrada. Era una de mis primeras salidas tras lo que llegué a concebir como «la espantada», un incidente con respecto al que empecé a medir el tiempo: hace seis semanas de la espantada, dos meses, tres. Cuanto más me distanciaba de él, más conseguía

verme como la joven profesional entusiasta y curranta que quería ser, y no el caso clínico que había sido tan a menudo.

Durante la primera temporada, quitando el incidente de la silla, Adam y yo nos habíamos sentido como compañeros. Yo le consultaba decisiones que no eran de su competencia. Ensayábamos los fines de semana en su salón blanco y vacío, incluso cuando la escena era sencilla y no hacía falta. Me daba abrazos fuertes por la mañana y de nuevo al acabar el día. Un sábado por la tarde, le estaba contando cualquier tontería sin importancia mientras buscaba un vaso de agua en su cocina alargada cuando levanté la vista y lo vi sonreírme con un gesto tan tierno que la única interpretación posible parecía ser amor. Me desarmó de tal manera que se me cayó el vaso.

«No tienes ni idea de lo guapa que eres, ¿verdad?».

Nos peleábamos mucho, casi siempre por el contenido de alguna escena, por lo que requería o por cómo ejecutarla, y nunca nos poníamos de acuerdo sobre por qué discutíamos. Yo me decía que la intensidad de su furia hacia mí, una furia que podía llevarlo a escupir y a tirar cosas, era proporcional a la intensidad de nuestra conexión creativa. Un día, en su camerino, mientras me disculpaba por un aparente desprecio que yo no recordaba haberle hecho, se puso muy cerca de mi cara y siseó:

—Que no se te olvide que te conozco. Lo sé puto todo de ti.

—¿Y qué es lo que sabes? —grité.

—No vas a fiestas. Te encantan los animales. Y odias que vayan hablando de ti por ahí.

Y tenía razón (aunque ¿a quién le gusta que vayan cuchicheando por ahí de una?).

A veces le decía cosas como «Siento que tú me entiendes de verdad» o «Nunca le contaría esto a nadie más», solo para ver cómo era eso. Y en ocasiones le decía que me hacía sentir segura. Todavía no era consciente de que algunas veces dices lo que te gustaría que fuese verdad, en vez de decir las cosas como son.

Fui a su obra y me senté en aquella sala pequeña y negra del centro de Manhattan a ver a un Adam enfurecido en una cocina trágica hablando con un marcado acento galés. Tras la función, me reuní con él en la entrada para artistas y fuimos a un barecillo en el que nos bebimos unos vasos altos de cerveza y nos tocamos las rodillas. Le conté que mis padres pasaban la noche fuera de la ciudad y, para mi propia sorpresa, admití que tenía miedo.

Así que Adam me llevó en su moto hacia el sur de Manhattan y se sentó conmigo en el sofá, mientras acariciaba con ternura a Dean, el perro en silla de ruedas. No recuerdo casi nada de lo que hablamos (creo que se quejó de la monogamia y de que se sentía incomprendido), solo sé que me escuchó con sorprendente preocupación mientras le detallaba lo que me había pasado, que se quedó hasta que se me empezaron a cerrar los ojos, y que luego se marchó con cuidado y de puntillas.

Me pasaba una cantidad desorbitada de tiempo preguntándome si le gustaba a Adam. Podía ser un hombre de mecha corta y agresividad verbal, condescendiente y con un físico imponente. Y también podía ser protector e incluso cariñoso; los ojos le brillaban de rabia cuando le contaba el mal trato que me daba alguno de los tíos con los que salía, o lo del famoso cómico de Los Ángeles que se presentó en mi apartamento de El Royale sin que lo invitase, insistiéndome, A LAS DIEZ de la noche, en que debía probar la sopa de

bolas de matzá del Canter's. Era una situación muy de «con mi madre solo me meto yo».

Pero ¿me veía como a una madre? ¿Como a una jefa? ¿Como a una chica? ¿Follable? ¿No follable? ¿Irritante? ¿Brillante? Adam mostraba destellos de todo eso, pero durante aquella semana —la que mis padres pasaron fuera, y durante la que su novia estaba haciendo una obra en Cincinnati— conmigo fue pura preocupación, puras risas, oro puro.

Esa semana, la semana de mi apartamento vacío, se pasó casi todas las noches por allí. Yo seguía estando frágil, pendiente de agradar, una versión cauta y aterrada de mí misma, una que quizá a él le gustaba más. A lo mejor le despertaba ternura, o a lo mejor aquello niveló sin más el equilibrio de poder. El viernes, me llamó al salir del teatro.

—¿Sigues sola en casa, Dunham?

Seguía.

—Vale. Pues voy para allá. Pero te lo advierto: esta vez, si subo, no pienso irme.

—Avísame cuando estés abajo.

Me avisó a los diez minutos. Me agaché junto a la ventana y lo observé aparcar la moto, sacar el teléfono y marcar. Pero no respondí. Fue tan sencillo como ignorar cuando llaman a la puerta, como fingir estar dormida, y tan imposible como evitar que la sangre te corra por las venas. Sin embargo, una parte de mí (una parte sabia, una parte valiente) sabía que, si cruzábamos el límite que corríamos el peligro de cruzar, fuera el que fuese, el regreso al trabajo quedaría teñido de humillación, que yo misma habría minimizado cualquier autoridad que aún me quedase, y que,

independientemente de cómo saliera la cosa, mi corazón, que ya estaba herido pero sorprendentemente no roto, acabaría hecho añicos.

No volvimos a hablar del tema, aunque un mes después me llamó para decirme que se había prometido. «Cuando mi chica estuvo fuera me di cuenta de que solo no carburo bien. Necesito a alguien que me mantenga a raya».

Era absurdo que me sintiera desconsolada, pensar que yo significaba algo, que ocupaba algún espacio más allá de una distracción. Era su pareja en la pantalla, sí, y por tanto cuando rodábamos una escena su atención resultaba penetrante, su presencia, absorbente. Pero ¿en la vida? Nunca sería yo quien lo mantuviese a raya. No tenía esa destreza. Ni siquiera en el trabajo era capaz de hacerlo, el único sitio en el que se suponía que las normas las ponía yo.

***

El estreno de *Girls* fue, sin ningún género de duda, la mejor noche de mi vida hasta ese momento.

Era la primera vez que me ponía un vestido de gala, la primera vez que me ponían pelo de otra persona en mi pelo, la primera vez que daba una fiesta y todo el mundo que deseaba que viniera venía, e incluso alguna gente que no me apetecía, aunque el sitio se llenó tanto que esos últimos no lograron encontrarme entre la multitud. Allison, Zosia, Jemima y yo posamos en la alfombra roja con unas sonrisas enormes de no haber aprendido a posar. La única señal de que sabíamos lo que se nos venía encima era que todas habíamos

perdido una cantidad desorbitada de peso en un periodo de tiempo bastante breve, hecho sobre el que ninguna hizo ningún comentario.

Mi padre y mi tío estaban tan guapos con sus trajes que alguien les preguntó si eran mis guardaespaldas; y mi abuela Dotti, de noventa años, avanzó a pasitos vacilantes por la alfombra roja, con todo su metro cincuenta y su rebeca de J. Crew llena de lentejuelas, y se fue directa a Judd para decirle: «Bueno, me han contado que es usted de Long Island, ¿a quién tenemos en común?».

Después de la proyección —a la que Adam no entró, tras haber aprendido la lección sobre lo que le suponía verse a sí mismo, y en la que mis padres se sentaron flanqueándome orgullosos a contemplar unas imágenes de su hija recibiendo por detrás en una pantalla de quince metros— hubo una fiesta. Se celebró en el Boom Boom Room, en la última planta del hotel Standard, e incluía jacuzzi y máquina expendedora de biquinis.

«¿Nos metemos?», me dijo un hombre que me sonaba de algo y que luego me di cuenta de que era Tony Danza.

Por entonces no había tantas series en antena, así que todas tenían estrenos carísimos, como bodas de lujo, con la clase de bufet gigantesco al que mis tías habrían ido con táperes (en vez de eso, la tía Susan envolvió el filet mignon en unas servilletas de tela y se lo metió en el bolso). Había múltiples fuentes de chocolate, hombres que repartían champán, miembros del famoseo neoyorquino sonriéndonos como si acabáramos de ganar un concurso de talentos.

La inestabilidad y el terror existencial del invierno se habían visto reemplazados por el frenético júbilo de ir lanzada en un descapotable un día de sol, con la capota bajada, a ciento setenta

kilómetros por hora, con el pelo dándote en la cara y los brazos alzados hacia el cielo.

Después del *after party*, me fui con Jenni, Judd y algunos miembros del reparto y del equipo al Corner Bistro, el mismo sitio en el que había recibido la llamada para decirme que el piloto tenía luz verde. Allí nos comimos unas hamburguesas descomunales. Me desenganché el pelo falso y lo metí en el bolso, me bajé el corsé del vestido y me planté una sudadera. No llevábamos haciendo aquello el tiempo suficiente para sentirnos exhaustos; estábamos con el subidón de la adrenalina pura y sin adulterar que te daba tener a gente riéndose al unísono con una cosa que has hecho. Las críticas empezaron a llegar con cuentagotas, y al menos en aquel momento la visión positiva era unánime. *The New York Times*, *Rolling Stone*, *The New Yorker*, todos nos consagraron uno a uno como una nueva y emocionante voz en la comedia. La revista *New York* nos había sacado unas fotografías para un reportaje, pero en el último momento me colocaron a mí en la portada: los brazos en mis caderas firmes, el pelo cayéndome en ondas a lo Jean Harlow, unas gafas de sol gigantes tachonadas con perlas. Esa revista ocupó los mejores sitios de los quioscos de todo Nueva York. Un exnovio que una vez me había dicho que mi alma era de piedra me mandó una foto de un ejemplar en su correo y el mensaje: «No me hacía falta esto». No pude más que emocionarme.

Esa noche dormí en el sofá de mis padres, solo por estar más cerca de su dormitorio. Sentí que había llegado a la vida adulta (y molaba) y también que era una niña pequeña reviviendo unas Navidades especialmente fructíferas, arrastrando la cama hasta debajo del árbol para alargar las celebraciones.

Capítulo seis

I Love You, Baby

La semana antes del estreno, una amiga me remitió al estudio de una diseñadora de moda joven e independiente, Rachel Antonoff, para que allí me prestasen algo de ropa de cara a las diversas entrevistas que tenía por delante. Rachel era una persona encantadora del sur de Manhattan que hacía vestidos retro de marinera, vestidos de gala sin tirantes de lamé tornasolado y pantalones cortos estampados de satén con blusas plisadas a juego. Era justo el tipo de vestimenta que me llamaba, divertida, un poco cursi, pero firmemente femenina.

En su pequeña oficina del centro, me probé una serie de vestidos y estuvimos charlando. De inmediato hicimos buenas migas y hablamos de todo, desde nuestra ansiedad social hasta nuestra adoración por los productos del International House of Pancakes o lo brutal que era tener citas en Nueva York.

«Deberías conocer a mi hermano, Jack —me dijo—. Es la persona más graciosa, más rara y más acogedora del mundo». Le contesté que «acogedor» era mi palabra favorita del mundo: «Toca en un grupo, y no hace más que conocer a tías que no le convienen. Todas quieren ser modelos, o famosas. Pero él no es más que un chaval dulce al que le encanta ser acogedor».

Yo ya conocía a su hermano. Unas semanas antes, mi padre me había dejado el suplemento cultural a las faldas de la cama, como solía hacer cuando leía un artículo que pensaba que podía interesarme. Su intención era que viese algo en la primera mitad de la página sobre un novelista con un TOC incapacitante, pero a mí se me fueron los ojos hacia una foto que había más abajo: tres chicos hípster vestidos de esmoquin, miembros de un grupo de música que al parecer era cada vez más conocido llamado fun. (la minúscula y el punto eran una refinada decisión). Me centré en una cara, en unos ojos grandes tras unas gafas de montura negra y gruesa. Me di cuenta de que lo había visto tocar casi diez años antes, con su grupo anterior, Steel Train, en mi primer curso universitario, cuando me había encaprichado de un guitarrista hasta el punto de que me recorría la ciudad entera por estar cerca de él. «¿Ese tío salía con Scarlett Johansson?», me susurró mi guitarrista mientras los veíamos tocar, burlándose claramente de las pintas de friki de Jack. Luego, estando ya fuera, en Ludlow Street, vi a Jack y a los miembros de su grupo cargando el equipo en una furgoneta.

«Ha estado guay», murmuré, muerta de vergüenza cuando tuve que volver a repetirlo, más alto.

Lo de «deberías salir con mi hermano» parecía ser lo típico que se dice y se olvida de inmediato. Al fin y al cabo, Rachel y yo nos conocíamos desde hacía un total de treinta minutos. Sin embargo, unos días después, me apareció un mensaje de correo electrónico en la bandeja de entrada:

> ¡Ey! Soy Jack. Rachel dice que eres graciosa y cree que nos llevaríamos guay. Igual podríamos cenar un día. Si no, sin problema. ¡Hasta luego!

***

Me dirigía a nuestra cita, en un bonito restaurante del sur de Manhattan. Pese a haberme arreglado muy temprano y a haber tenido varias horas muertas antes de salir de casa (me quité un vestido blanco con vuelo que Jenni consideraba «un poco excesivo en su mensaje de "es la mejor noche de mi vida"» y me puse una blusa de seda rosa y unos vaqueros ajustados), se me hizo tarde. Le escribí para disculparme y él me respondió a los segundos: «No te preocupes. Estoy aquí viendo a una pareja que está teniendo una cita horrible. Espero que no nos pase igual».

Cuando entré, empapada por la lluvia y con el corazón a mil al darme cuenta de que en realidad nunca había tenido una cita, Jack estaba sentado a la barra, con una camiseta de mujer de cuello barco y rayas amarillas y blancas bajo un jersey de abuelo color verde claro con una chapa de Daria. Alargué la mano para estrechar la suya, pero tiró de mí para rodearme con un solo brazo, algo que luego acabé por reconocer como una maniobra para evitar el apretón de manos, un síntoma de su profunda germofobia que, como efecto accidental, lo hacía parecer sumamente afectuoso con los desconocidos.

Al llegar a nuestra mesa ya estábamos hablándonos rápido, como en una entrega de premios en la que el tiempo para los discursos es limitado. Jack pidió pollo frito con miel y lamió el cuchillo serrado sin dejar de mirarme, lo que me sacó de las entrañas una risa tan genuina que se me salió el agua con gas por la nariz. Yo no tenía claro qué pedir.

—¿Qué pedirías si no hubiese nadie mirando? —me preguntó.

—Una hamburguesa con queso.

—Pues eso vas a comer.

Ambos bebimos alcohol: él se tomó una copa de Laphroaig y yo elegí un rosado, aunque ninguno de los dos volvió a pedir nada alcohólico mientras estuvimos juntos. Me hizo reír con preguntas de un grandioso tono abstracto («¿No te parece una paranoia que los niños sean literalmente el resultado de follar? ¿No deberían ser dos cosas independientes? Es decir, ¿no preferirías que tu hijo viniera de un apretón de manos y no de un orgasmo?») y a su vez él se rio con mis bromas más raras. Me desarmó con su sinceridad; antes incluso de que llegaran los entrantes, me había hablado de la aventura que tuvo con una lesbiana, de sus padres, que vivían separados aunque sin divorciarse («No sé, parece que les funciona»), y de la neumonía que casi lo había matado el año anterior y que lo había dejado obsesionado con la salud pulmonar y la desinfección de los objetos domésticos.

Me comentó que había visto el primer capítulo de *Girls*. «Eres como una Woody Allen moderna, y eso es lo más bonito que podría decirle yo a cualquier persona» (en aquella época, lo era). Yo no paraba de pensar: *¿Así son las citas con personas de verdad?* Me daba la sensación de que aquel era el premio que se me concedía por todos los encuentros de los que había salido magullada y sangrando, por todos los chicos y hombres que habían usado mi cuerpo como un calcetín en el que correrse, la recompensa a la paciencia y al trabajo duro, una señal de que las cosas, de verdad, en serio, empezaban a alinearse.

Semanas antes, mientras paseaba por la calle, me decía a mí misma: *Si ya has encontrado el trabajo de tu vida no esperes*

encontrar al amor de tu vida también. Puede que solo consigamos una parte de lo que queremos. Y ahí estaba ese chico amable y divertido, pagándome la cena. Cuando puso la tarjeta en el lector, protesté y me dijo: «Con esta tarjeta me dan puntos de aerolínea, así que en realidad es como si me estuvieras invitando tú a una copa en pleno vuelo».

Al salir a la calle caía un chaparrón aún más fuerte. Jack había ido en coche desde Nueva Jersey, donde aún vivía en la casa de su familia. Pese a la reciente «re-Nora-ción» de mi apartamento, yo seguía pasando la mitad de la semana en casa de mis padres, así que se ofreció a llevarme las veinte manzanas que me separaban de allí. De camino al coche, colocó la gabardina de forma que nos cubriera la cabeza a los dos. Éramos como los amantes en primavera de mi cuadro favorito del Met, refugiándose de una tormenta bajo una tela diáfana.

Cuando me abrió la puerta del coche me dijo:

—Mi padre tiene una empresa de suplementos, así que perdona si el coche huele a aleta de tiburón o algo de eso.

Tras emprender la marcha, empezó a sonar por la radio su éxito «We Are Young».

—Guau. Es la primera vez que me escucho a mí mismo en la radio.

Luego me contó que eso no era del todo cierto; había soltado una mentirijilla para que el momento fuese especial, y con eso consiguió gustarme aún más.

—¿Tu grupo hace coreografías? —le pregunté, y me arrepentí de inmediato.

—¿Coreografías? No. Hacemos rock. Pero si quieres que las adoptemos, lo sugeriré. ¿Te apetece rollo hip-hop o algo más interpretativo?

Me acompañó andando hasta la puerta y (en el vestíbulo en el que una vez me había quedado atrapada con el padre de Jenni soltando improperios) me besó y se le empañaron las gafas. Se las subió a la cabeza.

—¿Repetimos? —me preguntó.

Y volvimos a besarnos, con más suavidad esa vez. Cuando se marchó caminando hacia atrás, sonriendo, me dijo:

—¿Puedo verte mañana?

Arriba, mis padres ya se habían acostado pero tenían las luces aún encendidas; mi padre estaba leyendo sobre la historia de la escultura mesopotámica y mi madre hojeaba un número de *Vogue*. Les conté mi cita de un tirón: que el chico era muy divertido, mono pero no en plan obvio, caballeroso pero no en plan cursi, abierto y raro.

—Es supergracioso, y tampoco se ha ido de casa todavía, y también tiene TOC y problemas del sistema inmune, y a él también le encanta Robyn, y parece que podría ser muy buen novio.

—Ay, Dios mío —respondió mi madre poniendo los ojos en blanco, en broma—. No vamos a poder con dos como tú.

—No corras tanto, cielo —me dijo mi padre, aunque vi cómo le asomaba una sonrisa en los labios finos y serios—. Me alegro de que lo hayas pasado bien.

***

La tarde siguiente, Jack y yo volvimos a vernos en el único bar-cafetería barato que quedaba en Tribeca, un vagón de tren plateado que asomaba por el lateral de una fábrica antigua. A las seis se iba de viaje con el autobús del grupo, así que tratamos de aprovechar al máximo la hora que teníamos. Cuando nos terminamos los sándwiches de queso a la plancha, se dio cuenta de que se había olvidado la cartera. «Joder, qué vergüenza. Las chicas de Jackie no pagan nunca», soltó. Y a mí me pareció la cosa más graciosa que hubiese dicho alguien en la vida.

Antes de que lograse dar con una solución, la mánager de la gira llamó a la ventana con los nudillos y se encogió de hombros, como diciendo: «¿Qué pasa, colega?».

«¿Ya?», le contestó Jack gesticulando con la boca.

«Ya», gesticuló ella en respuesta. Su pelo oscuro en bouffant y sus cejas góticas arqueadas resaltaban bajo la luz del ocaso en Church Street.

Le dije a Jack que pagaría yo encantada y bajé chirriando del taburete de vinilo para salir a la calle a sacar dinero. Me había puesto la misma camiseta de cuello barco a rayas con la que él se había presentado la noche anterior (para demostrarle que no mentía cuando le dije que tenía una igual), una minifalda de tablas y una chaqueta corta que era muy 2010 para 2012, y tenía el pelo enrollado en un recogido. Intenté que no se me notara que llevaba pensando en él desde la noche anterior de manera casi febril, ni que incluso había visto vídeos suyos de YouTube en la oficina.

Meses antes, mi madre me había mandado a una vidente que vivía en un apartamento diminuto de una comunidad de alquiler en Prince Street. Esa mujer era «lo más», según ella, que tiene a los

videntes en mayor estima que a médicos y a terapeutas, una de las contradicciones innatas de su naturaleza tan práctica que resulta hasta agresiva. Esta vidente en cuestión llevaba ejerciendo desde principios de los ochenta y era la autora de un libro titulado *Small Mediums at Large* (hablando de médiums pequeños, ella apenas llegaba al metro y medio). Mientras sacaba cartas me preguntó qué quería saber.

—¿Voy a encontrar el amor alguna vez? —le pregunté antes siquiera de haber pensado qué era lo que quería saber.

Me avergonzó lo rápido que me salió esa pregunta, la necesidad y la esperanza.

La vidente cerró los ojos.

—Está en camino. Toca la guitarra… Le veo las manos. Y lo veo… Lo veo reírse al otro lado de un cristal.

Volviendo del cajero a nuestra mesa, pasé junto al ventanal y lo vi con el móvil, con la cabeza gacha, asintiendo. Rasqué en el cristal y, como no me miró, di unos golpecitos. Levantó entonces la vista y le sonreí. Bajó la comisura de los labios en una mueca fingida y negó con la cabeza, diciendo «no» con el dedo como si yo fuese una cría a la que hubiese pillado desafiando órdenes paternas.

Y entonces, al otro lado de la ventana, tal y como había prometido la vidente pequeña, echó la cabeza hacia atrás y se rio.

***

Para cuando se emitió el tercer capítulo ya empezaba a quedar claro que la gente estaba reaccionando con intensidad a la serie: era lo más gracioso que había en televisión; no tenía ni pizca de gracia; era

más Nueva York que Nueva York; era limitada, blanca y privilegiada; el reparto era un puñado de «hijas de». Por suerte, el término *nepo baby* todavía no se había inventado, pero el hecho de que todas tuviéramos padres con diversas afiliaciones a las artes y el entretenimiento era un tema constante de conversación. Daba igual que ningún espectador de HBO hubiese oído hablar jamás de mis padres, salvo quienes hubiesen recorrido algunos de los rincones más tranquilos del MoMA y se hubiesen dedicado a leer las cartelas con detenimiento.

«¿Y yo qué?», preguntaba Adam en la época en la que el portal *Gawker* pasó a referirse a todas nosotras con apodos ingeniosos como «la hija de Brian Williams» y «la hija de David Mamet» en el ejercicio de sarcasmo casi permanente que eran sus coberturas periodísticas. «Mi padre tiene una copistería en Indiana, ¿es que eso no cuenta?».

Mi madre se ponía como loca. «¡Somos artistas! —decía a gritos—. ¡Vivimos con lo justo! Nos las apañamos. UNOS AÑOS SE DAN MEJOR QUE OTROS. ¿Es que nadie lo entiende?».

No, mamá. No lo entienden.

Mis padres siempre estaban reubicando las piezas del tablero, haciendo malabares con las cuentas bancarias para capear la inviabilidad de las carreras profesionales que habían elegido y que no tuviéramos que marcharnos de la ciudad, susurrando tras las puertas (bueno, susurrando sin más; en nuestro loft no había más puertas que la corredera, rota, del único baño, que siempre estaba ocupado). ¿Lograrían cubrir otro año más de enseñanza privada para que la ansiosa de su hija, que necesitaba «una atención muy especial», acabase tercero de secundaria? ¿Sería por fin ese el año

en el que tendrían que abandonar la ciudad y me matricularían en un instituto público de Connecticut? Esta descripción no es ningún intento de dar pena. En nuestra familia nadie ha dudado nunca de la suerte que tuvieron mis padres por poder ganarse la vida como artistas. Nos machacaban con eso ya desde pequeños: el privilegio que suponía trabajar por cuenta propia haciendo algo que de verdad era una vocación. Ahora bien, los artistas son maestros de la ilusión. Ya desde los tiempos en los que se introdujeron en las cortes renacentistas, gracias a sus mecenas, cuando tenían que lucir prendas aristocráticas, sabían sacar algo de donde no había nada, crear vidas plenísimas y ornamentadas a partir de las migajas que les caían procedentes de las vacas gordas de la auténtica riqueza. Mis padres no se diferenciaban en nada de ellos, y eso resulta palpable en la historia que hay detrás de todos los objetos de nuestra casa: un trueque, algo de segunda mano, un trato increíble por una pieza localizada y obtenida en circunstancias absurdas. Mi madre, especialmente, se enorgullecía de esos malabarismos; no le quedaba más remedio, para mantenerse ajena al miedo.

Por mi culpa, mi madre tenía la sensación de que su propia historia se le escurría de entre las manos, la historia que se contaba a sí misma sobre cómo había logrado dedicarse al arte contra todo pronóstico. Sin embargo, tener lo justo para mantener el lustre del capital cultural equivalía a ostentar el capital en sí. Internet no atendía a matices.

La primera vez que mis padres aparecieron mencionados en la prensa como «los padres artistas de Lena Dunham» estuvo bien. Cuando el asunto llegó a las conversaciones mantenidas en inauguraciones y cenas, no tanto. Y cuando en un artículo se

destacaba una imagen de la obra de mi padre como una prueba fehaciente de la perversión izquierdista de unos padres capaces de engendrar a una narcisista obsesionada con el sexo, aquello dejó de tener gracia y empezó a desbaratar todo posible relato que sirviera para protegernos.

«Tus padres deben de estar muy orgullosos de ti», me murmuraban admirados los adultos en reuniones, sesiones de fotos, programas de televisión nacionales.

Pero yo no estaba tan segura. En cierto modo, las personas a las que toda mi vida había intentado emular e impresionar parecían más incomodadas que asombradas, más alteradas que conmovidas. Siempre habíamos sido capaces de hablar de todo; era el superpoder de nuestra casa, nuestra manera de sortear los giros y las sorpresas de la vida. No obstante, pronto me quedó claro que no puedes preguntarles a tus padres cómo les hace sentir tu fama, no de forma directa. Resultaba muy embarazoso, porque los obligaba a admitir hasta qué punto su autopercepción dependía de sus propias identidades públicas, sumamente específicas, por muy de nicho que fuesen. Admitir que mi éxito los dejaba desarmados suponía admitir la existencia de las partes más vulgares y deficientes de sí mismos. Cuesta expresar la mezcla de orgullo y pérdida que conlleva que un hijo se haga famoso, sobre todo en un hogar donde las carreras profesionales de los progenitores habían sido la fuerza impulsora de la vida familiar: determinaban adónde viajábamos, con quién socializábamos, qué valorábamos, qué despreciábamos. Y, de hecho, una de las cosas que despreciábamos, pese a que nunca lo dijésemos en voz alta, era lo mucho que la gente necesitaba ser vista. Podíamos hablar en abstracto sobre la necesidad de que el

trabajo tuviera visibilidad, pero «el trabajo», es decir, su arte, no eran ellos mismos. Pese a ser sus creadores, la vida de mis padres empezaba de verdad cuando esas obras salían de sus manos. En mi caso, yo misma era el producto.

Y luego estaba mi hermane, en su primer año de universidad, evitando de una manera prodigiosa las quedadas que se hacían en su residencia para ver *Girls*, notando cómo ciertos trepas iban mostrando un interés cada vez más inusual por elle.

«¿Por qué cojones me invitan a una fiesta en la residencia de Emma Watson? Si solo soy une estudiante cualquiera de primero».

Me di cuenta de que había dejado de venir a casa en vacaciones y prefería irse a Phoenix, a la de su nueva novia, una tenista corpulenta con una mata de pelo rubio como la de un león.

Cuando la Universidad de Brown me llamó para dar una charla como artista invitada, quise aprovechar la oportunidad. Se me ocurrió que Cyrus y yo podríamos pasar el fin de semana viendo la tele en la elegante habitación de hotel que me habían reservado. Mientras di la charla estuve buscando a Cyrus entre el público, aunque a la mitad me di cuenta de que no estaba.

De vuelta en la habitación del hotel, llamé a Cyrus y le escribí.

«Llego dentro de un rato», me respondió una vez, luego otra, y luego silencio. Al final me quedé dormida sin deshacer la cama, rodeada por el banquete que había pedido para cenar con elle. Lomo a la pimienta frío, casi cuajado. Gratén de patatas ya chicloso. Un trozo solitario de tarta de chocolate sin harina.

A la mañana siguiente, cuando llegó el taxi, me fui de Providence sin ni siquiera habernos cruzado.

***

La segunda temporada comenzó a rodarse justo cuando se avivó la tormenta mediática en torno a la serie, una bendita distracción para no estar buscando mi nombre en Twitter ni contando cuántas veces encontraba las palabras «gorda» y «fea».

Jack y yo nos veíamos cada vez que podíamos, y la intensidad entre un encuentro y el siguiente aumentaba con un aluvión constante de mensajes. Cuando conseguíamos quedar, siempre era cerca de donde estuviese él haciendo alguna promo de radio o ensayando. Nuestra cuarta cita fue en un concierto suyo; la quinta, en el Oyster Bar de Grand Central, donde estaba grabando un vídeo musical, con una camisa verde militar abotonada y los pantalones más ajustados que yo le había visto nunca a un hombre. Me rodeó con el brazo y compartió conmigo su crema de almejas, y cuando llegó la hora de irme bajó corriendo la rampa detrás de mí para darme un último beso, como en esa foto del marinero que agarra a la mujer al anunciarse el final de la Segunda Guerra Mundial.

La primera vez que nos acostamos fue a los tres meses. Yo me daba cuenta de que lo suyo era deliberado, de que quería conocerme. No se parecía a los tíos calentorros con los que yo había ido a la universidad, que se dedicaban a acumular conquistas, ni a los hombres ocasionalmente crueles que me llevaban a callejones, ni tampoco al *videojockey* que me había cortejado de forma agresiva pero había evitado el sexo porque «eso es una promesa que le haces a tu cuerpo».

Ocurrió después de la fiesta por el trigésimo segundo cumpleaños de su hermana, que se celebró en un International House of

Pancakes del este de Manhattan. Su madre nos pidió que posáramos para una foto, y yo le envolví el cuello con la cuerda de un globo rojo y lo miré escéptica. Me había puesto un minivestido de leopardo con un cuello naranja fosforito y él, sus pantalones preferidos de color verde menta; luego, cuando volvió a irse de gira, me quedaba mirando esa foto y trataba de descodificar su mirada, de adivinar —a partir de esa breve instantánea hecha con una perspectiva ajena— lo que de verdad sentía por mí. Jack hablaba mucho sobre muchas cosas, pero no tanto de eso. Yo lo percibía más que nada en cómo escribía mi nombre cuando nos mensajeábamos: «Buenas noches, Lena».

En mis tiempos había sentido muchas cosas: lujuria, celos, humillación… Sin embargo, aquella era la primera vez que sabía, con una certeza casi religiosa, que quería que me quisieran.

Después de la fiesta volvimos a mi apartamento nuevo de Brooklyn. Le expliqué que había dejado un armario pintado con el mismo color azul que tenía antes aquel sitio porque la vidente pequeña me había dicho que era una manera de honrar al fantasma y cohabitar con él. El mensaje era: «Mira, lo que quiero es que te sientas aquí como en casa».

Junto a ese armario, en el que guardaba todos los platos de color verde lechoso de mi abuela, nos estuvimos besando mucho rato, en silencio, concentrados, hasta que me levantó en volandas y me llevó al dormitorio, donde le coloqué un condón que me habían dado gratis en un acto con la prensa. Nos reímos porque el condón era rojo brillante. El sexo en sí fue torpe y cómico, como si los dos nos conociéramos mucho y a la vez no lo suficiente, y a la mitad me dio una migraña punzante encima del ojo derecho que me hizo gritar.

Pensando que era un grito de éxtasis, Jack aceleró sus movimientos. Al recordarlo ahora, fue una de las primeras veces en las que me di cuenta de que el dolor y el placer suelen ser indistinguibles para el observador externo.

Después, tumbados en la cama, le toqué la cara.

—Has sacado la vara de mando, ¿eh?

Asintió.

—Ya era hora —dijo.

A la mañana siguiente se marchó cuando aún no había amanecido del todo para actuar en *Good Morning America*. Al salir el sol me hice una foto con los ojos entornados y sin sujetador, tocando la huella que había dejado en la cama, y se la mandé.

«Vuelve pronto a casa», le escribí.

***

Con la segunda temporada las dinámicas entre el reparto se fueron aclarando. Jemima y Zosia habían establecido un vínculo muy rápido en la primera temporada y cometieron el gran error de irse a vivir juntas. Zosia ocupó la habitación libre que había en el apartamento de Jemima, y lo que empezó como una historia de amor (explorando mercadillos, haciéndose tatuajes a juego) acabó en desengaño cuando Zosia comenzó a salir con alguien que Jemima aseguraba haberse pedido primero, a pesar de que estaba casada y tenía un hijo.

Por su parte, a Jemima no le gustaba tenerme de jefa. Un día, de camino a su casa después de rodar, me llamó para anunciarme que dejaba la serie: «Yo no firmé para hacer todo esto. Se suponía que

iba a ser una movida divertida y ya está. Nadie va a tomarme nunca en serio como pintora. Odio aprenderme frases. ¿Puedes guionizar mi salida?».

Cuando se lo conté a Jenni y a Judd me recordaron que Jemima sí que había firmado para hacer todo aquello: siete años, de hecho, según contrato. Me aterraba la perspectiva de tener que recordarle eso a Jemima, así que les supliqué que la dejaran ir: «Le escribiré una salida magnífica. De todas maneras, su personaje está destinado a descolgarse. Podemos meter a alguien nuevo».

Sin embargo, antes de que la cosa fuese a mayores, Jemima entró a mi camerino sin llamar: «No quiero irme. Es que me daba miedo contarte que estoy embarazada, de seis meses».

Le miré la barriga, que le abultaba los leggings. ¿Cómo no me había dado cuenta? Quizá porque, incluso sin llevar ningún niño dentro, el peso de Jemima cambiaba como el clima. A veces tenía el cuerpo blando, regordete y muy mono y otras, fibroso y firme, pero siempre que la miraba solo veía a la chica más guapa del mundo. Nos pasamos el resto de la temporada colocándola detrás de estanterías y bajo las sábanas, metida en bañeras de forma que solo se la viera de cuello para arriba o con caftanes enormes de satén. Entre toma y toma, le tocaba la barriga y me preguntaba si hablaba en serio aquella noche que me dijo que se sentía atada a algo cuya gravedad en realidad no comprendía.

Allison era una persona fiable y preparada para todo, tan llena de entusiasmo como cualquier otro hijo del teatro, aunque con un carácter incisivo que resultaba sorprendente, si bien nunca desagradable. La apodamos «la Veinte Preguntas» por lo decidida que se mostraba a entender las motivaciones de Marnie, su historia

y las decisiones a menudo inexplicables que tomaba. Era además la única intérprete que había incluido en su contrato una cláusula para no tener que desnudarse. «La cara exterior del muslo, vale», dijo una vez. Por tanto, resultaba aún más impresionante el entusiasmo con el que abordaba incluso las escenas de sexo más desconcertantes. Yo sabía que podía buscar en ella fuerza y camaradería, en cualquier situación y momento del día. Muy al principio, me regaló una camiseta de tirantes que ponía: SIEMPRE AQUÍ PARA TI.

Cada miembro del elenco procesaba a su manera la intensidad de las reacciones a la serie. Allison tenía una habilidad para comprender la percepción pública que le venía de haberse criado en un hogar en el que la fama iba dada. Jemima se sentía desconcertada con las repercusiones negativas, o al menos lo fingía. Zosia parecía flotar por encima de todo, con la estudiada distancia de una persona muy joven que se había visto obligada a madurar por su cuenta de maneras muy adultas.

Y yo… Yo vivía en internet, pese a fingir que no era así. Instagram era algo muy nuevo y Twitter estaba entonces alcanzando su insidiosa forma final, y aunque había elogios, era complicado recibirlos cuando tanto de lo que veía me servía para confirmar todas las sospechas que había tenido sobre mí misma desde preescolar.

Estaba lo obvio: era gorda, normalita de cara, con la voz chillona, y había un montón de actrices mejores y más buenorras a las que ver, y quizá ninguna más fea o peor.

¿Y qué hacía cada vez que leía algo malo sobre mí? Pues publicaba algo. A veces ponía un comentario directamente. Otras me

limitaba a subir una imagen tonta con un pie de foto ideado para demostrar que la mejor venganza era una vida bien vivida. En otras ocasiones, lo que hacía era suplicar unas migajas de elogios que borrasen el dolor derivado de llenarme la cabeza con el desprecio ajeno.

De todos modos, la mejor medicina era Jack. Ahí estaba ese chico (aunque bueno, con veintiocho años era ya un hombre), con unos brazos fuertes y buenos instintos, pero también con rodajes de vídeos musicales con modelos que le pasaban su número de teléfono en servilletas. Aunque entonces no me daba cuenta, a medida que avanzaba nuestra relación el apoyo que buscaba en él no tenía que ver solo con la compañía y el afecto. Que me cuidase, que me eligiese, suponía para mí una garantía de ser guapa, querible, de estar avalada por alguien que tenía todas las opciones del mundo y había apostado por esta de aquí.

Un día condujo tres horas hacia el norte del estado, donde habíamos ido a rodar, solo para pasar dos horas conmigo y luego volverse. En mi habitación anónima de un hotel Hyatt, nos besamos y nos comimos unos sándwiches club que pedimos al servicio de habitaciones, y me levanté el vestido rojo mientras él me colocaba la cabeza entre las piernas.

Cuando se marchó me quedé allí sentada, sola, sonriendo al recordar sus manos en mi pelo y cómo, al terminar de comer, había lanzado en broma el plato a la otra punta de la habitación. Si había hecho todo ese trayecto en coche era porque yo le gustaba en serio, ¿no? Tenía que marcharse otra vez, sí, madrugaba al día siguiente, pero ¿me habría tocado así, me habría besado en esos sitios, si no quería hacerlo una vez y otra y otra y otra? Mientras pensaba,

esperanzada, rezando, me interrumpió el aviso de un mensaje de texto de mi bienintencionada tía: «¡¿Nora Ephron?! ¡Ay, no!».

Confundida, abrí el ordenador y busqué en Google el nombre de Nora para encontrarme con un mar de obituarios. No entendía nada. Hacía solo dos semanas que habíamos quedado para almorzar.

Le había escrito este mensaje: «Estoy atrapada en la oficina. Tengo que reescribir el capítulo tres entero :(¿Te va bien otro día de esta semana?».

«Escribe tranquila. Nos vemos pronto, bonita», me había respondido Nora.

***

Jack me llamó a diario ese verano mientras estaba de gira, desde Kansas y Kuala Lumpur, desde Indiana e Indonesia, desde teléfonos de hotel y desde el móvil del batería cuando el suyo murió. Lo arrullé con mi comprensión cuando me describió su intento de encontrar un sándwich de pavo normal en un tren europeo y me reí cuando me contó que en Alemania los componentes del grupo se habían visto obligados a rodar un anuncio para televisión vestidos con jerséis negros de cuello vuelto a juego, como los personajes de esos sketches de *Saturday Night Live* sobre aquellos artistas performativos que se hacían llamar Sprockets. Ese era el tipo de referencias que a los dos nos encantaban; ambos habíamos sido niños solitarios acompañados por la misma clase de arte que intentábamos hacer de adultos. Ahí era donde de verdad nos vinculábamos, en nuestra memoria cultural colectiva: unos puntos de contacto que sentíamos únicos y nuestros. Nunca antes había

conocido a alguien a quien le gustase lo mismo que a mí, y le gustase tanto. Y le gustase tanto yo.

Estábamos en casa por la festividad del 4 de julio y Jack se había tumbado a lo ancho en la cama, por la mañana, con la cabeza en mi regazo, mientras yo me mordía el labio para no decirle «Te quiero». En vez de eso, le pregunté:

—¿Quieres… em… quieres ser mi novio?

Me miró con gesto inquisitivo, con las cejas tupidas fundidas en una, y se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Toda la gente del trabajo pareció notar la alegría repentina que impregnó todos mis movimientos. Llegaba allí reluciente y me marchaba igual.

Jack me mandaba regalos cuando estaba fuera. Eran cajas con cosas que recopilaba durante sus viajes: imanes de sushi de Japón; un cheque de trece dólares extendido a mi nombre con el concepto «cómprate algo bonito por tu bat mitzvá», que sujeté con los imanes de sushi en el frigorífico rosa que Nora desaprobaba, o un muñeco de Mumin de Finlandia. Los Mumin: esos cruces entre nubes de gominola y rinocerontes, con la cara inflada, que viven en un universo proto-*Barney y sus amigos* para el entretenimiento de niños antropomorfos.

Me encantaban los Mumin, y cuando le mandé a Jack una foto del muñeco acoplado bajo mi barbilla, nos declaró hermanos gemelos al Mumin y a mí. Las aventuras del Mumin se convirtieron en otro punto de contacto. Le enviaba fotos que le sacaba al Mumin en la oficina y en el rodaje, asomando la cabeza en mi bolso, metido entre mis tetas. Mumin pasó a ser un apelativo, un término de cariño, la

primera identidad que nos asignábamos el uno al otro: «Eres mi Mumin». «No, tú eres MI Mumin».

Hacía solo año y medio me estaban llamando «puta» y «zorra», «furcia», mientras mantenía relaciones sexuales en un apartamento con bolsas de basura por cortinas. Nunca le hablé a Jack del hombre con el labio leporino. Cuando me preguntaba por mis ex, me centraba en anécdotas divertidas, en cosas patosas, no en los momentos en los que alguien me había infligido dolor y, aunque una mitad de mí lo detestaba, me corría igualmente. No creía que esa parte de mi historia pudiera encajarle a un chico que en total tenía un único rollo de una noche en su haber, y luego una letanía de relaciones que habían durado años con mujeres inteligentes y triunfadoras. En esos momentos yo era su Mumin, y a los Mumin no les va eso de atarse con correas en un piso de Flatbush.

Tanto cariño le teníamos a nuestro Mumin que del siguiente viaje que hizo a Finlandia, seis meses después, Jack volvió con bolsas y bolsas de cosas de Mumin: pegatinas, tazas, libros, bisutería, una carcasa para el móvil que no le valía a mi teléfono, así que la coloqué en mi estantería. Tuve que ir sacándolo todo poco a poco, y durante años lo aproveché para hacer regalos a hijos de amigos o para decorar mis cartas con adornos de Mumin.

Jack actuó así durante toda nuestra relación: si se enteraba de que me gustaban los camisones de lino, me compraba once del tirón. Cuando me vio maravillada ante unas piedras lunares, de repente me inundó con ellas. Siempre pedía de más para comer. Era como si compensara sus ausencias —los periodos tan largos en la carretera, los días infinitos en el estudio— con la cantidad de cosas de las que me abastecía.

«Me encanta cuando tienes lo que quieres», me decía.

***

El single «We Are Young» de Jack fue número uno mundial e indujo a la gente a tomar malas decisiones en tiendas 7-Eleven a escala internacional. Mi primera temporada de *Girls* se debatía en entornos de trabajo de índole muy concreta, si no en todo Estados Unidos, sí al menos en ciudades costeras progresistas y quizá en Chicago, en boca de cualquier persona joven con vagina o con opinión sobre las vaginas. Los dos percibíamos los cambios en nuestras vidas, y cómo nuestros amigos de siempre desaparecían sumidos en sus realidades; las peticiones de favores que llenaban nuestras bandejas de entrada, de gente que no nos conocía lo suficiente para pedirnos nada; las preguntas invasivas, los selfis en el Starbucks y en los aeropuertos. Teníamos ambición, y miedo, agotamiento, esperanza, y sabíamos que, aunque nadie más pudiera, el otro sí era capaz de ver todo lo que estábamos sacrificando para hacer lo que amábamos, todo lo que cedíamos para parecer tan independientes.

Y así, nos embarcamos en una convivencia de pareja decisiva, una balsa hecha de cuerdas y latas de Coca-Cola para protegernos de la subida de la marea de la atención, la adulación, el escarnio y el dinero. Éramos nosotros contra el mundo, o lo que parecía ser el mundo: un mundo de exigencias para el que no estábamos preparados, una gente que nunca imaginamos que nos miraría siquiera.

Uno de los motivos por los que Jack y yo nos enamoramos con tanta intensidad y tan rápido fue que a ambos se nos había

inoculado de niños una sensación de fatalidad tan absoluta que incluso los instantes que deberíamos haber considerado triunfales (un single conquista las ondas de radio, la oportunidad de crear el tipo de arte que siempre habías soñado) nos parecían abocados a conllevar unas consecuencias tan peligrosas como inesperadas. Pero de momento solo éramos dos críos con mucha suerte, aferrándose el uno al otro con todas sus fuerzas.

En otoño, tras acabar el rodaje de la segunda temporada y también la gira europea de su grupo, Jack se vino conmigo un mes a Los Ángeles mientras montábamos la serie. Un día recibí un mensaje de correo electrónico de mi publicista: Lexus quería dejarnos un «coche de promoción».

Yo no sabía conducir y Jack apenas hacía uso de su carnet, pero parecía una tontería resistirse a aquella oferta, así que aceptamos. Unos días después, una mañana neblinosa, un representante de Lexus nos trajo un utilitario deportivo, negro y reluciente, con un complejo sistema de sonido y un manual de usuario gordo como una novela. En El Royale trabajaba un aparcacoches de ochenta y tantos años llamado Rodney, que estaba medio ciego y era famoso por rayar todos los coches que conducía, y por eso nos comprometimos a manejar el vehículo por nuestra cuenta en todo momento, aterrados ante la idea de meternos en algún problema con nuestros jefes supremos de Lexus. Lo cierto era que Jack no conducía mucho mejor que Rodney, aunque iba por Los Ángeles sosteniendo el volante con una mano y un burrito en la otra, y de alguna manera manipulaba el móvil al mismo tiempo. Yo lo miraba boquiabierta.

Ni siquiera recuerdo adónde fuimos con ese coche. Creo que a un brunch y a una fiesta de Halloween, en la que nos peleamos porque

me pareció que Jack me había dejado sola con las novias de sus amigos demasiado tiempo y «mi sitio no está en el sofá de las novias». De todos modos, sí recuerdo lo felices que éramos, pasando por adultos con nuestro cochazo de adultos. Y de noche, en el colchón ecológico que mi madre me había comprado por internet «para proteger tu fertilidad, porque los colchones liberan MUCHOS gases malísimos», nos quedábamos despiertos hasta tarde entre risas, pellizcándonos las orejas, contándonos historias sobre sueños de la infancia y malas actuaciones en concursos de talentos. Éramos como un par de hermanos gemelos cuyos padres debían haber instalado en habitaciones separadas para salvaguardar sus horarios de sueño.

Cuando había sexo, todo era tentativo y dulce. Echábamos el uno mano del otro bajo las sábanas como asombrados tan solo por tener permiso para tocarnos así. A esas alturas nos decíamos que nos queríamos cien veces al día. Jack me lo había dicho por primera vez en septiembre, después de ir a ver a Woody Allen tocar jazz en el Carlyle y de compartir una sopa de una cazuelita, y en cuanto se abrieron las compuertas ya no hubo manera de cerrarlas.

«Tiene un ritmo lento, pero cuando se implica, se implica», me había dicho su hermana de él. Y las ganas que tenía yo de creerla.

—Te quiero, J.

—Te quiero, Lena.

Nunca «Yo también te quiero». Nunca un punto final. Siempre en un bucle infinito, una y otra vez, una promesa, un tic, una oración. Fuera, en la calle, oíamos a unos adolescentes pelearse, y confiábamos en que no nos rayaran el Lexus prestado.

***

Una de las consecuencias de ser famosa a las que no me anticipé, por obvia que parezca, fue la cantidad de cosas nuevas que la gente iba a querer de mí.

Ahora estoy tan acostumbrada que una de las etiquetas de mi Gmail es «favores» (incluso en mi ámbito reducido y específico, siempre hay peticiones). He aprendido a desviar conversaciones cuando se encaminan hacia un: «Pues oye, siempre he tenido una idea para una película que…». He vivido un viaje en coche de dos horas en el que el chófer estuvo contándome escena por escena una película de dibujos animados que había escrito sobre unas mofetas enamoradas, voces incluidas. «¿Tienes manera de hablar con Will Smith?», me preguntó, hasta que al final mi madre reclamó: «NECESITO SILENCIO». He vivido una consulta médica en la que el médico me iba contando su idea para un reality mientras metía la cabeza entre mis piernas. Me han entregado más guiones, novelas, propuestas, storyboards y currículums en fichas de los que humanamente era capaz de leer. Y no solo lo siento por esas personas, sino que también percibo la intensidad de su deseo por ser vistas, célebres y conocidas, tan potente que se transmite como un colocón por contagio. A lo mejor es que lo despiertan de nuevo en mí. No dispongo de ningún mecanismo de defensa para hacerle frente, y eso forma parte de la complicación.

En los inicios de mi fama, este fue un problema incapacitante. La culpa por ser «la que lo conseguía todo» parecía propulsarme a un estado casi eterno de generosidad. En mi fuero interno, sentía que si no daba gran parte de lo que tenía quizá nunca llegara a

conservarlo. De algún modo, la idea de establecer límites era como invocar al mal karma. Para empezar, yo había sido una de esas personas, ¿y acaso la gente no había sido amable conmigo entonces? Además, ¿y si mi nombre salía en una fiesta y alguien decía: «Ah, sí, la conozco, y es una impresentable, una esnob. Cero generosa»? Podía soportar muchas acusaciones, pero la idea de no dar no estaba entre ellas.

«¿VAS A VENIR O NO?», me escribió una vez un pariente lejano, marido de (ahora exmarido de). Se refería a la proyección en un festival de su película independiente, un filme en el que yo había aceptado aparecer en una única escena y en cuyo cartel, no sé muy bien cómo, acabé figurando. «A mí no me vaciles. He visto tu tuit diciendo que odias los mails masivos. ¿Iba por mí o qué? ¿Tanto se te ha subido ya, tan rápido?».

«Lo siento mucho», le respondí a ese sociópata, y le di mil justificaciones antes de colocarme un vestido bonito y plantarme en su puerta, repitiendo, como si lo dijese en serio, con una sonrisa enorme y los dientes relucientes: «Pues claro que no iba por ti. Me encantan tus mails masivos, ¡son de los que se agradecen! De verdad, yo nunca te dejaría tirado».

Eso lo hacía una y otra vez, en incontables situaciones. Y aun así nunca bastaba. Siempre me llegaban más peticiones. Siempre había gente nueva a la que decepcionar, nuevas formas de fracasar, nuevas expectativas que dejar de cumplir.

Es imposible llevar la cuenta de la cantidad de correos que, durante ese primer año aproximado de fama, recibí en mitad de la noche de gente a la que conocía y que me ponía algo tipo: «Siempre he sabido que no eras tan buena persona» o «Podrías haber leído el

puto guion, ¿tanto trabajo te costaba?», o incluso «Debes de sentirte muy bien contigo misma, ja, ja, ja, los tienes a todos engañados».

Hasta donde yo sabía, esos mensajes los enviaban personas que, por lo demás, estaban cuerdas (aunque el tiempo demostró que muchas de esas suposiciones no eran correctas). Por tanto, concluí que debía obedecer a la improbabilidad de mi éxito, al «¿por qué ella?», así como a mi evidente incapacidad para aguantarlo todo con la humilde magnanimidad por la que había optado, era eso lo que impulsaba a gente que en general estaba en su sano juicio a escribir unas cosas tan drásticas e hirientes, unos ataques tan impropios de sus personajes.

Era asimismo alucinante ver lo rápido que invalidaban su propio discurso en cuanto les respondía (siempre contrita: «He estado muy ocupada, por favor, perdona el retraso, esto es una locura, ¿qué necesitas?»), la velocidad con la que retiraban lo dicho y volvían a adorarme. Bastaba con ponerme de rodillas, arrastrarme sobre unos cristales rotos, enseñarles las heridas y luego prometerles vasallaje eterno. Era así de sencillo, y fácil de repetir. El único problema era que, cuando conseguías que te quisieran de nuevo, volvías a deberles algo. Era como tener detrás a un cobrador de morosos desquiciado que no dejara de disculparse mientras te embargaba todos tus bienes materiales.

Quizá otra gente que se ha hecho famosa lo haya llevado mejor. Quizá esas personas crecieran siendo conscientes de su propia valía, o quizá se criasen sin nada y por tanto supieran proteger lo suyo. Quizá fueran personas lo bastante equilibradas para saber manejarse y ajustarse a la máxima «que cada palo aguante su vela». Quizá,

cuando otra gente les ladrase, ellas mordiesen. Pero yo no era nada de eso. Yo quería teta y también sopa. Quería esa gran vida, una vida inverosímil, y además el amor de todo el mundo que me cruzara por el camino.

Como alguien que, debido a un trastorno obsesivo-compulsivo, se había preguntado desde muy temprana edad si era buena persona (y qué me ocurriría si no), me encontré con que esas acusaciones y esos ataques aleatorios de gente que hasta entonces parecía tenerme cariño ejercían en mí un efecto profundamente corrosivo. Daba igual que adoptaran la forma de leves rechazos por parte de amistades («Vaya, no te dignas ni a saludar, ¿no?», si no veías a alguien mientras caminabas por la calle con la cabeza gacha) o de un mensaje desquiciado por parte del exnovio de una examiga, o incluso de una broma suelta de mi madre, la persona que se suponía que debía quererme más allá de lo razonable. Daba igual quién lo dijera, y el contenido de lo que dijera. Con que tan solo insinuase que, de algún modo, yo era mala, me resultaba insoportable.

Soy una persona que busca hacer felices a los demás, en la medida en que se trate de una forma sana de procesar lo que se vive. Quiero que la gente se sienta vista, escuchada, entendida y quizá incluso respaldada o como si su vida mejorase por el hecho de conocerme, leerme o verme. Cuando percibo que he fallado en esa misión, me sobrepasa el autodesprecio, me desestabilizo por completo, demasiado, hasta casi paralizarme.

Tenía que evitar a toda costa sentirme así, así que aprendí a prometer y apaciguar, prometer y apaciguar.

Fue más o menos por esa época cuando empecé a pagar todas las comidas que compartía (a no ser que fuese con un adulto con una

fortuna absurdamente superior a la mía, tipo David Geffen). Fue más o menos por esa época cuando empecé a dejarle mi apartamento a cualquiera que me pidiese alojamiento, a quitarme los anillos de las manos, a ofrecer soluciones a cualquier problema que se mencionase ante mí, aunque hubiese conocido a la persona en cuestión cinco minutos antes. Fue más o menos por esa época cuando empecé a responder a cualquier cumplido con otro cumplido: «Me encanta tu serie». O: «Y CÓMO ME GUSTAN TUS OJOS».

Fue más o menos por esa época cuando empecé a pararme cada vez que alguien me reconocía y a concederle no solo un selfie, sino diez minutos de atención absoluta, aunque eso me hiciese llegar tarde. Fue más o menos por esa época cuando empecé a amontonar citas para tomar un café, tres o cuatro apiñadas en mis escasas tardes libres, con cualquiera que necesitase consejo, cualquiera con quien o para quien hubiese trabajado de becaria, antiguos profesores y amistades de Twitter, cualquiera que mi madre considerase «muy inteligente en el fondo». Los sábados no eran para recuperarme, para leer, para soñar. Eran para garantizar que la máxima cantidad de personas posible tuviese una percepción positiva de mí.

¿Y la vida? La vida consistía en no provocar ninguna ofensa en el intervalo entre despertarme y volver a hundirme en la cálida parálisis del sueño. Daba igual que un café diera paso a otro, que un favor generase otro, que un cheque llevase a otro. Si te muestras a ti misma como un pozo sin fondo de recursos, la gente empezará a hacer *fracking*. Es irremediable. Hay demasiadas personas con demasiadas necesidades que creen que el mundo no está hecho

para ellas, a menudo con razón. Todos tenemos que intentar sacar de donde podamos.

Aunque yo quería ser la excepción a todas las reglas: reglas sobre gente famosa, sobre chicas alocadas, sobre cómo tratan los que tienen a los que no tienen. Cuando se me daba a elegir entre desagradar a alguien y protegerme o agotarme ayudando a alguien, casi siempre elegía la tercera vía: hacerme mucho daño a mí misma, aunque en realidad nadie me lo hubiese pedido. Ahora me doy cuenta de que quería ser cariñosa y recibir cariño, necesitar y que me necesitaran, ser tan generosa que quedase por encima de cualquier censura y ser tan amable como para librarme de sufrir crueldades ajenas.

Segunda parte

Not Yet a Woman

[Su diario] pone ante mí algo de lo que fui sumamente consciente a lo largo de su vida: que la extraordinaria intensidad de su voluntad y de su personalidad de veras le habría cuasi imposibilitado llevar la vida uniforme y recíproca de una persona en «buen» estado, en el mundo normal, de tal forma que su muerte desastrosa y trágica fue en cierto modo la única solución para los problemas prácticos de su vida.

HENRY JAMES sobre su hermana, Alice James.

Bueno, en realidad yo no quería estar mala, pero no quiero estar mala, pero es que todo el mundo se pone malo a veces… ¿Y sabes qué más? Que no me encuentro bien, porque me duele la garganta y la cabeza y estoy sudando, y mi papá suda cuando hace ejercicio.

Lena Dunham, 1989 (tres años), a la pregunta de «¿Qué es lo más duro de ser niño?», para el anuario de la Washington Market Preschool.

Nadie me aguanta porque quemo como el fuego.

BRAD RENFRO, a la edad de once años.

Capítulo siete

Es difícil ser fácil

Uno de mis directores favoritos de la vieja escuela, un héroe del cine que ha trabajado tanto en la pantalla grande como en la pequeña, me dijo una vez: «Cielo, el mejor trabajo que se puede tener es estar en una serie de televisión y que funcione». Fue mientras me llevaba a casa en coche después de una cena de negocios en Brentwood en la que no hicimos ningún negocio, justo antes de acercarse a mí para besarme en el asiento delantero de su Mercedes. Abrí la puerta del coche e hice mi primer y último bicho bola por la acera. Ya no puedo ver sus películas —unas películas que antes me reconfortaban, que me ponía de fondo una y otra vez—, pero tenía razón.

En cierto modo, *Girls* se convirtió en algo semejante a un trabajo de oficina, si es que tu trabajo de oficina implica interpretar decenas de escenas de sexo al año delante de un equipo de tíos de ascendencia irlandesa, ya mayorcitos, que representaban a su sindicato con el fervor de quien defiende a su equipo favorito; o reproducir complejas peleas con tus amigas televisivas en las que tienes que gritar las cosas que por lo general solo puedes susurrar para ti; o hacer como que esnifas coca de un baño sucio a las ocho de la mañana; o forzarte a pensar en la muerte de tu padre para

poder sacar lágrimas de verdad (aún hoy es lo único que me funciona, y es algo que he decidido no explorar más).

Con frecuencia, entre toma y toma, me sentaba en la silla de directora con solo una bata puesta, con las piernas sin depilar colgando y los pies sin llegarme apenas al suelo, como una niña a la que le hubiesen dado el control de una empresa de la lista Fortune 500.

Durante el primer año pude esconderme detrás de mi inexperiencia, y mis preguntas (sobre cómo se hacía lo que estábamos haciendo) resultaban adorables. Sin embargo, pasado un tiempo había aprendido lo suficiente para actuar como si lo hubiese aprendido todo.

***

Cuando me pidieron que hiciera un piloto, imaginé que la cosa quedaría ahí. Pensaba que, una vez acabado, no habría manera de que no fuese evidente para los altos ejecutivos que aquello no encajaba en la idea que nadie pudiese tener de algo comercialmente viable. Cuando me encargaron una temporada, me pareció increíble que nos estuviesen permitiendo llevar tan lejos aquella farsa. Y cuando esa temporada dio paso a una segunda, y la segunda a una tercera (y con la tercera llegó un encargo más amplio de episodios, además de mayores expectativas en prensa, y camerinos mejores), me pareció que *Girls* iba a ser mi vida ya para siempre. Cuando alguien me preguntaba cuánto tiempo íbamos a seguir, me encogía de hombros y decía: «Todo el que me dejen».

Con veintiséis años ya, avanzaba camino de la tercera temporada. Tenía novio, un apartamento, un trabajo de adulta a tiempo completo. Al principio me tomaba todas las oportunidades (ser la segunda invitada en el sofá de Jimmy Fallon, una entrevista con preguntas de lectores de *The New York Times*, una invitación de última hora para la Met Gala) como cosas de «una vez en la vida», experiencias que encabezarían mi currículum para los restos. A menudo, cuando les hablaba a mis padres de alguna nueva propuesta, mi padre me decía: «¿Y "tienes que" hacerlo?». Me daba vergüenza admitir que no, que nadie me estaba poniendo una pistola en el pecho, que «quería» hacerlo. Reconocer que todo aquello me resultaba novedoso y divertido y me reafirmaba habría significado que yo era una persona fácil de corromper con unas ansias inagotables de éxito. Así que solo le decía la verdad a medias:

—Tiene que haber gente que vea la serie para poder seguir haciéndola.

—Pero si ya seguís haciéndola —me decía.

Y no le faltaba razón. Al principio yo no entendía que la exposición pública generaba más exposición pública, que la prensa generaba más prensa, que las fiestas generaban más fiestas.

Había muchas cosas emocionantes. Que me regalaran ropa, por espantosa que fuera, me parecía un triunfo. Estaba lo fácil que era reservar en los restaurantes, las invitaciones a cenas en casas de gente «influyente en la cultura» con más de treinta años, de cuarenta e incluso de cincuenta, gente que tenía pareja seria, molinillos de pimienta y ollas de Le Creuset esmaltadas en tonos pastel. Estaba la sensación de que cada día aparecía algún artículo, invitación o nominación, de que siempre me superaba a mí misma.

En aquel momento mi trayectoria parecía ser solo ascendente. Aquello suponía reafirmación suficiente para toda una vida, y sin duda bastaba para que resultara muy fácil tildar de resentido o envidioso a cualquiera que se nos acercase con una mirada crítica.

Estaba esa parte de mí que seguía llena de dudas y de ansiedad y que solo quería poner el gesto adecuado y salir de allí. Pero luego, por supuesto, estaba también la parte —una que no me sentía tan dispuesta a reconocer— que tenía cierta sensación de haber llegado, de ser necesaria, de saber de una vez por todas que al morir dejaría algo mío en la Tierra para que la gente lo redescubriese. Mi obsesión con la mortalidad siempre me había definido; me pasaba mucho tiempo preguntándome por qué nos esforzamos cuando vamos a seguir el mismo camino de los dinosaurios. En el éxito visible había cierto elemento prolijo que al menos ejercía el efecto temporal de anular esas preguntas. La gente se acordaba de los dinosaurios, y me recordaría a mí.

***

Diría que mis amistades empezaron a volverse raras en cuanto la serie se convirtió en un hecho consumado. La primera temporada había sido un error del sistema digno de celebrarse; la segunda fue una sorpresa que todos supimos apreciar; la tercera temporada era un «así son las cosas», aunque en cierto sentido siempre habían sido así. Conservaba algunas amistades de la infancia, claro (Jemima sobre todo), pero mi papel siempre había sido el de observadora, seguidora, payasa ocasional. Hasta que la fama no entró en la ecuación no me aceptaron en la fiesta.

Conforme la serie me fue ocupando más y más tiempo, invitaciones que parecían inevitables dejaron de llegarme. Me enteraba de un fin de semana en el norte del estado o de una cena en el sur de Manhattan y me preguntaba por qué no me habían incluido. Isabel, Audrey, Joana y yo ya no discutíamos con esa relajación propia de las amigas de siempre por un vestido prestado, un cumplido mal hecho, un chico… Más bien, cuando nos reuníamos (algo que debía programar con minuciosidad, dado que mi año iba de la preproducción al rodaje y de ahí a la edición y a la prensa y de nuevo a la preproducción), nos pasábamos la primera hora rompiendo la capa de hielo que se había formado sobre nuestra dinámica.

Robert, el viejo amigo de mi madre de la escuela de arte, tenía un dicho: «En esta ciudad sabes que has triunfado cuando deja de sonarte el teléfono». Robert había ganado una pequeña fortuna en los años ochenta con el diseño y la cesión de licencias de artículos del hogar para grandes almacenes de nivel medio de todo Estados Unidos. Mientras el resto de sus compañeros iban tirando, él se compró una casa enorme en Greenwich y un dúplex en el SoHo, se compraba la ropa en Double RL y pasaba sus vacaciones en castillos de Marruecos. El hecho de que muriese con cincuenta y nueve años después de que una veinteañera con la que salía le pinchara heroína mientras estaba metido en la bañera, y que saquearan su casa en busca de diamantes antes de que pudiera llegar algún familiar, no resulta muy reconfortante. La cuestión era que yo seguía queriendo que me sonara el teléfono.

Tenía amistades, sí: el elenco, el equipo, un grupito de gente que parecía considerar mi vida interior como algo real, por muy irreal

que hubiese acabado siendo el mundo que me rodeaba. Sin embargo, fueron las dinámicas con las mujeres que conocía de toda la vida las que parecieron atrofiarse a niveles profundos, en especial con mi madre: la amienemiga fundacional a la que todas tratamos de emular pero que ninguna puede superar.

Según me parecía a mí, se daba por hecho que yo tenía todo lo que quería, o lo que cualquiera querría: seguridad económica, adulación profesional, una historia de amor que tenía a la prensa cautivada y que por Instagram se veía como dulce, un poco friki y estable… Así, nadie me preguntaba nunca nada, como si supusieran que yo era inmune a las realidades agotadoras que rigen la década de los veinte años, a los microfallos y a las megapreguntas sobre cuál es de verdad tu sitio en el mundo. Era consciente de que mi situación hacía que ciertos aspectos de mi vida pareciesen solucionados (el económico, el profesional), y en muchos sentidos, en los más obvios, así era. También era consciente —y me ocupaba de que todo el mundo supiera que era consciente— de hasta qué punto aquello había sido cuestión de suerte.

Sin embargo, nadie escarbaba nunca en el trasfondo, nadie pensaba en el peaje que se cobraban el trabajo, la prensa y la presión. Cuando escuchaba a personas de mi edad describir lo que las torturaba (un compañero de piso, un diagnóstico de virus del papiloma, problemas para enviar los pedidos de su línea de jabones artesanales), pensaba en los varios cientos de adultos que dependían de mí para dar de comer a su familia. Nunca podía decir lo que se me pasaba por la cabeza, porque no encajaba con la historia que los demás contaban y habría parecido una desagradecida.

Nadie expresaba nunca demasiada curiosidad ni me tendía la mano, y yo tampoco sentía que tuviese derecho a pedir nada de eso. Me daba la sensación de que mencionar mis éxitos, y en especial quejarme de ellos, solo me haría aún más ajena a todo. Y estaba acostumbrada a sentirme ajena. A menudo, al regresar a casa de una comida con amistades que celebraban una oferta de trabajo, o un nuevo compañero de piso o haber escapado de un ligue que había salido rana, pero que a mí no me preguntaban nada, me regañaba por sentirme menospreciada y pensaba: *En esta vida solo conseguimos una parte de lo que necesitamos*. Hubo en concreto una fiesta de cumpleaños en la que tuve que comunicarme con el resto de los invitados mediante una libretita porque perdía la voz cada dos por tres y el médico me había recetado reposo vocal. Luego me enteré (en una de esas conversaciones de «te lo digo para que lo sepas, pero no te lo tomes a mal») de que mis amistades pensaron que lo había hecho para llamar la atención y se preguntaron por qué me había molestado en ir para eso. Lo que a mí me parecía una demostración de mi compromiso para mantener la normalidad en nuestras dinámicas —presentarme allí aun sin la posibilidad de articular palabra— para ellas fue un artificio ostentoso destinado a subrayar lo importante que me creía. Tuvimos discusiones tontas, lloré mucho. Una noche, un grupo de mujeres a las que quería profundamente se puso a jugar a «la ruleta telefónica», que consiste en deslizar el dedo por los contactos del móvil y llamar a la persona en la que se detenga la pantalla, tratando de mantener la compostura. Respondí, encantada de tener noticias de una persona querida, que me decía incómoda: «Era solo por saludar». Llegué a oír las risitas de fondo.

A los diez minutos, volvió a llamarme llorando para contarme: «Me han obligado a hacerlo». ¿Quiénes? Y dio uno a uno los nombres de todas las mujeres a las que yo consideraba buenas amigas desde hacía diez años, estaban juntas en una cena a la que no me habían invitado. «Seguro que pensaban que no ibas a poder ir», me repetía una y otra vez entre lágrimas. Acabé consolándola yo a ella.

Jemima era la única que me quedaba, seguramente porque estábamos en el mismo barco, hacíamos la compra en el mismo pasillo (el de Prada) y lidiábamos con la misma disonancia. Con veintiséis años, yo era jefa de doscientas personas y ella era madre de dos criaturas. Ninguna encajábamos en el orden social de manera acorde a la corriente de nuestras amistades, que seguían sumidas en el caos, colocándose, follando, abortando, haciendo amigos nuevos y teniendo nuevos problemas. Nosotras estábamos allí arriba, en nuestra torre de marfil de Brooklyn Heights, y solo nos aventurábamos a los lugares que habitaban nuestros coetáneos para emular sus vidas en la cámara.

***

Tuve claro que a «las chicas de *Girls*» se nos iba a malinterpretar desde la primera vez que salimos las cuatro juntas en un plató de televisión. Fue en *The View*, un programa presentado por Barbara Walters, que se vestía con unos trajes tan bien cortados que nos podrían haber mutilado.

—Tenemos mucho de lo que hablar en este programa —nos dijo entre bambalinas—. Es que a ver… Sexo anal en el primer capítulo…

—¿Te refieres a la postura por detrás? —le pregunté.

—Sí —respondió, y asintió—. Sexo anal.

Sigo pensando mucho en aquello. ¿Quién le había dicho a Barbara Walters que el único tipo de sexo que se podía practicar desde atrás era el anal? Y en consecuencia, ¿cómo había sido su vida de veinteañera?

***

Al acabar el programa, en el camerino, conocí a un actor que me había encantado de adolescente. Era un poco un Hugh Grant estadounidense, con ese encanto parlanchín atropellado, esa capacidad para encandilar a sus amantes en la pantalla con una ansiedad que lo hacía hablar muy rápido y mover mucho las manos.

Conocido sobre todo como actor de comedia, estaba allí para promocionar una película con tintes góticos en la que adoptaba un giro dramático. Llevaba un abrigo oscuro, la piel pálida y seca, y me fijé en que tenía el pelo teñido de un castaño oscuro tan intenso y tan uniforme que, bajo aquella deslumbrante iluminación de estudio, adoptaba un tono sospechosamente berenjena, ¿o más bien ciruela?

Estuvimos hablando: me preguntó qué habíamos ido a promocionar, qué había hecho yo antes, y me sugirió que nos diésemos los números de teléfono. «La gente creativa debe estar en contacto». Yo me emocioné imaginando cómo les contaría a mis padres (a cuya casa iba a devolverme la limusina menos de una hora después) que esa emblemática figura de Hollywood se había interesado por mi futuro.

Aquella noche, tumbada en el colchón sobre el suelo, tan cerca de la habitación de mis padres que alcanzaba a oír a mi padre

aclarándose la garganta cada diez minutos como si siguiera una pauta, estuve despierta hasta las cuatro de la madrugada repasando el día: nuestro pelo, brillante y bien peinado; nuestras manicuras semipermanentes en tonos variados de *nude*, gris topo y rosa ballet; la forma en la que la seda gruesa de nuestros vestidos nuevos de diseño nos recortaba la cintura y parecía añadir centímetros a nuestra constitución… Había sido una sensación genial (quizá demasiado) agarrarnos de las manos y salir a ese plató, con los tacones resonando al unísono como supermodelos de los noventa cerrando un desfile en París. Mientras me quedaba dormida, sonriendo un poco para mí misma, me sonó una notificación en el (aún novísimo) iPhone. Miré el teléfono y vi un mensaje del actor; había guardado su número con mucho cuidado, con nombre y apellido.

«Aún despierta?», decía.

***

Barbara no era la única que nos había malinterpretado.

La mayoría de las cosas conseguí que me resbalaran; daba por hecho que aquellos troles serían unos hombres que no tenían trabajo y se dedicaban a aporrear sus teclados con sus manos morcillonas para escribir aquellos comentarios desde el sótano a medio terminar de su madre. Pero lo que no esperaba era el martillo rápido y despiadado de gente que supuestamente era mi igual.

«Los medios neoyorquinos» de principios de la década de los dos mil diez eran un tanque de tiburones muy específico, el boom de los blogs desató una competencia entre jóvenes escritores por publicar

el artículo de opinión más polémico, hambrientos como el personaje que interpretaba yo en mi serie, pero mucho más espabilados.

«He visto a Lena Dunham servirle salmón a su perro en un plato de porcelana» no debería haber sido un titular, pero lo fue. Cualquier cosa lo era, y el artículo que lo seguía solía estar escrito por alguien a quien alguna vez había conocido de pasada, con quien me había reído en una fiesta, o que se había acostado con el mismo tipo lamentable que yo. A la gente que me rodeaba le resultaba fácil tildar todo eso de envidia y descartarlo, pero el odio es odio, da igual de quién venga.

«Son una panda de *losers* envidiosos», suspiraba Jenni cada vez que un nuevo titular me dejaba mirando a la nada con expresión vacía e intentado tragar saliva, con esfuerzo, con pánico. Jenni me animaba a ignorarlo, a fijarme en todas las cosas mágicas que pasaban a nuestro alrededor y no en las mierdas que circulaban por internet. En aquellos momentos no se me ocurrió que por supuesto para ella era más fácil porque, cuando se entretenía en mirar por internet, no era su nombre el que le devolvía la mirada. Aunque todas las personas implicadas en la serie notaran la intensidad de la reacción, era yo quien cargaba con ese peso sobre mi identidad.

No estoy segura de quién me dijo que preocuparse por las cosas era de débiles, que dejar que te afectara era una manera de dejar ganar a los terroristas. Es posible que lo dedujera yo sola, como un niño chico que les saca lógica a cosas que no entiende. La misma parte de mí que cuando tenía ocho años estaba convencida de que si pisaba las grietas de la acera moriría uno de mis padres tenía ya veintitantos y estaba convencida de que si me permitía sentir esa atención en toda su plenitud, de llorar la pérdida de mi propia

inocencia ante lo cruel que podía ser la gente, los efectos serían igual de desastrosos.

Y si lo pienso, también era tarea de Jenni asegurarse de que me mantenía en marcha, de que no sufriese otro episodio psicológico que me lanzara de vuelta a casa en busca de mi mamá. En retrospectiva, veo claro que no era la tarea adecuada para la persona a la que yo además consideraba mi mejor amiga, mi piedra angular, la adulta que para mí definía el ser mujer.

Jenni cumplió cuarenta años unos días después de que yo cumpliese veintiséis. «Debería darme vergüenza que mi mejor amiga sea tan joven», me dijo durante una de nuestras largas tardes tumbadas juntas en la cama, en un hotel u otro. Yo vivía por los momentos que pasábamos a solas, sin la presión del rodaje, sin la posibilidad de que lo que viniera a decirme fuese que una toma no funcionaba, o que algo que yo había dicho se había hecho viral, o que Adam odiaba su nuevo corte de pelo y había abierto un boquete en la pared de su remolque de un puñetazo. En momentos así, Jenni pasaba de confidente a cuidadora del zoo, de hermana a directora de colegio. Pero, cuando estábamos solas, en pantalones de chándal y pidiendo la mitad de la carta del servicio de habitaciones, Jenni significaba seguridad; era la única persona que conocía el patrón de mis días y de mi sueño, que sabía lo que yo era capaz de hacer y lo que no. Yo habría hecho lo que fuese para aferrarme a eso (ningún favor era demasiado, corría de inmediato a cubrir cualquier petición), y no me cansaba de repetirle que era como Atlas sosteniendo mi vida.

Mi mundo lo conformaban Jemima, Jenni y Jack, las tres J, y yo misma me definía con respecto a ellos. Eran mis almas gemelas, me

decía, cada cual a su modo.

Pese a la constancia de su presencia, me daba la sensación de que siempre estaba teniendo algún tipo de problema con alguno de ellos: una cena a la que llegaba tarde y de la que me iba pronto; una complicada crisis nerviosa que no había sabido predecir o controlar (pero que única y exclusivamente ocurría después de haber dado por acabada la jornada) y el incesante ciclo de reafirmación que me hacía falta después. Lo único que podía prometer era no incumplir ningún plazo.

Desde el instante en el que comenzó la producción, me pareció que corría siempre unos kilómetros por detrás, que me despertaba ya en un sprint y me metía en la cama con las piernas aún en movimiento, y aun así nunca iba lo bastante rápido para evitar el desastre. Ya fuera un fracaso interpersonal, la incapacidad para mantener a raya mis neurosis o un percance mediático que no había visto venir (y nunca los veía venir), no podía simplemente existir; siempre andaba batallando. Me acabé acostumbrando a los picos de adrenalina y a los profundos episodios de fatiga que hacían posible aquella vida. De noche, de vuelta en casa, estaba tan cansada que quitarme los zapatos y la ropa me suponía una tarea hercúlea. Los bomberos hablan del bajón de adrenalina: el agotamiento que te invade tras realizar alguna hazaña peligrosa y heroica. Por eso, a menudo, después de rescatar a tres niños y a un perro de entre las voraces llamas, salen de la casa incendiada y, hecho su trabajo, se desploman de rodillas. Yo no le estaba salvando la vida a nadie, pero conocía la sensación: la ansiedad que alimentaba mis días drenándose y la fatiga densa, espesa, que venía después.

Jenni, Jack e incluso Jem solo querían hacer de mí una persona mejor, más fuerte, una adulta capaz de equilibrar su horario, su talonario de cheques y sus obligaciones. Deseaban que fuese la persona evolucionada que sabían que era capaz de ser, presente en el aquí y el ahora. Jemima se centraba en mi estilo: las mujeres necesitan ciertos elementos como los vaqueros adecuados (no ajustados), unos zapatos bajos elegantes y unas cuantas camisetas *vintage*, divertidas pero que te hagan buenas tetas; un anillo clásico de rubíes no le iba mal a nadie. Jack, por su parte, quería asegurarse de que supiera poner la lavadora y siempre se quedaba asombrado ante mi capacidad para mandonear en el trabajo y luego de algún modo perderme en el vecindario de siete manzanas en el que vivíamos.

Por supuesto, mis padres trataban de contrarrestar mi creciente idolatría por esa gente. Siempre habían sido desconfiados —lo llevaban en la sangre—, en especial con cualquiera que intentase cambiar algún aspecto que formara parte de mi naturaleza esencial; mi madre, sí, la misma mujer que, cuando yo tenía trece años, le dijo a una profesora de teatro en una reunión de padres que si no me dejaba que improvisara se estaba «perdiendo una cosa alucinante que te cagas». Por imperfectos que fuesen, iban a defender mi derecho a la imperfección hasta la muerte.

Al contrario que las amistades que habían renunciado a que yo estuviera tan presente como antes, mis padres seguían esperando que con ellos estuviera al cien por cien. Las excusas que funcionaban en otros espacios (plazos, días larguísimos de rodaje, fatiga) a ellos no les servían. Estaban decididos no solo a mantener el orden en nuestra familia, sino también a evitar que me convirtiese

en, como lo expresó mi padre con tanta dulzura, «la clase de monstruo narcisista que cree que le sale el sol por el culo». Yo tampoco quería serlo, pero me costaba explicarles el peso de las expectativas en el trabajo, la densidad de todo a lo que me enfrentaba a diario.

Mis padres querían pasar tiempo con su hija, no —como mi padre dijo una vez entre dientes— «con la mismísima Lena Dunham». Nos querían unidos en la seguridad de nuestro cuarteto nuclear, disponer de una rutina que siguiera siendo nuestra. Querían que tuviese cuidado con cuántas entrevistas concedía o a cuántas galas de premios asistía. Quisieron marcharse temprano de los Emmy, porque andar por ahí vestidos de gala es bochornoso. Me querían a mí, a la que ellos habían creado. Pero yo a esas alturas tenía un nuevo poder superior: gente que me quería por completo en mi forma recién surgida. Y así, mis padres debían retroceder a un segundo plano.

A menudo, debido a la tensión, les tocaba a Jenni o a Jack explicarme la naturaleza irracional de las expectativas de mis padres. Jack creía que querían tener demasiado peso en mi toma de decisiones, que la labor de unos padres era celebrar tus logros a ciegas, que no mostraban suficiente alegría ante mis éxitos. Jenni consideraba que no me estaban permitiendo iniciar mi propia vida, que las expectativas de permanecer juntos resultaban asfixiantes y quizá egoístas.

Jenni era la única persona que veía mi vida en un plano continuado, por lo que era la única que me entendía, y mi dependencia de ella se intensificaba conforme crecía mi sensación de que el resto me entendía cada vez menos.

Y a veces echaba de menos a mis padres cuando me encontraba con ellos, notaba unas punzadas intensas de nostalgia que casi me hacían vomitar, aunque estuviéramos juntos, cenando, como siempre.

***

La primera temporada de premios, que tuvo lugar entre la segunda y la tercera temporada de *Girls*, fue en apariencia interminable, empezando por el entusiasmo puro de los Emmy, nuestra primera gala, en la que temblé de la emoción al ver a celebridades que nunca había pensado que me importasen («¡Lo eres todo para mí!», le grité a Janice Dickinson de *America's Next Top Model*, desde un lugar muy profundo que no sabía que existía); hasta llegar a los Globos de Oro, cuando escuché mi nombre pronunciado a cámara lenta y le sonreí radiante a Leonardo DiCaprio de camino al escenario como si nos conociésemos de vidas anteriores. Fueron momentos de alegría, irreales: «las chicas de *Girls*» agarradas unas a otras, riéndonos nerviosas y tan contentas, mientras Daniel Day-Lewis asentía y decía: «Felicidades, *girls*».

«¿Sabrá que somos "las chicas", las de *Girls*? ¿O solo lo dice porque parecemos unas crías?», preguntó Jemima.

Aunque la cosa no acabó ahí. Hubo brunches y almuerzos, galas de premios en ámbitos más reducidos que ocurrían antes y después de las grandes, fiestas organizadas por marcas que yo solo había visto en las páginas de las revistas de moda, vestidos de gala prestados para tres o cuatro galas a la semana e incontables sesiones con la prensa, ropa a medida tirada por el suelo de los

hoteles y luego metida en bolsas para enviarla a unos depósitos donde la guardaban con control de temperatura…

En algún punto de todo eso me vine abajo de nuevo. Me preguntaba cuándo dejaría de sentirme una mala adquisición, una muñeca defectuosa que había que mandar una y otra vez al Hospital de Muñecas Estadounidenses. ¿Qué me pasaba, que era incapaz de gestionar lo que mis nuevas amigas (las Emma, las Jen y las Brie) parecían saber manejar con tanta elegancia desde mi punto de vista?

En febrero de 2013, el grupo de Jack estaba ensayando en Paisley Park, el famoso complejo de Prince, para una gira por estadios. Yo había ido en avión a la gélida Minneapolis para estar cerca de él en un intento por reorientar mi brújula (en aquella época seguía subiéndome a aviones siempre que tenía un hueco para asegurarme de que la mente consciente de Jack no me olvidase). Sin embargo, Jack se pasaba todo el día fuera, y muchas noches también. En una ocasión fui al almacén en el que estaban trabajando, toqué las paredes cubiertas de moqueta morada y me marché. Y luego me tumbé sola bajo unas sábanas blancas anónimas en un Hyatt cerca del aeropuerto, mirando a la calle, a un aparcamiento congelado.

En el intervalo entre el final de la segunda temporada y el principio de la tercera había hecho el montaje y la promo de la nueva temporada, pero entonces se sumó otra tarea más: el circuito de premios, una ristra infinita de celebraciones que todo el mundo considera una bendición aunque en realidad no sean más que fiestas, montones y montones de fiestas. Si el hueco entre la primera y la segunda temporada me había resultado intimidante y desconocido, en esos momentos no tenía ni siquiera tiempo para

plantearme qué cojones me estaba generando tanta ansiedad. Había participado en entrevistas y coloquios en la tele, en charlas y fiestas. *Vulture* había sacado un artículo sobre la cara de estupefacta ilusión que ponía cada vez que me encontraba con una celebridad. Lena Dunham, con la boca abierta del asombro, junto a Ben Affleck, Mia Farrow, alguien de *The Office*. Se habló de que caminaba con tacones como una cría de jirafa, que a esas alturas debía de tener dinero suficiente para arreglarme los dientes, que no era tan fea como todo el mundo decía, que era peor. Se diseccionaban mis discursos de aceptación de premios. ¿Me había mostrado poco humilde o había fingido demasiada falsa humildad? ¿Era divertida y auténtica, o problemática y agotadora? ¿Sufría un grave caso del síndrome de «les gusto, les gusto de verdad», o se me podía perdonar por estar impresionada?

En aquella habitación de hotel de Minneapolis, sin saber bien si eran las nueve de la mañana o de la noche por la fría oscuridad, me paralizaba el miedo de pensar que en tres o cuatro días tendría que volver a salir a por más. Ganar exigía que la prensa estuviera hablando de que has ganado. Las celebraciones conducían a más celebraciones. Buscaba mi nombre en Twitter como si fuese a encontrar algo que me mantuviese a flote, pero todo lo que sobresalía eran comentarios sobre mi cuerpo inadecuado, mi voz irritante, mi postura política, sin duda nefasta, mi incapacidad para caminar con tacones, un mal sentido estético, y el hecho de que cualquiera, literalmente cualquiera, merecía más que yo todo aquello. Quienes me defendían, por amables que fuesen, se perdían entre la densidad y la diversidad de los insultos, algunos de ellos mal escritos y torpes, muchos más lo bastante bien expresados para

hacer resonar la voz demoniaca que me llevaba siguiendo más tiempo del que hubiera querido admitir. Y en esa época, desde las entrañas de internet, la voz me susurraba cosas nuevas, cosas que no se le habían ocurrido antes de que le dieran de comer.

Marqué el número de mi padre, con lentitud, un dígito tras otro, en pánico. En aquella época me respondía al primer toque.

—No puedo seguir haciendo esto —gemí antes incluso de que llegara a decirme hola—. Me siento como si fuese en un coche que va en dirección contraria a mi alma.

A Jack le quedaban aún diez horas para volver, y para entonces yo ya me habría puesto algo de ropa, me habría lavado la cara e intentaría hacer como si hubiese pasado un día de relax en el Minneapolis Hyatt. Aún trataba de ser la persona que creía que Jack quería que fuese: comprensiva, adaptable y capaz de recomponerse siempre, capaz de pedir una comida perfecta para los dos al servicio de habitaciones y estar lista para reírse, seducir, halagar.

—Pues no lo hagas —respondió mi padre—. Para ya. Dile a tu «gente» que por ahora estás fuera de juego. Te vi en el último programa al que fuiste… No estabas ahí.

—Ay, Dios mío. ¿Lo hice mal?

—Es que no lo hiciste de ninguna forma… No estabas ahí.

Mi padre me detalló los siguientes pasos como un bombero que se comunicase con una mujer atrapada en un edificio. Me dijo que fuese a por mi portátil. Me dictó el mensaje de correo electrónico que envié a los de relaciones públicas y a mi agente, con copia a Jenni: «Estoy al borde del agotamiento. Para preservar mi creatividad y darle a la tercera temporada lo que necesita, tengo que anular mis próximos compromisos. Gracias por entenderlo».

Todo el mundo lo entendió, porque no les quedó más remedio. Me dejaron claro que había gente ante la que disculparse, situaciones que debían gestionarse, y «gestionándolas» demostraron por qué los necesitaba. Las siguientes semanas las invertí en intentar encarrilar mi cabeza, pero la vergüenza de no haber cumplido con mis obligaciones me generó una nueva serie de preocupaciones.

Un mes después, cuando empezó el rodaje de la tercera temporada, Judd me llamó desde Los Ángeles para decirme que el metraje que habíamos filmado parecía «un poco dejado»: la cámara apenas se movía, mi interpretación estaba un poco agarrotada, faltaban grandes momentos cómicos. Había cosas que deberíamos rodar de nuevo.

«Claro. Puedo hacerlo mejor», le dije.

Estaba sentada en la cafetería de la esquina de mi casa y me puse a llorar, no porque aquello fuera injusto o porque Judd no tuviese razón. Tenía razón, como siempre; el suyo era un instinto infalible para la comedia y para la verdad. Y una cámara estática puede ser una preciosa elección cinematográfica, una interpretación puede transmitir una contención muy bien lograda. Son decisiones. Lo que Judd intuía era que yo no estaba tomando decisiones, sino que seguía con el piloto automático de las fiestas, sonriendo y asintiendo, con la cabeza en otro sitio, y ni siquiera yo era capaz de decir dónde.

El problema no radicaba solo en que estuviese quemada; lo estaba, pero además tenía demasiado miedo a decirlo, como si admitir el problema fuese la confirmación esperada por todo el mundo de que no era apta para ese trabajo. En retrospectiva, creo

que la principal persona que estaba aguardando esa confirmación, que temía esa realidad, era yo misma.

Tenía ante mí una oportunidad: la de reconocer que me sentía aterrorizada, que era adicta al trabajo pero estaba físicamente exhausta, que estaba descolocada por la atención y la sobreexposición, sobreestimulada por la intensidad de mi nueva vida pública pero infraestimulada en todo lo relativo a las cosas que harían a una veinteañera sentirse completa. Necesitaba llevar un diario, quizá montar un huertecito de hierbas, dar una cena con comida de un chino para llevar, admitir ante una amiga de mi edad que aquello no era tan divertido como parecía. Sin embargo, desprovista por completo de ideas, solo era capaz de reprenderme a mí misma por el metraje rodado y jurar —con más intensidad que ningún otro juramento que hubiese hecho— que no permitiría que volviese a pasar.

Ahora veo que tal vez fuera ese el momento en el que mi cuerpo empezó a gritar. Sabiendo que no iba a escucharlo, sabiendo que no era capaz de escucharlo, se encargó él mismo de hacerme parar.

***

Todavía un año después me carcomía la culpa por haber cancelado una aparición en el programa de Jimmy Kimmel, entre el rodaje de la tercera y la cuarta temporada, cuando llegaron los deberes promocionales de la tercera temporada para hacer que los del año anterior pareciesen el relajado club de lectura de un municipio de provincias.

En el invierno de 2014, mi publicista me mandó un mensaje: «¡¡¡LLÁMAME!!!». Eso solo podía significar dos cosas: me había metido en algún lío por algo inesperado o habíamos subido de nivel.

Resultó ser lo segundo: me habían ofrecido una portada de *Vogue* y la oportunidad de presentar *Saturday Night Live*, con una semana de diferencia entre ambas cosas. *Vogue* había sido una biblia para mí de pequeña, una vía de escape a un mundo meticulosamente diseñado de fantasía y glamour. Atenuaba mi ansiedad con sus páginas y páginas de hermosa irrealidad. Mi publicista me lo contó al borde del llanto: «Esto en el mundo de la comedia nunca pasa», no paraba de decirme, una y otra vez.

Luego, en mi juventud, *Saturday Night Live* había cumplido un papel similar aunque distinto para mí. Me había enseñado un mundo de frikis que, semana tras semana, interpretaban a personajes que no tenían que ser simpáticos ni guapos. Me quedaba despierta hasta media noche para ver las reposiciones del programa en Comedy Central, en el televisor pequeño de pantalla plana que nuestro casero había dejado abandonado en el sótano del apartamento que nuestra familia alquilaba en Brooklyn, una solución que debía ser temporal y en la que terminamos acampando cinco años. Dado que no quería que mis padres supieran que estaba despierta, enchufaba unos auriculares de Delta Airlines al televisor y me sentaba a solo unos centímetros, estudiando a Cheri, Ana, Maya, Amy y Tina.

Es importante dejar claro que no estaba obligada a aceptar esas propuestas, aunque rechazarlas habría sido frustrante para la gente cuyo trabajo consistía en mantener mi imagen pública al alza, así como un guantazo en la cara para todas las personas que habían trabajado tantísimo en que esa serie no fuese solo una obra de arte,

sino también un «hito». Era yo quien quería aceptarlas. Daba igual lo cansada o lo magullada que estuviese. Resultaba fácil imaginar (igual que lo había imaginado de pequeña, cuando miraba atentísimamente una portada de Christy Turlington para poder imitar su expresión el día de la foto del colegio o idolatraba el gag de olerse las axilas de Molly Shannon) que esas serían las cosas que me harían sentir, por fin y de forma plena, que merecía todo aquello, que estaba donde debía estar.

La única persona que de vez en cuando sugería algo distinto era mi padre, pero él tendía a verle pegas a todo, hasta tal punto que si le hubiese hecho caso estaría viviendo en una casita de trol bajo un puente oscuro y creando mi arte para los pájaros. E incluso él quería que su trabajo recibiera atención; eso era algo que toda nuestra familia tenía en común, por mucho que nuestras ideas sobre lo que eso suponía fueran distintas.

—Yo de ti me pensaría si aparecer en *Saturday Night Life* va a aportar algo a tu vida o solo va a servir para devolverte a… Bueno, ya sabes cómo acabas a veces —me dijo; quería protegerme, por supuesto, pero también evitar tener que rescatarme, recogerme del suelo con una pala. Y añadió—: Mira, yo no lo pasaría bien.

—Pues es una suerte que no te hayan pedido a ti que vayas —respondí.

Cuando has sido hija adolescente lo eres para siempre.

***

La semana anterior a la sesión con *Vogue* me salieron un herpes zóster y un brote de impétigo (para quienes no les suene la cosa, es

la misma erupción fúngica que le cubría la cara a Amy Winehouse en algunas de las imágenes más famosas que sacaron los paparazzis de su deterioro). El herpes lo tenía en la barriga: un cúmulo de pompitas abrasadoras que me tiraron por tierra los ánimos. *Vogue* desde luego no me pedía que estuviese en sus páginas por mi cuerpo de biquini, pero el dolor me desorientaba y la medicación me dejaba tonta. En todo caso, el impétigo me había salido en la cara: una cascada de pompitas doradas que al secarse se volvían de un verde enfermizo.

Mandaron llamar a un médico a mi habitación del Sunset Tower, otro médico más al que no conocía y que aparecía de repente como Rumpelstiltskin. Me inspeccionó y asintió con gesto sabio, mientras decía: «Eso es muy contagioso y no se tapa con maquillaje». Cuando le pregunté cómo me había pasado aquello, se limitó a encogerse de hombros y a responder: «Tu sistema inmune te está intentando decir algo».

***

Las fechas de *Vogue* no podían moverse porque Annie Leibovitz había aceptado ocuparse de la sesión y su calendario no era flexible.

Yo ya había hecho una sesión con ella para *Vanity Fair* unos años antes, justo después de que acabase la emisión de la primera temporada de *Girls*. El inicio de esa experiencia fue incómodo, porque Annie le había preguntado a mi publicista si aceptaba quedarme desnuda por completo en el puente de Brooklyn, y aunque en esos años era muy de decir sí a todo, aquello me parecía, perdón por el chiste fácil, tirarme por un puente. Les había escrito

un mensaje largo de correo electrónico a mis publicistas tratando por todos los medios de explicar la diferencia entre aparecer desnuda en mi propia obra —una desnudez con contenido emocional y narrativo— y plantarme allí con las tetas al aire y una pose sensual mientras pasaba gente corriendo y preguntándose por qué mi monte de Venus abultaba tanto. Al final, la estilista (curioso que la hubiese para una pretendida sesión de desnudos, aunque sí se iban a usar tacones) aceptó que llevase ropa, y elegí la blusa abotonada y la falda acampanada de brocado que me había regalado mi antiguo niñero Zac Posen para mi graduación en bachillerato. Por motivos que no pude entender, más allá de una posible venganza por haber rechazado su propuesta inicial, me añadieron una boina muy pizpireta. Y mientras estaba allí en el puente, bajo una granizada y la mirada de la cámara de Annie, un hombre se tiró al río por detrás de mí. Se me quitaron las ganas de tonterías cuando vi que el equipo seguía sin más, moviendo luces y sujetando varios paraguas para cubrir a Annie.

En cualquier caso, Annie Leibovitz seguía queriendo hacer la sesión conmigo y Anna Wintour quería que Annie la hiciera, y todo se estaba gestionando con la misma seriedad que si un dignatario extranjero fuese a visitar la Casa Blanca, así que se decidió recurrir al empleo de guantes de goma y retoque digital. El espectáculo debe continuar (por cierto, es el momento de señalar que Anna es, que conste en acta, una persona encantadora y muy divertida y me ha dado menos quebraderos de cabeza que todas las señoras mofletudas de Hollywood juntas).

Tenía tanta adrenalina por la ansiedad que apenas dormí, por lo que aún estaba medio grogui cuando vinieron a recogerme a las

cinco de la mañana. Me había pasado la noche mirando todas las portadas de *Vogue* de la historia, tratando de hacer una especie de investigación académica que me permitiese estar segura —incluso con dos tipos de lesiones de piel y un dolor de cabeza descomunal— de que podía clavar las poses y ofrecer la energía que se requiere de una chica de portada *Vogue*.

La sesión duró tres días, sin incluir las cuatro pruebas que hicieron falta para conseguir que los diferentes atuendos quedaran bien en mi cuerpo. Incluso estando más delgada que nunca, agotada, cada prenda de muestra necesitaba una pieza añadida, en cada falda había que esconder una cremallera que no cerraba. En una imagen me colocaron una paloma disecada en la cabeza, sujeta con hebillas y una especie de pasta gomosa. En otras fotografías, Adam (me sorprendió que aceptase participar, teniendo en cuenta su desprecio generalizado por la promoción más allá de la producción) aparecía estirado en pose sensual en una cama, a mi lado, o metido lánguidamente en una bañera, tumbado encima de mí en un diván, clavándome una mirada inquietante. Hasta años después, al verlo hacer de centauro en el anuncio de un perfume, no pensé que, igual que el resto, a lo mejor él también quería sentirse deseado.

Cuando salió la portada, *Jezebel* (el sitio web feminista y sarcástico hermano de *Gawker*) ofreció una recompensa a quien encontrara imágenes mías sin retocar. Lo presentaron como una cuestión feminista —¡vamos a demostrar que a *Vogue* no le importa nada nuestra hermana gorda!—, pero, para mí, la sensación fue la misma que cuando, con trece años, el grupo de las malas señaló mi sujetador de agua en el baile de fin de curso y no paró de preguntarme si podían tocarlo.

La gente no tardó nada en encontrar las imágenes y pareció quedar un poco decepcionada al descubrir los pocos cambios que había habido en realidad: el cuello un pelín alargado, las ojeras borradas… No sé cómo, pero el impétigo no parecía haberse registrado en la cámara. Quise enfadarme, aunque —ya de camino a Francia para hacer promoción en salas llenas de traductores— me alivió que en lo que encontraron no hubiese ninguna erupción verde amarillenta que me recorriese la cara como la hiedra.

Regresé a casa de aquel viaje de promoción y a la tarde siguiente debía estar en *Saturday Night Live*. Presentar ese programa exige pasar por una semana de ensayos intensivos y grabaciones; algunas de esas sesiones se alargan hasta altísimas horas de la madrugada, y a mí básicamente se me apagó el cerebro en el instante en el que Lorne Michaels me estrechó la mano y me llevó a mi camerino.

Sé que llegué preparada con ideas para sketches, personajes que llevaba interpretando desde la infancia (¡Dolores, la experta en transporte público de nueve años!). Pero cuando quedó claro que mi aportación no era necesaria —un grupo de señores salidos de Harvard tenían una idea muy clara de cómo debía yo ridiculizar mi propia imagen pública, idea que se basaba sobre todo en variaciones de «se desnuda muchas veces»—, seguí las instrucciones de Donna, la veterana responsable de vestuario, que me explicó cómo me cambiarían muy rápido entre un sketch y otro: «Tú quédate lacia, como una muñeca de trapo».

Hace poco un amigo localizó mi foto firmada y enmarcada en la pared del estudio. Encima de mi cara (mucho más retocada ahí que en la portada de *Vogue*) yo había escrito: «*SNL*, deberíais estar muy orgullosos de vosotros mismos».

***

La mañana de los Globos de Oro (mi segunda tanda de nominaciones, mi segundo vestido de Zac Posen a medida), me estaban envolviendo en el corsé cuando llamó mi madre. «Hola, cariño», me dijo en un arrullo, con una dulzura que no le había oído en mucho tiempo; nuestras llamadas se habían convertido en algo más combativo, rápido, siempre imbuido por un toque de decepción por ambas partes.

«Solo quería decirte lo orgullosa que estoy de ti y…». Noté que se le quebraba la voz. Nunca la había escuchado así. Llorar no era algo que mi madre hiciese, salvo la vez que fuimos a visitar su antiguo campamento de verano y nos lo encontramos reducido a escombros.

Tardó mucho rato en soltarlo: mi primo hermano, que acababa de cumplir treinta y seis años, había muerto de la noche a la mañana tras un historial de consumo de drogas y problemas de salud mental, un drama sempiterno que se echaría en falta porque era lo único que la gente recibía de él. Jesse, el primer nieto. Jesse, el guapo que hacía skate y tenía el tatuaje en el pecho, y cuya atención siempre acogíamos como si una estrella del pop nos bendijese con su sonrisa. Jesse, que nos había enseñado cosas sobre hip-hop y skate parks, sobre *Sensación de vivir* y cereales con azúcar, que siempre tenía una novia guapísima de piernas largas y un plan de negocio digno de un estafador. Jesse, a quien habíamos perdido como familia desde hacía mucho (mi abuela era la única dispuesta a tolerar las mentiras cada vez más elaboradas de un yonqui)… Y pese a todo aquella fue la primera vez que pensé que alguna gente nunca vuelve. A veces se les agota el tiempo.

Como es tradición en el judaísmo, a Jesse iban a enterrarlo a la mañana siguiente. No había ningún vuelo que me permitiese asistir a la ceremonia de los premios y estar de vuelta para el funeral. Le pedí a mi publicista que le dijese a HBO que tenía que perderme la gala; me pareció la primera decisión sensata que tomaba en mucho tiempo. Claro está que nadie va a faltar en el día más doloroso de su familia para ir a perder un premio sentada a una mesa en la que solo sirven pan y champán. Pero en cuanto la gente de publicidad de HBO estuvo informada del conflicto, reservaron un avión privado. Me dijeron que daría tiempo a todo. Iría de la ceremonia directa a Tiffany's, donde debía entregarle mis joyas a un guarda armado, y luego seguiría hacia el aeropuerto. Nadie me preguntó si estaría en condiciones de asistir. Nadie me preguntó si iba a ser capaz de mantener el tipo. Sentí un orgullo extraño, como si se me diese mejor fingir de lo que pensaba. Ellos sabían que podían confiar en mí.

En los premios, el corsé me constreñía el flujo de aire, pero era incapaz de mantener la boca cerrada con respecto a lo que había ocurrido, a lo que estaba ocurriendo. Recuerdo sentirme como una bomba fétida, como si no pudiera parar de desear que la gente se apartase de mí. Me tomé tres copas de champán, algo que raras veces hacía, y me presenté a personas que ni siquiera me habían sonreído. El velo entre lo que pensamos y lo que decimos se había roto. Todo sentido del decoro había desaparecido en favor de algo más semejante a la narración de una película rechazada en Sundance.

—¡Eh! ¿Cómo estás? —me dijo mi viejo colega, el cineasta Noah Baumbach.

—Bueno, pues se ha muerto mi primo —respondí con tono animado—. En realidad tengo que largarme en cuanto se anuncie mi premio. Es muy triste, pero, por otro lado, una vez se presentó en Acción de Gracias con un arma. Son cosas que pasan.

En el avión, Jack, su hermana y yo nos echamos en las camas, nos comimos los sándwiches de lujo, nos pusimos los pijamas que nos habían dado y vimos pelis tontas. Éramos como preadolescentes en una fiesta de pijamas, excitados por tener aquel sitio para nosotros solos. De algún modo, la repentina muerte de mi primo había dado lugar al viaje en avión más divertido de mi vida.

Fuimos directos al templo con la ropa que llevábamos (no eran prendas respetuosas, pero no había otra cosa a mano). Miré al banco que tenía delante de mí, al hijo de seis años de mi primo, apretujado junto a su madre, que tenía la mirada vacía y fija en su chaqueta de plumas.

«Has venido», me dijo mi tía, como si hubiese visto a un fantasma.

Capítulo ocho

Escritora

Escribir un libro no entraba en mis planes; los ensayos empezaron a brotarme sin más durante los espacios de separación entre un gran momento y otro, como un lugar en el que expresarme y que nadie podía tocar, que no estaba sujeto al proceso creativo colectivo que será siempre la televisión, más allá de lo personal que resulte. Igual que de adolescente había vertido mis pensamientos en cuadernos veteados, en ese espacio hablaba de cosas que raras veces compartía en mi vida real: el hombre con el que había estado antes y cómo maltrató mi cuerpo, la agresión sexual previa, en la universidad, que definió el resto de mi vida íntima y el dolor pélvico por la endometriosis que se había convertido en una parte cada vez más insistente de mi vida diaria. Me parecía seguro verterlo todo ahí. En mi escritura, era mi mejor yo, el más verdadero.

La venta del manuscrito en el otoño de 2012 fue un proceso surrealista que me vio reunirme con casi quince editoriales, incluida la línea que llevaba Anthony Bourdain en Ecco, una reunión de la que aún me sorprende no haber salido embarazada por los puros efluvios de su masculinidad. Al final me decidí por un editor, el mismo que sigo teniendo y a quien elegí por muchísimos motivos —uno de ellos, que no le gustaría que lo nombrara aquí—, y tuve la

impresión de que era la primera decisión en mucho tiempo que tomaba yo, y solo yo. Y me gustó esa sensación. Sin embargo, no había hecho más que acabar de celebrarlo cuando se filtró la cuantía de mi adelanto y se inició un nuevo arreón en la prensa, un nuevo arreón de consternación mediática de hípsters neoyorquinos. También se filtró mi propuesta, en la que, asumiendo inocentemente que esos archivos no iban más allá de la gente a la que se los enviaba, había incluido cosas que ni siquiera estaba segura de querer compartir. Me había parecido todo tan abstracto hasta que dejó de serlo.

Tras hacerse pública la cuantía del adelanto, Jenni me pidió que fuera a su oficina en el Apatower. Le noté cierto matiz en la voz, un tono que indicaba que, de algún modo, la había decepcionado. Me miró desde el otro lado de su mesa, con recelo:

—Me contaste que estabas escribiendo un libro, pero parecía más bien un proyecto menor.

Y lo era, le expliqué. Me había quedado tan impresionada como todos los demás con la cifra que me habían ofrecido.

—Pero ahora vas a tener que tomártelo en serio de verdad, con tanto dinero sobre la mesa, y ¿qué supone eso para nuestro trabajo? —continuó.

—No va a afectar en nada a la serie. Vaya, lo tengo escrito casi entero, lo he estado haciendo por las noches —le dije.

—Bueno, eso tampoco me tranquiliza demasiado.

A Jenni no le gustaban los secretos. Cuando le contaba alguna actividad social *a posteriori* solía reaccionar levantándome las cejas. «Ah, ya has hecho planes a mis espaldas otra vez».

***

Cuando salió el libro, buscamos hueco para una gira. Me eché a la carretera y mi hermano asumió su primer trabajo postuniversitario como coordinador de los artistas que abrirían mis presentaciones en teatros de Estados Unidos y Europa, un trabajo que abandonó sin pensarlo cuando conoció en Londres a una concursante de *The Great British Bake Off* y desapareció en su habitación toda la noche. A la mañana siguiente era imposible localizarlo; me estaba preparando para dejar que se quedara en el Reino Unido cuando apareció en la puerta unos minutos antes de embarcar, con el pelo revuelto y el gorro calado hasta abajo.

Yo ya era un saco de boxeo para la derecha por mi trabajo de apoyo a la educación sexual en Planned Parenthood y mi participación en la campaña de Obama, cosas que hice adoptando un personaje despreocupado y promiscuo diseñado casi con el solo propósito de exasperar a cierto tipo de hombres. Sabía, por tanto, que el libro se granjearía las críticas de esos mismos hombres, gente cuyas ideas políticas caían justo a la derecha de las mías (y también gente cuyas ideas políticas caían más a la izquierda, una ironía que llevó a mi hermano a referirse a mí como su «centristita favorita»). Sin embargo, me quedé impactada cuando una web conservadora de noticias analizó el libro con minuciosidad, extrayendo distintos pasajes, y llegó a la conclusión de que había tenido una conducta sexual inapropiada durante la infancia con mi hermano.

Me impactó lo que leí, aunque al principio no me dio miedo. Me parecía que cualquier persona sensata que ahondase en ese artículo lo entendería como lo que era: un intento por escoger adrede

secciones para montar un relato que respondiese a la idea de que yo, y por extensión la mayoría de las feministas, no era ninguna activista por la justicia, sino, de hecho, una pervertida lasciva.

No consideraba que lo que había escrito fuese especialmente salaz. Y en cualquier caso, ¿qué pasaba con todo lo que me había dejado fuera? Decidí no contar la vez que, con cuatro años, le anuncié a un grupo de casi desconocidos que mi castigo doméstico por mal comportamiento era que me metieran «un tenedor por la vagina» (no lo era).

No sé de dónde me saqué aquello, pero siempre me ha despistado la gente que no admite que, aunque los niños tienen una inocencia inherente, su imaginación es infinita y está perturbada. Bueno, nunca he sido una niña distinta a mí misma, o al menos no en esta vida, pero a mí siempre me ha poseído una densa imaginación. Es como si hubiera nacido con las almas inagotables de generaciones de mujeres un poco entonadas y provocadoras en mi interior. Y bien puede ser así. A esas alturas había aprendido a dar la réplica a toda esa gente, pero decidí que quizá esa historia en concreto (de las preferidas de mi familia; hubo que frenar a mi padre para que no se la contara a un reportero del *New Yorker*) a lo mejor podía malinterpretarse. Qué risas.

Y sí, al principio parecía cosa de risa: un solo artículo de un tipo gruñón que consideraba alarmantes mis ideas con respecto a los cuerpos (lo que ahora resulta aún más alarmante es que esos mismos hombres cuentan hoy en día con la atención del líder más poderoso del mundo; son ellos quienes definen Estados Unidos). Viniendo de donde vengo —un lugar donde los adultos compartían más de la cuenta a la hora de la cena y mis padres me llevaban a

ver espectáculos de arte performativo en los que había mujeres que se retorcían, gritaban y se masturbaban—, no podía concebir que alguien se tomase esas acusaciones en serio. Aún creía en el arte como un espacio de libertad sin explorar.

«No hay pensamientos malos. Solo malas acciones», me había dicho siempre mi padre. Y yo amplié el sentido de la frase a «No hay historias malas». Como decía Nora, todo es *copy*. En mi opinión, si habías vivido una cosa podías contarla de todas todas; creía en ello con desesperación. Pero, por si alguna vez había querido aprender una lección sobre cómo una percepción deliberadamente incorrecta podía salirse de madre y convertirse en un espejo distorsionado que reflejara, por un lado, la visión que tiene la gente de su propia integridad moral y, por el otro, su rabia desaforada, ahí la tenía (por cierto: nunca había querido recibir esa lección).

A medida que la historia iba trascendiendo, fui armando todas las defensas que pude: acudí a Twitter a clamar que se trataba de una campaña de desprestigio, bulos de machos, a decir «VOSOTROS sois los asquerosos por llegar a pensar eso». Y aunque creo que hubo personas a las que de verdad les contrarió mi forma de expresarme y lo que les evocó, que se sintieron traicionadas por mis palabras (y a ellas les pido disculpas), también creo que hubo muchas más que vieron la oportunidad de borrar del mapa a alguien a quien hasta ese momento solo habían considerado un incordio, sobre cuya imagen online no habían sino *scrolleado*, alguien a quien consideraban indigna de los cumplidos y la adulación que recibía, que les estaba arrebatando las oportunidades y el dinero en el juego de suma cero de la vida. ¿Qué acusación más cruel que esa podía lanzarse?

La reacción inicial de mis padres fue similar a la mía: ¿quién iba a ser lo bastante estúpido para tomarse en serio algo así, lo bastante vulgar y cruel para considerarlo digno de consideración? Pero la cosa no se calmó con el paso de los días, sino que se multiplicó hasta que nadie pudo seguir fingiendo que no estábamos en el ojo de un huracán.

—Es que es todo… un montón de mentiras de mierda —murmuraba mi padre, repitiendo «mentiras de mierda» una y otra vez hasta que solo quedaba la palabra «mierda».

—¿No hay alguien que pueda explicarlo mejor que tú? —preguntó mi madre, una buena judía de posguerra, siempre en busca del mejor experto.

No les gustaba nada lo que se les venía encima. Incluso gente que aseguraba defendernos decía cosas como: «Los críos no tienen la culpa. Eso es algo que deberían haber abordado los padres». En cualquier caso, yo sabía que mis padres sobrevivirían, que su orgullo por lo que consideraban nuestra excepcionalidad intelectual los ayudaría a salir de ahí (una cualidad que Jack solía mencionar como la razón de que cenar con nosotros fuera peor que ver la PBS, una cadena que, para que conste, de verdad me gusta). Además, siempre les ha encantado tener un motivo para desconfiar del mundo exterior.

No eran ellos quienes me preocupaban. En mitad de todo aquello, vi a mi hermano —que entonces empezaba a alzar el vuelo, a salir de debajo del disfraz de perfecta chica hetero que había llevado durante toda su adolescencia— replegarse justo cuando debía estar asomando a la luz. Mi error sobre el papel, del que era culpable y por lo que internet debería haberme acusado e impuesto una

sentencia breve, fue expresarme mal, no hacer una segunda revisión en la que eliminar el exceso de información. Y mi error en esos momentos fue lo que parecía ser una postura de no intervención ante una confesión que me correspondía a mí, y que había hecho descarrilar la vida de la persona que más encomendada me sentía a proteger.

Desde el instante en el que nació Cyrus, consideré que era mi destino cuidar de él. Con seis años, mientras le daba el biberón, le pregunté a nuestra madre: «¿Podemos decirle a la bebé cuando crezca que yo soy su madre?».

Le miraba la cara —la frente alta con el ceño enorme a lo Frida Kahlo, las cejas más fuertes que he visto en mi vida en un bebé—, pegaba mi mejilla a la suya y le susurraba las palabras más bonitas que se me ocurrían: «Eres una princesa, eres una reina, eres la reina de los bebés». Poco sabíamos de que lo que teníamos en las manos era un rey.

Conforme iba creciendo se fue haciendo cada vez más misterioso para mí, más difícil de alcanzar. Se mostraba ágil con los hechos y las ideas y reservado cuando se trataba de expresar afecto; incluso de pequeño rehuía los arrumacos y los arrullos. Era extrañamente serio, algo que ejercía el efecto inverso y lo hacía muy divertido. En un momento dado, empezó a llevar trajes y boinas, como un Bill Murray de ocho años en *El club de los chalados*.

Lo que intenté captar al escribir sobre él era el misterio que siempre había sido para mí. Resultaba irónico que, con seis años, me hubiese planteado si ese bebé tenía vagina, cuando lo que no entendí en ningún momento de nuestra infancia compartida fue que no era mi hermana.

Hace ocho años, más o menos por la época en la que Cyrus salió del armario como trans, aún estábamos los dos trabajando para enderezar nuestra relación. No fue solo el incidente del libro; desde que empecé a tener una vida pública, esa realidad engulló el espacio que rodeaba la vida privada de mi hermano, aunque no fuera algo intencionado. Tampoco ayudaba el hecho de que las burbujas de champán de la fama nueva conviertan incluso a las personas más generosas en narcisistas temporales, obsesionados con su imagen y su éxito o su fracaso. No obstante, el libro fue un evidente punto de inflexión a partir del cual mi hermano parecía sentirse más seguro estando lo más lejos posible de las balas que rebotaban de mi personaje público.

Cuando nos veíamos nos transmitíamos cariño y era divertido, aunque había una distancia tácita que no sabíamos cómo abordar con palabras. Quizá él pensara que yo no iba a saber guardar sus secretos, que no podría evitar exponerlo en el monólogo personal de mi trabajo, siempre tan confesional. A mi hermano le costaba confiar en la gente del mundo exterior; no tenía la certeza de que esa gente se interesara por él por los motivos adecuados. Ironías de la vida, eso a veces lo llevaba a elegir a personas con motivos aún peores. Y siempre que me disculpaba lo hacía por la razón equivocada. Siempre que él compartía conmigo algo que le molestaba, yo insistía demasiado en arreglarlo, como si así pudiese arreglar también lo nuestro. Le habría comprado lo que fuese, habría recorrido cualquier distancia para estar con él, y aun así no podía darle lo único que él pedía: espacio.

Hasta mucho tiempo después no dimos con la manera de reencontrarnos, las palabras para describir cómo la realidad exterior

había trastocado nuestro vínculo, cómo la atención de gente que nunca quisimos que nos prestara atención nos había distanciado. Cuando salió el libro, mi hermano ni siquiera era él mismo todavía; por entonces, yo empezaba a entender a esa persona que tenía ante mí, justo cuando él ya no quería tenerme cerca.

Tampoco ayudó que el incidente del libro fuese el inicio de un largo ciclo de errores y disculpas públicas por mi parte, errores y disculpas, errores y disculpas, algo que me propuse hacer porque, contrariamente a lo que creían algunas personas, nunca me metí en esto para ofender a nadie, sino para conectar. La furia era un síntoma secundario, un efecto colateral, un picor en un miembro fantasma que no podía dejar de rascarme. Lo único que parecía no poder hacer era parar. La única persona a la que parecía no poder ofrecer una disculpa sincera era la que merecía escucharlas todas.

Me ocurre a menudo que no sé cómo decir lo que quiero decir, cómo hablar sobre ser hermana; sobre el dolor de querer proteger a alguien y fracasar y saber que es culpa tuya; sobre que el público te malinterprete deliberadamente y, aún peor, malinterpretar tú deliberadamente a la persona a la que más quieres del mundo. Mi hermano estaba en la costa oeste, atendiendo a su necesidad de averiguar quién era, aislado de las muchas historias que yo contaba y que me contaban sobre mí. Él no quería meterse en ese hoyo conmigo, aunque nadie más lo habría hecho. Y así, durante mucho tiempo, me aferré a Jack y a Jenni con todas mis fuerzas, los celebraba como a los amores de mi vida, y no era culpa suya no poder llenar el hueco que había dejado la ausencia de mi hermano, la persona que —ahora lo sé— ha sido mi espejo más transparente, mi compañero más sincero. Espero que tengamos el resto de la vida

para encontrarle sentido a lo que ocurrió. Surja cuando surja, lo afrontaremos.

«Hola —le digo cuando me llama—. Mi hermano. Mi compi. Mi reina de los bebés».

***

Cuando estalló el escándalo del libro, Cyrus y yo estábamos en Países Bajos, adonde fui para participar en un *talk show* que parecía durar horas y horas; no pararon de aparecer invitados hasta que el escenario acabó siendo como un coche de payasos. Al final, durante una pausa publicitaria, me levanté para no volver. Pese a que al principio adopté postura de placaje, se me empezaron a agarrotar la espalda y luego las piernas, hasta que cruzar aquel espacio para ir a mear se me hizo imposible, como si mi cuerpo supiera lo que se me venía encima antes que mi mente. Acurrucada en la cama como una alubia, le pedí a mi publicista que viniese a mi habitación y le anuncié que quería irme a casa. No quería: lo necesitaba. Igual que me había pasado de niña en tantas fiestas de pijama, tenía que largarme de allí cagando leches. A la voz de ya.

A la mañana siguiente, me desperté al amanecer e hice la maleta, mirando con desprecio el vestido que tenía previsto llevar sobre el escenario esa noche, un vestigio de la niña tonta que había sido justo el día anterior. A mitad de camino, rumbo al aeropuerto, con dos clonazepam en el cuerpo, me di cuenta de que me había olvidado el móvil en el hotel.

Cuando llegué al aeropuerto, me vi obligada a buscar imágenes mías en Google en el móvil del azafato del mostrador —dado que el

mío seguía en el hotel, lleno de mensajes de «¿estás bien?»—, para demostrarle quién era, y luego hacer lo mismo con la mujer del control de seguridad que necesitaba pruebas de que había ido a Países Bajos por negocios.

—¿A qué se dedica? —no paraba de preguntarme.

—¡A esto! —le decía una y otra vez, señalándole la captura de pantalla.

—No se parece a la de la imagen —me respondió.

Seleccionó una fotografía mía de las que le habían salido, en una alfombra roja. En la imagen lucía una sonrisa de oreja a oreja, un peinado en ondas de los años cuarenta, los labios pintados de rojo y un vestido amarillo.

Y esa mujer tenía razón: no me parecía a la de la foto. Llevaba un mes viajando y mi cuerpo se había ido deteriorando poco a poco. Primero llegó el dolor de estómago, una mezcla de náuseas y golpes secos, amortiguados, como un pálpito irregular bajo el ombligo; lo único que toleraba era el pan. Luego me vino el periodo y no se me iba. Después se me llenó la boca de llagas, unos círculos blancos perfectos que me daban punzadas constantes. Lo achaqué a tanto viaje, a un resfriado que aún no había acabado de aflorar.

Para cuando subí al avión iba colocada. Era el clonazepam que un amigo compasivo me había prestado para aliviarme el dolor físico, más fácil de abordar que el emocional. Me dio dos pastillas para el viaje a casa, para que las dividiera en cuartos. Me las tomé de golpe las dos, una dosis en mi opinión razonable para una situación nada razonable. Por entonces aún no me había sometido a mi primera cirugía de endometriosis; para conseguir el diagnóstico me había tenido que estar quejando diez años de que mi periodo no era como

el de las otras chicas, que podían bañarse o bailar e incluso follar, mientras que yo solo podía tumbarme en el suelo para soportar arcadas. Esa operación llegaría un mes después, cuando ya no aguantaba más el dolor. En aquel momento, aún me consideraba una persona delicada, un poco enfermiza quizá, pero no enferma propiamente dicha. Tenía más que ver con la situación que con la constitución.

—¿Cuál es su asiento? —me preguntó el auxiliar de vuelo.

Era heterosexual, con un bigotito fino y una puñetera sonrisa de engreído.

—El 9A… ¿Clase business?

—¿Seguro? —insistió, guiñándome.

—Seguro —le respondí, fría y sin humor para nada.

Me abrí paso hasta mi sitio y me agaché para sentarme, me agarré de los apoyabrazos y descendí con cuidado como en unos baños públicos, hasta que mi culo cayó con un golpe seco.

—Joder —bufé, y respiré hondo y fingí rebuscar algo en el bolso.

Estar erguida en el asiento me costaba demasiado, así que lo recliné e intenté encontrar una postura que atenuase el dolor, que se me extendía ya por toda la espalda y me bajaba por las piernas, como si una mano invisible no parase de darme golpecitos en un moratón. Estaba tratando de olvidar que acababa de pirarme de tres días de compromisos profesionales y que unas cinco mil personas (de momento) que no habían leído mi libro, y nunca lo harían, me habían llamado monstruo satánico en Twitter. Si alguien me hubiese dicho que once años después seguiría recibiendo esos comentarios, me habría tragado el resto del bote de pastillas y habría elegido aquel avión como lugar de descanso final.

Cerré los ojos y se me vino la imagen de un campo verde y amplio y un ejército avanzando hacia mí. Yo estaba preparada con una espada, con una rodilla en el suelo, lista por todos los flancos.

Aterricé en Nueva York, pero en vez de a casa me fui directa al apartamento de mis padres. Cyrus había decidido no regresar conmigo. Viajó a Berlín para dormir en el sofá de un noruego enternecedor con el que trabajaba mi padre, a recorrer museos, comer filetes y gastar los datos del roaming. En su momento lo consideré una demostración de lo que mi hermano no entendía: hasta qué punto aquello iba a cambiar nuestra vida, lo rápido que se vertía de las manos de gente con una serie de ideales a la boca de gente que tenía otros distintos. Pensé que Cyrus era joven y voluble, que le faltaba un poco de seriedad. Ahora creo que sabía muy bien lo que estaba pasando y que había decidido salvarse, hacer lo que siempre se nos ha dado mejor, esto es, perdernos en una fantasía romántica como antídoto a lo que estuviera derrumbándose, fuese lo que fuese. Y si hubiera podido pensar con claridad le habría gritado: «¡Corre, pequeño, corre!», como un recuperador de fauna al liberar a un coyote.

Mis padres me trajeron una tostada y un té a la habitación de invitados, y desde allí los escuchaba murmurar en el salón palabras que apenas podía distinguir: «joder», «locura», «noticia internacional». Mi padre ya había recibido cartas en la galería que exponía sus obras con acusaciones de perversión que había logrado evitar durante toda una carrera dedicándose a pintar cosas perversas. Incluso un grupo que se hacía llamar «The Lilliputian Society» le había enviado una nota misteriosa que solo decía:

«Carroll, ¿qué tienes en nuestra contra?» (aún estamos tratando de entenderla).

Durante los dos primeros días Jack estuvo ilocalizable. Se encontraba grabando un vídeo promocional en una montaña del sur de California con una nueva artista joven llamada Charli XCX. «Me dejé el móvil en el remolque», explicó cuando por fin dimos con él. No tenía claro cuándo iba a regresar, solo que no sería de inmediato. Entretanto, mi invierno no estaba siendo tan *brat* como el *brat summer* de Charli XCX.

«¿No te enteras? —me dijo mi padre al tercer día que me negué a salir de la cama—. Has ganado. Solo tienes veintiocho años y ya te han llamado racista, puta gorda, niña pija ignorante y pederasta. ¿Qué te queda? Nada. Ya has ganado».

Así que procuré verlo así, mientras andaba cojeando por la calle con mis gafas de aviador, un perrito caliente callejero en cada mano, dando mordiscos violentos y retando a todos los viandantes a que me soltaran algo. *¡Venga!*, pensaba, incluso después de pasarme seis manzanas de mi destino: el despacho de otra psiquiatra más, esa vez una especialista en traumas que tenía barrotes en las ventanas. Y aún no tenía móvil.

En realidad no creo que supiese cómo se empieza siquiera a sustituir un teléfono perdido.

Capítulo nueve

Hello Kitty

A los dos años de relación, en junio de 2014, Jack y yo nos mudamos a un piso que era demasiado grande para dos personas y demasiado adulto para dos veinteañeros. Era de nueva construcción, con cuatro habitaciones y un ascensor que se abría directamente en nuestra entradita, en la que todo olía a recién construido. Era justo el tipo de sitio ante el que mis padres siempre habían vuelto los ojos: los grifos todos idénticos, bañeras elegantes, azulejos como los del metro seleccionados por algún diseñador de interiores corporativo… Los suelos, a estrenar, eran de roble, esmaltados en un gris claro, y las ventanas se abrían raro, con esa eficacia tan nueva que en realidad complica las cosas. En la cuarta habitación, Jack se pasó meses montando un estudio profesional, un proyecto que no cayó en comunicar a los vecinos, por lo que estuvimos mucho tiempo pidiendo perdón más que permiso a la pulcra pareja de ejecutivos que vivía arriba. Un día, claramente desesperados con tanto taladro y lijadora, el hombre (un tipo atlético de cincuenta y tantos con el pelo cortado a lo militar) empezó a dar golpes en la puerta antiincendios que daba a la escalera gritando:

—ABRID LA PUTA PUERTA AHORA MISMO.

Cuando salí, el tipo tenía la cara colorada de la furia. Se puso a chillarme cosas sobre permisos, control de ruidos y respeto hasta que empecé a sollozar.

—Perdón, lo siento mucho.

Llamé a Jack histérica, y él le mandó de inmediato un mensaje de correo electrónico: «Siento de verdad lo del ruido, pero eso no le da derecho a gritarle a mi novia. ¡La ha hecho llorar, que lo sepa!». A toda aquella gente al borde de la jubilación que se había pasado la vida ascendiendo en el escalafón de la propiedad inmobiliaria a base de trabajar debíamos parecerle un par de críos, uno subido en los hombros del otro dentro de una gabardina, fingiendo formar parte del mundo de los adultos.

Por entonces me encontraba sumida en el rodaje de la cuarta temporada, y mientras mi conflictivo *alter ego* en la ficción asistía a una escuela de posgrado en Iowa (algo con lo que siempre fantaseé, pero que me parecía muy poco probable a esas alturas), mi novio estrella del rock y yo uníamos recursos para mudarnos a nuestra «Casita Barbie de Ensueño». Instagram acababa de lanzar su función de mensajería directa y unos días antes de mudarnos la probamos:

«¿Te casas conmigo?», le escribí.

«Primero el niño. Niño en 2015, boda en 2016», respondió.

¿Trabajo? Hecho. ¿Apartamento? Hecho. ¿Marido y papi? Hecho.

Solo en ocasiones me paraba a pensar en lo que estaría haciendo otra gente de mi edad, aunque de tanto en tanto sí me asaltaba el tema. Mi hermano me habló sobre un grupo de anarquistas de Róterdam que compartían un mismo apartamento sin calefacción y cada dos por tres se follaban unos a las parejas de otros, pero se

perdonaban sin mucho problema. Supe también que un amigo de la universidad estaba viajando por el sur de Asia con un saco de dormir y un cepillo de dientes como único equipaje.

En una feria de libros de arte, estando con mi padre, me quedé mirando a una pareja de mi edad que estaba compartiendo un taco y discutiendo, los dos vestidos con vaqueros cortos y rasgados. Según subían el volumen (no sé qué de a cuál de las dos fiestas a las que los habían invitado esa noche iban a ir, y si podrían ir a ambas), los ojos se me fueron llenando de lágrimas, como si estuviese viendo una película de lo que podría haber sido mi vida.

Sin embargo, cuando intenté explicárselo a mi padre, sonó como un delirio petulante, como una persona que quería ser capaz de experimentar en tándem todas las versiones de mi vida, sin entender los inmensos privilegios de la versión que ya tenía. Y seguramente justo eso era yo. Al fin y al cabo, solo tenía veintisiete años.

***

Los días de rodaje eran largos y Jack estaba de gira, así que parecía inevitable que un «servicio de mudanzas prémium» se ocupara de empacar todas nuestras cosas en mi pequeño apartamento de Mansion House y se asegurase de que llegaran a salvo a nuestra casa nueva. Nuestro último día en mi primer apartamento me levanté aún de noche, a las cinco de la madrugada, y me vestí a oscuras para ir al trabajo, como hacía siempre para evitar despertar a Jack, tratando de no tirar nada. Ese mismo día lo metieron todo en cajas y lo trasladaron a unas manzanas de allí, y yo volví a casa a las dos de la madrugada desde el sitio donde estábamos rodando, al

norte del estado, usé el sofisticado llavero remoto nuevo para acceder a nuestro ascensor y salí a un apartamento en el que podía distinguir en la oscuridad las formas de las cosas que sabía que eran mías, pero sin ser capaz de reconocer nada. Me metí en nuestra nueva cama *king size* junto a Jack, que dormía, y me eché a llorar.

—¿Qué pasa? —me preguntó medio dormido, mientras me echaba por encima un brazo adormilado con preocupación.

Lloraba tanto que me resultaba casi imposible pronunciar una palabra.

—Es… es que… echo… de menos… a Gilbert.

Gilbert: el portero de toda la vida de Mansion House, quien había sido mi confidente ocasional desde mi época de guardesa universitaria, cuando no tenía nada que hacer ni ningún sitio al que ir, así que me pasaba las horas sentada con él junto a la puerta principal, charlando de tonterías. Gilbert me hacía comentarios insidiosos sobre la cantidad de novios que me había conocido en los últimos cinco años, meneaba los paquetes que me enviaban para intentar averiguar su contenido, le gruñía a mi perro y me decía que sin Jesucristo nunca estaría completa. Una vez se comió mi pedido de comida tailandesa a domicilio sin avisarme de que había llegado. Pero Gilbert era uno de esos hechos cotidianos, esas amistades que sabes que son circunstanciales y que, al haber cambiado tus circunstancias de forma permanente, dejarán de ser personas que conoces.

—Puedes ir a verlo cuando sea, amor. Está a dos manzanas de aquí —me dijo Jack.

Pero ¿cuándo iba a tener tiempo para eso?

***

Mi madre siempre ha expresado su amor a través de la decoración de interiores. Pese a lo que no pudiera decir, al abrazo que no sabía dar o al ánimo que no lograba cambiar, creaba espacios que me transmitían que me veía. A mis diez años más o menos, se hizo una redistribución de dormitorios en nuestro loft, en un esfuerzo por crear algo de privacidad para todos. Mis padres se trasladaron a una estructura de madera contrachapada junto a los ventanales frontales, Cyrus pasó a mi cama elevada y mi madre convirtió el pequeño dormitorio que había sido el de mis padres durante años en mi primera habitación de «chica mayor». Durante días me prohibió entrar; me explicó que no podía verlo hasta que no estuviese acabado. Minimalista acérrima, chic y sutil, a menudo discutía conmigo por nuestros gustos. A mí me encantaban, y me encantan, el rosa y el leopardo, el brilli-brilli y lo mamarracho. Ella llevaba vaqueros blancos y bailarinas, codiciaba las mesas de diseño *mid-century* y los pasadores grandes de carey para el pelo. Mi gusto le parecía vulgar y sin criterio, y me animaba a entender la magia de decir más con menos.

Sin embargo, cuando me abrió la puerta de mi nueva habitación, me impresionó lo bonita que era: cada pared estaba pintada en un tono pastel distinto —morado, azul, amarillo y rosa— y en la esquina había una silla azul inflable de Delia que yo llevaba meses señalando en el catálogo con deseo. En las pantallas de las lámparas, mi madre había pegado cientos de mullidas plumas blancas, y había colocado varios cojines con lentejuelas sobre un edredón morado. En una mesita de noche había una vela con forma de rodaja de melón

verde; en la otra, una televisión portátil rosa de los años setenta, poco más grande que un reloj despertador. Y encima de la cama, un póster del elenco de *Friends*, una serie tan importante para mí que iba siempre cargada con un libro temático del Café Perk en la mochila de la escuela. En aquel momento supe que, por muchas diferencias que hubiera entre nosotras, por mucho que mi intensidad, mis necesidades emocionales y mi torpeza social la preocuparan y la desconcertaran: mi madre me veía de verdad tal como era.

Y ahí la tenía otra vez, colocando con cuidado su vajilla de cerámica de Delft en nuestra cocina nueva, colgando nuestras tazas de ganchos en un organizador de pared, distribuyendo los cuadros y ahuecando nuestros cojines. No obstante, le noté algo particular en la mirada mientras evaluaba su trabajo: mi madre no lograba encontrarle sentido a aquel espacio; por lo general era muy intuitiva, pero aquel lugar no le parecía vivo. Quizá fuese por la agresividad de lo nuevo, por el carácter pulcro y sin alma del sitio. O a lo mejor no sabía cómo interpretar a la gente que vivía allí.

Muchas veces, cuando Jack pasaba temporadas largas fuera, mi madre me preguntaba si me había llamado para ver qué tal.

—Claro, me escribe todo el rato —le decía yo.

—Pero ¿habláis por teléfono? ¿Comentáis vuestros planes? La madre de tu padre pensaba que yo estaba loca por la de veces que lo llamaba, pero en eso consiste tener pareja.

—Yo confío en él mientras hace sus cosas y él en mí. No necesito la cercanía que tenéis papá y tú. Me parece agotador —le expliqué.

—Ah —respondió casi dolida—. Pues eso me da un poco de pena.

***

Me sometí a mi primera operación de endometriosis en el otoño de 2014. Estaba metida en el escándalo hasta el cuello, así que me suponía casi un alivio saber que pronto me vería obligada a parar y a disfrutar de las benditas vacaciones de una anestesia. En un centro quirúrgico de Hollywood, tenía a Jack y a Jenni sentados junto a mi cama mientras me ponían la primera dosis intravenosa de medicación destinada a calmarme. Me hicieron un vídeo describiéndoles lo que veía: una pista de tenis, cuidada y verde, en la que se habían congregado todos mis seres queridos a jugar un partido de lo más animado.

De la cirugía se ocupó un señor mayor como un abuelo y con una ausencia total de límites que resultaba tranquilizadora. Había sido mi ginecólogo desde que llegué a Los Ángeles; en cualquier ciudad en la que pasara más de tres días tenía un ginecólogo. Me lo presentó Jenni, que me dijo que era una persona acogedora, y ya sabemos que para mí eso era una palabra clave (no tardé en descubrir que además recetaba casi cualquier cosa, como sedantes fuertes para «calmar la vagina y que puedas mantener relaciones y no estar tan tensa»). No hablaba de sexo, sino de «folleteo», y a la prueba de Papanicolaou la llamaba «bagel con queso crema». Nada de eso me habría despertado ninguna simpatía ahora, pero en aquella época necesitaba a alguien que le quitase hierro a lo que estaba experimentando, que le quitase urgencia y lo tratase como algo más similar a cuando comí demasiados *latkes* en casa de la tía Helene y tuve que tumbarme en el dormitorio de Mickey Mouse de mi prima Heidi a recuperarme.

Cuando me desperté de la operación y le pregunté qué se había encontrado, se limitó a informarme: «Estabas hecha un asco ahí dentro». Me había quitado el apéndice, que estaba anudado y retorcido y parecía un bastón de caramelo hecho de tejido (después de ese tipo de cosas, lo mejor es cuando te enseñan las fotos de tus entrañas, rosadas y ajenas, como cosa de brujas, infinitas). Habían mandado el apéndice al laboratorio, donde hallaron signos de una infección prolongada de bajo grado, y el ginecólogo me extirpó las lesiones endometriales en el momento. Me hizo una histerosalpingografía, una prueba radiológica para detectar obstrucciones en las trompas de Falopio.

De vuelta en el Sunset Tower, me pasé cuatro días a base de un combinado de oxicodona y paracetamol, viendo la primera temporada de *The Affair* y susurrando con tono lacrimógeno: «Por favor, no te enrolles con otra, aunque lo tenga todo atascado de pringue ahí dentro y la gente me llame pedófila». Me habían dicho que podía ducharme, pero que tenía que cubrirme el abdomen con film transparente. El personal de cocina me mandó un rollo en una bandeja de plata.

***

Ya recuperada de la operación, decidí lanzarme a un *glow-up* radical. En privado estaba harta de sentirme agotada e inflamada, y en público estaba harta de que me llamasen fofa y lamentable, de ver memes que comparaban mi cuerpo con un pavo de Acción de Gracias o con un rollo de masa para empanada. En aquella época Jenni estaba muy metida en el método Tracy Anderson, un régimen

de ejercicio físico respaldado por Gwyneth Paltrow para el que hace falta tener dos horas diarias de tiempo libre y una cantidad aún mayor de dinero de la que puedas prescindir. La propia Tracy me garantizó que supervisaría un cambio tan completo en mi cuerpo que, en cuestión de un año, casi no me reconocería a mí misma (poco sabía ella de que esa escisión ya había ocurrido).

Una parte del método implicaba el uso de una falange de calefactores que caldeaban el gimnasio hasta unos abrasadores treinta grados mientras nosotras cubríamos una hora de ejercicios repetitivos con pesas en los tobillos, seguidos por unos bailes aeróbicos que tenían una vivaz cadencia como de duende de las galletas Keebler.

En Los Ángeles (Jack y yo no habíamos hecho más que mudarnos cuando tuve que saltar a la otra costa para empezar el montaje de la cuarta temporada de *Girls*), dedicaba mis mañanas al método y mis noches a admirar los resultados. Mi cuerpo estaba cambiando: mi forma natural de cintura alta y caderas gruesas poco a poco reemplazada por un cuerpo más similar a una zanahoria. No podía saber con seguridad cuánto se debía a mi obsesiva devoción por la rutina del método (guiada siempre por una animada exchica Lakers con un sujetador de deporte marca Tracy Anderson) y cuánto a las náuseas y al malestar que nunca se me quitaron del todo tras la operación, al dolor que no quería admitir que seguía constantemente presente y que me impedía hacer comidas completas, dado que el estómago, al llenarse, parecía hacer presión sobre lo que fuera que siguiese estando en carne viva dentro de mí.

Como es costumbre, solo pude seguir engañándome sobre la realidad de mi dolor durante un tiempo. Fui capaz de fortalecer mis

«músculos diminutos» durante dos horas al día y cumplir con el acroyoga (con un doble barbudo de Jason Momoa que me lanzaba por el aire y me retorcía como a un animal hecho de globos), pero al final mi cuerpo acababa llegando siempre a su límite. Así, cuatro meses después de la operación, acabé en urgencias con una infección del «fondo vesical», con mi tía Bonnie y la madre de Jack, una a cada lado de mi camilla, dado que Jack no volvería a casa hasta muy pasada la medianoche. Escuché obediente las indicaciones del médico de guardia de que hiciera pis después de mantener relaciones sexuales y no me pusiera pantalones vaqueros, aunque aquella sería solo la primera de muchas visitas a urgencias en las que fui consciente de que mi problema superaba la capacidad o el interés del profesional responsable. En última instancia, las urgencias son para urgencias, y el dolor crónico puede parecer urgente, pero en realidad se trata de una compleja red de factores entrelazados que requiere cierto nivel de tiempo y de interrogatorio, y el sistema médico de urgencias no está diseñado para soportar eso.

El médico que me había operado no sabía explicar bien por qué seguía teniendo tanto dolor. Me dijo que la operación debía haber eliminado las lesiones que lo causaban, pero acabó por admitir que la endometriosis era una enfermedad progresiva y que no todas las pacientes experimentaban el mismo nivel de alivio durante la misma cantidad de tiempo. Por tanto, me sugirió un medicamento para suprimir la producción hormonal. Si la endometriosis es un incendio, los estrógenos son las cerillas, y quizá tres meses de esas inyecciones harían remitir las lesiones que quedaran y evitarían la formación de otras nuevas.

Llegado ese punto, me había pasado el invierno entero haciendo lo que hacen las mujeres sanas: ejercicio con disciplina y entusiasmo, comer poco, porciones cuidadosamente calculadas, meditación y «folleteo». Sin embargo, en un viaje a Hawái con el grupo de Jack, terminé llorando en el suelo del baño cuando me vino la regla, con unos calambres que invadieron todo mi cuerpo en espasmos ondulantes de dolor, mientras Jack me animaba a levantarme para que pudiéramos disfrutar de una excursión en un barco con el suelo de cristal.

No recuerdo bien cuánto tiempo pasó pidiéndomelo, ni de cuánto me resistí yo, pero sí sé que la discusión terminó conmigo gruñendo: «Pero ¿quién coño quiere ver lo que hay bajo el mar?».

Estábamos a punto de empezar la producción de la quinta temporada. No sabía cómo iba a ser capaz de rendir al nivel necesario con aquella mezcla diaria de sensaciones: punzadas, pálpitos, un dolor pulsante que se desplazaba pero nunca se calmaba. Sangraba durante tres cuartas partes del mes, con coágulos a veces tan grandes que salían de mí flotando hasta la superficie de la bañera como tomates cherry.

Nunca se mencionó el hecho de que el libro se había publicado solo unas semanas antes de la operación y yo aún estaba recuperándome (bueno, yo y todo el mundo que había en mi órbita y alrededores) de aquella invasión tan devastadora y hasta entonces inimaginable. No se lo conté al médico ni él me preguntó. En aquel tiempo todavía me daba la impresión de que invocar el estrés o el malestar psicológico solo serviría para reducir mis síntomas a lo puramente psicológico, y correría el peligro de perder el único escudo que tenía: un diagnóstico.

Nadie me habló sobre la complejidad del sistema nervioso, sobre la conexión entre estrés e inflamación, sobre la capacidad del dolor físico para verse redoblado por el emocional. Nadie me dijo: «A lo mejor lo que necesitas es un poco de tiempo». La palabra «trauma» no se mencionó en ningún momento, salvo quizá en boca de mi terapeuta, pero me ocurría cada vez más que estaba «demasiado ocupada» para ir a verla con regularidad. Acepté las inyecciones supresoras de estrógenos con el entusiasmo de una adolescente víctima de *bullying* que acepta una rinoplastia gratis. Por favor, gracias, sí.

Lo que el médico no me contó (nunca te lo cuentan) fueron todas las demás cosas que provoca ese fármaco. Entre los efectos secundarios se encuentran, aunque no solo: «Enrojecimiento, formación de ampollas, descamación o pérdida de piel, también en el interior de la boca […]. Cambios en el impulso o en el rendimiento sexuales […]. Sofocos […]. Dolor articular […]. Aumento de la sed o la cantidad de orina, debilidad o fatiga inusuales, visión borrosa […]. Erupción cutánea, picor, urticaria, inflamación del rostro, los labios, la lengua o la garganta […]».

Otros efectos colaterales de tener ese fármaco en mi organismo: llanto incontrolable escuchando en bucle la banda sonora de *Hamilton* […], convicción de que a todo el mundo que te cruzas le pareces irritante o repulsiva […], desconfianza en la gente que antes creías que conocías […], pensamientos recurrentes sobre tu propia muerte y sobre si le importaría a alguien […], incapacidad para mantener relaciones sexuales sin pensar en episodios traumáticos anteriores […], darte guantazos en la cara tú misma repetidas veces

cuando tu novio te dice que le estás poniendo muy difícil quererte […].

***

A lo largo de todo *Girls* mi tío se había estado muriendo. Era el hermano de mi padre, tres años menor que él, idéntico físicamente salvo por su manera exageradamente pija de vestirse y su amor por el conservadurismo fiscal y el squash recreativo. Aun así, dado que mi padre es mi objeto de apego, parecería lógico que la persona que más se asemejaba a él (quitando el expediente electoral) fuese una parte esencial de mi constelación de seguridad.

Conforme su enfermedad de Parkinson empeoraba a una velocidad que tenía a los médicos impresionados (al final resultó no ser Parkinson, sino un alarmante híbrido entre eso y la enfermedad de Lou Gehrig llamado atrofia multisistémica), empecé a viajar para visitarlo todos los fines de semana que me encontraba en la costa este. Cuando estábamos rodando, solíamos acabar tarde los viernes por la noche, así que los sábados por la mañana reservaba un coche para ir a New Haven y dormía con la cabeza apoyada en la ventanilla hasta llegar. Mi padre se reunía allí conmigo y pasábamos unas horas con mi tío. Era lo máximo que él podía soportar a esas alturas.

Me bajaba del coche y me quedaba un momento de pie ante la gran puerta blanca de su imponente casa de ladrillo, respirando hondo para prepararme para lo que estaba a punto de ver. Nunca antes me había sentado junto a alguien que supiera que iba a morir. Era demasiado joven para acordarme de Jimmy, el mejor amigo de mi madre, en el hospital, con sida. Mis abuelos se habían ido todos

de repente. Mi tío no solo estaba muriéndose, sino que, además, estaba paralizado, sin ningún sitio al que ir ni nada en qué pensar mientras veía y volvía a ver sus pelis favoritas de John Wayne. Fue un fan temprano de Taylor Swift, un *swiftie* desde el primer álbum. Le parecía que Vanessa Hudgens no recibía el suficiente crédito como actriz. Sentía todo eso junto con el zumbido constante de saber que se estaba yendo, y querer irse.

Un día, al llegar, me encontré un tumulto: enfermeras corriendo, su mujer dando órdenes contundentes, su hija encogida de miedo. El salón era como una obra de teatro mal dirigida. Mi tío se estaba ahogando con un sándwich de jamón, comida elegida por su blandura y por la facilidad con la que podía cortarse en microtrocitos y deslizarse por su garganta, dado que la capacidad para tragar lo estaba abandonando.

Conforme el caos continuaba —la enfermera que le metía la mano por la garganta, el uso de una máquina de succión—, sentí un fuerte impulso de sentarme junto a él y cogerlo de la mano. Mi tío era un varón blanco y tradicional; nosotros no nos expresábamos así. Pero decidí que ese día iba a ser judía. Mientras lo aspiraban, le agarré los dedos, le acaricié el interior de la muñeca, no intenté ocultar las lágrimas que me caían por el rostro.

Me acordé de un día con él en la playa, de niña; mi tío sería entonces un poco mayor de lo que yo era en ese momento, guapísimo con sus Ray-Ban, contándome cómo mi padre lo había lanzado cuesta abajo en una bicicleta que él no sabía montar. Nunca llegó a aprender, pero insistió en que yo sí lo hiciese, y fue detrás de mí sujetando el sillín hasta que por fin despegué. Me acordé de estar sentada en su regazo vestida de fiesta. Me acordé de cuando me

arropaba en la camita de la casa de mi abuela como algo especial. Me acordé de cuando se me cayó el cucurucho de helado y se negó a comprarme otro porque creía que los niños debían aprender lecciones. Me acordé de cuando mi padre le dijo lo imbécil que era y se largaron hechos una furia a dos habitaciones distintas. Me acordé de su cara en su foto del jardín de infancia, gorda y rubia, y de su cara mientras exponía su argumento en un juicio en el sur de Manhattan al que mi padre y yo fuimos a verlo, y en el que dijo que el demandante se enfrentaba «al mal karma» si el caso seguía adelante, y cómo aplaudimos, como en una obra de teatro.

Me acordé de todos los forros polares tan feos que me había regalado y del único collar precioso.

—¿Tienes miedo? —le pregunté cuando el caos remitió.

—En realidad no —me dijo, con una voz tan baja que apenas pude captarla—. Lo único que hacía antes era trabajar. Esa era mi religión. Quería más y más, ser cada vez mejor. Cuando enfermé, pensé que mi vida se había acabado.

—¿Y no fue así?

—No. Acababa de comenzar. Porque si esto no hubiese ocurrido, nunca habría parado, y nunca habría sabido cuánto me queréis todos.

***

A las pocas semanas del rodaje de la quinta temporada, mi tío tuvo un ataque al corazón y lo conectaron a un soporte vital mientras grabábamos en el norte del estado. Fue mi tía Bonnie, la hermana de mi madre, la médica curtida en tragedias con esa voz perfecta

para las crisis, quien me llamó para decirme que mi tío no iba a salir de aquella. Histérica, busqué a Jenni por el hotel, casi incapaz de ver tras el velo borroso de lágrimas. Por fin la encontré en el bar, tan guapa y tan llena de vida, pimplándose unos whiskies con los del equipo, y me sentí como un espectro inoportuno cuando me planté en la puerta a hacerle señas. «Tengo que ir a acompañarlo. Mi padre está allí. Si salgo ahora con el coche, puedo llegar para la una de la madrugada», le dije.

Jenni me llevó de vuelta a mi habitación, donde me explicó que esa noche yo ya no podía hacer nada. Tendría mucho más sentido esperar a la mañana, y quizá grabar una escena mientras esperábamos a que hubiese noticias. Me dio dos pastillas para dormir y lloré hasta que noté que me hacían efecto como una cortina de terciopelo que se cerrase a mi alrededor.

A la mañana siguiente mi padre llamó temprano y me despertó del sopor farmacológico. «Voy camino del hospital, a ver si me entero de lo que pasa. Te aviso para que salgas cuando sea».

Hablé con los productores, que me tranquilizaron y me convencieron de que, al estar las cosas en un limbo, no había motivo para no rodar la escena programada para esa mañana. Daba igual que los ojos se me hincharan de lágrimas cada vez que parábamos la cámara, que mi móvil apenas tuviera cobertura en aquella casa en el bosque, que no quisiera estar allí. Acabamos la escena sobre la una de la tarde y llamé para saber cómo iba todo, caminando por la carretera para conseguir mejor señal. «Se ha ido —me dijo mi padre —. Pero sabía lo que sentías por él». Me subí al coche de mi chófer y me fui en busca de mi padre; pensar en su olor, en sus capas de ropa —camiseta de manga corta bajo otra de manga larga bajo una

camisa de botones—, era lo único que me mantenía entera, y llegamos a la casa los dos al mismo tiempo. Nos detuvimos en el camino de entrada para abrazarnos. «Esto es duro, mi niña. Esto es muy duro», me dijo.

***

Al comienzo de la temporada les había advertido a los productores de que si le pasaba algo a mi tío iba a necesitar un tiempo. Unas semanas, les dije, para estar con mi familia.

Por supuesto, me respondieron todos. Sin embargo, llegado el momento tres días fue lo máximo que pudieron «encajar». Al menos la diseñadora de vestuario me localizó un vestido para el funeral: sin mangas, negro, de la marca Theory, de un largo medio, con una falda cortada al bies, y unas bailarinas. El funeral se celebró en la iglesia de Old Lyme, enfrente de la feria estatal en la que mi tío había disfrutado tanto de vernos comer buñuelos y montarnos en la noria una vez y otra. Hablé de él con mi atuendo funerario. «Como abogado, tenía la firma creencia de que las cosas pueden ser razonables y justas, pero hay cosas que son increíblemente injustas, sin más». Mi tío, que jamás había llegado a llevarse un porro a la boca. Mi tío, que estaba tan carcomido por la culpa que cuando engañó a su primera mujer se lo contó a toda la familia, al día siguiente. Mi tío, que se reía a carcajada limpia siempre que yo bromeaba con follar por detrás, y luego fingía que no. Mi tío, que era igual que mi padre, y que su padre antes que él, y de pronto el mundo parecía mucho menos seguro, cuando ya solo quedaba uno de ellos.

Pensándolo ahora, aquello (abandonar el seno de mi familia de luto para volver a un lugar en el que mi pena significaba muy poco) plantó las primeras semillas del resentimiento hacia el trabajo que tanto amaba, la sensación de que ser una buena soldado había empezado a costarme mucho más de lo que tenía en el monedero.

—A ver, explícales que no puedes volver. Que necesitas estar aquí con nosotros —me dijo mi padre.

—Ya lo he intentado.

—Pues entonces dilo en voz alta, di lo que pasa de verdad. Es mejor que seamos sinceros y ya: no les importa una mierda.

***

Al año siguiente cumplí treinta y fue el primer cumpleaños en el que mi tío no me compraba algo inquietante de una tienda con algún motivo chic de Martha's Vineyard: un cinturón cubierto de ballenas rosas, o un top de deporte de media cremallera que no era apropiado para una chica que usaba el ascensor para subir una planta. El de los treinta fue un cumpleaños raro y solitario. Tuve una fiesta enorme. Jenni y Jack dieron discursos, y también mi madre, que soltó una frase larga y no muy graciosa sobre intentar despertarme un día libre.

Más o menos por entonces, en la primavera de 2016, me ofrecieron un premio de la Endometriosis Foundation of America, un honor que le concedían a casi cualquier persona con una mínima plataforma pública que hubiese pronunciado una sola palabra en público sobre su defectuosa pared uterina. En aquella época hablar de tu salud reproductiva no estaba nada de moda, pero nada. La

primera vez que escribí sobre el diagnóstico recibí varias llamadas de teléfono de emblemáticas mujeres famosas que querían compartir sus historias personales, historias que no se habían atrevido a contar porque tenían grabada a fuego la idea de que su éxito se apuntalaba sobre la base de un cuerpo en apariencia invencible, fiable y pulido.

La gala fue de un buen gusto sorprendente —nada de ramos con forma de ovario ni pastas con forma de chocho— y más glamurosa de lo esperado. Allison Williams, que sigue siendo una de las personas más educadas, fiables y moralmente correctas que haya conocido (como Marnie, en el fondo, pero sin la falta de conciencia social y sin apetitos sexuales destructivos), apareció allí y me presentó. Habló de una forma tan conmovedora sobre mi experiencia que me hizo llorar. No fueron solo sus palabras, elegantes y sentidas, sino también la impresión de que, pese a toda la ocultación, a los dientes apretados y las sonrisas forzadas, ella misma había presenciado lo que estaba pasando y lo había acompañado con mucha amabilidad.

Mi madre era otra historia. Nuestra relación siempre había tenido un nivel de volatilidad proporcional al nivel de amor y había pasado ya a una nueva fase, una que era mucho más alarmante que las peleas a gritos que teníamos tendencia a iniciar en la cocina: una frialdad glacial. El contacto diario y constante se vio sustituido por quedar de vez en cuando a tomar café, alguna pregunta cortés sobre cómo estaba yendo la semana, alguna que otra foto de unas botas en oferta… Mi padre intentó señalar los problemas: la familia de Jack era tan cerrada que no dejaban espacio para que él se mezclara con la nuestra (la idea de hacer una reunión común a mi padre le resultaba igual de atractiva que pasar la noche en la prisión

de la isla Rikers; no es nada personal, mi padre está en contra de la unidad en todas sus formas); mi madre seguía enfadada conmigo por haber abandonado nuestro viaje a India, hacía tres años, con una semana de adelanto, abandono que yo achaqué a los efectos secundarios de la medicación contra la malaria y ella a que yo era una puta egoísta.

El mayor problema, y el que más nos costaba expresar en voz alta, era mi carrera profesional: no solo los retos a los que me enfrentaba, sino su impacto en la percepción que tenía mi madre de su propio legado, algo tan importante para ella como lo fue para las primeras mujeres aviadoras subir al cielo sin tener en cuenta si iban a vivir o a morir. Su arte siempre había sido su religión, lo único que yo sabía que no podría tocar, cambiar ni conformar, lo único que siempre sería más esencial que yo. Y de repente todo giraba en torno a mí.

Nunca hablábamos de ello. Mencionarlo habría significado admitir una emoción muy fea, dirigida contra un objetivo aún más feo: su propia hija. Ninguna de las dos tenía las palabras adecuadas para explicar que varias cosas pueden ser ciertas de forma simultánea: mi madre podía estar orgullosa de mí, y preocuparse por mí, y también cabrearse porque toda su vida profesional y su legado hubiesen quedado ligados a los de su hija. Y yo podía empatizar con cómo eso la afectaba, y también estar triste porque el increíble esfuerzo que hacía para que se sintiera orgullosa de mí se topaba con una perpetua falta de entusiasmo por su parte. No obstante, expresar cualquiera de esas cosas con un mínimo de destreza solo hubiera sido posible con un tipo de comunicación de una lucidez y falta de egos que rara vez define el vínculo madre-hija. Como resultado, las

dos habíamos dejado de contar con que la una le deseara el bien a la otra. No podíamos confiar ya en las buenas intenciones de la otra, y he aprendido bien que no hay cosa más complicada de revertir. Habíamos pasado de ser mordaces aliadas a enemigas con fingida educación, temerosas de darnos munición mutuamente al expresar nuestra vulnerabilidad.

Me daba cuenta de que a mi padre le dolía la distancia entre ambas. La constelación entera de su vida —su estudio, su mujer, sus hijos— debía funcionar en sincronía para sentir algo similar a la paz. Si dos de los tres elementos estaban en conflicto se desataba el apocalipsis. Aun así, todas las conversaciones terminaban siempre con una de las dos sintiéndose agraviada por la forma en que se planteaban las disculpas.

La cuestión llegó a un punto crítico en la gala de la endometriosis, cuando la disposición de los asientos —algo que yo no había planeado, pero sobre lo que tampoco pregunté ni comprobé nada— dejó en mi madre la sensación de ser uno o dos ceros a la izquierda. Ese tipo de cosas a ella siempre le habían importado mucho y a mí siempre me habían dado igual; no sabía cómo, en un mundo con tanto dolor real, algo relacionado con una gala podía generar algún daño. Mientras pronunciaba mi discurso, que consistía en construir una sentida tesis sobre cómo mi madre había sido mi pilar y mi apoyo durante la enfermedad, la vi levantarse con tal violencia que la silla resonó por el suelo y salir a la noche.

Aquel día me había prestado su anillo, uno que se había comprado en nuestro funesto viaje a India, en la joyería Gem Palace de Jaipur. Durante las siguientes dos semanas, mientras continuábamos en un punto muerto, ambas esperando la disculpa que sentíamos que

merecíamos, me dejé el anillo puesto en el dedo, y lo miraba y hablaba con él. Caminando por Brooklyn, me parecía que la geografía misma había cambiado: *Soy una persona que no se habla con su madre*, pensaba una y otra vez, incapaz de cuadrar los hechos que nos habían llevado hasta donde estábamos con aquel resultado.

Mi padre me llamaba a diario, de forma encubierta, desde la segunda línea de su estudio. Era como si estuviéramos teniendo una aventura. «¿Me menciona en algún momento? ¿Sabe ella que hablamos?», le preguntaba. En la voz de mi padre se notaba un abatimiento que solo le había escuchado tras la muerte de su madre.

«No sé, cariño mío. Las dos tenéis vuestros argumentos».

Al final, a los quince días, me llegó un mensaje de mi madre (nunca la guardaba en el móvil como «mamá» ni «mami»; siempre usaba, única y exclusivamente, su nombre y apellido, Laurie Simmons): era una fotografía de Joan Crawford con su hija, posando ante la cámara con una fingida expresión de alegría familiar. Después de eso, una leona con su cachorro en la boca. Luego, una gorila con su cría a la espalda. Joder, es que es la persona más graciosa del mundo.

«¿Todavía me quieres?», le pregunté.

«Sí».

***

En una conversación con HBO justo al acabar la quinta temporada, se había decidido que la sexta sería la última. Costaba hacerse a la

idea de que habíamos llegado al punto en el que haría falta tener esa conversación —todo se había movido muy rápido, y en una sola dirección— y, por otro lado, me sentía igual de agotada que Jude Law tratando de volver a casa en *Cold Mountain*, incapaz de entender cómo va a encontrar una forma de regresar después de una guerra que lo había cambiado todo.

No recuerdo quién de nosotros dijo que seis parecía ser el número adecuado de temporadas. Quizá fuese Judd, que estaba muy en contra de explotar más de la cuenta la buena acogida que habíamos tenido. A lo mejor fueron Jenni e Ilene, que creían que al acercarnos a los treinta el eje de la serie iba a cambiar. Me cuesta imaginar que fuera yo, porque en aquella época me costaba un montón pedir cosas, aunque sé que cuando se me pedía algo en el plano creativo sobre lo que yo estaba muy convencida siempre lograba encontrar una valentía que había perdido para la logística del día a día. Y también sabía, en la medida en que era capaz de saber cualquier otra cosa, que si no parábamos pronto, aquello a lo que había entregado mi vida dejaría de tener la claridad y la singularidad creativas que le daban valor. Y habría sido una pena haberme entregado tan plenamente a algo que acabara fracasando.

***

Al comenzar la sexta temporada el dolor pareció multiplicarse aún más, como una criatura de ciencia ficción con poderes iterativos. Me preguntaba cómo era posible que algo tan malo no dejara de empeorar. Cabe destacar que nunca había hecho lo único que en realidad podría haber esclarecido qué me estaba pasando: parar. En

vez de eso, aceptaba todo lo que se me ofrecía —píldoras anticonceptivas, otras dos operaciones para tratar unos quistes reventados que no se «solucionaban» solos, un DIU que juré que notaba y con el que me costaba sentarme, la supresión hormonal— con la intención expresa de puto volver a trabajar. Era un yoyó rebotando en una sola dirección, un perro entrenado para detectar un solo objetivo, un imán muy potente.

***

En la gala de la endometriosis me habían presentado al doctor Tamer Seckin, un cirujano conocido por estar a la vanguardia de la investigación de la endometriosis. Pese al ambiente de etiqueta, me preguntó de inmediato por mi plan de tratamiento. Le expliqué que me habían hecho una ablación quirúrgica. Y extirpado un quiste y otra ablación. Y tres ciclos de supresores hormonales.

«Ese fármaco. Ese asesino del alma femenina», dijo con su marcado acento turco.

La ablación, me aclaró, ya no era el método de referencia para tratar la endometriosis. En vez de eliminar las lesiones por completo —y con ellas el tejido inflamatorio—, lo único que se conseguía era generar nuevo tejido cicatricial. La solución era la extirpación, hecha no por un cabezal robótico, sino por una mano experta.

Al mes de empezar a rodar la sexta temporada, me encontraba grabando una escena sencilla en la que no tenía que hacer nada más que levantarme de un sofá y caminar hasta una cama, y entre esos dos puntos, separados por solo dos metros, me desplomé; y no me di contra el suelo solo porque nuestro asistente de dirección de

siempre se abalanzó para agarrarme, demostrando con ello su pasado como estrella del deporte en el instituto. Me mandaron a casa para que descansara esa tarde, pero me veía incapaz de volver a levantarme, así que llamé a la consulta del doctor Seckin.

Dado que era también vecino de Brooklyn Heights, como yo, me propuso que nos viésemos en un banco del paseo peatonal del barrio. Fue como en un thriller de espías. Nos reunimos en el punto de encuentro secreto y me dijo:

—Solo te operaré si me dices que eso es lo que quieres y lo que necesitas.

—No puedo vivir así. Por favor, ayúdame —le respondí.

No estaba segura de cuánto debía insistir, de cuánto debía demostrar. Pero esa misma noche el doctor Seckin me había dejado cómodamente instalada en una habitación del Lenox Hill, el hospital donde grabaron la escena de Charlotte después de dar a luz a su bebé en *Sexo en Nueva York*, según me contó entusiasmado el coordinador de pacientes VIP. Fue la primera de las muchas visitas que hice allí bajo el nombre de Ruth Stein.

Aquella noche dormí plácidamente; la promesa de una ayuda inminente, de un instante de descanso, de calmantes intravenosos suministrados cada cuatro horas me lo coloreó todo de rosa. Jack y su hermana decoraron la habitación con un optimista banderín de fieltro con mi nombre y una guirnalda de rosas de papel, y se marcharon para dejarme dormir. A la mañana siguiente, a las cinco, me bajaron a quirófano, donde el doctor Seckin me apretó la mano y me dijo: «Voy a intentarlo».

Cuando me desperté de la operación, Jack estaba junto a la camilla, con mis padres y Jenni. Me dijeron que me había portado

muy bien, que había sido muy valiente, y luego se quedaron atrás, todos menos Jack, que me siguió cuando me llevaron a la sala de recuperación.

Decir que llevábamos tiempo sin conectar sería quedarse corta. Yo era incapaz de mantener relaciones sexuales, incapaz de enfrascarme en charlas agradables, y el trabajo y Jenni parecían ser los únicos espacios en los que podía invertir mi tiempo y mi atención en condiciones, lo poco que tenía para dar de ambas cosas. Por otro lado, la carrera de Jack prosperaba, y raras veces paraba en casa; no estuvo ahí para presenciar el dolor, solo para enviar algún que otro mensaje medio reconfortante. Yo notaba que Jack estaba convencido de que mi enfermedad tenía tanto que ver con una falta de voluntad por mi parte para hacer un esfuerzo como con cualquier otra cosa, que quizá pensaba que ahí había encontrado la coartada perfecta para hacer justo lo que, en el fondo, siempre había querido: esconderme en la cama, lejos de las necesidades, los pensamientos y las exigencias del mundo exterior.

«Es cosa de dos —me había advertido mi padre una y otra vez—. Y debéis tomar decisiones que os unan, no que os mantengan distanciados. Y si nadie está dispuesto a tomar esas decisiones…».

—¿Han encontrado algo? —le pregunté a Jack cuando estábamos a salvo tras una cortina, en la sala de recuperación.

Siempre hacía la misma pregunta al acabar. Nunca se me ocurrió tener miedo de lo que pudieran encontrar, solo de lo que no. ¿Existía la posibilidad de que, después de tantos meses de dolor, interrupciones y desesperación, dijeran: «La hemos abierto en canal y eso parece un dibujo de Lisa Frank, ¡está todo lleno de unicornios y rosas! ES UNA MENTIROSA»?

—Sí —me respondió, se quitó las gafas y se le descompuso la cara —. El médico ha extirpado treinta y siete lesiones. De la vejiga, del hígado, de la pared abdominal, de la columna. Ha dicho que no sabe cómo podías… caminar siquiera.

Entonces se me acercó (yo aún con el gorro quirúrgico abombado, nublada por el propofol, envuelta en mantas térmicas) y se puso a llorar. Unos sollozos largos y agitados. Quizá fuera el alivio de que alguien a quien quieres se despierte tras una anestesia; quizá fuera una oleada de empatía. Pero lo que yo escuchaba en su llanto era: «Lo siento, lo siento mucho».

Siente no haberme tomado más en serio, pensé. Las palabras del médico le habían revelado la verdad incontestable de mi dolor, y no soportaba haberlo ignorado.

Sin embargo, lo que escucho ahora, diez años después, es: «Siento mucho que tengas que vivir con esto. Y lo siento mucho, pero yo no puedo».

***

Desarrollar una enfermedad no es tan distinto de ascender en la fama. Tiene un componente cíclico exasperante, y además es muy complicado de explicar, incluso a la gente más cercana. Con la enfermedad, puede que una medicación te provoque efectos secundarios que haya que tratar con otro medicamento más radical. Si alguna vez la has cagado en público, tienes que estar todo el rato cuidando de no resucitar ninguna historia latente, para que errores pasados no generen malestares futuros.

Así, igual que mi cuerpo parecía supurar —lágrimas, sangre—, mi mente se mostraba incontrolable y biliosa. Me estaba costando más que nunca identificar quién se suponía que debía ser (dónde intervenir, dónde se me necesitaba) y también qué me generaba dolor.

El empeoramiento de la enfermedad, emparejado con mi absoluta incapacidad para gestionar la fama con la concentración y el control que en apariencia sabían adoptar tantas otras personas, me hizo sentir que tenía más cosas que demostrar. Sí, ante el público, pero en especial ante Jenni, que me daba la impresión de que había invertido en mí un porcentaje importante de su vida adulta, alejada durante meses de sus hijos para estar ahí y darme ánimos mientras hacíamos la serie. Cada vez que flaqueaba en público, pensaba en esa inversión. ¿Cuándo empezaría Jenni a considerarlo un proyecto fracasado, o se cansaría de mí por completo? Hasta entonces ya había trabajado como si me persiguiera un dragón echando fuego: corriendo, corriendo, hacia qué, no sabía decirlo. Pero ahí empecé a añadir proyectos a saco, todos los que lograba encajar. Jenni me decía en broma que me veía capaz de aceptar un puesto en la oficina de correos si abrían la contratación.

Fue después de la quinta temporada cuando Jenni y yo empezamos a hacer *Lenny Letter*. Era un híbrido de nuestros nombres, una oda a las grandes amistades, para una newsletter con una efervescente voz feminista, una mezcla entre el festival de música Lilith Fair y la serie *Girlboss* escrita desde la perspectiva de dos mejores amigas de distintas generaciones que hacen de todo, y lo hacen juntas, y con las que era fácil identificarse. Gracias a algunas notorias colaboraciones tempranas de gente como Alicia

Keys, Kesha y Jennifer Lawrence, nos convertimos muy rápido en un auténtico negocio, uno que exigía la publicación casi constante de nuevo material (y, con ello, muchas más posibilidades de alimentar un internet hambriento y rabioso).

Jenni puso a su exmarido a cargo de la visión empresarial del asunto. Los intereses empresariales de Jenni y los míos se habían ido alineando cada vez más, así que dejamos de tener «equipos» separados y empezamos a trabajar con el mismo abogado, el mismo agente, el mismo gestor empresarial y el mismo «médico» junto al que Gwyneth Paltrow acuñó aquello de la «separación consciente».

Nuestro CEO de *Lenny Letter*, pues, empezó a decirnos lo que se esperaba de nosotras; y así fue como una tarde, en nombre de la newsletter, me vi en el congreso de anunciantes de Hearst Media, vestida con una sobria blusa de botones (un tipo de prenda que, casi con toda seguridad, no está hecha para mí). Era una especie de escaparate para posibles anunciantes, una muestra del tipo de relaciones que el «talento Hearst» había establecido con las corporaciones. Yo hablaba en colaboración con General Electric sobre algo relacionado con el feminismo y los avances científicos (básicamente, un chiste no emitido de *Rockefeller Plaza*).

¿Alguien en la sala ha conocido a Oprah? Yo no. Bueno, podría haberlo hecho en aquella conferencia de anunciantes de Hearst Media, pero me pasé el día entero vomitando. ¿Y por qué vomitaba? Es complicado saberlo. Me gustaría culpar a una intoxicación alimentaria, al dolor físico extremo o incluso al mal uso de un fármaco. Pero lo más probable es que vomitara porque en realidad no quería conocer a Oprah. No en ese momento. Y eso es algo con

lo que tendré que vivir hasta el día de mi muerte, y quizá también después, según las creencias de cada cual.

¿Por qué iba a conocer a Oprah? No estaba del todo claro. Unos años antes, durante la promo de mi libro, me habían invitado a acompañarla en el sofá de *Super Soul Sunday*, una invitación que me guardé en el bolsillo como un billete de cien dólares de sobra, una pequeña señal de valor que podía agarrar y tocar, hasta que quedó revocada tres semanas después «por motivos de agenda». Incluso después de «caerse» lo de Oprah, yo seguía yendo por ahí como con un muellecito en mi caminar: puede que no fuera una persona que había conocido a Oprah, pero sí era una persona que casi había conocido a Oprah, y para mí eso bastaba.

Y aquel día, en la conferencia de anunciantes de Hearst Media, estaba previsto que compartiéramos escenario con la mismísima dama.

Habíamos unido fuerzas con Hearst Media (precisamente los publicistas de *O, The Oprah Magazine*) para «expandir nuestra oferta» y «extender la visión» de nuestra newsletter. ¿Qué significaba todo eso? Ni puñetera idea: cuando me propusieron hacer la newsletter, la imaginé como un espacio para recomendar camisones y entrevistar a excéntricas mujeres mayores que hubieran decidido pasar sus últimos años en la campiña inglesa criando gatos Maine Coon. Quería publicar ficción e ilustraciones recargadas, como un salón de Gertrude Stein en un espacio digital. Pero en aquellos momentos la presión era que teníamos que «tener una causa» y, sobre todo, ayudarlos a recuperar lo que habían invertido en nosotras. Era una exigencia a la que me había resistido frontalmente

desde la universidad, cuando mi primer grupo de Facebook se llamó «La corrección política es para gais».

¿Y eso de representar una causa? Pues es muy tentador, porque te hace sentirte importante; como persona que ha dejado sustancias muy adictivas afirmo lo siguiente: sentirse importante es un vicio aún más complicado de abandonar. Por eso, cuando Hearst Media nos dijo que teníamos el futuro del feminismo en la palma de nuestras manos colectivas si conseguíamos que las lectoras de *Lenny* hicieran más clics en nuestra publicidad integrada de General Electric, yo me lo creí.

Así fue como acabé en aquella presentación de la semana de la publicidad de Hearst, vestida *business casual* con un «toque personal» y el pelo revuelto. Sin embargo, apenas logré subir al escenario. Mientras estaba tirada en el suelo frío de mármol de un pulcro baño corporativo, preguntándome si alguna vez sería capaz de volver a levantarme, un publicista entró corriendo y me dijo:

—¡Vamos a por Oprah! ¡Está a punto de irse y tiene muchas ganas de saludarte!

—No puedo —balbuceé entre arcadas.

Jenni me consolaba desde atrás, con una mano puesta en mi espalda, luego se impacientó, y luego se fue. Seguí ahí tirada hasta que empecé a oír que la multitud se dispersaba y llegaba gente a recoger las mesas de banquete y las sillas plegables. Se me pasaron muchas cosas por la cabeza en esas horas: ¿qué cojones creía que estaba haciendo?, ¿por qué el mundo moderno les pedía a los artistas ser empresarios y a las mujeres ser influyentes?, ¿qué me haría falta para ser feliz?, ¿en qué pensaba cuando imaginaba una vida segura?, y ¿qué significaba que ya no lo supiera?

Pero ¿me arrepentí de no conocer a Oprah? Ni un instante. Y es que, ¿qué es peor que no conocer a Oprah? Hacer el paripé delante de Oprah. No se me ocurriría hacer eso en la vida.

Lenny no creció más. De hecho, apenas cubrimos gastos. Otras newsletters tenían más ansias, otras fundadoras hicieron lo que había que hacer y yo empecé a pasar cada vez más tiempo en la cama, escribiendo *fanfiction* sobre la muerte de Brittany Murphy y hablando por teléfono con personas desconocidas, mujeres que conocía por internet y que también tenían una enfermedad crónica que condicionaba su vida. Entrevisté a montones de ellas para un proyecto que teníamos pensado convertir en serie dentro de *Lenny*. Les pedí que me contaran cómo eran sus días, qué negligencias médicas y traumas sufrían, las cosas que necesitaban y las que no conseguían. Aún conservo esas entrevistas, grabaciones etiquetadas con minuciosidad en una carpeta, pero no llegué a escribir esos artículos.

No las estaba entrevistando para hacer «crecer» mi empresa mediática.

Las estaba entrevistando para sobrevivir.

Capítulo diez

Ronda de despedida

Estábamos en la sexta temporada, luchando por acabar diez episodios de lo que esperábamos que fuese un contenido espectacular, histórico. Era uno de esos veranos ultracalurosos de Nueva York en los que siempre huele como a sushi rancio, y parecía imposible quitarnos los desastres de encima: mal tiempo, localizaciones que echaban a arder de la noche a la mañana, actores que perdían la voz o la cabeza… Además, daba la impresión de que a mi cuerpo (podría argumentarse que el más esencial para el éxito de la serie) se le habían estallado definitivamente todas las costuras: era un oso de peluche gastado que había aguantado años hasta que al final, un día, se le había salido todo el relleno. En cierto modo, por complicada que se volviese la vida, hacer la serie siempre había sido en sí una cosa ligera, alegre, pero a esas alturas era como unas vacaciones de pesadilla, de esas que comienzan con una intoxicación alimentaria y acaban con alguien en la cárcel incriminado por tráfico de drogas.

Durante cinco temporadas me mantuve a base de té verde, una dieta en constante cambio («¿Qué es lo que no comes esta semana?», me preguntaba mi tía siempre) y adrenalina de calidad superior. Sin embargo, nada de eso parecía cumplir ya con su

función. Caminaba encorvada, protegiéndome la barriga como un animal herido. El dolor me tiraba de la cara y me generaba una mueca permanente. El pelo se me caía a parches. Interrumpir el rodaje para que el doctor Seckin me operase debía haber servido para solucionar todo ese asunto, pero cualquier efecto positivo quedó invalidado por el coste de regresar al trabajo cuatro días después.

El clonazepam llevaba años presente en mi vida, entrando y saliendo, como un amante al que no me sentía muy apegada, que podía tomar o dejar. Me había ayudado a atravesar algunos episodios duros, pero prescindía de él en cuanto dejaba de necesitarlo; no me gustaba el efecto de embotamiento que ejercía en mis emociones y en mi creatividad. Pero la novedad más reciente en el cuidado y la alimentación de Lena era un cóctel rotatorio de fármacos, un remedio al parecer universal: para mi dolor, para la presión y quizá (porque al parecer me hacía ser más ligera, más tolerable) para la creciente separación entre cómo nos sentíamos Jenni y yo respecto a nuestra vida y la una respecto a la otra.

El estrés de Jenni era real. Había una aseguradora con la que lidiar, un equipo al que pagar incluso los días que yo no lograba presentarme. El rodaje no podía ponerse en pausa solo porque sí lo hiciera mi capacidad para gestionar todo aquello. Y así, incluso con los agujeros amoratados y arrugados que tenía en el estómago, allí estaba, lanzándome de cabeza a una escena de sexo o algo similar. Mi yo de veintitrés años había pensado que estaría guay crear un personaje de televisión que aceptara su cuerpo imperfecto. Mi yo de treinta años estaba atrapado en el suyo.

Aquella temporada maldita seguía su curso cuando, tres semanas después de mi operación, me destrocé el codo derecho en el rodaje. ¿Y cómo me destrocé el codo? Pues me encantaría decir que fue mientras hacía las escenas de riesgo que me correspondían o me defendía de un cerdo agarracoños que pasaba por allí, pero la realidad es que Adam Driver estaba enfrascado en una batalla de sables láser con un niño de nueve años, blandiendo una vara de cortina en mitad de la ferretería en la que estábamos rodando y, al pasar corriendo junto a él para intentar esquivarlo y que no me diese —seamos sinceras, siempre pasaba corriendo al llegar a su altura, tuviese un sable en las manos o no—, me tropecé con las sandalias y salí volando hasta aterrizar de golpe sobre la muñeca. Había perdido densidad ósea por los ciclos ampliados de bloqueadores hormonales, y la reverberación de la caída me reventó el codo. Mi barriga de embarazada de atrezo fue lo único que evitó que me estampase la cara contra el suelo. Es probable que esa haya sido la única vez en la historia que caer sobre una barriga de embarazo le haya sentado bien a alguien.

Una ambulancia me llevó a urgencias. Era el día más caluroso del verano y por algún motivo la máquina de las radiografías se había estropeado. Esperé otra hora más para una segunda radiografía, pero me dijeron que nadie podría mirársela hasta las nueve de la noche. Quedarme allí hasta que hubiese resultados supondría perder otro día más, y ya habíamos perdido al menos ocho, así que se me sugirió que me vendaran el codo y que volviese al trabajo; a esas alturas, estaba convencida de que solo se me había «atascado». Y eso hice, con el brazo entero palpitándome. Aquella noche, Adam y yo grabamos nuestra última escena juntos como Hannah y Adam:

una despedida en una cafetería de Brooklyn ante una sopa de guisantes partidos.

El equipo pareció conmoverse de verdad con las lágrimas derramadas. De hecho, en cierto modo me sorprendí a mí misma por lo que fui capaz de soltar, sobre todo en vista de que Adam y yo llevábamos tres años sin hablar apenas, por motivos que no me explicaba y que en realidad no quería analizar. Solo puedo agradecer a mi brazo inflamado, que colgaba flojo bajo la mesa, la representación tan realista que me salió del acto de dejar a un primer amor. ¿Quién sabe? Quizá lloré por la serie, mi verdadero primer amor. Lo único que sé es que, entre toma y toma, seguimos llorando, mirándonos a los ojos. Durante un momento fue como si Adam me pidiese perdón. A lo mejor también yo se lo estaba pidiendo a él, por no haber sabido llevarlo ni averiguar lo que necesitaba, ni haber sabido evitar que la cara se le retorciese de frustración y rabia.

Estando allí sentada, mirando a Adam a los ojos y llorando, uno de nuestros operadores de cámara me susurró: «Lena, te estoy mirando el codo y eso está roto, cariño».

Tenía razón. Recibimos la llamada de urgencias a la una de la madrugada para confirmarlo. A esas alturas el codo se me había inflamado hasta alcanzar el tamaño de un pomelo, y a la mañana siguiente un médico deportivo muy sexy tuvo que extraerme el exceso de sangre y pus con una aguja y luego me atavió con un cabestrillo que pasé a llevar siempre que no aparecía en cámara. No me lavé el pelo en todo lo que quedaba de verano; dejé que lo hicieran las mujeres del remolque de peluquería y maquillaje.

Una semana después, cuando el rodaje por fin empezaba a estabilizarse, llamó mi madre para contarme que mi abuela —mi abuela judía pequeñita y juzgona de noventa y seis años— estaba al borde de la muerte. Aquella no era la primera vez que saltaba la alarma para Dorothy Simmons, pero decidí tomármela en serio cuando me llegó una fotografía suya sin la dentadura postiza, algo que su apabullante vanidad nunca habría permitido si le hubiese quedado un ápice de resistencia en el cuerpo. Informé a los productores de que, una vez más, iba a tener que abandonar el rodaje. No sabía cuánto tiempo. Hasta que mi abuela muriese. Y a las mujeres Simmons no les gusta ajustarse a lo programado. A esas alturas ya no quedaba stock de empatía; fue más bien un suspiro colectivo, como si les hubiese anunciado que el perro se había comido mis deberes.

Mi madre, sus hermanas, mis primas y yo estábamos todas reunidas en el apartamento de Battery Park que habíamos alquilado para los años dorados de mi abuela (en realidad lo había alquilado yo, después de una disputa familiar sobre temas de dinero en cuyo transcurso Jack me había reprochado: «¿Qué cojones estás haciendo? No puedes gastar tanta pasta. No eres rapera»).

El apartamento era pequeño pero elegante, con unas ventanas enormes que daban al río Hudson. Básicamente se trataba de una pecera en la que instalar una versión anoréxica muy mimada y en miniatura de la vida que mi abuela conocía en el exquisito pueblo de Great Neck —los muebles de su dormitorio, su porcelana, su cinta de correr—, con unas vistas de lujo, un restaurante junto al portal y servicio de peluquería a demanda. Mi abuela era una mujer con un gusto de lo más específico y también una ausencia absoluta de

necesidades claras. Si algo pintaba y olía a exclusivo, no se molestaba en husmear ni en exigir más. Habíamos probado con una residencia de mayores, pero las instalaciones le parecían una basura y la compañía, lamentable.

Mi abuela nació y se crio en la anorexia, y profesaba la filosofía del sé libre o muere. Lo suyo casi no podía calificarse de desorden alimentario, dado que nunca hubo ningún otro orden. Desde que nació tuvo «el estómago débil», y cualquiera que conviviera con ella (desde su complaciente marido de uno noventa hasta sus tres hijas con cuerpo natural de pera) dedicaba la vida a averiguar cuándo y cómo consumiría Dottie algún alimento, y si lo haría. Ella hablaba de «ingerir» comida: «He ingerido un poco de salami», «He ingerido unas gambitas», por ejemplo. Cuando le gustaba algo, asentía y sonreía, y todo el mundo asentía y sonreía con ella, como si mi abuela fuese un perro que hubiera aprendido un truco nuevo.

En su casa siempre pasé hambre, aunque el frigorífico estuviese lleno. Nunca había nada que me apeteciese. Con sus abrazos pasaba igual. Y con su conversación. Su acento —ese denso deje irlandés propio de la gente de Long Island—, sus gafas de montura roja como las de Sally Jessy Raphael, su pelo decolorado y recogido en un rodete y sus huesecillos menudos como de pájaro eran las únicas cosas que de verdad conocí de ella. Una vez, en la universidad, llevé una cámara de vídeo a su casa para grabarla hablando sobre sus recuerdos más emotivos. Solo logré enterarme de que su madre, de niña, había tenido de mascota un mono.

Yo sabía que esa parte de mi madre que parecía derrumbarse un poco sobre sus hombros cada vez que tenía que ponerse un traje de baño era su madre hablando desde su interior; y sabía también que

esa parte de mi madre que se pellizcaba la grasa en el espejo, y que me matriculaba en gimnasios sin yo pedirlo, y que se tomaba como un juego el hecho de ponernos las dos a dieta a la vez, como si un boniato fuese a ayudarnos a estrechar lazos, eso también era su madre.

Así, cuando llegó la hora de la muerte de mi abuela, la verdad es que no sabía qué sentir salvo cierto alivio porque mi brazo podría permanecer en el cabestrillo durante más de cuarenta y cinco minutos sin que nadie llamara a la puerta del remolque para decirme: «Su turno, señorita D.». Dolía una barbaridad estar todo el puñetero día sacándolo y metiéndolo en el cabestrillo, tratando de sonreír, de implicar a la gente y de dar indicaciones al elenco y al equipo. Para mí era importante mostrarme radiante, animada y amable; dirigir con dignidad. Era tan importante que me negué a una escayola.

Por tanto, nada más entrar en el apartamento de mi abuela, me metí en el cuerpo tres pastillas de mi mezcla de oxicodona con paracetamol, y cuando mi tía Bonnie preguntó quién quería aprovechar para pasar algo de tiempo a solas con la abuela en el dormitorio levanté mi mano buena.

El anochecer comenzaba a caer sobre la zona sur de Manhattan. Dorothy Trussell Simmons —los treinta y tres kilos que quedaban de ella— estaba recostada en una cama de hospital, con la mandíbula suelta, sin dientes. Llevaba un pijama de seda, con las muñecas del tamaño de una moneda enroscadas sobre sí mismas. No pude evitar imaginar lo contenta que habría estado con esas dimensiones.

«Hola, abuela», dije con dulzura. Le toqué la cara, vacilante al principio y luego con entusiasmo, como hacía de pequeña. Seguía

teniendo la piel fina como el papel, suave, tal como la recordaba. «Hola, abuela. Hola, preciosa».

Junto a la cama de hospital había otra cama, su cama de verdad, su cama en vida, y me tumbé ahí, lo bastante cerca de ella para poder acurrucar el cuerpo contra el suyo y agarrarle la mano, cada vez más fría. El colocón de las pastillas empezaba a hacer su efecto, provocando que la caída de la noche —un suceso normal que yo ignoraba a diario— adoptase una magia simbólica. Transiciones. Salidas. Patrones. Los edificios brillantes y curvos de aquel barrio sin alma ni historia reflejaban el sol naranja abrasador que desaparecía hasta el día siguiente, sustituido por el azul parpadeante de mil televisores de pantalla plana y alta definición. Acaricié la mano de mi abuela. Le susurré secretos. Mandé mensajes a algunas personas para hacerles saber lo pesada que sonaba su respiración, cómo se agitaba en la jaula estrecha de su pecho. Aún no había aprendido que aunque no compartas lo que está ocurriendo mientras está ocurriendo va a seguir ocurriendo igual.

Pensé que mi abuela se iba a morir en ese mismo momento, conmigo. En algún lugar de mi cerebro, tan revuelto que pasé a tener mi propia lógica particular, creía que mi abuela notaría mi presencia de favorita tácita y se dejaría ir. «No pasa nada, abuela. Estás a salvo. Puedes irte con el abuelo. Te queremos. Estamos aquí», le dije.

Pero no murió aquella noche. Ni a la mañana siguiente. Ni a la noche siguiente. Nos pasamos tres días en aquel apartamento, en una especie de vigilia convertida en fiesta de pijamas. Mi prima Jenna y yo ocupamos la cama de al lado, haciéndonos y deshaciéndonos trenzas la una a la otra, hablando de dietas, sexo y

dinero, y de las escasas habilidades comunicativas de nuestras madres.

Y en el salón, mi madre y sus hermanas ponían pósits en las cosas, para reclamar su propiedad o prometer cederlas a la beneficencia. Comían caramelos comprados en una tienda a granel, revivían viejas discusiones y recuperaban sus acentos de Long Island en ráfagas frenéticas. A veces les brillaban los ojos con lágrimas mientras hablaban como robots sobre la logística, pero nunca lloraban.

Al fin la tía Bonnie anunció que era el momento de aumentar la morfina. «Vamos a turnarnos para ponérsela, chicas, así participamos todas».

Mi madre miró fijamente a su madre. Trató de pensar en algo que hacer. Unos años antes, en otro momento en el que temimos que se estuviese muriendo, me había animado a contarle a mi abuela que Jack y yo estábamos prometidos. Entonces me resistí, mientras mi madre me rogaba: «Quiere saber que estás a salvo; una mentirijilla piadosa no le hará daño a nadie» (le habían contado mentiras peores en los últimos cinco años, con la certeza de que a mi abuela le daría un patatús ante la mínima mala noticia; por ejemplo, que su perra Maggie seguía viva, en Queens, con su antigua empleada del hogar, Ruth, o que su nieto no había muerto por una sobredosis de heroína, sino que estaba «de viaje»).

Y en ese momento transigí.

—Abuela. ¿Te acuerdas de Jack? Nos vamos a casar, solo quería contártelo —le comenté.

Jack me llamó por FaceTime desde el estudio de grabación de nuestro apartamento, donde se había atrincherado con una estrella

adolescente del pop de la que mi inconsciencia me impedía estar celosa; tenía una sonrisa bondadosa y dijo:

—Es verdad, Dottie. Voy a cuidar muy bien de ella.

Me pasé el anillo de diamantes que Jack me había regalado a la mano izquierda. Después de todo, parecía un anillo de compromiso y olía como tal, aunque por muchos motivos, muchos, no lo fuese.

Y entonces, *señouras y señoures*, mi abuela abrió los ojos. Me miró. Y me dijo, con una voz clara como cuando yo era pequeña y nos pedía desde el contestador automático que cogiéramos el teléfono, que sabía que estábamos en casa:

—¿Eso es un diamante?

Esas fueron las últimas palabras de Dorothy Simmons.

La enterraron al martes siguiente, junto al que durante sesenta años fue su marido, en una parcela preciosa de Forest Hills, Queens. Fui al funeral con el cabestrillo, y solo me bajé del coche para leer la elegía que había escrito porque hacía demasiado calor; luego regresé al rodaje y me encontré con que otra localización había ardido. El humo era denso y, al mezclarse con el inevitable aroma del pescado y con los analgésicos que había en mi estómago vacío, vomité en una papelera mientras Adam leía el texto revisado de nuestra siguiente escena, fingiendo no darse cuenta.

***

Pese a ir recuperándome como pude, todas las mañanas llamaba a mi padre y le comparaba la experiencia vital de aquella temporada con arrastrarme como un soldado por el fango, dando barrigazos, sin saber cuánto me quedaba para estar a salvo.

«Ya casi has llegado, hija», me decía él, pero no sonaba muy seguro.

No obstante, cuando nos acercamos al final del capítulo ocho en una temporada de diez episodios, volví a tener dolor en la tripa, aunque de forma distinta. Describir las vicisitudes del dolor, decir qué hace que cada dolor sea único y por qué, resulta un ejercicio agotador. Tienes la sensación de estar loca por asomarte tan a fondo en tu interior, como si te adentrases tanto que quizá nunca pudieras volver a salir. En cualquier caso, cuando lo sientes lo sabes, y si bien aquel viejo dolor era difuso y granuloso, como infinitas esquirlas de cristal esparcidas por mi interior, este otro era más ominoso, como un globo que se expandiera poco a poco en mi tripa, apartando todo lo demás de su camino. Lo único que podía hacer era mecerme adelante y atrás en la bañera, intentando no molestar a Jack ni a su joven cantante.

Volví a recurrir a mi doctor Seckin, que detectó un quiste hemorrágico grande y me sugirió que lo midiésemos a diario conforme amenazaba con explotar. Más analgésicos. Más reposo en cama. Más absentismo en el trabajo. Para garantizar que se disponía del tiempo necesario y cubrir los cientos de miles de dólares que costaría poner en pausa a todo el equipo y volver a reservar las localizaciones, la aseguradora de la serie exigió que me viese un facultativo «imparcial» (alguien que no fuese mi médico principal) para confirmar el diagnóstico. No entendí por qué no bastaba con la ecografía y las notas de mi doctor, y sigo sin entenderlo, pero eso fue lo que me dijeron y yo quería ser una buena chica. Ahí estaba el quid de la cuestión: siempre quise ser una buena chica, en todo momento.

Nuestra productora, Ilene, esa espléndida mujer robusta con el arrojo de Bob el Constructor y la actitud de Carmela Soprano, me acompañó a la cita en el centro de Manhattan. Siempre recordaré lo que llevaba puesto, porque hasta aquel día me encantaba: un vestido tipo peto de lino verde con botones laqueados que me había enviado de regalo una joven diseñadora canadiense, hecho a medida. Me quedaba como un guante y lo acompañé con unos zuecos de ante celestes y una gargantilla de alegres margaritas de encaje blanco. Iba con unas gafas de sol negras y redondas, con la palabra HOLLYWOOD grabada en la montura.

El médico entró acelerado en la sala de exploración en la que Ilene y yo estábamos esperando. Era un hombre anodino, cercano a la mediana edad. A través del espejo distorsionado del trauma, me sonó un poco a Elmo, aunque sé que no era una similitud real. Me dijo que llegaba tarde porque había estado tratándole un fibroma a una mujer «tan gorda que ni se había dado cuenta de que tenía dentro una masa del tamaño de una puñetera sandía». No sé cómo pretendía que reaccionase yo a eso.

Me preguntó por mi historial de enfermedades. Me explicó que todo lo que había probado debería haber funcionado a esas alturas. Me dijo cosas que yo sabía que eran falsas sobre mi propia enfermedad, pero sonreí y asentí porque necesitaba volver a la cama, y él era la única persona que podía autorizarlo. Entonces me dijo que ese día no tenía ecógrafo (estaba en otra consulta esa tarde), por lo que tendría que palparme el quiste a mano.

Lo que ocurrió a continuación solo logro recordarlo a trozos, del modo que se perciben los traumas, en imágenes en miniatura más que como archivos completos. Me acuerdo de un dedo que hurgaba

en mi interior, luego dos, después tres, arañándome cada vez más dentro, y a continuación un dolor tan punzante que las piernas me temblaron como si les hubiesen administrado corriente.

—Ay —suspiré. Y luego más alto—: Ay.

Fue todo lo que alcancé a decir, a pensar. Qué humillante…

Irritado, el médico respondió:

—El quiste lo tengo que encontrar para que tú tengas lo que quieres, ¿o no? Así que vamos a procurar estar calladitas.

Me rodó una lágrima solitaria por la mejilla. Si hubiese tenido una cámara delante, habría sido la imagen perfecta, pero no se daba el caso, lo que significaba, además, que nunca iba a ser capaz de transmitirle de verdad a nadie la magnitud de lo que me había pasado.

—Pare, por favor. Pare ya, por favor —le supliqué.

No paró, aunque se lo rogué, no hasta que no hubo acabado.

Y cuando acabó fue como si lo sacaran de un trance de golpe. Asintió. Supongo que por mi reacción estaba claro que algo iba mal. Nadie es tan buen actor.

Me quedé mirando fijamente los zuecos apoyados en los estribos, esos que ya no sería capaz de volver a ponerme.

El médico me firmó los días de baja de la aseguradora.

***

Cuando llegué a casa sabía que algo iba muy mal. Llamé a Jack para que volviese de una cena porque no podía salir de la bañera sola. Me llevó al hospital, donde me confirmaron que el quiste había explotado y que el abdomen se me estaba llenando de sangre.

Nadie tuvo que decirme que se había roto por la exploración. Sabía que eso era lo que había pasado. Lo había notado. Solo se lo conté a mi cirujano, que se enfadó, aunque solo como el director que se enfada si un productor se entromete en el montaje de su película. Se suponía que era él quien iba a controlar esa evolución, quien iba a solucionar ese problema, quien iba a arreglar ese cuerpo.

De inmediato me pusieron un gotero de hidromorfona intravenosa. Quien diga que no se disfruta con un gotero de hidromorfona intravenosa es un santo o un mentiroso de mierda, porque básicamente es heroína en formato sanitario, administrada por una señora amable y de una manera pautada. Ya la había experimentado antes, aunque en dosis cortas, nunca durante más de un día después de una intervención quirúrgica. Sin embargo, esa operación era más compleja, porque implicaba coserme los ovarios a la pared abdominal superior con dos puntos pequeños, de manera que no quedasen adheridos por la sangre remanente, así que me tuvieron en el hospital casi una semana.

Pese a estar colocada como una mona, al mismo tiempo empezaba a desarrollar una respuesta al trauma discreta pero potente. Todos los días, los productores se interesaban por saber cuándo iba a estar lista para volver al trabajo. Logré incorporarme, drogada, con la mirada fija en la pantalla titilante del ordenador. Faltaba el último episodio. Escribí escenas sin sentido. Shoshanna se iba a una comuna hippy. Hannah se perdía en una excursión. Adam encontraba un gatito naranja atigrado.

Mi madre me animó a soltar el móvil y el ordenador —«¡No estás para eso!»—, pero yo quería «ser un buen soldado», así que

respondía al teléfono siempre que sonaba, explicaba la compleja ubicación que les habían dado a mis ovarios y hablaba de cuándo podrían descoserlos, de cuándo me quitarían el catéter. Sin embargo, por dentro estaba experimentando una emoción desconocida. Estaba acostumbrada a dudar de mí misma, a una sensación de alienación extrema, a sospechar que los demás quizá no me entendiesen en absoluto, etcétera. Pero no a la furia.

Y aquello era furia, bestial y desatada. ¿Quién le había dado permiso a ese hombre para tocarme y de paso hacerme trizas las entrañas? ¿Quién —y me refiero a la decisión corporativa— lo había autorizado? ¿Y quién cojones tenía el cuajo de meterme presión para volver al trabajo después de algo así?

Cuando era pequeña mis padres se fueron a París y me dejaron con una veinteañera llamada Flavia. Esa noche me desperté con unas ronchas gordas y rojas de origen misterioso que me cubrían el culo y la cara interior de las piernas hasta los tobillos; se trataba de una temprana aparición de los misterios que siempre me asolaron. Flavia me metió en el carrito y me llevó corriendo a las urgencias más cercanas; aún recuerdo que me metieron en una sala pequeña y me tumbaron en una camilla que parecía increíblemente alta; allí, un médico con coleta y una mujer achaparrada con la cara cubierta de vello oscuro me apuntaron al culo y a la vagina con una linterna. Aquello mutó a un recuerdo sensorial que de niña llamaba «calor de hospital» y que ahora reconozco como disociación. El calor de hospital aparecía de forma espontánea, y el único remedio que tenía para él era beber zumo frío de uva blanca.

«¡CALOR DE HOSPITAL!», gritaba, y mis padres respondían como en un simulacro: agarraban mi vaso con boquilla y lo llenaban en

tiempo récord. Después de darle unos tragos, la sensación se disipaba, se me expandía el pecho y el aire del dormitorio se asentaba.

Hubo otra vivencia, mucho más complicada de ubicar, que siempre estuvo acechando de fondo. Más o menos un año después de la urticaria, pasamos tres meses en familia en Italia para que mi padre experimentara con el soplado del vidrio. De aquella época guardo recuerdos en su mayoría tiernos —los tres metidos en una cama de un pequeño *palazzo*, jugando en la fuente y comiendo porciones gruesas de focaccia—, pero hay algo más. Una niñera que mi madre había contratado. Una bañera alicatada en verde. Unos dedos dentro de mí. Uno, quizá dos, quizá tres.

Se lo conté a mi madre, que siempre reaccionaba rápido, ya fuese porque mi profesora de teatro de secundaria me regañaba o porque una amiga me excluía o porque necesitaba unos vaqueros nuevos. Despidieron a la niñera. La historia se acabó. Mi madre no volvió a sacarla a colación hasta que una vez le pregunté sobre ello, bien entrada mi adolescencia: «¿Por qué tengo la sensación de que abusaron de mí?».

Me dijo que no lo sabía muy bien.

Todo eso —la linterna, los dedos, los azulejos verdes— regresaba en oleadas enfermizas.

Y en aquellos momentos no me vi capaz de combatir el calor de hospital, ni siquiera con el colocón de sedantes de uso médico (el mejor zumo de uva creado por Dios).

Al sexto día de mi ingreso hospitalario me salió una erupción. Además de la hidromorfona, me pusieron difenhidramina por el gotero, y la combinación resultó ser demasiado potente: rompió la

presa que, por muy en peligro que estuviese, había permanecido firme conteniendo el trauma y la furia. Tras enviar unos cuantos mensajes sueltos a gente que apenas conocía («¡Hola, Jason! ¡¿Qué tal estás?! ¡Yo no muy bien!»), llamé a Jenni. Productora de *Girls*. Compañera de trabajo y de fechorías. Mejor amiga. No recuerdo lo que le dije, solo que estaba cabreada. Cabreada como un abogado. Intenté explicarle que aquello no se lo estaban haciendo a una mujer cualquiera, sino a la mujer a la que le debían todo. Me sentía legitimada y poderosa, y pequeña y débil al mismo tiempo, mientras repetía como un mantra:

—Nadie me ha protegido. Nadie me protegió en su momento ni me está protegiendo ahora.

Hubo una pausa en la llamada. Durante un instante, me pregunté si había ganado, si Jenni se echaría a llorar ante la belleza de mi valentía frente a aquella invasión.

—Esto es demasiado para mí —me dijo con voz lenta y clara, como para un público que supiera leer los labios—. Deberías hablar con tu madre o con un terapeuta sobre todo esto. Por favor, tómate el fin de semana libre para averiguar lo que necesitas. Yo tengo que estar con mi familia.

***

Aquel día me dijeron que podía irme a casa. Me ofrecieron analgésicos para soportar las siguientes jornadas, pero me negué a aceptarlos; me sentía peor que mal pensando en lo agitada que debía de estar Jenni por mi culpa y por culpa de la lógica de la hidromorfona. Si pretendía servirle de algo a alguien durante la

semana de después, mejor sería limitarme al ibuprofeno y actuar como ese buen soldado que quería ser.

Una vez en casa me acurruqué en el sofá cama de mi despacho y me pasé dieciséis horas dormida. Me desperté bien entrada la noche con la sensación de que un caballo me hubiese tumbado en un rodeo; pero notaba otra cosa, menos intensa aunque más perturbadora: era como si unos gusanos me reptaran por todo el cuerpo, como si hubiesen puesto huevos justo bajo la superficie de mi piel. Me arrastré hasta el baño, bebí un poco de agua del grifo y fui dando tumbos al salón. Allí me encontré a Jack tumbado bocabajo, viendo *Juego de Tronos*.

Estuve aferrada a él como un koala todo el fin de semana, mirándolo a la cara y llorando.

—He cometido muchísimos errores y no quiero perderte. Por favor, dame la oportunidad de ser una persona mejor.

—Lee, Lee, no pasa nada.

Me dejó seguir así, abrazada a él, durante mucho tiempo. Nunca se había quedado tan quieto tanto rato.

Al tercer día por fin llamé a la psicofarmacóloga. Me había pasado dos noches llorándole a Jack en el pelo de la nuca, preguntándome si merecía estar viva mientras sufría espasmos involuntarios en las piernas. Cuando le expliqué a ella lo que me había pasado (la operación, la medicación, los recuerdos recurrentes), me preguntó: «¿Sabes algo sobre la abstinencia de los opiáceos?».

Aquellas palabras me hicieron sentir sucia y hermética. ¿Abstinencia de opiáceos? ¿Eso no era cosa de los yonquis de St. Mark's Place, que se quedaban dormidos apiñados en las escaleras de la calle, bajo la lluvia, desesperados por un chute?

No, le dije, no sabía ni una mierda de esa mierda. Me sugirió tomar un miligramo de clonazepam cada seis horas durante la semana siguiente: «Y luego me vuelves a llamar».

Aquel fue otro momento en el que las cosas podrían haber salido de una manera pero salieron de otra. En vez de superar otros tres días más de inestabilidad, me apunté a una adicción que me acompañaría durante casi dos desconcertantes años más. Nunca nadie te habla de los efectos secundarios.

A los cuarenta minutos el clonazepam me lo había quitado todo como si nunca hubiese estado ahí. Me disculpé con Jenni de manera convincente: ¡una mala mezcla de fármacos!, ¡un rollo raro! Conseguí olvidarme del médico con voz de Elmo y de sus dedos, y el calor de hospital se convirtió de nuevo en una reliquia de la infancia. Nunca me paré a pensar en que todo había sido demasiado fácil, en que esas sensaciones quizá volviesen a visitarme en algún momento aún menos oportuno.

***

Uno a uno, los miembros del reparto fueron despidiéndose. Primero Zosia, luego Alex, después Jemima y luego Adam. La última noche de Adam, volvimos juntos a casa en la misma furgoneta, algo que nunca hacíamos, pese a que su mujer y él se habían mudado justo al otro lado de la calle donde vivíamos Jack y yo, tan cerca que de noche los veía sentados delante de la televisión. Por el camino, Adam me agarró de la mano en silencio. Cuando llegamos a nuestra manzana, me estrechó entre sus brazos. Dejé que me diera un beso en la mejilla, en la frente.

—Yo también —dije con voz temblorosa—. Sé que hemos tenido momentos duros, que somos personas muy distintas. Perdona si mi manera de ser ha chocado alguna vez con…, con tu manera de ser.

No sabía de qué otra forma expresarlo.

—Las cosas han salido como debían salir —me respondió al modo de un jedi (quizá es que había aprendido algunos trucos)—. Espero que sepas que siempre te querré.

Se bajó de la furgoneta. Yo me quedé allí quieta, preguntándome si ese momento, si esa consideración, significaba que íbamos a tener por delante un futuro diferente. Quién sabe: a lo mejor le escribía otros papeles; contaríamos historias nuevas, nos reiríamos de cómo habían salido las cosas, y sonreiríamos ante cómo habían cambiado.

Pero nunca volví a tener noticias de él.

***

Cuando llegó el último día del rodaje de *Girls*, todo el mundo estaba hecho polvo. Durante seis años habíamos formado una especie de familia improvisada, y la mayoría de esa gente había estado en suficientes proyectos para saber que esos trabajos se parecen más a la universidad que a un matrimonio: os graduáis y, por mucho que conservéis un profundo cariño mutuo para siempre, nunca volvéis a tener esa relación tan estrecha.

Había habido tantas despedidas, tantos aplausos, y allí estábamos Allison y yo solas: una última escena en el norte del estado de Nueva York, lidiando con el maravilloso par de gemelos que hacían de Grover, el hijo de Hannah, y no paraban de llorar («¿Cuál de los dos es el bueno?», preguntó Allison en uno de los escasos

momentos de su vida de cortesía extrema en los que la he escuchado ser sarcástica).

Una vez que acabó su parte, Allison se quedó para mi escena final: una caminata sin pantalones hacia casa, en la oscuridad. Se iba tal y como había llegado: desnuda de cintura para abajo.

Cuando terminamos, vi a Allison detrás de la cámara, llorando. Estaba guapísima y jovencísima, igual que el día que la conocí, antes de las prendas de diseño, de los acuerdos con marcas o del vestido de novia de Oscar de la Renta con «flores de organza en tres dimensiones». Una niña. La abracé, le lloré en el pelo y me metí en el coche antes de que nadie más pudiera dar conmigo.

Capítulo once

Rehenes

Si alguien me pide que rememore el año que siguió al final de *Girls*, sería capaz de recordar escenas sueltas, personajes principales, quizá fragmentos sueltos de diálogos, pero la trama en sí se me escapa. Hasta ahora, casi una década después, no he llegado a comprender el hilo conductor: de pronto, cosas que eran dolorosas pero mantenía reprimidas, que me generaban malestar pero había gestionado con mano firme, empezaron a desbordarme. Estaba convencida de que el cierre de la serie era lo que iba a permitirme sanar por fin. En aquellos momentos sanar significaba que mi existencia dejara de estar en conflicto con mi realidad: mis relaciones principales (Jack y Jenni), mi dinámica combativa con mi propio personaje público, el constante tira y afloja con mi cuerpo. Pensaba que invertiría el tiempo y el espacio en encauzar todo eso, como un pit bull traumatizado con tendencia a tirar de la correa. Sin embargo, al desaparecer la superestructura de la serie, me vi con tiempo (de todo tipo) y con cero habilidades nuevas, únicamente menos distracciones.

Sé que tan solo un par de días después de acabar el rodaje de *Girls* ya estaba lanzada a pleno rendimiento haciendo campaña por Hillary Clinton en más estados del país de los que había pisado en

toda mi vida (y ahora sé también que habría sido mejor colgar un cartel de BERNIE en mi ventana).

Sé que internet se había convertido definitivamente en un lugar en el que tenía más que garantizado encontrar a diario páginas y páginas de mensajes de una crueldad abyecta, cosas que ni el adolescente más mezquino le diría a la madre que más lo mereciese. Sin embargo, parecía incapaz de no abrir alguna puerta a ese mundo todos los días, con la esperanza —como un niño que tras escuchar un cuento de hadas empieza a creer en alubias mágicas— de que algo hubiese cambiado durante la noche. En retrospectiva, creo que pensaba que la cura para ese desprecio tan extendido (en parte personal, en parte político y en gran medida resultado de una toxicidad que solo alimenta más toxicidad) no radicaba en mostrar menos de mí, sino más, como si exponerme hasta las entrañas fuese a dar pie a cierto tipo de nueva comprensión. Viéndolo ahora, no estaba haciendo otra cosa que mendigar. ¿Y qué se nos da a los humanos mejor que apartar la mirada de un mendigo?

Sé que tras salir elegido Trump yo seguí luchando como si fuese una misión que me hubieran asignado, como si me hubiesen nombrado general en un ejército feminista. Daba igual que buena parte de esa lucha la librara en Instagram, en forma de una inconexa prosa poética en torno a ideas abstractas de autonomía, o que a veces llevara un gorro de orejas de gato puesto. Sé que la gente que me quería me preguntaba por qué parecía incapaz de deponer las armas, y que nunca tenía una buena respuesta que darles, que a menudo hablaba con parrafadas que empleaban la cadencia del activismo pero, al intentar analizarlas de verdad, solo consistían en un débil gimoteo de «justicia para mí».

Sé que hicimos promoción de la última temporada y, sin saber bien cómo vestir mi cuerpo demacrado y ajenísimo, me fijaba en estrellas del pop y personajes de anime. En las fotos de esa época, llevo sombras de ojos en tonos rosa fuerte, amarillo, celeste; faldas cortas y tacones altos; mis ojos están hundidos, y había dejado de intentar saludar a la gente con una sonrisa, con la certeza de que cualquier muestra de placer se usaría como imagen principal bajo un titular que lograse retorcer esa expresión y convertirla en algo vagamente enajenado, amenazante.

Sé que me desmayé en la Met Gala después de otra operación y tuve que recorrer las entrañas del museo para encontrar la salida. Un guarda de seguridad vino a urgencias a recoger las joyas. Jack no volvió a casa, porque estaba en el estudio con Pink, y en cualquier caso ya me había dicho que era demasiado pronto; se infería de ahí que, si no estaba dispuesta a hacerle caso, él no tenía por qué interrumpir su vida para ocuparse de las consecuencias. Y no le faltaba razón, en la medida en que la razón podía faltar o no; de todos modos, yo tendía a asumir que a mí sí me faltaba. Al salir del hospital unos días después de la gala, con mi padre cargado con el vestido en una bolsa de basura enorme, vi mi rostro en el televisor del vestíbulo con un rótulo debajo que decía: «Lena Dunham, trasladada de urgencia al hospital en la Met Gala 2017». Mi padre lo miró, me miró y solo dijo: «Bueno, pues así estamos».

Sé que en realidad no comía nada, salvo bollitos blandos con porciones gruesas de mantequilla de la tienda de abajo y botellas de té verde, que no cuentan como comida porque son una bebida. Sé que pesaba lo mismo que con doce años.

Sé que tras el desmayo en la Met Gala dejé de salir de casa, justo a tiempo para el verano.

Sin saber qué más hacer, anuncié que iba a tomarme un «descanso» con la seriedad de quien ostenta un cargo público, cuando lo único que había estado haciendo era escribir relatos forzados y promocionar el final de la serie. Un descanso podía haber significado un momento para volver a conectar con mi vida: cocinar comida sana, sentarme en el muelle de un lago y que el sol caldeara mis extremidades, dedicar tiempo a las amistades de un modo que la serie me había impedido… Pero, por el contrario, me detuve en seco.

Alguien sacaba a mis perros de paseo. Alguien me hacía la colada. Mi novio estaba encerrado en la habitación del fondo con la estrella adolescente del pop, cuyas necesidades parecían tan enormes y complejas como las mías, y que me llamaba «tía Lena» cuando me veía llegar cojeando a la cocina con el andador en busca de otra botella de té verde.

Un día volví a casa de una prueba de densidad ósea y me la encontré tirada en nuestro sofá modular, llorando en el regazo de Jack mientras él le decía que «la adolescencia es para experimentar» en un tono tan reconfortante que casi se me saltan las lágrimas. Hacía muchísimo tiempo que a mí no me hablaba con esa generosidad tan desbordante.

Una noche, mientras Jack estaba sentado en la bañera lavándose los dientes, le insinué que quizá la cercanía entre ellos lanzaba señales poco claras, que a lo mejor ella quería algo que él no podía darle; o quizá la clave estuviese en la manera en que reaccionaban ante mi presencia, como la de un fantasma, como dos niños

abusones de diez años que hacen como que no ven al objeto de su escarnio: «¿Has escuchado algo?», «No, nada».

Jack me miró, hecho un ovillo en el agua que yo llevaba horas vaciando y rellenando, y me dijo: «Lo que estás es cabreada porque no quiere ser tu amiga». Y llevaba razón.

***

Las personas que empiezan a ver que su relación hace aguas disponen de un par de opciones; si no están preparadas para ponerle fin al asunto, siempre pueden tener un hijo o redecorar la casa. Cuando sugerí lo primero (después de todo, me habían dicho que el tiempo de mi reloj biológico quizá se estuviese acabando), Jack me explicó las miles de cosas que tendrían que cambiar antes de plantearse siquiera tener un hijo conmigo. Empezamos a ir a terapia, y allí, mirando a nuestra psico, dijo:

—No puedo imaginarme que rompamos, pero también me cuesta mucho imaginarme estando con ella para siempre.

Y yo asentí dócilmente, me había dicho a mí misma antes de la sesión que respondería a cualquier planteamiento de Jack con una curiosidad y una amplitud de miras que le recordasen lo angelical, tolerante y excepcional que le había parecido yo en los primeros años de nuestra relación.

—¿Te interpela eso de alguna manera, Lena? —me preguntó la terapeuta.

Jack y yo ocupábamos cada uno una esquina del sofá de terciopelo marrón, enmarcados por unas esculturas de madera

enormes de hombres y mujeres primitivos con unas erecciones talladas de forma muy tosca y unos pechos firmes y fértiles.

—Tiene razón en todo lo que dice —respondí, con una voz aguda como la de Shirley Temple.

Y así, con lo del bebé descartado de momento, decidimos redecorar la casa. Me sentía más o menos con la fuerza suficiente para supervisar el tema, y la mesa del comedor se convirtió en el cuartel general, hogar de innumerables muestrarios de pintura y retales de brocados, folletos de estores opacos y catálogos de subastas. Me pasaba el día abriéndole la puerta a gente que medía rincones y alféizares, estructuras de camas y bañeras.

Jack y yo técnicamente seguíamos compartiendo cama, pero no nos veíamos nunca. Él estaba encerrado en una habitación insonorizada en sentido literal y yo permanecía atrapada en otra, también insonorizada, pero en sentido figurado. Llevábamos todo el invierno discutiendo, con esas peleas que te mantienen despierta la noche entera («¡Nunca me dejas dormir!», le chillé una de las veces, con pose infantil, llorando sobre la sábana bajera). Jack se iba hecho una furia a la cocina. Yo lo agarraba por la pierna. Él me decía que quererme exigía un trabajo agotador, uno que nadie más estaría dispuesto a asumir. Yo le daba un puñetazo a la pared y luego le gritaba a él porque me dolía. Él creía que yo estaba evitando a su familia, y yo pensaba que me había entregado a ellos por completo, borrando facetas enormes de mi personalidad (odiar la playa, odiar la diversión organizada, necesitar al menos seis horas al día de silencio) para que la cosa funcionara. En esa época, su hermana se había mudado a nuestra habitación de invitados mientras le pintaban el apartamento y luego se había quedado; cuando saqué una caja y

le pedí que por favor metiera ahí todos los cachivaches personales que había dejado en las zonas comunes, Jack me acusó de crear un ambiente hostil. Mis padres, por su parte, habían renunciado a la idea de pasar tiempo con nosotros después de que Jack anunciase, las Navidades anteriores, que era físicamente alérgico a algo que había en su casa y que no sabía identificar, pero que le provocaba una presión sinusal alarmante. Jack pasaba un montón de tiempo diciéndome la clase de persona que era yo, y no era de las buenas.

Si ahora lo pienso, me cuesta entender por qué dos personas con opciones en apariencia infinitas, independencia económica y casi nada que siguieran disfrutando ya de hacer juntas, más allá de poner a parir a algún tercero en discordia, no rompían y punto. Estábamos actuando como si tuviéramos seis hijos en edad escolar cuya custodia temiéramos perder en caso de que acabáramos con nuestra relación. No obstante, una de las últimas cosas que sí seguíamos teniendo en común era la sensación de que nuestra capacidad para mantener la relación funcionando era directamente proporcional a nuestra bondad inherente. Jack siempre le había otorgado mucho peso a la idea de ser un buen tipo: conservaba sus amistades de secundaria; les daba mucho bombo a cumpleaños y aniversarios; hacía obras de caridad y respondía a los mensajes de los fans. Todo cosas propias de un buen tipo. ¿Cosas nada propias de un buen tipo? Romper con su novia de mucho tiempo mientras la salud de ella se deterioraba sin aparente remedio a la vista.

Por mi parte, yo había decidido muy al principio que conservar el amor de un buen tipo era la señal definitiva de que no era la criatura tóxica y detestable que sectores enormes de internet veían en mí. Podían decir lo que quisieran, pero ¿acaso tenían esas personas un

compañero de vida gracioso, ingenioso y deseable que se mantuviese a su lado en las buenas y en las malas? Que les den a los Globos de Oro, a la participación en *talk shows* y a quienes escriben: «ME DA IGUAL LO QUE DIGA LA GENTE, CONTIGO A MUERTE, REINA». El amor de Jack era la señal definitiva de mi valía.

Esto no quiere decir que no nos quisiéramos. He tardado años en ser capaz de volver a conectar con la complicidad que teníamos, esa sensación de que alguien te conoce sin tener que decir mucho, el cariño con el que sabíamos tratarnos el uno al otro, incluso (o quizá sobre todo) después de las mayores batallas. Dice mucho que, en los últimos años de nuestra relación, cuando la vida se nos hacía cada vez más dura, en ningún momento se me ocurrió pensar —hasta que al final pasó— que alguno de los dos fuera a dejar de apostar por esa unión. Parecía que lo principal que entonces seguíamos teniendo en común era la sensación de que ninguno de los dos merecía ser feliz.

Sin embargo, con el verano de 2017, cuando me metí en la cama y dejé de luchar, llegó un alivio temporal. Estábamos cansados, así que llegamos al acuerdo tácito de darnos una tregua mientras hiciera buen tiempo.

Tras la última operación, no terminé de recuperar en ningún momento mi caminar normal, y el andador que mi asistente compró obedientemente en una farmacia CVS estaba siempre montando guardia junto a nuestra cama. Avergonzada por él, lo utilizaba como perchero, con partes de arriba de biquinis adquiridas en arrebatos de fantasía colgadas de sus barras, como rosas marchitas. Ya no hacía uso de mi despacho. Por el contrario, lo convertí en un hábitat para un par de erizos que le compré en Craigslist a un tipo que se

presentó en nuestro apartamento con una mochila llena de ellos. Elegí uno grande y uno pequeño, Margaret y Elizabeth, aunque pronto quedó claro que Margaret mordía y Elizabeth solo se escondía, así que los rebauticé: la Buena y la Mala.

Me obsesioné con su salud y con su estado de ánimo, y no paraba de dar vueltas por un foro de internet para «amantes de los erizos». ¿Establecían contacto visual? ¿Se les estaba hundiendo la columna vertebral? ¿Por qué no se relajaban tranquilamente en la funda de forro polar que les había comprado, como los erizos que veía en los vídeos de Japón, a los que les encantaba darse baños de burbujas?

Todas las noches, Jack o yo decíamos con solemnidad: «Hora de arropar a los erizos», y nos encaminábamos juntos hacia su jaula; una vez allí, yo alargaba la mano por detrás de la lámpara de calor para agarrar al más reacio y me lo llevaba a la cara. Jack acunaba al otro en la camiseta, con la misma sonrisa cautivada que mostraba en sus fotos de bebé. En esos momentos me dolía el pecho de amor por él; pensaba en cómo algún día acunaría a su hijo, y en que ojalá pudiera demostrarle que merecía la pena tenerlo conmigo.

¿Qué más hicimos aquel verano? Creo que adiestramos a nuestros caniches para que se acostumbraran a sus jaulas. Sé que me teñí el pelo de rojo, y luego me lo rapé, pero no estoy segura de cómo pasaron esas cosas ni dónde. Fuimos a una tienda de minerales de Bushwick, eso seguro, y allí me compré una diadema tipo corona de cuarzo de color morado, y unos huevos de jade para colocarlos en secreto bajo la cama y el sofá y fomentar así una conexión sexual que nunca se produjo. De vez en cuando uno de los huevos salía rodando a la vista de todo el mundo y yo corría tras él, y lo

empujaba con timidez de vuelta a donde lo había escondido de primeras.

Y recuerdo el olor de ese verano. La casa estaba llena de pociones y lociones, productos de belleza ecológicos que prometían no alterar mi sistema endocrino, una solución limpiadora hecha solo de vinagre y naranja, una vela que ponía RELAX y nada más. Me embadurnaba en tinturas y tónicos y me escurría entre las sábanas a leer novelas sobre mujeres atravesadas por el dolor.

Había un tipo de luz muy particular: una luz rosa pálido que se derramaba por el dormitorio color salmón desde la lámpara de araña dorada de la que colgaban lágrimas de cristal rojo, el principio y el final del proyecto de redecoración que, en última instancia, no tuve la energía ni el impulso de sacar adelante. Me dedicaba a caminar muy lenta hacia la ventana y de vuelta, intentaba comerme un aguacate y pasaba horas al teléfono con gente que no conocía demasiado.

En ocasiones irrumpía alguien: la madre de Jack, mi padre, nuestra empleada doméstica, para dejar una taza de té o preguntar dónde estaba guardada la plancha. Casi nunca Jack. Nunca Jack.

No nos peleábamos, pero solo compartíamos lo básico, y casi siempre era por mensaje.

«Tienes la comida lista» o «Estoy sin energía para nada, apáñate tú lo que quieras cenar» o «Te quiero. Que sepas que te quiero mucho y que te agradezco todo».

Una vez, Jack se dejó el móvil junto a la cama. A diferencia del mío, el suyo no dejaba de iluminarse con los mensajes: uno tras otro tras otro tras otro. Me daba demasiado miedo mirar los nombres.

Capítulo doce

Evacuación dolorosa

Parecía que no había un solo sitio en el que pudiera descansar. No había sofá lo bastante blando y amplio que de verdad me ofreciese un respiro, ninguna habitación lo bastante silenciosa, ninguna ciudad lo bastante apartada para recuperar mi energía.

Me sentía tan exhausta que mi fantasía sexual se había convertido en un escenario en el que un hombre sin rostro me decía con ternura: «Estás agotada, ¿no? Creo que lo que necesitas es meterte en la cama veinticuatro horas del tirón». Transcurrida la mitad del tiempo, ese hombre me despertaba con un cuenco de *noodles* con mantequilla, exigía que me lo comiera todo y luego me decía que volviera a cerrar los ojos.

A Jack le daba la impresión de que yo no hacía otra cosa que descansar, retirarme al dormitorio en todas las cenas que dábamos, pasar todos los sábados ahí metida diciendo: «Dentro de una hora o así me levanto», hasta que, al caer la noche, quedaba claro que nunca iba a hacerlo. A mis padres les parecía que me negaba a descansar; después de todas las crisis médicas, después de todas las visitas al hospital, después de todas las promesas de curación, siempre salía directa a hacer algo inútil pero esencial, como dirigir un anuncio de Apple Music que nunca vio la luz o aparecer como

estrella invitada en *American Horror Story*. *Girls* se había acabado. Lo siguiente aún no había empezado. Había hecho campaña por Hillary Clinton, y lo único que me dieron fue una camiseta cutre, literalmente.

Jenni sugirió que alquiláramos una casa en Malibú para agosto de 2017. Eso me permitiría irme a Los Ángeles, a relajarme junto a la playa en aquel famoso parque de recreo para toda la gente de Hollywood que necesita tener una casa de verano a la misma distancia de su primera residencia a la que la mayoría de los estadounidenses tiene el supermercado. Beberíamos vino brisado, unos críos vestidos de lino y llenos de entusiasmo nos enterrarían en la arena hasta el cuello y soñaríamos con lo próximo que queríamos hacer.

A esas alturas, había un «nosotras», sin duda ninguna. Si el rodaje de *Girls* nos había unido, cuando acabó renovamos nuestros votos, y con votos me refiero a acuerdos de exclusividad con HBO. Habíamos empezado a tener malentendidos más a menudo. Jenni me escribía mensajes tan fríos que me echaba a llorar al leer las primeras dos palabras. Me pidió espacio durante un viaje que hizo a Islandia, algo que me resultó confuso porque ya iba a estar en Islandia y yo no. Sin embargo, cuando llegó el momento de hablar sobre la renovación de los contratos, nunca se cuestionó que íbamos a hacerlo juntas.

***

Nuestra última negociación había sido tres años antes, coincidiendo con la salida de mi libro. Cuando en 2014 recibí aquella oferta de la

cadena, me quedé boquiabierta; comparado con eso, mi salario de las cuatro primeras temporadas parecía el de una becaria. Me ofrecían el tipo de aumento hacia el que, como decía Sheryl Sandberg en *Lean In*, debíamos apuntar las mujeres, y yo ni siquiera había empezado a apuntar en ninguna dirección. De hecho, si me hubiesen pedido que les pagara yo a ellos por esos primeros cuatro años, lo habría hecho de buena gana.

Sin embargo, el impacto y el asombro, la celebración de esos nuevos términos, duraron poco: se acabaron en cuanto Jenni vino a pedirme que nos dijéramos las cifras a las claras y negociáramos juntas. Jenni usaba expresiones empoderadas de moda para explicar su lógica, términos como «transparencia» e «igualdad salarial». Al fin y al cabo, habíamos sido nosotras las que le habíamos dado a Jennifer Lawrence un espacio en las páginas de *Lenny* para que les metiera caña a sus compañeros de reparto varones sobre la discrepancia salarial en *La gran estafa americana*. Se suponía que debíamos encarnar el apoyo mutuo en ese ascenso, responsabilizar a quienes estaban al mando. En aquel momento no se me ocurrió pensar que Jenni no tenía que vivir lo que yo estaba viviendo. Algunos actores bromean con que trabajan gratis, que en realidad el dinero que reciben es por la promoción. Yo diría que trabajé gratis en todo momento, y que en realidad el dinero que recibía era por todo lo que fui perdiendo por el camino.

No se me ocurrió pensar que podía tomar la decisión de no compartir con Jenni los términos de mi contrato, así que abrí los libros de cuentas como si me estuvieran auditando, sintiéndome ya culpable y con miedo, y con la certeza de que más dinero solo podía significar más gente pidiendo más cosas, y más razones para que

me dijeran que no me lo merecía. Cuando se hizo evidente que la oferta de Jenni, aunque generosa, no estaba a la altura de la mía, me dejó claro y meridiano que esperaba que no aceptase hasta que así fuera.

Nunca me he sentido cómoda hablando del dinero que gano. Solo conozco a unas pocas personas que sí, y no me caen demasiado bien. Nunca me he sentido cómoda siquiera teniendo dinero.

«El dinero se lo va a llevar alguien. ¿Por qué no tú?», me dijo mi madre una vez, y se me ocurrieron millones de motivos.

A pesar de que, en general, he tomado decisiones económicas sensatas (nada de coches ostentosos ni gargantillas de diamantes, y mi mayor gasto es el cuidado de mis mascotas), todas las elecciones imprudentes que he hecho se han dado cuando alguien conocía la clave de mi cajero automático existencial, es decir, las ocasiones en las que alguien ha sabido cómo ahondar en mi profundo y pertinaz pudor. He financiado películas que nunca se han rodado y he donado a organizaciones benéficas que no existían, he permitido que me cobraran de más y me sirvieran de menos, le he pagado cenas a gente que luego ha tuiteado lo poco que había disfrutado de ese rato conmigo.

«¿Por qué cojones te sientes tan culpable? —me dijo mi padre una vez—. Desde que tienes cinco años vas por ahí como si hubieras matado a un tipo en Reno solo por el placer de verlo morir».

Y es que dentro de mí, en algún sitio y por algún motivo, así me sentía.

Jenni era mi mejor amiga, mi principal protectora. Yo estaba segura de que si no jugaba en equipo con ella la perdería, y en el

proceso perdería también el único espacio seguro concebible en el que aterrizar.

«Eres una genia —me dijo una vez—. Y como la mayoría de quienes lo sois, casi no sabes andar por la calle sin que te atropelle un autobús». De ahí se infería que yo seguiría siendo una genia y que ella estaría pendiente de los autobuses. Daba igual que ya me hubiesen atropellado unos cuantos.

Me llamaron mis agentes —cinco conectados a la vez, cosa que nunca antes había ocurrido— y me dijeron que, siendo honrados, no podían permitir que mi contrato dependiese de que el salario de Jenni fuese igual que el mío. HBO no iba a ofrecernos más dinero; se limitaría a coger lo que me había ofrecido a mí y dividirlo para que sobre el papel quedasen dos cifras iguales. La oferta de Jenni subiría y la mía bajaría.

—Es mi mejor amiga —les repetía una y otra vez, como si eso fuera una explicación con algún sentido para un grupo de gente que probablemente le hubiese pegado un tiro a su único hermano por tener la oportunidad de que les agradeciesen un Emmy.

—Que no se te olvide que esto no se llama «show*friends*» sino «show*business*». ¿Haría ella lo mismo en tu lugar? —me preguntó Peter, al que mi madre había llamado hacía tantos años con la certeza de que otro judío de Great Neck sabría cuidar bien de mí.

Mientras sopesaba mi decisión, Jenni y yo debíamos volar juntas de Nueva York a Los Ángeles. Acabábamos de presentar nuestra productora, a la que llamamos «A Casual Romance» por la cubierta de un disco del grupo Nightwind para la que Jenni había posado de niña. En la foto tiene diez u once años y está subida a un columpio de cuerda junto a un niño rubio de su misma edad, con esa guapura

propia de los hermanos Cassidy tan popular en la época. Jenni llevaba una camisa a cuadros atada a la cintura y unos vaqueros cortados, y sonreía a la cámara con mucha seguridad. Siempre bromeábamos con que la única diferencia entre nosotras era que ella había sido una chica popular, y casi parecía que, gracias a la magia de los viajes en el tiempo, yo también lo había sido, porque esa Jenni más joven, la que volaba por los aires sobre un fondo liso y degradado de azul a gris cuando yo aún no había nacido, me había elegido a mí como «su persona». «Mejores amigas para siempre —me decía—. Os necesito a ti y a mis niños, y punto».

Volábamos a Los Ángeles para abrir nuestra primera oficina y Jenni había contratado a un amigo decorador para el montaje, una persona conocida por llenar las casas de los ricos con remanentes de telas vintage, bandejas lacadas y obras de arte estrafalarias pero en última instancia inofensivas. Estaban colocando los sofás de terciopelo verde azulado y las alfombras de Marruecos, habían fijado las estanterías rústicas y la mesa alargada tipo tabla de carnicero, e íbamos a dar una fiesta para celebrarlo. Yo no estaba muy segura de por qué organizábamos una fiesta por una productora que aún no tenía méritos en su haber, pero otra diferencia entre Jenni y yo (resultó que había más, aparte de que ella fuese guay en secundaria y yo no) era que a Jenni le encantaba montar fiestas. Casi todos los domingos preparaba una comilona, ponía una tabla de embutidos e invitaba a toda la gente de su órbita a que se pasara por allí. Jack lo llamaba «la hora del vino adulto», porque cada vez que íbamos lo arrinconaba algún señor con una copa de rosado, desesperado por describirle su colección de discos.

En el avión a Los Ángeles, en vez de nuestro habitual festival de cháchara, Jenni se plantó los auriculares, se acurrucó en su sudadera con capucha y se enratonó con lo que ponían por la tele del avión. Todas las veces que intenté captar su atención, para señalarle a algún pasajero dormido con la boca abierta o a Stacey Dash de *Fuera de onda* con un deslumbrante sombrero de vaquera, apartó la mirada. Aquella noche, en el Sunset Tower, me vestí para la fiesta en estado de pánico; elegí un peto sin mangas de color azul claro y unos zapatos bajos negros de punta. Entré a nuestra oficina como si me estuviese colando; la única concesión a mi existencia parecía ser un montaje de pared, tipo salón de belleza, con una serie de grabados de mi padre que mostraban a mujeres de color rosa chicle con las vaginas y los culos entreabiertos.

Mientras buscaba a Jenni la gente me iba parando. Una *show-runner* borracha, famosa desde hacía poco por un trabajo que promovía la representación queer, me zarandeó por los hombros. Quería hablar sobre la reacción a mi libro: «La gente te ataca porque pretende PLASTIFICARTE —me repetía una y otra vez—. Les das miedo, así que te PLASTIFICAN». No sabía muy bien a qué se refería con eso (¿proyección?, ¿transferencia?), pero solo podía imaginarme a mí misma como una muñeca recortable, aplastada y cubierta por ambas caras con un plástico brillante, colgada de un *lanyard* en una conferencia.

Vi a Jenni por el rabillo del ojo, con un vestido de flores, los labios rojos, el pelo muy cuidadosamente despeinado. Se estaba riendo con alguien que no era yo, con esa risa que tanto me gustaba (la cabeza atrás, la boca abierta de par en par). Me planteé un futuro en el que todos los días fuesen como los peores que habíamos

tenido, esos en los que yo aparecía en el rodaje y, por motivos nada claros para mí, Jenni me decía cosas como: «Por favor, baja la voz al menos hasta que me haya tomado un café», y desaparecía. Jenni era siempre la primera persona a la que le escribía por la mañana, y por su respuesta —según fuese «buenos días, amorcito mío» o «ey»— solía saber qué clase de jornada se avecinaba. Los días malos me resultaba imposible pensar en otra cosa; me sumía en un estado de limerencia, como el de un perro por su dueño.

Por eso le hice señas para que viniese a nuestro despacho compartido, el que habíamos encargado con un escritorio doble personalizado para poder trabajar una enfrente de la otra.

—¿Qué pasa? Estamos en mitad de una fiesta —me dijo.

—No voy a aceptar la oferta. Voy a esperar a que nos paguen lo mismo —le respondí.

Me estrechó en un abrazo y gritó:

—Eres mi alma gemela.

Mis agentes se quedaron estupefactos, pero sabían que no iban a lograr moverme de ahí. No le pedí consejo a Judd ni a ninguna otra persona adulta que pudiera saber cómo gestionar algo tan confuso. Me daba miedo que también esa gente me dijera que estaba loca, que en este mundo el dinero da seguridad, que este trabajo va y viene y que debemos aceptarlo cuando se nos ofrece.

Entonces mis agentes me dijeron que a lo mejor podían conseguirme una prima disfrazada de pago por actuar, el único trabajo que la gente veía con claridad que hacía yo sola, dado que las horas de escribir y reescribir, crear tramas y gestionar eran invisibles. Pero no quise arriesgarme.

***

Llegado agosto de 2017, ya con nuestro segundo contrato como socias e iguales, me alojé en la casa de Malibú durante un total de tres noches. No tardó en quedar claro que iba a ser un mes muy social: brunches y visitas a la playa, Jon Hamm vagueando en bañador con una copa en la mano, Busy Philipps reorganizando sus collares sobre un caftán, un supervisor musical cualquiera que daba la casualidad de que pasaba por allí fumándose un porro y desayunando un taco. A excepción de una visita al mercadillo de proximidad, no salí de la fresca habitación del sótano que se me había asignado porque estaba «más alejada del ruido». Había pasado ya un año desde que me habían indicado que tomase clonazepam hasta cuatro veces al día, y eso era lo que hacía sin falta.

Desde el principio tenía previsto volver a la costa este unos días para una boda, pero al marcharme, mientras abrazaba a los niños y explicaba que estaría de regreso el lunes, una parte de mí sabía que no volvería a poner un pie en aquella casa. Al final tampoco llegué a la boda (una de contrayentes lesbianas, la única clase de bodas que disfruto), sino que me hice un ovillo en la habitación de invitados de la casa de mis padres en Connecticut.

Estaba teniendo otra crisis de dolor, sangrando muchísimo. El doctor Seckin aceptó verme un domingo por la noche en las urgencias del Lenox Hill. Mi padre me llevó a la ciudad. Los viajes en coche siempre habían sido nuestro momento, cuando hablábamos de todo, desde cómo debía de sentirse Pete Best sobre los Beatles que quedaban vivos hasta la naturaleza lineal, o no, del tiempo. Sin

embargo, en ese trayecto permanecimos en un silencio inusual, incluso forzado. Debió de darme miedo que al abrir la boca me saliese todo a trompicones. Jack seguía en el estudio con la cantante, que a mí me parecía muy joven y a la vez insólitamente madura, tan equilibrada y centrada que me generaba pataletas de niña pequeña. Mientras, yo estaba financiando una choza de fiestas de Malibú, con un espacio para hacer fogatas que nunca iba a usar; llevaba meses sin escribir nada, salvo algunas publicaciones crípticas de Instagram sobre la naturaleza del dolor femenino acompañadas por fotos de mi cuerpo demacrado en el espejo del baño, y, para rematar, una inyección de esteroides destinada a calmarme el dolor articular me había provocado una afección conocida, en términos médicos, como «cara de luna», por la que se te inflan las mejillas de la noche a la mañana como si te hubieran sacado las muelas del juicio. No podía mentirle a mi padre, así que ¿para qué decir nada?

El doctor Seckin me exploró y me dijo que tenía la pared uterina anormalmente gruesa; pese a haber dejado las inyecciones, los efectos secundarios de la supresión de estrógenos seguían activos, y eso me desajustó el periodo y, no sé cómo, lo hizo aún más doloroso. Mi cuerpo estaba tratando de eliminar coágulos grandes. El doctor Seckin me sugirió un D y L (dilatación y legrado), el mismo procedimiento utilizado para los abortos quirúrgicos. Ya me había practicado uno el año anterior, en una clínica del centro de Manhattan especializada en labioplastia estética que le cedía espacios cuando tenía pacientes que requerían discreción. Las áreas de recuperación de ese establecimiento, decoradas en tonos de color morado intenso, eran como minisuites de hotel: una cama individual con brillantes edredones de cachemira, flores de plástico en jarrones

de cristal, cuadros abstractos de una mujer tapándose un ojo con una mano coqueta. Cuando me desperté allí me sentí como si trabajara en un burdel de Nueva Orleans y estuviera haciendo tiempo hasta que llegara el próximo cliente.

En cualquier caso, esa nueva intervención iba a hacérmela en el Lenox Hill. Misma rutina: analgésicos intravenosos para pasar la noche y cirugía a las cinco de la madrugada. Cuando acabó y salí de la neblinosa calidez de la anestesia, con unos calambres horribles, el doctor Seckin apareció junto a mi cama y le pidió a mi padre que saliera de la habitación.

—Ha llegado el momento de que te pregunte si eres feliz —me dijo, haciendo una pausa significativa.

Perpleja, lo miré como si me hubiese preguntado cómo era eso de ser guepardo y si disfrutaba con mi vida en la sabana, no porque no tuviese una respuesta, sino más bien porque la pregunta parecía destinada a una clase de criatura completamente distinta.

Volvió a intentarlo.

—¿En casa tienes tranquilidad?

Cómo iba a tenerla, le respondí. Para empezar, me había afeitado la cabeza y me quedaba muy guay, solo que, de repente, una semana después, mi cara se inflamó hasta duplicar su tamaño normal y tuve que comprarme varios sombreros de paja muy alegres. Y además no podía comer. No podía andar. No podía follar. Mi novio estaba siempre detrás de una puerta cerrada, y el único signo de vida ahí era el golpeteo amortiguado de un compás sintético. Mi socia estaba en Malibú preparándole fricasé a Elisabeth Moss, y además mi trabajo se había acabado, algo que había

imaginado que me resultaría liberador como un día de nieve hasta que de verdad ocurrió.

El doctor Seckin me dijo que esa infelicidad era enemiga de la curación, que había visto a muchas mujeres convertirse en víctimas de esa enfermedad, permitirle que definiese su identidad, que las ligase a las personas equivocadas, a los fármacos equivocados y, en última instancia, a «vidas muy tristes; pero no tiene por qué ser así».

—Estoy intentando ser feliz —le respondí—. Pero siento que voy a estar maldita hasta que esto se acabe. —Y por primera vez le pregunté—: ¿No puede quitármelo?

—¿Quitarte el qué?

—Pues el útero. Todo entero.

—No digas eso —me espetó—. Perdona que me exalte, pero quitarle el útero a una mujer es algo que solo hago si no queda más remedio —me explicó.

Le agarré la mano.

—Adoptaré. No necesito tener hijos biológicos. De verdad. ¿Quién va a querer que haya más gente como yo? De todos modos, para empezar, estando así ni siquiera puedo tener hijos. No podría jugar con ellos, cogerlos en brazos, estar ahí.

—No. En el útero está la mujer en sí. Su espíritu. Su pasión. Es como meter la mano en su interior y arrancarle el alma. Lo he visto con mis propios ojos. Las mujeres se convierten en personas que no reconocen. No puedo hacerte eso.

Pero ¿desde cuándo yo me reconocía?

***

Durante mi verano de descanso y relajación amagados, un verano inusualmente largo y con una forma extraña, mis únicas misivas al mundo exterior trataban sobre mi salud: historias de Instagram en las que aparecía tumbada bocabajo en la cama (desnuda, claro, con unos iconos de tarros de miel para cubrir las partes que ya había visto todo el mundo); un ensayo para *Lenny* sobre la ansiedad de vivir con una enfermedad crónica, destinado a explicar por qué estábamos cancelando una gira planeada por doce ciudades para promocionar la newsletter; fotografías de mi pila de libros: *El cuerpo lleva la cuenta*, *Woman Heal Thyself*, *Médico médium* (que sugería, como todos, litros y litros de zumo de apio).

Y entonces, un día, el exmarido de Jenni y director ejecutivo de *Lenny* me reenvió un mensaje de correo electrónico. Era de una mujer a la que había conocido en Hinge y con la que había tenido varias citas, nada serio, que le preguntaba si podía hacerme llegar una nota. Me ocurría con frecuencia; por lo general se trataba de un guion que alguien esperaba que leyese, un corto para que lo viese, un libro para que le escribiese un texto promocional… En el mejor de los casos, era para decirme que se identificaban con mi representación en pantalla del TOC. Sin embargo, aquello era distinto:

> Hola, Lena:
>
> Soy amiga de Ben. Espero no estar tomándome demasiadas confianzas, pero leí tu libro y fui registrando todos tus problemas crónicos de salud. Eso, y tu comentario sobre tener «articulaciones dobles», me hizo identificarme mucho contigo.

Existe un trastorno raro del colágeno, genético, que se llama síndrome de Ehlers-Danlos tipo III o hipermóvil (SED), o síndrome de hiperlaxitud articular (SHA), y que afecta a los tejidos conectivos, como articulaciones, venas y órganos. Los trastornos por endometriosis y dolor pélvico son afecciones comórbidas conocidas del SED, además de la sensibilidad alimentaria, la fatiga, el insomnio, los problemas digestivos y cutáneos, la dificultad para regular la temperatura corporal y el comportamiento ansioso. Digo «comportamiento ansioso» y no ansiedad porque los síntomas que muestran los pacientes imitan la ansiedad psicológica, cuando en realidad son resultado de una desregulación del sistema nervioso autónomo. Creo que es probable que tengas SED, en vista de todos los síntomas que describías en el libro, incluso el episodio de urticaria que sufriste de pequeña (activación mastocitaria).

El motivo por el que me he sentido impelida a ponerme en contacto contigo es que es importante recibir un diagnóstico para evitar un daño articular permanente que profesores de yoga, fisioterapeutas y quiroprácticos, todos bienintencionados, podrían provocarle a tu cuerpo. Si te estás planteando quedarte embarazada, conviene que consultes con un genetista para sopesar tus opciones en lo que a ese proceso se refiere. Deberías evitar esos gestos que suelen hacerse con los dedos y otras articulaciones hipermóviles para demostrar una flexibilidad inusitada. Y cualquier cirujano que te intervenga debería ser consciente de ello, por la posible mala cicatrización tras la cirugía. Y por último, porque saber que esto no está solo en tu cabeza es una cosa maravillosa.

Un abrazo,

MARJORIE

Leí el mensaje una y otra vez. Hacía poco, en un vídeo para el sitio web de *Vogue*, había presumido de un truco mío de toda la vida: era capaz de doblar los pulgares hacia atrás, hacia el dorso de la mano. Mi abuelo, conocido por ser una persona enfermiza, muy similar a mi tío ya desaparecido, con articulaciones que parecían

dislocarse con poca provocación, también tenía esa habilidad en los pulgares. Mis urticarias no se habían limitado a la infancia; me habían aparecido a intervalos en apariencia aleatorios, provocando cambios en el detergente de la lavadora o la esperanza de que una nueva marca de base de maquillaje tuviera la culpa. La temperatura de mi cuerpo siempre había sido una fuente de confusión; a veces tiritaba en la playa, bajo el sol, y otros días salía al invierno neoyorquino solo con una camiseta, generando miradas perplejas entre los viandantes mientras el sudor me goteaba por la cara con la acera aún cubierta de hielo.

La mala cicatrización me rondaba la cabeza desde la penúltima operación (así era como medía el tiempo a esas alturas), la que me dejó tirada en el suelo del baño en la Met Gala, mirando arriba, a la cara preocupada de Maggie Gyllenhaal, que repetía: «Ya lo sé, este sitio es abrumador», convencida de que me estaba dando un ataque de pánico. Unos días después de la intervención, cuando la incisión mínima debía estar cerrándose, había sentido algo raro; no doloroso, solo extraño. No era un desgarro, sino una separación, la sensación de que el ombligo se me había levantado un centímetro. Al subirme el camisón, lo que vi no fue una cicatriz, sino una abertura (no más grande que la goma de un lápiz) soltando gotas de una baba rosa pálido. Al intentar tirar de esa baba con suavidad para ver qué misterios escondía, el agujero se abrió aún más y alcanzó el tamaño de un globo ocular que me guiñaba un ojo. El residente de urgencias a quien se lo enseñé se mostró confuso, acusatorio incluso. ¿Había seguido las instrucciones quirúrgicas? ¿En serio? ¿Estaba segura?

No, señor, soy como Rosanna Arquette en *Crash* de David Cronenberg, haciéndome boquetes nuevos para que James Spader

se los folle. Sí, doctor, he estado siguiendo las putas instrucciones quirúrgicas.

En cualquier caso, lo que de verdad me tocó la fibra fue lo del «comportamiento ansioso». Uno de los motivos por los que siempre me habían gustado tanto los conejos era por cómo se movían por el mundo, con esa respiración rápida y superficial, escondiéndose detrás de lo que les viniese bien, saliendo solo al anochecer para dar paseos paranoicos. No actúan así porque estén locos: es su fisiología; lo llevan integrado en su ADN, forma parte de quiénes son. Quizá me viese reflejada en ellos. Y alojada en las palabras «comportamiento ansioso» estaba la posibilidad de que yo no hubiese nacido con un núcleo inestable, con el gen para el terror.

A medida que indagué fui sumando síntomas a una lista que ni sabía que necesitaba hacer: moratones misteriosos, náuseas constantes, migrañas permanentes, reflujo ácido, una reacción paradójica al alcohol que incluye latidos acelerados y aumento de la agitación.

Marjorie me sugirió que fuese a ver al doctor Howard Levy, un especialista del hospital Johns Hopkins que estaba ayudando a perfilar los criterios diagnósticos de la enfermedad. Una semana después, hice una excursión de un día a Maryland para reunirme con él.

El doctor Levy —que se parecía demasiado a Eugene Levy para que fuese casualidad, aunque me aseguró que no tenía ningún vínculo con la industria del espectáculo— habló conmigo más de una hora. Me hizo preguntas de lo más específicas sobre todo tipo de cosas, desde la infancia (urticaria, ataques de fiebre) hasta la

universidad (mononucleosis, migrañas) pasando por mis defecaciones (mejor, desde que ya no necesitaba dormir en el baño).

Luego me llevó a una sala de exploración, donde me cambié y me puse una bata y el médico me palpó las articulaciones, me midió el exceso de extensión con lo que parecía ser una regla escolar y me tiró de las mejillas como una tía abuela sobreexcitada (los pacientes de SED suelen tener la piel inusualmente elástica, por eso ite diagnostico a TI, Jim Carrey!). Me miró los pies planos, las rodillas valgas y la herida de la barriga que, meses después, aún no se había acabado de cerrar. Asentía con aprobación cada vez que mi cuerpo hacía algo fuera de lo normal.

Me fui de allí con un diagnóstico.

—Entonces, ¿ahora es usted mi médico? —le pregunté, dando tanta pena como el patito feo cuando pregunta si una zorra es su madre.

—Esto es una clínica de investigación. Yo solo hago diagnósticos. Intentaré buscarte a un especialista por tu zona, aunque la verdad es que en la mayoría de los sitios no los hay.

Marjorie tenía razón. Saber que aquello no estaba solo en mi cabeza fue, desde luego, una cosa maravillosa. Sin embargo, la idea de volver a casa y anunciar un nuevo diagnóstico, algo nuevo que curar… Ya estaba viendo las caras de Jenni y de Jack. Ante la primera operación se habían mostrado muy empáticos, muy tristes por verme dolorida y muy seguros de que esa sería la solución. Pero a esas alturas, cuando las diversas soluciones solo habían generado más problemas, como una pescadilla que no paraba de morderse la cola costrosa, todo lo que decían, y lo que no decían, iba cargado con un puntito abrasivo de duda. Y yo lo entendía; había sentido ese

mismo escepticismo en una vida anterior, había olido esa debilidad en otras mujeres y había odiado ese olor: una decisión lamentable, una campaña desesperada por conseguir atención y empatía sin hacer nada para merecerlas. Por ejemplo la chica que estaba pálida y sudorosa y decía que solo toleraba la masa de brownie —que se comía en la biblioteca directamente de una cuba— y todo lo demás la hacía vomitar. O la chica que en el último curso tenía la mandíbula inmovilizada con alambres pero aun así intentaba anunciar cosas en reuniones —«Enviad textos a la revista de literatura», gritaba entre los dientes apretados— y mordía una pajita en el almuerzo o chupaba un batido de proteínas. Y si te parabas a pensarlo, ¿Sarah, mi compañera de clase de cuando tenía doce años, de verdad tenía tanta alergia a los frutos secos que ni siquiera podías comerte un sándwich de mantequilla de cacahuete antes de entrar al aula con ella? ¿O era solo una rarita fan de los caballos que quería controlarnos a todos?

Entonces estaba empezando a entender que la enfermedad no era solo una ciudad de paso para mí, sino una en la que me iba a tocar pagar impuestos. Ellos aún esperaban a la chica de fragilidad ocasional con algún que otro sarpullido y menstruaciones de mierda a la que habían aceptado querer. Nadie sabía del todo cuánto dolor soportaba esa chica desde el instante en el que empezó a caminar. Ni siquiera yo.

De bebé nunca llegué a gatear. «Rodabas —contaba mi madre—. Hasta que un día te levantaste de un impulso y empezaste a caminar, muy tarde, teníamos ya miedo». Nunca acabé de pillarle el truco a eso de andar, y mucho menos a correr. Miraba asombrada a otros niños en la escuela y me preguntaba qué se sentiría volando

tan libre en tu propio cuerpo y disfrutándolo. Yo era diminuta, pero todo parecía pesarme mucho: con seis años me quejaba ya de un tirón en el músculo del cuello, con ocho de dolor de rodilla, de ciática con dieciséis. Seguí rodando sin parar, tratando de mantener el ritmo.

«Eres la gallina de los huevos de oro», me había dicho mi padre una vez en la época de *Girls*. Y no hablaba en el buen sentido. Se refería a que la gallina puede estar bien alimentada, bien nutrida, mimada y celebrada, pero nadie la protege porque la quieran: protegen los huevos.

Y si la gallina deja de dar huevos, pasa de ser una mascota mimada a acabar con la cabeza cortada más rápido de lo que se tarda en decir *coq au vin*. No hay que confundir el mantenimiento con los cuidados, la atención con el cariño ni tampoco el cariño con la empatía.

***

Decidí que dedicaría el otoño a curarme. Empecé un cuaderno nuevo; en la primera página escribí muy esperanzada: DIARIO DE SANACIÓN. Adopté una dieta antiinflamatoria, eliminé las solanáceas y los cítricos, el té verde y los tomates. Practicaba yoga con Beth, una rubia guapa que hacía el puente con mucha elegancia. Me administraban con frecuencia vitaminas y minerales sin nombre, vía intravenosa, en unas bolsas de líquido amarillo como el pis de una borracha. Meditaba, iba a ver a una mujer que Katy Perry me había recomendado en una fiesta y que me cubría hasta el último milímetro de piel con suaves piedras de río y luego me narraba el

despegue hacia un planeta de bienestar (ponía incluso las diferentes voces del capitán y de otros pasajeros), me envolvía el vientre con un parche de aceite de ricino siguiendo las indicaciones de la gurú de Gwyneth, le escribía notas a mi útero animándolo a recuperar el control, me compré varias pelucas por internet y experimenté lo que era ser una señora con peluca, y dejé que el doctor de medicina alternativa me gritase «ESTÁS DEJANDO QUE JENNI TE DÉ POR CULO CON SU POLLA METAFÓRICA, ¡TE LA ESTÁ METIENDO DOBLADA SIN LUBRICANTE! ¡¿VAS A ACEPTARLO ASÍ COMO ASÍ?!» antes de compartir conmigo una alegoría sobre un hombre y un cocotero. Tiré decenas de bragas ensangrentadas y luego me rendí y me di cuenta de que iban a estar todas manchadas.

A lo largo de todo ese proceso el dolor siguió estando ahí, como esa amiga con trastorno límite de la personalidad que estás convencida de que puedes controlar hasta que queda claro que va a hacerte lo mismo que al resto. No hubo un instante de ninguna hora de ningún día en el que no sintiera dolor; adoptaba diferentes modalidades y niveles de intensidad, tenía distintas formas y versiones, pero siempre estaba conmigo. Permanecí atada a él como un fumador a su paquete, un percebe a una ballena, una madre a su hijo.

***

Nunca había albergado la más mínima duda sobre si quería tener hijos, ni una sola, desde el día en el que pude entender cómo se formaba una familia. Y el embarazo era el glorioso inicio de esa visión. De niña me metía ropa recién lavada debajo de la camiseta y

marchaba radiante por el salón. Mucho tiempo después me puse una barriga postiza para la serie y sin ser consciente me la acariciaba con tanta naturalidad que Jenni me decía que le daba yuyu: «¿Puedes hacer el favor de dejar de tocarte eso mientras hablo contigo?». Todos los hombres del equipo se mostraban más amables y cuidadosos conmigo; me miraban como si llevase al mesías en mi interior, aunque la barriga era de silicona, pedida a Japón, y olía raro, como a pedo. Sentía el poder innato del embarazo, y había estado esperando el momento en el que mi barriga se inflara de forma natural y no estuviese hecha de la misma sustancia que los implantes de pecho.

Pero sabía otra cosa con la misma certeza que lo de tener hijos: que en mi útero algo iba mal. Lo sentía. Era un algo muy concreto pero aún sin verificar, pese a las muchas pruebas e intervenciones y a las muchas conversaciones médicas. Me habían operado alrededor del útero y en el propio útero, me habían metido cámaras, me lo habían inflado con líquido y aire para examinar sus venas y músculos. Me dijeron que no veían motivos para que no hiciera su trabajo. Tenía endometriosis, sí, y mucha, y sin pinta de mejorar, pero al parecer el embarazo, de forma anecdótica, aliviaba los síntomas en muchas mujeres. De hecho, médicos de urgencias de todo Estados Unidos lo habían sugerido como cura. Como si esa fuera una razón para tener hijos. Como si existiera algo parecido a la razón cuando se trata de tener hijos.

Estaba convencida de que el útero que me habían dado era defectuoso. Y pese a llevar una década lidiando con la endometriosis —o más, si me remontaba a mi historial adolescente de calambres y dolor pélvico—, y pese a haber pasado por más de una decena de

operaciones, ningún médico me lo había confirmado nunca. Me habían dicho que mis posibilidades de abortar eran un poco más altas, y que no esperase demasiado para «ponerme». Pero en las más de cuarenta ecografías vaginales durante las cuales me vi obligada a mirar fijamente el negro vacío de mi útero, me habían repetido cosas como: «¡Mira esos folículos ováricos! ¡Ten cuidado o la semana que viene estarás embarazada!». Su objetivo había sido conservar mi fertilidad. Consideraron que esa era su tarea principal. Para muchos médicos, se trataba de una misión superior a la de curar el dolor, superior a la de conseguir que la persona que estaba sufriendo tuviese una vida soportable. En general, nuestra cultura valora más el potencial de la vida que su existencia, y a las mujeres más como contenedoras de esa vida que como seres sintientes. Y así, los médicos siempre señalaban mi ecografía y trataban de dedicarle un bonito cumplido a mi matriz —«¡Mírala, es muy capaz!»—, y yo me reía y sonreía, pero sabía que ese espacio vacío, ese agujero negro capturado en la pantalla, era lo único que iba a ver ahí.

Y me tomaba la medicación. Y sufría los efectos secundarios. Y me sometía a esas intervenciones, y a algunas más. Y ponía mi vida en pausa y luego seguía, follaba y dejaba de follar, tenía la esperanza de que las cosas cambiasen y dejaba de tenerla, hasta que un día de noviembre, después de quedarme sin cosas sanas que probar durante mi otoño de sanación, mi madre y yo nos fuimos directas a las urgencias del Lenox Hill y anunciamos que no me marcharía de allí hasta que me quitaran el útero. En serio, ya.

Los médicos no se plantearon esa petición a la ligera. Las demandas por mala praxis médica son un hecho, y las mujeres le

tienen aprecio a su útero. A veces lleva un tiempo que la realidad de la infertilidad, la rabia, se asiente. Así que el médico necesitaba pruebas de que iba a operar a una persona lo bastante decidida para dar su consentimiento y no retirarlo en ningún momento. Debían determinar, asimismo, que la operación era necesaria y aconsejable desde un punto de vista médico, lo que implica que un grupo de facultativos decidan con cuánto dolor es razonable vivir para un paciente. El dolor, por su propia naturaleza, es personal; se trata de una de las pocas experiencias humanas que no es en ningún modo colectiva. No tenemos la capacidad de sentir el dolor de otra persona. Podemos imaginarlo, empatizar con él, mirar las heridas de otro y escuchar lo que nos quiera decir. Pero no podemos saber cómo es estar dentro de su cuerpo.

Además, ¿cuánto sangrado tiene que sufrir una mujer? ¿Solo es un problema cuando se convierte en una amenaza para su vida? ¿Cuánto debe gritar cuando se la están follando y cuánto debe temer ese acto? ¿Cuántas cosas debería haber intentado y en cuántas haber fracasado? ¿De quién es la decisión al final?

Y así, mientras estaba tumbada en una cama de hospital y me bombeaban lo que en esencia era heroína de uso médico para tratar el dolor, escribí un ensayo de mil palabras sobre por qué, dadas las circunstancias, estaba segura de que podía afrontar la pérdida de mi útero antes de cumplir los treinta y dos años.

«Sé que una histerectomía no es la opción adecuada para todo el mundo, que no es garantía de que este dolor desaparezca y que mi cirujano lo hará no porque yo esté en peligro de muerte sino porque estoy sufriendo, y también por mi profunda convicción, esencial y

(en mi cabeza) feminista, de que las mujeres deben tener la capacidad de decidir cómo pasar sus años fértiles».

Mi terapeuta de siempre también escribió una nota para recalcar que mi juicio era lo bastante sano para tomar esa decisión. Ella sabía de sobra la factura que me habían pasado los últimos años, pero, al contrario que mucha de la gente que me rodeaba, seguía creyendo pese a todo que yo era muy consciente de mis opciones y tenía derecho a elegir. Aquello fue un regalo que siempre le agradeceré; hace poco encontré una fotografía suya de los años ochenta en eBay, de cuando hacía espectáculos de arte performativo en el sur de Manhattan, y la compré por treinta y seis dólares (aunque llevamos años sin tener contacto). Hablé con otro terapeuta que mi médico me recomendó, un hombre que me sugirió tres sesiones más para despejar cualquier «ambivalencia profunda». Mientras tanto, yo me retorcía de dolor y susurraba cavilaciones a lo *Inocencia interrumpida* ante todos los médicos residentes que se pasaban a verme. Elegí a uno en concreto como objetivo principal, solo para sentirme viva y centrada.

«¿Cuántos años tienes?», quise saber. «¿Y dónde vives?». Aquello debía de ser algún tipo de violación de las leyes de protección de datos a la inversa, pero me contó que tenía veintisiete años y eso me enfureció. ¿Qué sabía ese de la vida? ¿Cuándo había sentido él un dolor así? ¿Cuándo se había visto en ese limbo? ¿Por qué siempre me saludaba diciendo «buenas tardes» aunque fuera claramente de noche? Era un tacaño con los analgésicos y me preguntó por qué no me iba a casa y esperaba allí a que me operasen. «Así dormirás mejor». Le dije que de todas maneras no dormía, aunque estuviera siempre en la cama.

Al final me pasé quince días en el hospital antes de que me hicieran la histerectomía. Durante ese tiempo me había acostumbrado mucho al suspiro ahogado de pena que soltaban enfermeros, médicos, nutricionistas y capellanes interconfesionales, esa sutil inspiración de aire cuando me miraban: treinta y un años pero con cara de diecinueve, el pelo azul y un pijama de perritos, acurrucada en la cama del hospital. Había aprendido a no odiar ese suspiro. Me di cuenta de que les daba pena, nada más. Sentir pena por alguien a quien no conocían era un gesto amable, aunque pareciese condescendiente y una de esas expresiones falsas de empatía promovidas por las mujeres de la telerrealidad (desde aquella cama había visto a un montón de amas de casa enemistadas; las de Australia estaban fuerísima de control).

A los seis días de mi estancia, en un último intento por apaciguar el dolor sin quitarme el útero, me sometieron a un procedimiento de dilatación y legrado (como un aborto, pero sin feto, y aquel era el tercero que me hacían). A mí me generaba malas sensaciones, pero el doctor Seckin me dijo que no podía hacer la histerectomía con la conciencia tranquila sin probar antes con eso. Sin embargo, no salió como se esperaba, y acabé en una sala de recuperación con un gotero de oxitocina, el fármaco usado para inducir el parto. El sangrado seguía siendo muy intenso y necesitaban que mi útero se contrajese, aunque una vez más no obedecía, así que subieron la dosis de oxitocina y lo que sentí entonces derramó toda el agua de un vaso ya casi colmado. Ahora comprendo que básicamente estuve siete horas con trabajos de parto, y sin asistencia. Durante esa experiencia, con mi cuerpo en mitad de un parto falso, mientras empapaba pañales con sangre en una camilla de una habitación sin

ventanas, me dio un tirón en la espalda, y gruñí; solté un gruñido hondo y gutural como una profesional del tenis. Era muy consciente de que aquello sería lo más cerca que estaría nunca de dar a luz, pero a mi lado no tenía a mi marido listo para recibir a nuestra criatura, sino a Mary, una enfermera de Staten Island que se preguntaba en voz alta por qué yo salía tantas veces desnuda por la tele.

En aquel proceso, los analgésicos no alteraron en nada mi incomodidad, así que siguieron administrándomelos hasta que se me hundió la tensión, sumida como estaba en una combinación de grandes cantidades de opiáceos y delirio inducido por el dolor. Solo fui consciente a ratos de que mi padre había llegado y estaba a mi lado sentado en una silla, observándome con una mirada que hasta después no entendí que era TEPT generado en tiempo real.

Ni yo misma sabía lo que estaba pasando. Intentaba hablar, pero las palabras me salían lentas y blandas, y mi padre me hacía callar con suavidad, y después mi madre, que también se materializó en algún momento, como si quisieran ahorrarme el esfuerzo.

Si ese episodio tuvo algo de positivo fue que, al acabar, es decir, justo en el momento en el que dejé de sangrar tanto y caí en un sueño exhausto como si hubiese corrido una carrera de cinco kilómetros, parecía que mis médicos por fin estaban listos para admitir que mi útero era «la mala semilla» genuina: después de haber sido una cría alegre con coletas rubias como Rhoda —la niña maligna de aquella película clásica—, estaba ya agotado y no era hogar para nadie.

***

La noche antes de que me quitaran el útero tuve de enfermera a Georgia, una mujer magnífica que parecía una modelo, sarcástica y rara como la compañera de la prota en una serie, esa a la que los productores le plantan unas gafas para intentar hacerla menos imponente. Yo estaba tumbada en la cama, con las rodillas subidas al pecho, aferrada a un perro de peluche arcoíris que Jack me había comprado en el aeropuerto de Cancún, y le pedía a Georgia que buscara cosas en Google desde el ordenador gigante que llevaba de una habitación a otra para tomar notas sobre los pacientes y escanear nuestra medicación.

Quería averiguar qué iban a hacer con mi cuello uterino una vez que me lo quitasen, qué forma tenía en realidad un cuello uterino (de dónut) y si dejaban un agujero entre la vagina y las entrañas (respuesta: no). Le pedí que buscase si las mujeres notaban una caída hormonal inmediata, como una menstruación infernal pero sin menstruación (a veces). Por último, le pregunté por la probabilidad de que mis ovarios muriesen al instalarse la menopausia antes de poder extraer óvulos, de que perdiese por completo toda parte de mí que me hacía ser mujer a ojos de gente muy poco creativa.

—¿Hay alguna posibilidad de que puedas estar embarazada? —me preguntó al darme la medicación una última vez.

—Bueno, después de mañana no —respondí.

Deseé que hubiera una palabra en alemán para cuando a nadie le gustaban tus bromas pero tú las hacías de todas maneras.

***

Mientras mi familia iba detrás de mi camilla hacia el quirófano, yo me aguantaba las lágrimas al mismo tiempo que soltaba un monólogo. «Eh, ¿quién se anima a donar el útero? Dicen que hay oferta de dos por uno para la operación. Papá, ¿te apuntas?». Tenía muchísimas ganas de llorar, pero sabía que las lágrimas no eran bienvenidas allí. Mi llanto podría interpretarse fácilmente como duda, y la duda podría provocar que lo paralizasen todo. Sí, estaba haciendo mi duelo, pero no tenía ninguna duda. Debía quitarle hierro al asunto. No habría despedida lacrimógena.

En el quirófano, el encantador anestesista me dejó elegir una de mis canciones favoritas de Rihanna y traté de asimilar la seriedad del momento: al menos una docena de personas vestidas con ropa quirúrgica azul y mascarillas, todas colocadas en torno a mí, afanadas en el infinito trajín del lugar. Tuve que admitir que aquello era de verdad elección mía: había renunciado a más tratamientos, a más dolor, a más inseguridad. La medicación entró en mi torrente sanguíneo y la visión se me nubló y fue agradable. No tendría que sentir nada durante un ratito.

Me desperté rodeada de mi familia y de médicos ansiosos por decirme que había ido bien. Mi útero estaba peor de lo que se habían imaginado: era un bolso falso de Chanel comprado en Chinatown lleno de pesadillas, cargado de defectos tanto sutiles como escandalosos. Además de la enfermedad endometrial, una extraña protuberancia como una joroba y un septo en la parte central (que creaba de hecho dos úteros, uno detrás del otro), había estado sufriendo de sangrado retroperitoneal, es decir, que mi periodo iba a la inversa, así que tenía el estómago lleno de sangre menstrual. El ovario se me había acoplado a los músculos sacros, en

la espalda, lo que estaba afectando a mis andares, de ahí que el verano anterior hubiese necesitado un andador. Y mejor no hablar de la pared uterina. El único detalle bonito era que aquel órgano, que debía tener forma de bombilla, se asemejaba a un corazón. En la foto que insistí en que me enseñara el médico, estaba colocado sobre un trapo quirúrgico azul, un personaje de dibujos animados brillante, con mis trompas de Falopio extendidas como brazos. Solo le faltaban unos guantes blancos y podría haber sido un dibujito infantil.

***

Jack apareció dos horas después e irrumpió en la habitación del hospital con unas flores de supermercado. Llevaba zapatillas de hotel y unas bermudas, y una sudadera con capucha cubierta de parches.

—Perdona, el autobús de la gira se ha quedado atascado en el túnel. Os mandé un mensaje por si podíais esperar.

—Claro —dijo mi padre, con aspecto de estar planteándose provocar un daño físico serio por primera vez en su vida—. Una operación es como un tren, no como el autobús de una gira. O llegas a tiempo o no llegas.

Capítulo trece

Buen hombre

No hablamos de si después de la operación volvería a casa con Jack o me iría a la de mis padres. Ni siquiera llegó a plantearse (al menos no conmigo, o al menos no mientras estaba despierta) quién iba a cuidar de mí los días siguientes. Se dio por hecho que las únicas personas que podían hacerse cargo de mí en ese estado eran mis padres, que ellos habían sido los primeros en quererme cuando me sacaron desnuda y berreando del vientre desollado de mi madre, y serían ellos quienes me querrían en ese momento.

Llegamos a su apartamento, donde había un colchón en el suelo de una habitación muy blanca y de techos altísimos llena con casi todas las posesiones terrenales de mi hermano, aunque apenas hubiera pasado ni una noche allí. En el armario, sus pantalones cargo rotos por las rodillas y cubiertos de unos dibujos abstractos hechos con rotuladores Sharpie, y una colección de las camisas viejas de vestir de mi padre que mi hermano había usado en la universidad. En la mesilla de noche (la mesa rosa de plástico que había pasado por tantos de nuestros dormitorios de la infancia), una concha que Cyrus encontró en la playa en Goa, una pluma, una pieza de cerámica que hizo cuando estaba enamorado de una chica a la que le gustaba la cerámica. Una pila de libros sobre urbanismo

radical. Una copia del trabajo de fin de carrera que escribió en tres días frenéticos. Su olor, leve pero presente, un poco como a sudor, sal, tierra mojada y vida comunitaria.

En esa habitación, todo seguía un horario. Vaso entero de agua, dos pastillas. Una tostada, pero solo un poquito, por favor. Más agua, otras dos pastillas. No dormía ni estaba despierta. No sentía miedo porque no era consciente de nada. Sé que tenía el móvil conmigo, y que respondía a los mensajes, a cualquier mensaje, a cualquier hora, de cualquier persona. Aunque también sé que estaba drogadísima, llevaba tantos días tan drogada que ya ni siquiera me sentía drogada y me preguntaba si las pastillas estarían haciéndome algún efecto. La barriga, cosida y amoratada, hinchada y vacía, no me molestaba. El frío de noviembre entraba por los ventanales con corriente. Alguien a quien no conocía mucho me mandó un oso de peluche del tamaño de un cocker spaniel y me aferré a él con mis brazos delgados y temblorosos. No había nada por lo que estar triste. No había nada por lo que llorar. No había nada.

Por eso lo que ocurrió a continuación es tan confuso. Que en ese momento, cuando yo no estaba ni ahí ni allí ni en ninguna parte, cuando a todos los efectos me había muerto dentro de mi propio cuerpo, fuera a hacer la única cosa de toda mi carrera, de toda mi vida, que me ha provocado (me sigue provocando) auténtica vergüenza. Todo lo anterior había sido un juego de niños, o porque era falso, o porque en el fondo era una tontería enorme o porque en realidad no afectó mucho a nadie (pues ya sabemos que no es lo mismo afectar a alguien que irritarlo lo suficiente para que se ponga a tuitear).

Por respeto a las personas implicadas, algunas de las cuales me importan muchísimo y otras me importaron igual de mucho hace tiempo, no voy a describir lo que pasó. Solo diré que ocurrió el 17 de noviembre de 2017, lo que significa que acababa de volver del hospital esa misma mañana, algo que solo puedo deducir basándome en las fechas de los informes hospitalarios y en las marcas de tiempo de internet. Por tanto, sigue resultándome confuso cómo conseguí hacer una declaración pública y, por si fuera poco, una que fue descuidada, imprudente y dañina, y sobre un tema que solo debería haberse abordado con el máximo cuidado, sensibilidad y rigor.

Sé que Jenni había venido de Los Ángeles para verme. Sé que hicimos esa declaración juntas, como respuesta a una «petición de pronunciamiento», y que eso se decidió por mensaje de texto solo unas horas después de mi vuelta a casa. Sé que mi madre había intentado quitarme el móvil, diciéndome que no tenía que hacer ninguna declaración. «Esta no eres tú», me imploró, y me pregunté quién era entonces. Quizá, pensé, se había producido un accidente y «Lena Dunham» había muerto, y otra persona se había reencarnado en ese cuerpo deteriorado en vez de en el cuerpo nuevo que le habían prometido. Por aquel tiempo apenas tenía contacto con Jenni, salvo por mensajes esporádicos que yo trataba de mantener en un tono desenfadado y simpático. Sin embargo, de algún modo, esa declaración se escribió y se publicó de manera conjunta, y antes incluso de hacerme consciente de que se había publicado en internet, empecé a recibir mensajes, muchísimos mensajes, preguntándome por qué. A lo largo de toda mi carrera, cada vez que algo estallaba en internet, la gente a la que conocía se mantenía en

silencio, tentativa, bordeando el asunto. Esa vez me escribieron pidiéndome una explicación. Cada dos por tres, abría los mensajes y no tenía ni idea de qué me estaban hablando; era como cuando te despiertas de un sueño a la realidad y durante un instante no sabes dónde estás ni qué es verdad. Todos los mensajes que me llegaban, incluso los más amables, de gente que sabía lo que ocurría entre bambalinas y por tanto era consciente de hasta qué punto no estaba en plenas facultades, me eran confusos. ¿Estoy despierta ahora? Vale, ¿y ahora?

Podría intentar explicar aquí todo el trasfondo que desembocó en esa declaración que no recuerdo haber redactado (y lo habría intentado, si hubiese escrito este libro antes): las particularidades de las relaciones, las obligaciones y los sentimientos enredados en la decisión de defender a alguien frente a una acusación que yo no era quién para desacreditar, ni tenía ningún motivo claro para rebatir y sobre la que no tenía ningún puto derecho a opinar. Pero todo eso da igual. En esencia, no cambia lo que ocurrió, ni la vergüenza que siento al respecto ni —lo más importante— el dolor que causó. Estaba tan sumida en mi propia angustia (física, emocional, existencial) que había dejado de ser capaz de imaginar la de los demás o de implicarme en ella. La empatía me había abandonado, la cualidad más importante de una escritora, de una mujer, de una amiga, todo aquello que una vez había sido y que no sabía si volvería a ser. En cierto sentido, ese es el narcisismo de la fama en su forma más pura. Como un monstruo abstracto en una novela de H. P. Lovecraft, la amenaza que se había cernido sobre mí en los últimos siete años por fin había descendido y me había engullido en sus entrañas tras sacarme las mías. Pensé en lo que el doctor Seckin

había dicho sobre la histerectomía —que le roba el alma a la mujer— y sentí que se había colocado el último ladrillo sobre mi tumba.

La culpa y la vergüenza son sentimientos horribles. Lo son cuando llegan de forma inmerecida, heredada, inoculadas por la cultura o por un amante o amigo cruel. Y lo son aún más cuando surgen como consecuencia de acciones que tienes que admitir como propias, actos de los que no puedes culpar a nadie más. Si Alcohólicos Anónimos gira en torno a la idea de la reparación es porque, salvo que logres encontrar una manera de vivir con eso tan horrible, de integrarlo en tu vida y darle un sentido, de darle un propósito para que te aleje a ti y quizá también a otros de cometer pecados similares, acabarás bebiendo, drogándote, usando el sexo, el dinero, a la gente y el poder para intentar olvidarlo. Matarte poco a poco para pedirle perdón a alguien no solo es inútil, sino también cobarde.

En esos primeros días no sabía lo que aquel suceso llegaría a significar, ni para las personas afectadas, ni para mí, ni para Jenni ni para la gente que me quería. No vi ningún camino que me permitiera atravesarlo, ni había ninguno para bordearlo. No disponía de herramientas para disculparme, para enmendar el daño ni para entender por qué, de entrada, había ocurrido. Así que tiré la toalla en ese mismo momento y lugar, me rendí. Me quedé tumbada y no me levanté hasta después de mucho tiempo, pero de verdad. En el silencio de aquella habitación, en el aislamiento del después, no decidí suicidarme, aunque sí pensé que era hora de morir. Es posible que esa distinción no tenga sentido para todo el mundo, pero tendrá sentido para mucha gente. No iba a llevar a cabo la acción definitiva para acabar con mi vida, pero sí iba a dejar de luchar por sobrevivir,

evitando la comida, no bebiendo apenas agua, mezclando pastillas sin cuidado y actuando, en la práctica, como si ya estuviese muerta. Esa actitud podía percibirse como ensimismamiento, dramatismo, una forma de convertir mi propio dolor en el epicentro de la historia de otra persona; o podía percibirse como lo que era: un deseo no muy consciente, porque nada lo era, de dejar de existir, de hacer dormir para siempre a mi cuerpo gastado (y por tanto a mi nombre, también gastado, usado en exceso, raído). Ahorrar a los demás el bucle agotador de reaccionar a reacciones a mi persona, eliminar de su vida esa inquietud. Ya era hora, pensé. Sin duda, ya era hora.

***

En los días posteriores a la operación, pasó gente por la habitación fría del colchón en el suelo. Mi madre recibía a todo el mundo, le ofrecía té y *rugelach*, mantenía las conversaciones que yo no podía tener, y luego acompañaba a quien fuera a mi dormitorio. America. Zadie, a quien mi madre endilgó unas botas que nunca había usado. Autumn. Hari, a quien le di mi jersey de cachemira beis de The Row, como si estuviese en mi lecho de muerte delegando mis efectos personales a mis hijos. Riz, que por casualidad se estaba quedando en el apartamento de arriba y que no estuvo mucho rato de visita, pero que me inspiró para lavarme el pelo. Russell vino desde Los Ángeles con solo una mochila y su amor inquebrantable, y estuve sentada en el baño durante toda su visita. Audrey, con quien llevaba bastante más de un año sin hablar, se enteró de la operación por una amiga común y apareció horas después de saberlo, con gesto serio y sus medias negras tupidas; posada al pie de la cama, como

recordándome que daba igual lo que nos hubiéramos dicho a la cara o por la espalda siendo unas veinteañeras, que ella estaría ahí, con los ojos muy abiertos y sin palabras, cuando pasaran cosas irreversibles. Yo nunca gestaría a un hijo. Eso es verdad. Pero justo después de que el bisturí separase por fin y para siempre mi útero de los tejidos que lo mantenían ligado al resto de mis órganos, tomé una decisión que me impidió seguir siendo la persona que era antes de tomarla.

«A lo mejor es que querías meterle fuego a tu vida y ya está —me dijo Russell desde el otro lado de la puerta del baño—. ¿Podría ser así de simple? No sabías de qué otro modo hacerlo y te las arreglaste como pudiste».

Aquel primer día en casa solo había estado Jenni, que vino pero no se quedó. Teníamos ya el foco puesto en el Gran Mal que habíamos hecho, y recuerdo el sonido de su llanto, confusa y temerosa pero expectante, como si yo pudiera tener una solución. Me acuerdo de estar escuchando una llamada entre varios relaciones públicas y de recordarme a mí misma de vez en cuando que tenía que decir «sí, vale, sí». Recuerdo cómo me miraba Jenni, con una cierta repulsión, o quizá fuese preocupación, o a lo mejor en el fondo eran lo mismo al final. Quizá fuese el color de mi piel, como el del agua turbia, o el mechón diminuto de pelo azul que, en el mejor de los casos, me hacía parecer uno de los muñecos Troll originales. Tal vez era la tragedia de una habitación desprovista de efectos personales, o el hecho de que ninguna de las personas que se suponía que debían querer cuidarme —Jack, mi hermano— estuviera allí, y que pese a todo yo hablara de esa gente con la voz cantarina de la señorita Havisham. A lo mejor Jenni veía en mí la alianza

podrida que había dado lugar a aquello sobre lo que ahora estábamos hablando con los relaciones públicas. No obstante, una gran parte de mí percibía que, ahora que estaba allí vaciada de todo mi capital, de todo mi talento, de toda mi capacidad para abrir puertas o crear oportunidades, exprimida por completo de los dones que habían hecho de mí una inversión tan atractiva, Jenni había puesto punto y final. Pensé: *¿Ya no te caigo bien? Pero si me creaste tú. El monstruo feminista de Frankenstein, una buena chica, cosida a partir de restos sueltos, con un arma prestada en la mano. A menudo fui yo quien disparaba, pero los crímenes los planeaste tú todos. Me prometiste que estarías allí cuando saliera huyendo por la puerta de atrás del banco, y en vez de eso te largaste ante el mínimo indicio de la policía y empezaste una vida nueva en Canadá*.

***

A los diez días intenté volver a mi casa con Jack a pasar una noche. Me recibió con mucha dulzura, me acompañó desde la puerta hasta la cama como a una huérfana rica que hubiese regresado del sanatorio a la casa de un tío rico en una novela victoriana: «¡Qué emoción tenerte de vuelta, Tilly! Vamos a intentar tratarte como si fueras nuestra hija de verdad». Sin embargo, pasados diez minutos, estábamos ya en distintos iPad, viendo series diferentes, y me di cuenta de que a Jack le sorprendía la cantidad de veces que me hacía falta ayuda para salir de la cama, el poco ruido que hacía, así que a la mañana siguiente llamé a mis padres y les dije: «A lo mejor la niña no estaba muy preparada para volver».

Jack planeó una visita para la siguiente semana. Mi madre me peinó como a una muñequita. Me puso una diadema y unos pendientes largos, unos pantalones anchos de satén, pintalabios. Me hizo sonreír y posar para una foto junto a la ventana del salón y se la envió a Jack: «¡Está lista para ti!». Me sentí como a punto de meterme en un matrimonio concertado por un rabino conservador, y justo ese era el aspecto que tenía. *Pregúntale por sus intereses. Dile que siempre has querido ser madre. Ocho, nueve, diez hijos. ¡Los que Dios quiera! Que eres una mujer a la que le encanta cuidar de los demás, y también llevar la casa. Una mujer que sabe muy bien el valor del dinero, y que sabe respetar y venerar a su marido, al que solo se antepone Dios*.

***

Jack y yo tuvimos nuestra peor pelea (no la última, porque seguiríamos así años, pero sí la última como pareja) en la cama de mis padres, dos semanas después de mi histerectomía. Fue de esas discusiones en las que la gente dice cosas que ya no tienen vuelta atrás, que te persiguen mentalmente a las cuatro de la mañana y para siempre, a no ser que consumas cantidades enormes de aya-huasca o te mueras. Jack me dejó claro lo que pensaba de mi enfermedad, de mi autocompasión, de mi actitud ante la vida pública («Es como si quisieras que toda esa gente que adora tu trabajo te ODIASE. Se supone que los artistas hacen feliz a la gente y a ti eso te da igual») y de mi capacidad para comprometerme y ser cariñosa como pareja (y aún peor, como madre). Cómo iba a implicarse él en una vida y en una familia conmigo, se preguntaba,

si yo no era capaz de dejar atrás ni siquiera algo así. No le faltaba razón, solo que tardó demasiado en expresar sus reservas. Si no hubiera estado postrada en una cama, habría acabado por estarlo después de aquello.

Estoy segura de que Jack pensó lo mismo de las cosas que le dije yo, pero en aquellos momentos no me quedaba margen para ser comprensiva. Había intentado explicarle el temor que le tenía a mi creciente dependencia de la medicación. «Me da miedo —tartamudeé—… que a lo mejor soy adicta… a todas esas medicinas». Su respuesta fue ir al baño y tirar cabreado todas mis pastillas por el váter, lo que obligó a llamar al médico y hacer un viaje nocturno a la farmacia para reponerlas y evitar que me entrara el síndrome de abstinencia —de cualquiera de aquellos fármacos— durante la noche.

Cuando regresó con las medicinas, tenía la cara endurecida por el asco. Mi aspecto debía de ser lamentable, sin lavar, con el pelo a parches, sin nada que ofrecer. Seguro que Jack estaba asustado. Seguro que se sentía solo. Pero en aquel momento lo único que yo sabía era que —después de años de pequeñas confesiones, instantes en los que afloraban sus dudas sobre mi bondad y mi integridad— al final Jack me había hablado en unos términos que nadie había usado conmigo nunca; que nunca les había escuchado a mis padres entre ellos, ni siquiera cuando discutían y se cabreaban; que nunca le había consentido a nadie, ni siquiera estando tumbada bajo los peores hombres, mientras me ocurrían las peores cosas. En su momento creí que no le había replicado porque estaba demasiado agotada como para decirle cosas parecidas; en retrospectiva me doy cuenta de que, realmente, por naturaleza soy incapaz de hacerlo.

En vez de eso lloré y le supliqué que no se marchara, y pasó la noche allí, a regañadientes. Pedimos comida y vimos ese episodio de *Black Mirror* sobre las lesbianas que siempre hace llorar a todo el mundo. Luego Jack se levantó temprano y volvió a ponerse su atuendo de *Dónde está Wally*, con la camiseta a rayas y los pantalones anchos tobilleros. Se iba de gira, y acordamos poner en pausa nuestra relación y abordar lo que fuera necesario después, cuando las cosas se hubiesen calmado. Lo abracé en la puerta. Él me dio unas palmaditas en la espalda. Volví cojeando a la cama, exhausta.

Decidí, en aquel momento y lugar, que lo único que podía salvarme era sentirme deseada.

***

Cuando tenía ocho años conocí a un chico al que llamaré Nick. Era vecino en la urbanización de verano a la que nos acabábamos de mudar, un laberinto de casas de madera en torno a un lago, tipo *Dirty Dancing*, con patios llenos de bicis sucias y canoas y un puerto deportivo. Yo estaba sentada en la hierba reseca de mi nuevo jardincito con un vestido azul de algodón, imitando con toda intención la pose clásica de *El mundo de Christina*, cuando vi a alguien asomarse por detrás de un árbol. Era un niño bajo, rechoncho, con una máscara de gorila y un par de tirantes arcoíris.

«¿Quién eres?», le pregunté, y desapareció de nuevo detrás del árbol como si fuera un espejismo.

Según Nick (yo no lo recuerdo, cosa rara), una vez me negué a dar un paseo en bici con él porque le dije que estaba «conectando

con la inspiración» mientras escribía mi diario en la hamaca. Pasamos cinco o seis veranos como polos opuestos y complementarios, cogidos a veces de la mano en su barca inflable en el lago, encima de los nenúfares y debajo del puente cubierto. En una ocasión me caí adrede del bote para que pudiera rescatarme, pero en vez de tirarse al agua, se echó a reír y se largó remando.

Salíamos de caminata y nos desviábamos de los senderos. Íbamos juntos con la bici y yo me quitaba la camiseta como rechazo a los roles de género, y recorríamos casi kilómetro y medio con nuestros pechos igual de planos expuestos al aire caliente.

Una tarde, en su cama, cuando teníamos doce años, apoyé la cabeza en su barriga blanda y tapada por el algodón marrón grueso de su camiseta de Comedy Central, y nos quedamos así unos minutos.

En sexto hubo un baile en el que se juntaron varias escuelas. Nick me llamó al fijo y me pidió que fuera su pareja, y me trajo una única rosa roja. Una vez allí, pasó de mí y empezó una pelea con un niño de otra clase en la que sacó su navaja. Después de eso no respondí a sus llamadas. Lo mandaron a un internado especializado en disciplina, donde practicaba lucha libre y se sacó la licencia de piloto privado a los dieciséis. Yo fui a un centro de secundaria especializado en ser tú misma y en probar la heroína. Una amiga común perdió la virginidad con él en el sofá de la casa del lago que había frente a la mía y tuvieron que darle la vuelta al cojín para que la madre de Nick no viese la sangre de ella en el tejido blanco.

Con dieciocho años volví a encontrármelo en el vestíbulo del Eugene Lang College de la calle Doce. Yo estaba cursando un año en esa universidad, con idea de trasladarme después. A él lo habían

echado de una de esas universidades con fraternidades por hacer algunas cosas típicas de fraternidad pero en grado tal que fueron demasiado incluso para una universidad con fraternidades. En esa época yo iba a saco con esa estética alternativa que orbitaba en torno a lo drag: batas de casa de los años cincuenta, tacones de cuero sintético color cereza y pieles falsas extragrandes con manchas de pintalabios coral, que llevaba a fiestas queer en las que chicas que llevaban bigotes pintados sobre el labio superior me lamían el cuello y me chupaban los lóbulos. Nick, con su polo y sus chinos, parecía perdido entre tanto muchacho con el pelo cortado asimétrico.

Las formas rechonchas infantiles habían desaparecido y estaba fibroso y flaco. Yo aún no sabía que pelear en la categoría de peso más bajo en su escuela lo había convertido en un bulímico en toda regla. Nos saludamos con una risa cómplice. Otra vez tú.

Esa noche dejé que Nick jugueteara conmigo entre las literas del dormitorio de mi residencia antes de negarse a follarme porque yo era virgen; dio igual lo mucho que le insistí con que tenía capacidad de compartimentar y con que no «me volvería demasiado loca ni me quedaría pillada». A la marchita edad de diecinueve años, me respondió que «las chicas siempre se pillan».

***

No volví a ver a Nick hasta diez años después, en una fiesta de Navidad en casa de Isabel, mi amiga de la infancia. Las fiestas de Navidad de Isabel: un acontecimiento que atraía a la mitad del mundillo artístico del sur de Manhattan, en el que se ingería un

jamón asado grande antes de tomar pralinés de nueces pecanas, en el que siempre se rompía una piñata para que llovieran caramelos sobre los niños, en el que una vez intentamos dejar a su hermano fuera del dormitorio de Isabel y sin querer cerramos la puerta tan fuerte que perdió la mitad superior de uno de los dedos y tuvo que estar hospitalizado una semana mientras se la volvían a acoplar, gracias al adulto que estuvo rápido y la metió en una taza con hielo y se la dio al conductor de la ambulancia.

Yo ya era famosa desde hacía cuatro o cinco años. Estaba en una época flaca y una época enferma, pero la pérdida de peso me había inspirado para empezar a usar chaquetas cortas y minivestidos, no los vestidos medio ñoños con volantes que solía llevar en otros tiempos, sino esos conjuntos más estilizados que te pones cuando tienes conciencia de ser joven y estar buena. Botas altas hasta el muslo. Un solo collar de oro. Labios malvas. Jack no había ido conmigo; no le gustaba la Navidad, o lo que él consideraba las agotadoras pretensiones de la gente con la que me había criado, o ya entonces, quizá, de mí misma.

Los estrógenos habían comenzado a regresar a mi organismo, recuperándose con el triple de fuerza, y recuerdo sentir una especie de calentura omnipresente dirigida a nadie en particular y a la vez a todo el mundo. Había pasado de cero estrógenos a todos los estrógenos, que volvían de golpe como una jauría de perros rabiosos, y casi no había un hombre que conociese y con el que no me plantease durante un instante cómo sería follar.

Vi a Nick al otro lado de la habitación, cambiado pero inconfundible, vestido con un estilo más conservador que el resto; parecía un técnico informático perdido, con unos bíceps tremendos.

La cara se le había afinado y adquirido una guapura muscular. Cuando alguien ha sido muchas personas distintas para ti —y una parte de mí sabía que Nick aún sería varias más— la sensación es rara, como de estar fuera de tu propio cuerpo.

Me acerqué a él.

—Tú otra vez.

—Lena, Lena, Lena.

Me estremecí de pies a cabeza. Estuvimos hablando de nada en particular, evitando lo importante, pero me enteré de los detalles básicos: era soldador y viajaba de obra en obra. Ese trabajo lo había llevado a Islandia, Haití, los Hamptons… Me contó que llevaba un tiempo sobrio, que vivía en Harlem y que salía con una abogada llamada Ronit que lo llevaba por el buen camino (al principio se refirió a ella como su compañera de piso, hasta que presioné).

Intenté pasearme por la fiesta, pero no podía dejar de mirarlo, de buscarlo. El deseo era tan intenso que me estaba poniendo mala; iba doblada por la cintura, tambaleándome ligeramente sobre los tacones aunque no hubiese bebido nada. No registré que, pese a su relato de estar sobrio, Nick tenía una cerveza en la mano. Aún no estaba entrenada para fijarme en esas cosas.

Al final de la noche, cuando vi que se marchaba, corrí a la noche gélida sin el abrigo puesto para preguntarle… ¿Qué quería preguntarle?

En vez de eso, me preguntó él: «¿Vamos a estar viéndonos siempre cada diez años?».

***

Nick y yo permanecíamos en contacto intermitente por correo electrónico. Algunas veces me enviaba un selfie con una sonrisita. Otras escribía mi nombre y nada más. «Lena». Yo había evitado darle respuestas en serio, por la idea de que ser adúlteras era algo que hacían las mujeres dementes en las novelas, pero ya no tenía nada claro.

Nunca había dejado de flirtear (a ver, que todavía no estaba muerta), pero sí había respetado unos límites cuidadosos y jamás llevé las cosas lo bastante lejos para que pudiera decirse que me había pasado de la raya. Si hubiese querido fijarme, quizá habría visto que Jack no estaba respetando esos límites de forma tan rigurosa como yo. Pero aunque yo no prestara atención, internet por supuesto que sí, y alguien hizo un PowerPoint bastante increíble sobre el asunto, tan convincente que me llevó a replantearme situaciones en las que yo misma había estado presente. Más adelante, en mi momento de mayor desesperación, le escribí un DM a la autora del PowerPoint, que no parecía tenerme especial aprecio: «Ella es una gilipollas, pero se la han jugado». Quería demostrarle que estaba al tanto del tema, que sabía encajar una broma, que no me estaba convirtiendo en una masa inerte de espuma de embalar. De inmediato, la chica me preguntó si quería participar en su podcast. Le dije que no.

Hasta ese momento me había visto siempre a mí misma como una especie de medio mujer casada, y por tanto había respetado el código de las mujeres casadas (puedes masturbarte pensando en alguien que se dedica a oxidar metales, pero ¡sin tocar!). Sin embargo, los acontecimientos de las últimas semanas cambiaron las reglas del juego a «cada palo que aguante su vela» y que trate de

sobrevivir. Así que le escribí a Nick con total impunidad, le dije que acababa de pasar por una cirugía mayor y que necesitaba ánimos.

«¿Nos vemos junto al puente? ¿Me traes un animal de peluche?».

Recibí una respuesta en menos de un minuto.

«Ya de camino. Corriendo».

***

Llegó justo cuando dijo que llegaría, sin animal de peluche, pero sí, corriendo, y empezamos a pasear por la noche de Brooklyn bajo cero. La pierna aún me palpitaba mientras subía renqueante tras él la rampa del puente de Williamsburg. Nick empezó a contarme un poco sobre su vida. Se había pasado el verano en un centro de desintoxicación, compartiendo habitación con el hermano de cierto expresidente. Acababa de salir de su casa de apoyo de sobriedad y estaba empezando a pensar en volver a trabajar.

Yo no intenté edulcorar nada ni hacerle pensar que mi vida era sofisticada, dentro de una industria sofisticada. Le hablé de las horas interminables en el hospital, de mi movilidad limitada, de mi relación en ruinas, de la histerectomía que me habían hecho hacía menos de un mes. Cuando llegamos a la mitad del puente me detuve, me lo quedé mirando y le sugerí que nos diéramos un abrazo, idea que Nick aceptó sin más preguntas. Me envolvió en sus brazos y me apretó como esa máquina tan importante que Temple Grandin inventó para calmar a las vacas. Y funcionó.

Dejé que mis labios se desplazaran lento por su cara hasta los suyos; recordé entonces la vez que la madre de Marissa, mi amiga de secundaria, nos contó que, cuando en los años setenta tuvo una

aventura y engañó a su primer marido con el padre de Marissa, insistía siempre en llevar una capa de terciopelo rojo con una capucha allá donde fuese, en apariencia para ocultar su identidad, aunque quizá más bien para celebrarla. «Una capa de adúltera», la llamó.

Yo llevaba entonces una sudadera del tamaño de un remolque de aluminio, pero también estaba lista para el adulterio.

Nick sugirió que fuéramos hasta su apartamento, aunque necesitaba parar antes a pillar hierba en la trastienda de un comercio dominicano del Lower East Side. Le respondí que me apuntaba, sin cuestionar en ningún momento cómo casaban la hierba y desintoxicarse. ¿Quién era yo para hacer preguntas, drogada todo el día con dos pastillas de oxicodona —un fármaco opioide— y otra de clonazepam para rematar? En el taxi volvimos a abrazarnos y le dije:

—He pasado por algo horrible. No quiero hablar de ello, pero necesito que me folles y que hagas tú todo el trabajo.

—Eso está hecho.

El médico me había dicho que debía abstenerme del coito durante al menos seis semanas. En su momento me pareció una broma, como si me hubiesen dicho que me abstuviese de subir al monte Everest o de crear una aplicación que revolucionase el conteo de calorías para la madre moderna. ¿En qué puto universo iba yo a follar?

Pero en aquella habitación, pequeña y ordenada, que alquilaba, Nick hizo lo que le pedí y llevó la iniciativa. Me quitó la sudadera y me besó las tetas casi heladas. Fue bajando por mi barriga. Cuando me quitó los pantalones, se fijó en los moratones de la heparina.

—¿Esto te lo he hecho yo?

Sonrió socarrón mientras pasaba una mano ruda por todo aquel morado.

—No. Es que me han quitado el útero —le respondí.

—Voy a serte sincero: no estoy muy seguro de lo que es un útero.

Lo besé con ansias, como una especie de gracias a lo bárbaro. Yo también quería olvidarme de lo que era un útero, y Nick iba a conseguirlo. Y rápido, por favor, porque solo me quedaban veinte minutos antes de que mi superpendiente mamá viniese a recordarme que me tomase un analgésico en versión extrafuerte y media pastilla de oxicodona con paracetamol y me metiera ya en la puñetera cama. No le conté a Nick que justo esa mañana un sitio web había escrito un artículo titulado «¿Lena Dunham se ha ahorcado al final?» ni que estaba viviendo en la habitación de invitados de mis padres con dos osos de peluche y una caja tamaño familiar de enemas de aceite mineral.

Al instante, Nick me estaba comiendo el coño y metiéndome sus dedos anchos, todos a la vez, pero esa vez me gustó. Se escupió en la mano y de pronto me estaba follando. Sentí algo en mi interior, distante a causa de la medicación pero en cualquier caso ahí estaba. Fue como un desplazamiento, un desgarro, un dolor que de nuevo percibí como placer, y solté un grito ahogado. No tuve que pedirle que aflojase; lo hizo sin más. Y permanecí ahí tumbada, como le había prometido, dejando que me ocurriese todo aquello. Estaba con los pies en la tierra, en proceso de aterrizaje y arriba en el espacio, dando vueltas en otro lugar, todo a la vez. Mientras Nick se movía con meticulosidad entre mis piernas, sentí una euforia que en los últimos meses solo me había proporcionado la medicación

intravenosa. No era del todo placer sexual —aún no me encontraba en ese punto—, pero parecía ser que por primera vez en meses tenía pensamientos completos, y sonaban más o menos así: *Soy una adúltera. Soy una zorra. Mis intestinos están donde debería estar mi matriz, pero mírame: estoy viva*.

***

Menos mal que me he sacado eso de dentro, me dije mientras recorría aturdida en un Uber las tres manzanas de vuelta a casa de mis padres desde la habitación de Nick. Mi madre me estaba esperando despierta.

—¡DÉJAME EN PAZ! ¡Necesito algo de espacio para vivir! —le grité, como si menos de un mes antes aquella mujer no hubiera estado pendiente de mi silueta tumbada bocabajo en la UCI.

—¿Qué harías tú si tu hija anduviera por las calles con puntos todavía frescos en la vagina? —me preguntó, y no le faltaba razón.

—Me he follado a Nick —le respondí como si nada, mientras cerraba la puerta de mi dormitorio.

—Pues bien por ti y tu follada —me dijo, y parecía decirlo en serio —. De verdad, a estas alturas, todo lo que ayude, bienvenido sea.

A la mañana siguiente me desperté en estado de pánico, sedienta y desagradablemente sobria, toda hecha aristas. Durante el año anterior había estado durmiendo con muchas capas, incluso las noches de más calor, pero ahí estaba, desnuda y bocabajo, y era como un comisario de policía topándome con mi propio cuerpo. Esperaba que todo hubiese sido un sueño, notar ese alivio de constatar que era un mal pensamiento que solo había tenido. Pero lo

había hecho de verdad. No sabía con quién hablar, así que llamé a mi amiga Randi, en quien siempre había confiado cuando buscaba opiniones que incluyeran las muchas gamas de grises inherentes a la moralidad humana.

—He follado —le dije, y durante un segundo se me olvidó mencionar que no había sido con mi novio.

—Genial, eso es que te encuentras mejor, ¿no?

—No, lo he hecho con mi novio de los 12 años.

Le expliqué mi lógica: al saber lo que se sentía cuando alguien te deseaba, podría presentarme más plenamente ante mi alma gemela. Pienso en serio que esa idea puede atribuirse directamente a haber visto de pequeña en el cine *Los puentes de Madison*, una película en la que la mujer desesperada que interpreta Meryl Streep se pasa una semana recibiendo de lo lindo por detrás gracias al sexy fotógrafo itinerante que interpreta Clint Eastwood, para luego regresar a un matrimonio sin amor. Clint queda tan conmovido por su aventura de cuatro días que le deja en herencia a Meryl todas sus posesiones materiales. Al final ella muere también, pero no sin dejar por escrito instrucciones a sus hijos para que tiren sus cenizas desde el mismo puente que él. Todo muy normal.

***

Nick compartía su estrecho apartamento en un sótano con dos tipos llamados Chad, uno gay y otro hetero. No tardé en empezar a llamarlos Chad el Bueno y Chad el Malo (el hetero era el malo, evidentemente), aunque durante la semana previa a que Jack y yo rompiésemos mantuve la esperanza de que de algún modo ninguno

reconociese a esa frágil visitante de poco pelo que llevaba una enorme sudadera con capucha. Tenía toda mi confianza puesta en parecerles algún despojo emo que Nick hubiese recogido en la cola de una clínica de metadona.

El piso estaba decorado como el dormitorio de una residencia universitaria compartido por tres miembros depresivos de una fraternidad queer: bandera arcoíris, sofá de piel, pared vacía con varios folletos pegados de comida para llevar… La habitación de Nick siempre estaba helada, y esa primera semana me pregunté qué había hecho yo en esta vida para merecer volver al mundo anterior a los trabajos de verdad de camas sin estructura ni sábanas bajeras; aunque también me preguntaba qué había hecho para merecer la oportunidad de recorrer aquella preciosa espalda con las manos, de llevarme una polla como esa a la boca y de tener unos labios así susurrándome: «Sabes que tu coño es el mejor, ¿no?». Nos pasamos la semana entera desnudos. Follábamos tanto que la colcha se caía de la cama y me quedaba tiritando bajo el sudor de él. Follábamos a los pies de la cama por la mañana, él iluminado desde atrás de forma que le veía el único y horrible tatuaje que tenía: un reloj medio derretido. Las pastillas me facilitaban obviar el nudo crudo y furioso que en otros tiempos había sido mi cuello uterino, aún con los puntos, gritando en mi interior cada vez que me abría de piernas.

La tercera noche mis padres estaban fuera de la ciudad y Nick se reunió conmigo en su casa, donde bajó al pilón mientras yo miraba las llamas constantes sisear en la chimenea eléctrica. Al acabar nos dimos un baño, nos lavamos el pelo el uno al otro a la vez, y volvimos a follar encima de la colcha de mis padres. Me miró profundamente a los ojos mientras se movía encima de mí y me

dijo: «Por tu culpa me están entrando ganas de cortarle los frenos al coche de tu novio».

***

El viernes por la noche Jack volvió a casa de una gira. Apenas habíamos hablado en las dos últimas semanas, todo un contraste intenso respecto al flujo interminable de «hola, bebé» y «te quiero, monete» que solía salpicar incluso nuestros días más chungos. Le dije que necesitaba otra noche de descanso en casa de mis padres y que iría a la nuestra por la mañana. Me quedé dormida en la habitación de Nick después de que me follase escuchando una canción de Lana Del Rey: *But you get ready, you get all dressed up / To go nowhere in particular*.

Por la mañana me duché, me vestí y regresé a casa con Jack, que aún dormía. Me colé en la cama y me acurruqué junto a su espalda como una gamba. Se me arrimó y me dijo: «Te quiero».

Lloré sin mover un músculo de la cara, sin temblar, sin hacer un solo ruido. Traté de calmar mi terror puro y duro a base de decirme que por fin había vuelto a casa después de un mal sueño. Que ya me había arreglado a mí misma, que había demostrado que podía ser la joven friki, sexy y alegre de la que él se había enamorado. Que había exorcizado al demonio. En cierto modo, me había follado a Nick por el bien de los dos, para que nuestra casa volviera a ser un hogar. Todo iría mejor a partir de entonces.

Me quedé dormida al ritmo de la respiración de Jack, tal y como había hecho durante casi seis años.

Cuando me desperté, Jack estaba en la cocina. Me dijo que tenía hambre y pedimos algo de desayunar. Sacamos de su envoltorio unos sándwiches de huevo y unas tiras de beicon que nos trajeron de la cafetería en la que teníamos cuenta. Pero no me sentía capaz de comer. Ni de hablar. Ni de fingir.

—Creo que los dos sabemos… que no nos estamos haciendo felices el uno a-a-al otro —tartamudeé antes de que los sollozos se apoderasen de mí.

Jack asintió. Juntamos las frentes y lloramos. En un arranque de autoengaño, le pregunté si de todas maneras podíamos seguir teniendo citas.

—Podemos hacer lo que tú quieras —me respondió.

El alivio nos llevó a una euforia de adoración. Nos dijimos todas las cosas maravillosas que cualquiera de los dos habría querido escuchar alguna vez.

—Da igual lo que pase: siempre serás mi primer gran amor —le dije.

—Y tú el mío —contestó llorando.

Una vez sin ese peso encima, Jack parecía tan joven y tan pavo, tan sabio y tan presente, tan exactamente igual a como lo había conocido.

Capítulo catorce

Viejos amores

Jack y yo rompimos un sábado. Teníamos una sesión de terapia programada para el lunes siguiente y, cuando salí de nuestra casa en un Uber, con unos cuantos pijamas más y unos cuantos botes de rímel caducados, acordamos vernos allí para hablar de lo que vendría a continuación (en retrospectiva, hay algo curiosamente adorable en un par de treintañeros sin hijos que creían que quedaba algo por venir).

Al darme un abrazo de despedida en la puerta, se mostró más cuidadoso y tierno de lo que lo había sido conmigo en mucho tiempo. Me entraron ganas de empezar desde el principio. Esa noche me escribió: «¿Cómo te sientes?».

Costaba explicarlo. Por un lado, el corazón me pesaba tanto que creía que se me iba a hundir y a sustituir a mi útero. No podía pensar ni demasiado en el futuro ni demasiado en el pasado sin quebrarme en un llanto histérico. Por otro, Nick estaba en mi dormitorio provisional, seguramente con la cabeza metida entre mis piernas mientras yo respondía: «Muy rara».

Me puse guapa para la terapia del lunes, como esa clase de mujer cuyos sentimientos podrían convertirse en realidades: mujeres que llevan chaquetas de punto y pantalones capri, y un collar con un

único colgante. Le contamos a la terapeuta, con cierto orgullo, cómo habíamos tomado aquella decisión juntos, que íbamos a seguir siendo mejores amigos.

—Los dos sabemos que es así. Estamos destinados a ser mejores amigos —dijimos.

—Quiero ser familia de Jack para siempre —añadí, sin saber cuántas jóvenes sometidas al escrutinio público habían dicho algo parecido para sofocar la preocupación condescendiente que acompaña a la pérdida de un buen hombre.

Fuera, en la calle Diez, Jack me abrazó con gesto protector y me puso una mano en la cabeza para asegurarse de que no me diera un golpe al subirme al Uber. Acordamos no preocuparnos por sacar mis cosas de la casa hasta después de las vacaciones. Él se quedaría con el apartamento.

—De todas maneras, a ti nunca te gustó —me dijo.

Yo me quedaría con la casa de Los Ángeles.

—A ti esa tampoco te gusta —le dije.

Asintió: esa nunca le había gustado.

Al parecer, nuestra vida, construida con tanto esmero, era escandalosamente fácil de dividir en dos.

***

Después de que Jack y yo rompiéramos, las cosas con Nick cobraron velocidad y masa. «Buenos días, preciosa», me escribía desde su primera carrera del día. «¿Cómo está hoy mi chica sexy?».

—Tengo que deshacerme de él —le dije a mi única amiga soltera, alguien con una chispeante alegría de vivir en lo que a ligues

respecta, experiencia que yo necesitaba como el comer—. Me escribe como si estuviéramos en una telenovela mala. No lee. Se pone pantalones cortos de correr de malla para salir a cenar.

—A lo mejor ahora mismo es divertido —me respondió ella, y se encogió de hombros.

Así que quise creer que me estaba entreteniendo con esa clase de sexo juguetón y fácil que imaginaba que tenía la gente muy sana y en forma.

Sin embargo, una parte de mí sabía que en aquello no había nada de sano ni en forma. En Nick la necesidad era palpable, y su historia afloraba a chorros intermitentes. Desde la última vez que habíamos tenido trato de verdad, hacía catorce años, se habían sucedido su paso por el Ejército, la herida en la cabeza (cuyos detalles solían variar) y una relación tóxica con una controladora aérea adicta a las sales de baño que salió de su remolque para perseguirlo con una escopeta. Costaba entender cómo un hijo de una familia progresista neoyorquina había acabado en esas situaciones, había encontrado precisamente esas aficiones. Obvié el trasfondo de todo aquello, como si su temporada en el Ejército o su amor por los campos de tiro fueran una pasión cursi por la cultura estadounidense de la vieja escuela, aunque, de haber sido así, ¿no estaría tocando el banjo?

Y tampoco parecía capaz de explicarme por qué no le permitían regresar legalmente a Francia.

Lo único que sí me contó fue que estuvo viviendo solo en Harlem y que en esa época su alcoholismo se agravó tanto que de pronto se despertaba en bancos de la calle y en coches aparcados de gente desconocida. Acumuló antecedentes por conducir borracho, se presentaba en el trabajo aún arrastrando las palabras, tuvo un

episodio de pancreatitis grave, trató de suicidarse y luego acabó en rehabilitación, donde empezó a correr veinticinco kilómetros al día y a follarse a mujeres casadas en el jardín japonés de piedras que había detrás del centro de ejercicios. Cuando llegó a casa cuatro meses después, se mudó a una residencia de apoyo a la sobriedad, con una panda caótica de ansiosos exconsumidores de heroína con el pelo rosa, y banqueros que habían dejado la coca. Vivió en ese lugar cuatro meses —que solía ser su límite en cualquier parte— y se convirtió en un líder apreciado por todos en aquella isla de juguetes rotos. Lo sé porque lo acompañaba allí todas las semanas para que le hicieran un análisis de orina.

Cuando fui a por un vaso de agua a la cocina, una chica de veinte años, con cicatrices autoinfligidas en la cara interna de los brazos y una camiseta que decía CHERRY BOMB, me sonrió nerviosa y me dijo:

—Sé quién eres.

—Ah, la gente me confunde con ella —respondí.

Fue la única vez que probé con ese recurso, y ella se encogió de hombros y se sentó a ver una película de Disney con un plato lleno de trozos de brownie para compartir con las demás chicas que estaban sustituyendo los opiáceos por azúcar.

Antes de que pudiera acabarme el vaso de agua, Nick salió a toda prisa soltando una ristra de improperios sobre su compañero de sobriedad.

—No sé qué decir, tío. El análisis no miente —replicó el muchacho.

El análisis, aseguró Nick, había dado positivo en alcohol porque se estaba aplicando alcohol desinfectante sobre una herida. Claro, pensé. Claro.

—Soy un puto adulto, no tengo previsto beber pronto. Prefiero morirme a beber. ¿Por qué voy a tener que mear en un bote?

—Te entiendo, cielo, te entiendo.

De nuevo en la habitación del fondo del piso de mis padres, Nick me sujetó por las dos muñecas y me susurró: «Te quiero mucho, joder», mientras se corría. Yo no sabía cómo habíamos llegado allí, pero suponía que a esas alturas Nick era mío.

***

Después de dos semanas en el festival del polvo con Nick, mi vagina se rindió. Me desperté con la sensación de que un cuchillo romo se me retorcía sin parar por dentro. Llamé gritando a mi madre, que, con solo escuchar mi tono al decir «¿Mamá?» pidió una ambulancia. A esas alturas me había acostumbrado a las ambulancias; de una manera un tanto extraña, me parecían el medio de transporte más eficaz para trasladarme, como si yo fuera poli y a veces pusiera la sirena para llegar a casa colándome por el tráfico.

En las urgencias del Lenox Hill, donde ya me conocían muy bien, me costó un poco explicar mi situación. Al final mi madre interfirió:

—Bueno, vamos al grano: ha empezado a practicar muchísimo sexo demasiado pronto, pero tiene treinta y un años y parecía que eso le mejoraba el ánimo. ¿Pueden mirar a ver si se le han saltado los puntos?

El residente asintió y dijo que buscaría a una enfermera para hacerme una exploración interna.

Mientras mi madre y yo esperábamos —ella poniendo los ojos en blanco por la impaciencia—, la puerta de mi habitación se abrió de

golpe y entró Jack corriendo. Llevaba uno de los osos grandes de peluche que me había dejado en nuestra casa y tenía cara de preocupación y de amor pleno.

—¿Cómo te has…? —pregunté, confundida mientras recibía su abrazo de oso.

—Me ha escrito para preguntarme cómo estabas. Le he dicho que íbamos en una ambulancia —respondió mi madre.

Jack preguntó qué ocurría, dijo que quería estar ahí mientras me recuperaba, pensó que echaría de menos mi oso.

—Tengo que… em… ¿Puedo decirle algo al oído a mi madre? No es sobre ti, es que… Es una cosa de vaginas y no te hace falta escucharlo.

Y entonces me acerqué a mi madre y le dije:

—Busca a ese residente y dile que, cuando vuelva, no puede mencionar lo de follar, porque el tío que hay en esta habitación no es la persona con la que estoy follando y no sabe que he estado follando.

—¿Crees que le va a importar? —me contestó entre dientes.

—Ahora no es momento de averiguarlo.

—Bueno, lo intento.

Mi madre se encogió de hombros y desapareció en el pasillo para ir a explicarle a un pobre estudiante de Medicina que de algún modo estábamos viviendo en una comedia sexual francesa, si esas comedias se centraran en la anatomía reproductiva y contaran con un elemento de terror físico. Al menos una vez al año le pido perdón por aquello. Pero, cuando el residente volvió, dio la impresión de recordar la consigna mientras decía:

—Muy bien, vamos a llegar al fondo de esta… inflamación.

Jack interpretó el chasquido de los guantes de goma como una indicación para salir. Por preocupado que estuviera, ya no estábamos para compartir una exploración vaginal. Me tumbé en la camilla con mi oso de peluche gigante, como un tercer novio al que no era capaz de manejar.

***

Nick tenía una enfermedad convulsiva con un componente de sonambulismo (según él, como resultado de la herida en la cabeza), así que tomaba una potente mezcla de sedantes para dormir y quedarse inconsciente todas las noches. Costaba moverlo y, mientras dormía, daba patadas y codazos, y se quejaba, así que en nuestros cinco meses juntos me acostumbré a compactarme, a ocupar el mínimo espacio en la cama, encajándome en mí misma como una nuez viva que respirara.

Estaba ya habituada a ese esquema y a lo profundo de su sueño (me preguntaba si en caso de emergencia sería capaz de despertarlo) cuando lo vi tener un ataque por primera vez. Me desperté a las tres de la madrugada con el ruido de un ahogo violento y, al encender la luz, me encontré a Nick temblando y jadeando, con la cara enrojecida.

—¿Cariño? ¿Cariño? —escuché mi propia voz, desesperada como la furcia condenada a morir en una peli de miedo.

Nick seguía con el ataque cuando llegó la ambulancia, ahogándose, escupiendo, con la lengua fuera, tratando de hablar o quizá gimiendo sin más.

—¿Habéis estado consumiendo alguna droga? —me preguntó el paramédico mientras le tomaba el pulso, lo sujetaba a una camilla y le ponía una vía intravenosa con una precisión admirable.

—No, está sobrio —le aseguré—. A ver, hemos fumado algo de hierba, pero la tiene recetada por el médico.

He acabado por pensar que el peligro resulta más fácil de detectar de lo que creemos, aunque, cuanto más cerca está, menos conscientes somos de él.

O quizá fuera solo que yo seguía en un régimen diario de cuatro miligramos de clonazepam, además de los analgésicos que tuviera recetados en aquel momento, y a veces algo de la trazodona de Nick por las noches, para que me fuera más sencillo descansar junto a alguien que dormía tan profundamente.

No es que nadie se diera cuenta, o que nadie intentara intervenir; es que yo no escuchaba cuando mis amistades trataban de decirme, de maneras delicadas: «Nick parece un pelín… errático».

Tampoco presté atención a su hermano cuando me comentó: «Sé que lo quieres, pero no te ha contado la historia completa».

Ni me prestaba atención a mí misma cuando tenía la escurridiza sensación de que Nick estaba ausente de su cuerpo y se mostraba laxo con la verdad.

En vez de eso, me decía que las buenas personas merecen la oportunidad de ser buenas, que hace falta paciencia para sacarles la bondad que llevan dentro, que lo más importante era la dulzura de su corazón. Quizá solo necesitaba que alguien lo creyera sobre mí.

Nick siempre había tenido una suerte increíble con las mujeres. Con diecinueve años se había prometido con la hija de un coronel respetado. Vivían en una casa de varios niveles en Carolina del

Norte. Nick me contaba historias de barbacoas con gente de la iglesia y noches de fútbol americano los viernes, y de actividades de voluntariado a las que iban juntos vestidos con polos a juego. Tenía una capacidad asombrosa para entrar y salir de vidas nuevas, de nuevos sistemas de creencias, de nuevas camas. Había muchas cosas que no encajaban. ¿Cuándo estuvo en el Ejército, y qué le pasó exactamente en la cabeza? ¿Cuándo lo habían detenido en Francia? ¿Qué había ocurrido con la mujer que no paraba de llamarlo desde India, exigiendo saber cuándo iba a subirse a un avión como le había prometido?

«Está loca. Fue una cosa puntual y no sabe dejarlo ir», me dijo Nick.

¿Y por qué iba a querer dejarlo ir? Nick era guapo. Tenía un encanto afable, chapado a la antigua, unas manos fuertes y la increíble capacidad de estar siempre presente y, aun así, no pedir casi nada, mientras ofrecía leves reafirmaciones a lo largo del día: «Qué linda eres, niña».

Y entonces, un mes después de nuestro primer beso en el puente, me propuso matrimonio, delante de la chimenea, con un anillo que había hecho con una cuerda, usando los viejos nudos de pesca que había aprendido cuando vivíamos en el lago. «Quiero estar contigo hasta que seamos viejos y estemos llenos de arrugas», me dijo, y me metí el anillo en el dedo como pude, empujándolo hasta donde cabía.

Estaba colocada cuando le dije que sí. Lo sé porque siempre lo estaba por aquel entonces, a veces menos, a veces más, a veces solo con lo que tenía recetado, y a veces con los tremendos porros que Nick se fumaba día y noche, o con los estimulantes recetados

que me ofrecía Jemima para compensar la somnolencia de los demás fármacos. Sé que, en cuanto notaba que se me bajaba, hacía algo para asegurarme de nuevo el colocón inmediato. Lo único que existía en esos momentos intermedios era terror, pero, cuando me encontraba en subida libre, cuando el porro, el clonazepam y los analgésicos hacían su buen efecto, y Nick no me decía la verdad pero sí me follaba, y ningún ser querido me preguntaba cómo estaba ni qué planes tenía, en esos momentos sentía que estaba viviendo con una libertad muy merecida y que llevaba años persiguiendo.

Más adelante les pregunté a mis padres qué habían pensado cuando les anunciamos, con la misma informalidad con la que se pide una pizza, que íbamos a casarnos ese mes de agosto. Los dos coincidieron en que, sumando las continuas visitas a urgencias, la tensión por los suelos y el dolor que yo juraba que apenas disminuía, se habían conformado con verme tranquila, dando por hecho que ya gestionarían lo demás. Mi madre llegó a la conclusión de que Nick era un oso de peluche humano gigante. Yo era un polluelo y Nick era mi ala rota, y mi madre le daba de comer y se ocupaba de ver cómo estaba durante el día, incluso en las raras ocasiones en las que yo tenía otra cosa que hacer. Cuando me fui a Los Ángeles un par de semanas por trabajo, Nick se quedó en la habitación del fondo; decía que se sentía más seguro y más feliz cerca de mis cosas (en realidad, había dejado de pagar su alquiler).

Luego, mi madre me dijo:

—Mis amistades no paraban de preguntarme por qué me llevaba a ese muchacho a todas partes. Pensaban que teníamos una aventura.

***

La histerectomía fue en noviembre, la ruptura en diciembre, el «compromiso» en enero y, en febrero, regresé a Los Ángeles, en teoría para volver a trabajar con Jenni en una sala de guionistas, de cara a una nueva serie a la que HBO había dado luz verde. Me pegué extensiones de pelo en la cabeza para compensar la alopecia de patrón femenino inducida por las hormonas y traté de abrirme paso día a día como una persona de dignidad intacta. La noticia de la ruptura entre Jack y yo por fin llegó a la prensa, y, cuando leía Twitter, me encontraba varias versiones de «ding dong, la bruja ha muerto» y «por fin está libre el chaval para salir con una de su nivel». Los paparazzis se escondían en los arbustos de delante de mi oficina, tratando de sacarme fotos con aspecto de desconsolada. Y, aunque yo no me identificara con una persona desconsolada (al fin y al cabo tenía un nuevo amante buenorro y un hábito pastillero muy distraído), seguro que lo parecía, con mi cola raída de pelo ruso y un vaso extragrande de Starbucks, vestida con una camisa de terciopelo que ponía PARADISE y unos vaqueros que me colgaban de las caderas.

Me sentía tan sola sin Nick que le compré un billete para que viniera a visitarme el fin de semana, y fuimos en coche a Venice Beach, escondidos en la parte de atrás del Subaru de mi amigo para escapar de los paparazzis. Nos alojamos con Nancy, la amiga de mi familia que me había acogido en mi primer viaje a Los Ángeles. En su casa de invitados, lo hicimos por la tarde y nos quedamos dormidos a las cuatro, y, cuando me desperté justo antes de las nueve, me lo encontré ahogándose de nuevo con su propia lengua, sufriendo un ataque, aunque esa vez ya sabía, gracias a su médico y

a sus padres, que debía mantener la calma, meterle las pastillas en la boca e intentar cerrársela. Lo que al principio parecía tan aterrador era en realidad pura rutina.

Al día siguiente fuimos a Pismo Beach, donde la liamos con la reserva del hotel y tuvimos que pasar una noche en un Marriott, en una habitación con vistas al aparcamiento de un centro comercial. Yo seguía tomándome dos oxicodonas con paracetamol todas las mañanas, aunque ya hacía tres meses de la operación, y me pasaba la mayor parte del tiempo libre en la cama. Cuando Nick salió a correr, me puse a leer detenidamente sitios de cotilleos y vi una foto en *Us Weekly* de Jack sentado a pie de pista en un partido de los Knicks junto a una chica rubia que conocíamos muy poco, de verla por la ciudad. La chica tenía la cabeza apoyada en el hombro de Jack y parecían estar susurrándose. No sé qué me esperaba (¿que sus citas fueran todas de puertas para adentro, como tenía la decencia de hacer yo?), pero saqué el móvil y le escribí un mensaje: «¿En serio no había otra manera?».

Me dio la sensación de que todos los usuarios de Twitter que me habían repetido por activa y por pasiva que Jack estaba muy por encima de mi nivel tenían ahí una prueba fotográfica de que por fin estaba donde debía estar, en el cariñoso abrazo de una chica guapa con un perfil de Instagram bien cuidado y sin ninguna deshonra pública a su nombre. Lo peor era que me alegraba en cierto modo por él; imaginaba a la muchacha mirándolo con cautela desde el otro lado de una mesa a la luz de unas velas, agarrándolo de la mano mientras paseaban por el parque, diciendo que sí a actividades públicas divertidas como eventos deportivos a los que yo nunca habría ido, por bien que hubiera estado de salud (más adelante la

conocí y descubrí que, pese a su brillante lámina de pelo rubio, sus ojos enormes y sus Levi's vintage ceñidos, perfectos, estaba tan llena de ansiedad, melancolía y caos como yo; supongo que todo el mundo tiene «su tipo», y no siempre es algo tan sencillo como «las morenas»).

Unas noches después, cuando Nick ya se había marchado (y me escribía: «Echo de menos a mi niña guapa»), Jack aterrizó en Los Ángeles y vino directo del aeropuerto a la casa, donde seguía teniendo sus cosas en el armario, aunque no iba a quedarse. Me dolía tanto el estómago que me fui a la cama y él se sentó en una silla a mi lado. No teníamos mucho que decirnos; el delirio de amor del inicio de la ruptura se nos había pasado, pero no la idea de que seguíamos moviéndonos por el mundo unidos. Empezamos a pelearnos de nuevo como una pareja cansada, y me dijo: «Por favor, no hagas la misma mierda de siempre». Y yo le dije: «Ni siquiera estás siendo un buen amigo», me di la vuelta y fingí quedarme dormida.

***

Intenté sacar adelante los días en la sala de guionistas, pero me sentía o bien ansiosa y temblorosa o bien adormilada y floja. Parecía incapaz de dar con la tecla correcta. Jenni y yo acordamos que me volviera a Nueva York para trabajar en los guiones sola, como había hecho antes de la primera temporada de *Girls*, cuando no parecía capaz de adaptarme sin estar cerca de mi familia. Alguien recogió todas mis cosas del apartamento en el que Jack y yo habíamos vivido, aunque esa vez el servicio de mudanzas no fue tan prémium,

así que terminé con un bote de champú rebosando sobre mi Globo de Oro a mejor actriz de comedia.

Solo unos días después de llegar a casa volvió a apoderarse de mí un dolor que me resultaba familiar, que reconocí al instante como un quiste que vertía su contenido ácido en mi cavidad abdominal, aún en carne viva. En urgencias, los analgésicos parecían no hacerme nada, y, mientras me retorcía y me quejaba, una enfermera me dijo:

—Vamos a probar con otra cosa. ¿Sabes lo que es la ketamina?

En ese momento me estaban subiendo a hacerme una ecografía de urgencias.

—¿Eso no es para las vacas? —pregunté.

Nada más hablar tuve la impresión de que el pasillo por el que me movía empezaba a expandirse y a contraerse, infinito y estrecho en un instante y luego de pronto bulboso y redondeado. La mano de Nick parecía diminuta y su voz sonaba enorme, y, cuando traté de hablar, no logré escuchar la mía.

Al recobrar la conciencia vi al doctor Seckin junto a mi cama, con aspecto confuso y angustiado por haber encontrado otro «quiste de chocolate» enorme (el desafortunado nombre se deriva del color marrón fangoso que tienen esas acumulaciones de tejido desubicado, llenas de sangre vieja; al contrario que la mayoría de los quistes ováricos, estos son específicos de la endometriosis y de las formas raras e insidiosas que esta encuentra para continuar haciendo su trabajo).

«Parece que tu cuerpo no es capaz de calmarse», me dijo el doctor Seckin.

Conoció a Nick y sonrió con aprobación ante el hecho de que permaneciera cerca del hospital: «Me alegro de que este se quede

aquí para apoyarte».

Aunque él no sabía que Nick no tenía otro sitio adonde ir.

Esa noche, a la espera de una intervención, con un gotero de hidromorfona en el brazo y las enfermeras haciendo la ronda cada media hora, le pedí a Nick que por favor me follara. Había pasado de notar un dolor atroz a tener la sensación, inducida por los fármacos, de que mi cuerpo era un boceto animado a tiza. Sin más preguntas, se subió encima de mí y se me metió dentro, moviéndose lentamente, besándome mientras se corría en silencio. Recuerdo sentir que me había salido con la mía: tantos días y noches en el hospital y por fin les había ganado a su propio juego.

***

Hace poco le conté a mi tía Bonnie lo nerviosa que estaba por la publicación de este libro.

—Cuento cosas duras. Cosas que mis padres aún no saben —le dije.

Mi tía es la más pragmática de mi madre y sus hermanas, la más capaz de gestionar múltiples estreses sin levantar la voz. Es médica de urgencias, madre de un hijo adicto a cuya pérdida sobrevivió, abuela, y todo ello con el culo prieto de una chica de diecinueve años y el tono calmado, plano, aunque en cierto modo desafiante, de Diane Sawyer.

—¿El qué? ¿Qué podría ser tan sorprendente? ¿Qué no saben? Si la abuela Dot te vio desnuda en televisión cuando tenía noventa y seis años…

—Bueno… Para empezar, tuve relaciones sexuales en la UCI…

Una pausa. Me pregunté si mi tía iba a colgarme el teléfono del asco, decidida a vetarme en todas las futuras Pascuas judías.

—¿Y crees que eres la única que ha tenido relaciones sexuales en la UCI? Espabila —me respondió, y casi pude escuchar cómo ponía los ojos en blanco—. Dios mío, es que ese es tu problema: te crees muy original.

***

Mi madre quería que Nick y yo dispusiéramos de una casa para nosotros, como adultos (al fin y al cabo, teníamos treinta y uno y treinta y tres años, respectivamente), así que nos buscó un apartamento de alquiler una planta más arriba de donde vivían mis padres, que era donde nos habíamos acoplado. Al mismo tiempo, me daba la clara sensación de que querían recuperar sus habitaciones sin ocupar, y su vida.

Ella misma alquiló el piso por mí, sin que yo lo viera. «Tiene unas posibilidades increíbles», no paraba de decirme. Cuando por fin subí, me encontré con que era un apartamento moderno de una habitación, sobrio, con suelos de cemento brillantes, similar a un dormitorio compartido con pretensiones en una residencia, si le quitabas las vistas de muerte. Me sentía como una niña malcriada y lamentable por quejarme del piso que mi madre me había buscado, pero en los años que había pasado resentida con la casa de obra nueva que compartíamos Jack y yo me había ido a dormir muchas veces con la fantasía de tener un apartamento propio, una habitación en torreta pintada de blanco tiza, con una chimenea llena de libros, un colchón en el suelo y ninguna otra compañía que la

moldura del techo y los marcos de las puertas en arco. Fuera lo que fuera ese sueño, aquel apartamento era lo opuesto: el baño tenía una puerta deslizante de cristal empañado con un mango de plata grueso; el dormitorio era de un gris azulado muy masculino; la cocina estaba alicatada con cuadrados ochenteros de color azul claro, junto a un combi al que le faltaba la manilla del congelador.

Por lo general, la decoración del hogar me iluminaba como a una niña fetichista de las casas de muñecas, pero ahí no tenía ni idea de qué hacer con el espacio, salvo plantar en el centro del salón un sofá de Ikea igual de gris que lo demás y luego tirarme en él y darme por vencida. Mi madre intentó animar el resto y me prestó sus almohadones de piel rosa de Mongolia y un cobertor de satén a juego, como los que mi abuela siempre había preferido. Tras habérselo suplicado desde adolescente, también me cedió su cojín de piel rojo de Donna Karan, un autorregalo que se había comprado en Madison Avenue veinte años antes para celebrar una muy buena venta de una obra (¿el cojín de Donna Karan?, ahí fue cuando me di cuenta de que mi madre estaba preocupada de verdad). Yo no trabajaba mucho, pero me puso un escritorio en la esquina, por si acaso, y llenó esperanzada una taza con bolígrafos.

Había un punto de ternura en ver a Nick colocar su gato de la suerte comprado en Chinatown sobre la encimera de nuestra cocina, y había un punto de terror en que eso fuera lo único que tenía, aparte de mí. Traté de no pensar en todas las mujeres que habían rescatado a Nick, con comida, ropa, refugio, rebajas de condena y políticas indulgentes en cuanto a pruebas de drogas. Cada vez que me surgía la duda, me tomaba la medicina que tuviera a mano y procuraba cerrar los ojos.

***

En marzo, las náuseas llegaron para quedarse durante un viaje a Austin, donde tenía programado hablar en una mesa redonda sobre «política y narrativa» en South by Southwest, un espacio al que le había tenido cariño, pero que en esos momentos se me mezclaba con todos los demás insulsos centros de convenciones por los que desde entonces me habían ido llevando, detrás de alguna mujer anónima llamada Rachel o Emily que me acompañaba al camerino para microfonarme. Me había pasado la hora anterior tirada en el suelo de azulejos fríos del baño de aquel lugar, con mi deslumbrante falda enorme de leopardo, tratando de no vomitar. No llevaba maquillaje ni pendientes (algo que para mí es peor que no llevar pantalones) y mis tres pelos de Homer Simpson estaban esparcidos en lo que mi padre llamaba mi peinado «cabeza de brócoli». «Lena Dunham presume de estilo natural», dijo el *Daily Mail* en un artículo sobre aquella mesa redonda al día siguiente; estaba claro que no sabían qué mierda hacer con aquel *mullet* de elementos estéticos (fiesta disco por abajo y depresión grave por arriba).

Esa noche, en el Airbnb, los mareos no paraban. Me había tragado todas las pastillas sueltas que había encontrado en las profundidades de mi mochila y me había desmayado mientras Nick me bajaba al pilón. En el avión de vuelta a Nueva York tomé demasiado dimenhidrinato y me dormí en su regazo, consolada por la pausa momentánea en mis mareos, y durante las semanas siguientes experimenté con un cóctel de anfetaminas médicas, clonazepam y oxicodona con paracetamol, desesperada por encontrar una solución

a los mareos que hacían acto de presencia cada vez que me levantaba de la cama.

Por fin, en una cita con mi reumatólogo, este me pidió que colocara todos mis fármacos sobre la mesa, uno por uno, y, cuando le expliqué que estaba tomando cuatro miligramos de clonazepam al día para la ansiedad, me dijo: «¡Ajá!», como el comisario que identifica al culpable. «¡Normal que tengas náuseas! Es el límite autorizado para una persona en un día, y eso es demasiado clonazepam. Tienes un problema».

No entendía nada. Sufría de ansiedad y estaba tomando un medicamento para la ansiedad, tal y como me lo habían prescrito; y, cuando me dio más ansiedad, le pregunté a la doctora del norte de Manhattan y me dijo que aumentase la dosis de ese medicamento. Parte de la cuestión era que tenía a muchos médicos diciéndome cosas muy diferentes. No había sido mi intención, pero así había ocurrido. Cuando estás enferma y nadie te da una explicación, buscas a alguien que sepa explicártelo. Y, si tienes dinero para intentar ponerte bien en un país que no quiere que nadie se cure, mucho menos una mujer, te lo gastas con la esperanza de que alguien diga: «¡Ajá! Eso es. Arregla esto y estarás perfecta, mejor que nunca».

Esa doctora, la que me había dado el clonazepam, me gustaba. La llevaba viendo desde que tenía trece años, en su consulta pequeña en el norte de Manhattan, con aquella decoración tan *chic*. Siempre había respondido rápidamente a mis llamadas y me había escuchado con amabilidad. Tenía una sonrisa enorme y unas piernas hidratadas y magníficas, y un jarrón brutalista, largo y vacío, en la sala de espera. Decía mucho mi nombre. «Eso está genial, Lena» o «Lena,

eso ha debido de ser muy duro». Confiaba en ella. Nunca me había dicho que estuviera tomando una dosis demasiado alta, ni tampoco que sería complicado dejar de hacerlo.

El otro médico, el del bigote que usó la palabra «problema», me dijo que necesitaba bajar la dosis. Pensé: ¿tan complicado va a ser eso? Volví directa al trabajo y le conté a Jenni que habían encontrado la causa de mis náuseas. «Tengo el hierro bajo —le expliqué, y era cierto, aunque no toda la verdad. Como al margen, añadí—: Además, a lo mejor… estoy tomando demasiado clonazepam».

Jenni no parecía sorprendida, pero le pidió a Ilene, nuestra productora, que viniera, como si necesitara que hubiera una persona adulta presente que me mirase de arriba abajo.

Sé que me había puesto un vestido cruzado de lunares porque me hice una foto ese día en el vestíbulo de la consulta del médico, con intención de enseñar lo bien que estaba. El pelo, que aún se me caía y ya no tenía el peso de las extensiones (que me provocaban migrañas y eran absurdas), lo llevaba sujeto en un moñito como una muñeca de *Cabbage Patch Kids*. Ilene no paraba de decir: «¡Lo sabía! Tienes los ojos salidos. Se te han salido los ojos». Detestaba que me dijera eso, pero dejé que lo hiciera. ¿Quién era yo para discutírselo? No puedo verme los ojos.

El acuerdo fue que me volviera a casa, a Nueva York, para otro «pequeño descanso». Todos los pequeños descansos se estaban juntando en un descanso más largo. Jenni llevaba meses fría conmigo; seguro que, como a todo el mundo que se preocupaba por mí, le costaba encontrarle sentido a mi comportamiento, y su vida profesional se estaba viendo directamente afectada por mi

incapacidad para descifrar la causa última de mi dolor, de mis dolores, de mis variadas y profundas incomodidades. Sin embargo, en aquel momento se mostró amable, incluso animada. «¿No te gustaría irte a algún sitio un mes? Podrías relajarte, hacer algo de artesanía», me dijo. No se me ocurrió pensar que me estaba hablando de un programa de desintoxicación. En ese instante imaginé algún spa, o quizá un campamento de verano para *millennials* con ansiedad. No fue hasta después cuando pensé en lo aliviada que debía de estar Jenni ante la idea de sacarme de allí. Desde hacía semanas llamaba a diario al trabajo para avisar de que estaba enferma, y siempre actuaba como si fuera una sorpresa nueva, y para mí lo era. Mi memoria, por lo general una trampa de acero, estaba igual de dispersa que mi pelo.

Toda la gente que permanecía cerca de mí (Jenni, mis padres, unas cuantas amistades que tenían el aguante necesario para seguir hasta los mínimos altibajos) coincidía en que me hacía falta un tiempo muerto. De qué tipo, eso era discutible. Había quien pensaba que el problema era Nick; otros, que eran las pastillas; algunos otros, que me había quedado atrapada en un bucle infinito de ansiedad médica y obsesión. Mi hermano me escribió un mensaje muy cariñoso pero lleno de límites, declarándose no apto para tratar el asunto. La conversación sobre mi salud no era pública, en la medida en que nadie conocía bien el trasfondo de la historia, solo lo suficiente para comentar que el cuerpo que en otros tiempos había sido demasiado gordo era demasiado delgado, que la chica que había tenido un novio que no la merecía estaba trágicamente sola, y que la joven promesa que había sido se había extinguido y había quedado reemplazada por un tufo irreversible a fracaso. Yo lo seguía

todo desde el móvil, que estaba siempre apoyado en la almohada, junto a mí.

Jenni le dijo a mi madre que me hacía falta ingresar en algún centro. Mi madre descartó la idea sin pensárselo, dado que hacía mucho que había identificado a Jenni como parte del problema y no de la solución, desde la época en la que me pidieron que volviese al trabajo con los puntos todavía sin cicatrizar. Jenni no tenía nada que ganar con mi marcha, salvo quizá mi posible resurgimiento como alguien con una fuerza vital creativa de verdad. Agradezco que, tras una serie de años que me llevaron a cuestionarme mi papel como un bien material más que como una amiga, ella insistiera en que el problema era mayor de lo que nadie pensaba. A su modo, aún me conocía.

Sin embargo, mi madre seguía pensando que yo sería capaz de dejar las pastillas estando en casa, a salvo, con ellos.

Mi padre apoyó la cabeza en una mano —con el pulgar en la sien y el índice entre las cejas, como hace siempre que se le grita muy fuerte y está agotado— y dijo:

—Estoy superado, cariño.

Lo único que yo sabía era que ya no veía espacio para mí en mi propia vida. Los acontecimientos de los últimos seis meses eran casi cómicos en sus dimensiones: el bombardeo en picado de mi carrera (involuntario o con una finalidad clara, según se mirase; yo aún no tenía ninguna perspectiva), la pérdida de mi fertilidad, el final de mi relación. Y eso sin mencionar siquiera los acontecimientos de los últimos seis años, que no podía procesar porque me faltaba la energía. La idea de alejarme solo parecía una forma de admitir el

fracaso, de reconocer que no había conseguido sobreponerme a las fuerzas alineadas en mi contra.

Intenté reducir el clonazepam de inmediato. Me empecé a tomar la mitad de lo que consumía normalmente. Escribí sesenta páginas de una chorrada ininteligible que me pareció una genialidad. Me di cuenta de que no me notaba los brazos, y, al mirar hacia abajo, me parecían las extremidades de Barbie. No sabía mucho del tema, pero sí lo bastante para entender que eso era motivo de alarma. Al día siguiente mi madre llamó a mi psicofarmacóloga, que me recomendó un «centro» en el que una serie de «expertos» podrían ayudarme con el proceso de retirada de la medicación y me reducirían la dosis de manera gradual, no solo para calmar los efectos secundarios, sino también para evitar ataques y otras complicaciones más graves derivadas de dejar las benzodiacepinas demasiado rápido.

—Pero ¿tú no eres la puñetera experta? —le exigió mi madre.

La pobre psicofarmacóloga, que solo había intentado aliviar mi dolor, que parecía tener una vida social muy activa, que llevaba vaqueros de campana con un cinturón ancho y que en realidad iba muy de tía buena… La pobre nunca se vio venir a Laurie Simmons.

—Le he soltado lo más grande por haberte metido en esas mierdas —me informó mi madre—. Le he dicho: «Vamos a dejar las cosas claras: tú le recetaste una medicación a mi niña, ¿y ahora nos das el nombre de un sitio de desintoxicación para que pueda salir de ahí?».

Como siempre, razón no le faltaba.

El lugar que me había recomendado la psicofarmacóloga era un «centro» en el norte del estado. Mi padre y yo nos subimos a un taxi hacia el norte de Manhattan —los dos en la parte de atrás, yo con la

mejilla apoyada en la suave lana de su chaqueta *sport*— para ir a conocer a la encargada. Era una mujer elegante y rubia, con una falda de tubo, y me escuchó hablar durante diez minutos antes de pedirme que me callara, mirarme a los ojos y decirme:

—Yo creo que te iría bien un descanso. ¿Tú tienes la sensación de que te iría bien un descanso?

Me miré los pies, sin calcetines aunque era invierno, con unos zapatos metidos sin cordones, y logré decir mis primeras palabras sinceras en meses:

—Estoy muy cansada, mucho.

Esa noche le conté a Nick que iba a ir a desintoxicación. Nunca le había mencionado siquiera la idea de que tenía un problema. Seguro que me veía tomarme las pastillas, pero es que él también tomaba muchas pastillas. Los dos estábamos sobremedicados y no éramos conscientes de nada; íbamos demasiado puestos para comer y demasiado eufóricos para dormir.

—Bueno, amor —me dijo, mientras me echaba de nuevo en la cama y se bajaba los pantalones—. Yo estaré aquí esperándote.

***

Fuimos al Center for Motivation and Change en coche, en silencio, mi padre en el asiento del conductor y mi madre a su lado, conmigo detrás, mirando fijamente por la ventanilla como si tuviera cinco años y Cyrus aún no hubiese nacido, igual que cuando nos embutíamos en el pequeño Volvo blanco camino de casa de mi abuela.

Más adelante me di cuenta de que mi hermano (que estaba aplicando sus límites recién descubiertos en California, desde donde, en una entrevista sobre su próximo libro, se había referido con indiferencia a mí como su «familia biológica») era el único de la familia que sospechaba que yo podía tener un problema con las pastillas. Luego, después de los años de trabajo que nos costó volver a encontrarnos, Cyrus me contó que a veces había sentido mi sufrimiento de forma tan intensa que le resultaba demasiado doloroso incluso estar en contacto conmigo. Lo que yo percibía como la insensibilidad de sus veintitantos años era en realidad un intento de salvar su propia cordura, de no hundirse en el barco conmigo. Me alegro mucho de que lo hiciera, porque al final eso nos salvó.

Mi madre me había hecho el equipaje. Llenó la maleta con todo lo que yo tenía —la mayoría de mis posesiones habían ido directas a un almacén al salir de la casa que compartía con Jack— e incluyó cosas como un biquini, unos tacones altos y un vestido formal de encaje («Por si tenéis una graduación o algo»). Metió algunas sorpresillas también, como hacía cuando yo era pequeña y me preparaba el almuerzo para el cole: un pintalabios rojo elegante aún en su envoltorio, una bailarina diminuta de plástico, una foto suya a mi edad, una postal que decía: «Te quiero, amor, tu Mu Mu Mami xx».

Capítulo quince

Déjame en paz

La desintoxicación no pasa por ti. Tú pasas por ella.

No paraba de pensar en eso cuando de noche me quedaba dormida llorando en aquella habitación decorada con tan buen gusto, en la que no podía tener ningún objeto punzante, ni siquiera unas pinzas de depilar, y sin pestillo en la puerta.

Lo entendí en cuanto entré y, para cumplir su política antizapatos, me exigieron que me quitara los botines Marni y yo empecé a discutirles, farfullando algo sobre cuánto me acomplejaban mis pies (mentira).

Lo entendí cuando me preguntaron qué clase de cosas me gustaba comer, me paré a pensarlo un momento y respondí «yogur de leche de cabra» como si fuera algo normal.

Lo entendí cuando vi que la mujer encargada de vigilarme mientras meaba en un vasito con la puerta entreabierta parecía mucho más incómoda conmigo que yo con ella.

Estaba tan embotada por los días, semanas, meses (y quizá incluso años) anteriores que me estaba costando una barbaridad comprender qué me había conducido hasta allí, qué giro del destino había acabado conmigo en aquella casita señorial de piedra en los bosques de los Berkshires.

No avisé a mucha gente de que me iba, pero a las pocas personas elegidas que sí lo sabían les dije que me iba a «un programa de tratamiento del trauma». Pese a que no estaba engañando a nadie, quienes me querían me permitieron conservar la dignidad de no llamar a las cosas por su nombre.

Cuando llegamos mi padre les dio el nombre que yo estaba usando en mi historial: Rose O'Neill, por la inventora de las muñecas Kewpie, la primera mujer millonaria hecha a sí misma en Estados Unidos. Me sentía identificada con la tragedia de su vida: había creado algo que la gente no sabía que necesitaba, había ganado una fortuna impresionante con sus ilustraciones de pícaros cupidos, pero se había quedado demasiado tiempo en la fiesta y, con cuarenta y tantos años, los parásitos le habían exprimido sus riquezas, los parásitos y su incapacidad para replicar su primer éxito (y me daba la impresión de estar dirigiéndome al mismo sitio que ella, en vista de que no había tenido ni una idea coherente desde el día en el que acabamos de rodar *Girls*). Por tanto, en desintoxicación me estuvieron llamando Rose hasta que por fin les di permiso para decir mi nombre, e incluso entonces lo usaban con cautela.

Cruzamos las puertas para entrar a un mar de beis con una escalera majestuosa. Un chico encantador con un iPad les pidió a mis padres que se registraran y le enseñaran su identificación, que tuvieron que ir a buscar al coche. A mí me pidieron que me quitase los mencionados zapatos y me llevaron de prisa arriba para hacerme una prueba de orina. Después de eso, a mis padres les permitieron subir a ver mi habitación. Se parecía mucho al primer día de campamento, o de universidad, salvo porque la gente allí tenía un problema de heroína por la vena.

Resultaba complicado distinguir entre pacientes y empleados, porque nadie llevaba uniforme. ¿Quién iba a pensar que aquel tipo enorme y tatuado con la camiseta de Harley-Davidson era un acompañante de sobriedad y la abuelita menuda que tejía en zapatillas de casa tenía una adicción incapacitante a la difenhidramina que la había llevado a destrozar la boda de su propia hija? Esa fue la primera lección de la desintoxicación, y la más sencilla: nunca juzgues a un drogadicto por su forro polar Patagonia de media cremallera.

También fue en ese momento cuando entendí que no es que una situación caótica se me hubiera llevado por delante. No había terminado allí a causa de un repentino desastre natural, por muy misteriosamente sísmico y extraño que pareciese todo. Yo había reaccionado de determinadas maneras a ciertos acontecimientos. Me había tragado la medicina. Había tomado decisiones. Y yo era el caos.

Después de resistirme mucho —después de pedir permiso para saltarme las sesiones de terapia de grupo orientadas al deseo de consumir drogas porque no consideraba que eso tuviese que ver conmigo, después de decirle a cualquiera dispuesto a escucharme que yo estaba allí por un trauma médico, después de retirarme a mi habitación noche tras noche para «trabajar» en vez de socializar—, acabaría por darme cuenta de que no existe el buen adicto, el adicto correcto, un adicto mejor que otro. Todos habíamos torturado y aterrorizado a familiares y amistades. Todos habíamos perdido cosas que alguna vez pensamos que eran imprescindibles para seguir viviendo. Y, cada cual a su modo distinto y especial, y por motivos distintos y especiales, a todos nos encantaban las putas drogas.

Estaba Walter, el padre de mediana edad que se sabía los componentes de todos los antidepresivos y cómo comprarlos en la *dark web*. Estaba Jackson, el chico guapo y tímido del piano, que hablaba de forma conmovedora de su experiencia como inmigrante pero no estaba seguro de poder experimentar el amor. Estaba Gaylen, que era tan solo una adolescente, pero podía habernos dado de hostias a todos y conseguir que se lo agradeciéramos. Y Shirley, una abuela y esposa que tejía patucos en su tiempo libre y se estaba acostumbrando a no abrirse una botella de chardonnay a las ocho de la mañana con su sedante suave para el insomnio. Estaba Livia, que tenía setenta y seis años y cuyos collares tintineaban mientras iba en su escúter a la cabaña del yoga.[3]

A algunos nos encantaba la fiesta. A algunos nos encantaba enchufarnos cocaína en vena y soltar largas peroratas sobre el capitalismo. A algunos nos encantaba tomar un antihistamínico de efecto sedante por la mañana, pese a no ser alérgicos a nada. El hecho de que yo hubiese tomado sustancias para, al principio, poder presentarme a trabajar, para cumplir con mis responsabilidades, el hecho de que estuviese enferma, no me convertía en un problema menor a los demás. Solo hizo más difícil verme venir.

No tardé en empezar a sentir una empatía infinita. Una empatía confusa. Empatía por consumidores de fenciclidina y por hombres que pegaban a sus mujeres, por los leones y los vertidos de petróleo, por las arenas movedizas y todos los caóticos desastres del mundo natural.

Pero volvamos a los zapatos. En la casa no se podían usar. Tampoco podías llevar tops ni leggings, ni camisetas que dejaran demasiado pecho a la vista o faldas que se levantaran con el viento.

Nada que pudiese tentar a la gente que buscaba a la desesperada un colocón (de cualquier tipo), y lo aprendí por las malas, tras recibir advertencias por mis pantalones de yoga, mis camisetas de tirantes, una camiseta que ponía FUCK, y por pasearme por la zona común hacia la piscina cubierta en un traje de baño considerado «demasiado sugerente». (¿Se estaría refiriendo el friki del frisbee que redactó mi amonestación a mi actitud o a la cantidad de culo que dejaba a la vista? Siempre me quedará la duda).

En mi segunda mañana allí me senté frente a mi nuevo terapeuta, el doctor Mark, un hombre amable con unos pantalones chinos que podía tener entre cinco y veinticinco años más que yo. Me recordaba a un animador infantil, el tipo de hombre que tocaría el banjo para niños de parvulitos. Le conté que, curiosamente, la política antizapatos me generaba ansiedad.

«¿Sientes… un gran apego por tus zapatos?», me preguntó.

Me lo pensé. No, pero sí sentía apego por verme tratada como una adulta, sugerí. Había ido allí por mi propia voluntad. No estaba peleándome, ni maldiciendo, ni bufando. ¿Por qué tenían que tratarme como si estuviese escondiendo contrabando en las deportivas?

«En realidad es solo para mantener las alfombras limpias», me dijo, y asintió.

***

El doctor Mark me pidió que le explicase, con mis propias palabras, lo que pensaba que me había llevado allí.

Bueno, le dije, todo había empezado porque me encontraba muy mal; o quizá porque estaba estresada. Estaba mal física y mentalmente, y estresada con un tipo de estrés que solo te da cuando tus sueños más locos empiezan a ponerte una alfombrilla de bienvenida, y junto a ellos llegan toda una serie de obligaciones aún más locas. Estaba manteniendo a una familia, a la familia de otra persona, a múltiples familias en realidad, y mi fracaso sería el suyo. Decepcionaba a la gente al mismo tiempo que le llenaba la despensa con panes pijos.

De manera simultánea, mi menstruación me dejaba impedida, y cuando no me venía el dolor llegaba a ser igual de horrible, pero sin una causa evidente. Estaba enamorada de la idea que tenía de mi novio, y él nunca estaba en casa, y las pocas veces que sí la decepción era palpable. Mi hermana pequeña se había convertido en mi hermano pequeño. Mis padres no me reconocían, aunque los veía mirarme esperanzados, como buscando signos de recuerdo en un paciente con amnesia.

Cuando me quitaron el útero, empecé a pasar por la menopausia y nadie me explicó lo que estaba ocurriéndome, así que aullaba como una loba en la cama de noche, sin saber muy bien de dónde venía aquel ruido. Entretanto, mi sueño más antiguo, el de tener un hijo, el de ser madre, el anterior a que hubiese otros sueños, se me había escurrido de entre las manos. Porque mi cuerpo no era capaz de hacer eso. Mi cuerpo no era capaz de hacer nada. Y mírame, es que mírame.

Durante los meses posteriores a la operación, no paraba de recordar cuántas manos habían estado dentro de mí, apretando y pinchando. Le conté al doctor Mark que me habían violado una vez y

habían abusado sexualmente de mí otras cuantas. Y que eso otro me dejaba la misma sensación. No era lo mismo, pero desde luego lo parecía.

«¿Eso es todo?», me preguntó.

No, no era todo. Había empezado a hacer tonterías, a desmadrarme. No sabía por qué. De repente sentía que mi intuición —en otros tiempos ruidosa como un detector de metales en una playa tras una fiesta de fraternidades— se había roto. No sabía distinguir lo que estaba bien de lo que estaba mal, lo que haría a la gente reír o torcer el morro. Hacía cosas solo por hacerlas. Nadie me obligaba, pero mi sensación, desde luego, era que sí.

«¿Y así es como te has sentido últimamente?».

Bueno, estaba la medicación, con sus benditos pros y sus malditos contras. Clonazepam para la ansiedad, oxicodona con paracetamol para el dolor, y ese exquisito colocón, esponjoso como el algodón de azúcar, que me invadía mientras la sustancia que tocara me recorría entera, aplastando mi ansiedad como tres edredones en invierno. La cama se convirtió en el país de las maravillas. El sexo se hizo tolerable. Al principio me permitía mantenerlo todo de una pieza, me remendaba con cuerdas y pegamento y me devolvía al terreno de juego.

En cuanto recibí mi primera dosis de analgésicos intravenosos, en cierto modo deseé que no hubiera pasado. Me entró un escalofrío por el cuerpo entero —mejor que cualquier orgasmo— al que siguió un alivio total: de todos los puntos bajos y, luego me daría cuenta, también de los altos. Era una euforia en blanco: cien de posibilidades y cero de acción inmediata. Estaba ahí atada con una aguja en el brazo. No a todo el mundo le funciona —las enfermeras

suelen advertirte de que puede dar una sensación extraña, de que hay gente que llora o vomita—, pero para alguien como yo, cuyos pensamientos, negativos o positivos, son siempre tan agresivos que llegan a adueñarse de un día entero, era como un botón de pausa, a tu alcance en cualquier sitio que acepte la póliza del seguro, y a tu alcance en cualquiera que no.

Mi dolor tenía por fin una solución, y estaba esperándome en las urgencias de todo Estados Unidos, y lograba que las camas de hospital me resultasen tan atractivas como en otros tiempos lo había sido un brunch al sol con amigos en Union Square. El alivio comenzaba en cuanto la enfermera me colocaba la vía y empezaba a pasar el suero, que me corría frío por el brazo y me dejaba un sabor metálico en la boca. No comía ni bebía mucho, así que a menudo les costaba encontrarme una vena, pero cuando lo conseguían todos suspirábamos aliviados. Además estaba delgada, todo el mundo lo decía, y cuando me sentaba la grasa ya no lo hacía detrás de mí, un segundo después, con su pequeño rebote.

«¿Eso es todo?», volvió a preguntarme.

No estaba preparada para contarle lo que había ocurrido después de la histerectomía, lo que Jenni y yo habíamos hecho aquella mañana del 17 de noviembre, cómo me había sentido cuando entendí que debía marcharme del apartamento en el que vivíamos Jack y yo, cómo me sentía al tumbarme junto a Nick mientras él daba patadas y jadeaba.

—Sí, creo que es todo —sollocé.

—Eso no es una colisión de tres coches, ni de cinco, es un accidente en cadena de cincuenta coches —me respondió, y plegó las manos sobre el regazo de sus pantalones Dockers.

Y lloré con mi estúpido caftán, porque sentirse escuchada era la hostia de reconfortante. Lloraba por mí y lloraba por mis padres. Lloraba por mi hermana, que ahora era mi hermano. Lloraba por el tiempo que había perdido y por el que estaba perdiendo, y lloraba porque no podía pensar en nada más que en el pasado, y porque no podía imaginar el futuro.

***

Walter me odiaba. El primer día puse mucho de mi parte con él, haciéndole preguntas sobre su trabajo en una firma de capital riesgo; sobre su niña pequeña, que debía su nombre a una canción emo del top ten; sobre su apartamento, que estaba cerca del mío, y sobre su adicción a la coca. Me mostré dulce y dócil. Él estuvo frío y distante. Imaginé que al estar dejando la cocaína debía de estar muy cansado.

Sin embargo, al día siguiente el doctor Mark me llamó a su consulta justo antes de la terapia de grupo.

—Siento tener que decirte esto, pero se ha quebrantado tu confidencialidad. Nos hemos enterado de que Walter les ha contado a su mujer y a varios amigos que estás aquí.

—Vale. —Me encogí de hombros—. A ver, es una mierda… Supongo.

—Bueno, va en contra de nuestra política. Tenemos que mandar a Walter a casa. Ahora mismo está en la sala de billar, esperando el coche. Habrá que contar esto en el grupo, dado que alguna gente lleva un tiempo curándose junto a Walter. ¿Te gustaría a ti compartirlo o prefieres que lo haga yo?

El doctor Mark era el hombre más amable que había conocido. Volví a llorar mientras le daba las gracias por adelantado por contar él la noticia. No quería ocuparme de eso. Era nueva allí. Walter era amigo del resto. ¿Quién iba a ganar en una pelea?

El grupo estaba dividido. Algunos se cabrearon mucho con Walter; otros decían que podían entender «que se diga algo sin más, sin pensarlo en el fondo». A la mayoría el castigo le pareció un poco más severo de la cuenta. Yo intervine solo para aclarar que no había sido ocurrencia mía. «Son las normas que tienen aquí», tartamudeé, como una gerente de sucursal intentando calmar a un cliente cabreado.

Shirley dijo que me merecía sentirme segura exactamente igual que el resto. Livia aseguró que Walter no tenía intención de hacer ningún daño. Jackson comentó que en realidad lo echaría de menos, pero que yo también le caía bien y que se alegraba de que estuviese allí.

—Walter dice que Lena odia a los hombres, que ha leído su blog y que no se siente seguro estando en un grupo con una persona que odia a los hombres —intervino Gaylen.

Lo único que conseguí responder con un tartamudeo fue:

—No tengo ningún blog.

***

Gaylen bajó de su habitación de un humor de perros. Mientras nos movíamos por el bufet del desayuno, despotricó de quienes le bloqueaban el paso, de los utensilios para servir que no ponían nada fácil agarrar la salchicha, de la mujer que le recordó el límite de un

café expreso por día. Había aparecido justo antes de las nueve de la mañana con unos pantalones de chándal rosa de tiro bajo, frotándose los ojos, somnolienta como un bebé de dibujos animados. Solía tomar un buen desayuno, con huevos, gachas de avena y puñados de beicon, pero ese día se llevó el café al salón y se tumbó en el sofá bocabajo, marcando territorio sobre la zona del puzle para que Shirley no pudiera acercarse a añadir sus habituales piezas en el cielo.

Se saltó la sesión de definición de intenciones de las nueve. No se despertó para su cita con el terapeuta familiar de las diez. Estaba con los cascos puestos y se dedicaba a mirar Instagram sin mucha atención. Tenía el pelo apelmazado en un enredo de lo más complejo; llevaba un postizo: una mezcla de pelo rubio, rosa y negro, como Christina Aguilera en 2002. Nunca la había visto sin una raya larguísima en los ojos, la cara toda cubierta de polvos y colorete y unos aros grandes como aldabas que le rozaban las pálidas escápulas (y que una vez me pidió que le sujetase para poder «partirle la cara a una zorra»).

«¿Qué estás escuchando?», le pregunté.

Levantó el teléfono. Era una canción que Jack había compuesto cuando no se fue del estudio en el que estaba con Pink para venir a visitarme al hospital, e iba sobre odiar a una persona y seguir con ella de todos modos. Gaylen la tarareaba mientras le corrían lágrimas por la cara.

After we were high and the love dope died, it was you.[4]

Pensé en contarle que la había escrito mi ex, pero ya había puesto cara de desconfianza cuando le dije que era actriz, en plan: «Sí, claro, actriz», y además estaba convencida de que la canción la

había hecho una adicta y hablaba de una adicción. Me parecía cruel explicarle que en realidad a su productor le daba miedo que el MDMA le secara el líquido cefalorraquídeo.

El día de mi llegada, Gaylen me había contado que llevaba allí más tiempo que nadie. Nueve semanas. Y que era la más joven, con diecinueve años. Cuando ese primer día contó su historia en grupo (durante la ronda de presentaciones, en la que todo el mundo le ofrecía al recién llegado unos apuntes sobre su vida anterior), la recitó de un tirón, con la inquietante calma de alguien que lo hubiera ensayado muchas veces en muchos sitios distintos: «Sufrí acoso en el instituto. Las otras chicas me pillaban detrás de la escuela y se turnaban para pegarme. Comencé a juntarme con los chicos, y eso las cabreó aún más. Algunos de esos chicos se aprovecharon de mí. Empecé a tomar alprazolam, luego oxicodona y después crack y heroína. Nunca pensé que la cosa iba a llegar tan lejos. Mi padre es rico. He estado en ocho sitios de estos. Solo quiere deshacerse de mí para poder estar con su nueva mujer y con sus nuevos hijos».

—¿A qué se dedica tu padre? —le pregunté más tarde ese día, mientras hacíamos cola para la medicación—. Quiero decir…, ¿con qué se ha hecho tan rico?

Me fulminó con la mirada, y su maquillaje estilo mapache subrayó lo absurdo de mi pregunta. Tal vez mis dotes sociales no estaban en su mejor momento tras haber dejado el clonazepam. Los días posteriores a bajarme la dosis (medio miligramo cada tres días), solía quedarme helada de terror durante un par de minutos antes de atreverme a iniciar una conversación.

—La verdad es que no lo sé —me dijo—. Creo que es el dueño de internet o algo así.

***

Todos los domingos por la noche, el grupo salía a cenar en lo que llamaban «cena de exposición»: una ocasión para experimentar el hecho de salir a comer sin pedir alcohol. Le expliqué a mi terapeuta que a) yo no estaba en riesgo de recaída a no ser que el restaurante sirviera derivados de la morfina por vía intravenosa, y que b) había gente que me conocía, y prefería que no me vieran en una mesa llena de personas en desintoxicación pidiendo bandejas de mala comida de fusión asiática.

Pero al final, en mi tercera semana allí, Gaylen me ganó por agotamiento. «¡Puedes sentarte a mi lado! Me encargaré de que lo pasemos bien», me dijo con un arrullo. A esas alturas ya me había buscado en Google y había decidido que no le estaba mintiendo y que, de hecho, quizá pudiera ayudarla con el sueño de su vida de conocer a Robert Pattinson. Y después de aquello, fui su favorita.

Se arregló para la ocasión, con unos vaqueros blancos y una blusa corta en plan hippy, que parecía merecer una amonestación igual que mi túnica, pero yo no iba a intentar enmendar eso. Llevaba unos pendientes largos de cuentas y el pelo a capas por la clavícula. Le vi un tatuaje asomar por el pecho izquierdo, haciéndole cosquillas en la axila: la oración de la serenidad en letras góticas y en remolino, que según me informó le habían tatuado entre su segundo y tercer proceso de desintoxicación. Se puso unos zapatos grandes de plataforma, muy desgarbados, que no le permitían caminar hasta la furgoneta que iba a llevarnos a un «bistró moderno de cocina estadounidense con influencias asiáticas», a dos pueblos de distancia.

En el restaurante nos sentaron a una mesa larga, de esas en las que se celebran los cumpleaños de la oficina. ¿Qué tipo de oficina éramos nosotros, y qué puestos ocupábamos? Jackson tenía pinta de ser el tipo de recursos humanos que era de verdad. Ally podría haber sido una gerente de nivel intermedio, aunque en la vida real solo era una madre y ama de casa a la que le encantaba el whisky. Tony sí que era un gerente de ventas de nivel intermedio, aunque uno que una vez machacó sus antidepresivos para chutárselos en el brazo, por probar. Yo iba con el pelo recogido en un moño desordenado, como una muñeca Cabbage Patch, y con un peto de tela escocesa fluorescente. La becaria. Sin duda la becaria.

En cuanto nos sentamos me di cuenta de que me moría de hambre. De hecho llevaba muerta de hambre desde el día en el que la medicación empezó a abandonar mi cuerpo, y la mayoría de las noches bajaba sin hacer ruido a la cocina y me preparaba un surtido de aperitivos francamente escandalosos. Cereales Fiber One con yogur de leche de cabra y ciruelas secas (no quiero volver a sentirme nunca como cuando estaba puesta de opiáceos, y eso es todo lo que pienso decir aquí sobre hacer caca). Palitos de pretzels mojados en miel. Sándwiches de mantequilla (pan de trigo bien untado de la mantequilla a temperatura ambiente que el personal de la cocina dejaba fuera toda la noche en un plato floreado). A veces tenía que subirme la comida a la habitación en varios viajes, sosteniendo las diversas tazas y platos en la falda del camisón mientras brincaba escaleras arriba con mi alijo secreto (no se permitía comida por encima de la planta baja). Comía en la cama usando mi pecho como bandeja hasta que me pesaban los párpados.

En el restaurante, leímos con detenimiento la carta enrevesada y pedimos dos platos distintos con pato, uno crujiente y el otro guisado en un risotto gomoso, y yo hice un drama porque no iba a ser suficiente para compartir. Me podía beber un mar de Coca-Cola. Me podía comer una bañera de grasa. Nunca me llenaba lo suficiente, y además me daba pena que ser una delgaducha temporal no hubiera tenido más importancia para mí mientras era una realidad. Si hubiera sabido que iba a estar delgada y drogada tan poco tiempo, habría disfrutado mucho más de ambas cosas.

Gaylen estaba montando un espectáculo.

—¡Quiero un EXpreso doble! —no paraba de gritar.

Su taciturna compañera, la de la melenita negra y los pantalones cargo de tiro bajo, la corrigió:

—Es italiano, se dice ESpresso.

—Pues eso he dicho. EXpreso. ¡Y Lena quiere otro!

Me resistí, pero pensándolo bien, igual sí tenía su gracia. Al menos sería algo. Cuando llegó el café, le revolví dos sobres de sacarina y me lo bebí como un chupito.

Risueña y frenética por la cafeína, Gaylen me agarró de la mano: «Ven al baño conmigooo». Tenía algo… Algo que me recordaba a esas chicas a las que habría seguido a cualquier parte en el instituto. Pese a no mostrar el glamour trasatlántico de Jemima, sí tenía su punto de chulería. Siempre me habían encantado las chicas malas, como la que había sido mi madre, según supe cuando mi abuela comentó: «Tu madre… Quisimos mandarla a un reformatorio, pero el reformatorio no la aceptó».

Una chica mala era el tipo de chica que lloraba por su novio Danny al escuchar una canción de Pink titulada «Beautiful Trauma». El tipo

de chica que con diecinueve años estaba pasando por su octava desintoxicación. El tipo de chica que amenazaba con darle un puñetazo a alguien por mirarla raro desde el otro lado de la sala de terapia de grupo, aunque solo fuera porque tenía un ojo vago.

Yo podría ser muchas cosas, pero una chica mala desde luego no era. En secundaria había impreso fajos de información sobre los peligros del éxtasis para mis amistades que habían probado esa droga. Tenía condones gratis en mi habitación para dárselos a la gente que pudiera necesitarlos, aunque a mí no me hicieran falta. Y en esos momentos estaba Gaylen, que cuando no se salía con la suya miraba al responsable con una malicia aterradora y gruñía: «A mí no me jodasss»; y estaba yo (incluso con los temblores de la abstinencia, sin apenas poder unir palabras), que aguardaba mi turno y daba las gracias siempre, aunque a quien le hubiese pedido ayuda no me hubiera ayudado en nada.

Con toda su aura de chica mala, se me debió de olvidar que Gaylen no era ninguna autoridad allí. Una de nuestras carabinas llamó a la puerta para recordarnos que no teníamos permitido ir al baño en pareja (lo que se conocía como «fraternizar»), así que nos disculpamos rápido con unas risitas; fuera, en el aparcamiento de gravilla, Gaylen me ofreció un cigarro y me lo fumé hasta el filtro, con los dedos temblorosos, viendo el sol ponerse tras los pinos. Era hora de irse; nos subimos a la furgoneta y Gaylen exigió que pusieran Britney Spears, y al poco estábamos todos cantando, a pleno pulmón, en mitad de la oscuridad: *She's so lucky, she's a star*…

Cuando aparcamos en el camino a oscuras de entrada al centro de desintoxicación, Gaylen me dijo: «Que sepas que nos van a

amonestar por lo del baño», y me dio la impresión de que le brillaban los ojos mientras subía a saltitos hacia la casa, con los zapatos de plataforma balanceándose en la mano.

Al día siguiente, me senté frente al doctor Mark y le dije que antes de empezar quería pedirle perdón por lo del baño.

—Desconocía las normas. Fuera de aquí siempre hago pis con mis amigas. Además, ni siquiera estábamos en el mismo cubículo.

Había dado por hecho que el doctor Mark no tendría ni idea de lo que le estaba hablando, que se quedaría perplejo y se reiría por mi neurosis. «¿Eso? ¡Si las mujeres usan el baño de dos en dos! ¡Mi mujer lo hace siempre, vaya! —pensé que diría—. No digas locuras, ¿qué baño ni qué baño?».

Sin embargo, en vez de eso, asintió en gesto de apreciación.

—Gracias por aclarármelo. Nos ayuda mucho saber cómo lo entiendes tú para poder valorar el asunto.

Al final, nuestro comportamiento quedó «registrado» pero no nos amonestaron. Casi me sentí un poco decepcionada. En los últimos años había aprendido que, si vas a cagarla, ¿por qué no seguir hasta las últimas consecuencias? Que entre en la leyenda.

***

Una tarde, Gaylen estaba inconsolable. Por el cuello le caían churretes del *eyeliner* y se agarraba las extensiones del pelo como si fueran arañas que le correteasen por el cuero cabelludo. Nos congregamos todos en torno a ella. Primero Shirley, porque era una abuela de verdad y estaba equipada con la pertinente voz. Luego Ally, que creía en estimular la autoestima de las chicas mediante la

acción positiva y que había cursado una asignatura de trabajo social en la universidad. Después Derek, aunque aún estaba saliendo de un episodio tan oscuro que se había pasado cinco días durmiendo con la puerta abierta al pasillo para que todo el mundo lo viese, acurrucado en la cama con un gorro de lana puesto y los pies sucios asomándole por el borde del edredón. Derek fue el motivo por el que exigí tener pestillo en mi puerta, aunque lo había juzgado mal; no era más que un chico encantador amante del ácido y con pasión por los malabares, seguidor de Phish desde los quince años.

—Eres muy valiente por afrontar lo que te ha pasado —dijo Shirley, a pesar de que Gaylen había sido una auténtica cabrona con ella esa mañana con motivo del puzle y le había tirado unas piezas de la mano con un guantazo.

—Vas a ayudar a muchas mujeres si logras superar esto —añadió Ally.

—Eres… En plan, una persona superguay.

Derek hacía lo que podía.

—Es que me duele demasiado —se lamentó Gaylen—. Es como si me estuviese ahogando de dolor, como si no pudiera respirar. Y LO ÚNICO QUE QUIERO ES UN PUTO XANAX DE MIERDA Y ESTA GENTE NO VA A PUTO DARME NI SIQUIERA ESO.

—Bueno, a ver, que el tema es justo eso, que si estás intentando dejarlo… —dije. Entonces Gaylen me clavó unos ojos encendidos en furia, y empecé a recular y le grité a uno de los empleados—: Pero, a ver, ¿no hay nada que pueda tomar? No se va a quedar ahí tirada sin más. Le duele la barriga.

En cualquier caso, no le dieron nada. Le ofrecieron un ginger ale, una toalla húmeda, una siesta. De todo, menos lo que ella quería,

hasta que a las cinco de la tarde se quedó dormida en el sofá de tanto llorar, tumbada bocabajo y roncando.

—Pobrecita —dijo Shirley.

Asintió mirándola como si Gaylen fuera una niña buena y dulce, y no una adolescente salvaje con el tanga tachonado asomándole por detrás, bajo los pantalones de chándal de Juicy Couture.

Más adelante, cuando yo llevaba ya seis o siete meses limpia, Gaylen me llamó a mi nuevo apartamento, en la zona alta de la ciudad, llorando, en busca de un sitio donde quedarse. Le di mi dirección («Vente. Te ofrezco una cama muy acogedora y un té: fiesta de pijamas», le dije, aún puesta, aunque de una sola cosa, que era mi complejo de salvadora), pero no llegó a aparecer, ni me respondió nunca a los mensajes en los que le preguntaba dónde se había metido. Después de eso, empecé a silenciar el móvil por la noche.

***

Un día, en terapia de grupo, el doctor Mark nos pidió que rellenáramos una «tabla de valores». Consistía en hacer una lista con nuestros valores principales y otra con los valores de la gente de la que nos rodeábamos cuando aún estábamos consumiendo activamente. El objetivo era crear un diagrama de Venn para ver los solapamientos entre ambas.

Acostumbrada a ser la empollona en lenguaje terapéutico, levanté la mano de inmediato: el doctor Mark me había dejado a cuadros.

«¿Qué quiere decir con «valores»? En plan… ¿Lo que valemos como personas?».

Los valores, nos explicó, son lo que una persona considera importante en la vida, lo que de verdad cuenta para ella.

Seguí estando a cuadros. Tardé veinte minutos en rellenar los tres huecos:

ARTE

FAMILIA

HACER QUE LA GENTE SE SIENTA VISTA

Y luego pasé a los valores de las personas con las que me había estado juntando. Eso era fácil. Me acordé de Jenni brindando por un proyecto: «Vamos a ganarnos el jet privado, tía». Me acordé de cómo mis pseudoamistades me presionaban para que (incluso estando mala como las perras) acudiera a sitios en los que ni yo ni lo que yo hacía significábamos nada para nadie, solo por la emoción de ser mis acompañantes. Me acordé de alguien que conocí en una fiesta y a quien pregunté por sus hijos. «Son adorables. Superdivertidos», me respondió, y acto seguido empezó a venderme una serie de comedia protagonizada por ellos.

***

Tenía programados unos cuantos permisos para salir del centro. El primer fin de semana de tratamiento me fui a casa para que me ajustaran el vestido de la Met Gala. La estilista se reunió conmigo en el campo, en casa de mis padres, y me probé una aproximación del vestido hecha en lona: unos volantes blancos y rígidos en torno al

cuello, una corona de paja. La chica me hizo una foto en el jardín, con el vestido al viento como si fuera Glinda, la Bruja Buena.

Al siguiente fin de semana fui de nuevo a casa de mis padres a pasar una noche. Nick vino a verme allí. Le salté encima y mi cuerpo se estremeció al reconocerlo. Follamos a las cinco de la tarde y para las seis ya estaba dormida. Me planteé por qué siempre me daba ansiedad cuando estaba con él y decidí que debía ser culpa mía. Me colgué al cuello, de una cadena, el anillo de compromiso que me había hecho con la cuerda anudada.

La semana después de eso asistí a la Met Gala como tal. Me habían permitido ir, aunque no sin algunas dudas; se debatió largo y tendido si sería «seguro», si podría lidiar con ese caos. Pasé la víspera en el apartamento que tenía encima de la casa de mis padres, el que mi madre había elegido para que Nick y yo lo alquilásemos. Seguía siendo un lugar frío y gris, con una estructura metálica de cama plegable y los cojines de piel de Mongolia que parecían reírse de nosotros desde el rincón del dormitorio al que Nick los había tirado. Al menos Nick por fin había sacado sus sudaderas de la maleta, aunque eso también me generaba un extraño desasosiego.

Iba a ver a Jenni por primera vez desde mi marcha y notaba un nudo de miedo en el estómago. No sabía por qué me seguía dando miedo toda la gente a la que en teoría quería. Imaginé que debía ser vergüenza: temor a su legítimo enfado. Jenni se había estado ocupando sola de nuestra serie cuando en teoría teníamos que hacerlo las dos juntas. Siempre había estado pensado así: las dos juntas. Últimamente no se había comunicado mucho conmigo, y

cuando le escribí una carta extensa de disculpa se limitó a responderme: «Te lo agradezco».

Nos vimos en su hotel a las once para desayunar. No me preguntó demasiado sobre dónde había estado ni quiso escuchar ninguna historia sobre Gaylen ni sobre Shirley. «Seguro que es todo muy divertido, pero se supone que no deberías sacar historias graciosas de este asunto».

Estábamos tomando té y las manos me temblaban debajo de la mesa. Quería que alguna de las dos dijera algo que lo pusiera todo en perspectiva, pero Jenni solo hablaba de sus hijos y de su agenda. Me preguntó si había roto con Nick, y le mentí y le dije: «Básicamente», porque no sabía qué otra cosa responder. No recordaba haberle mentido nunca antes. Jenni se estaba escribiendo con una nueva amiga y los ojos se le iluminaban cada vez que le entraba un mensaje: el placer resplandeciente de un vínculo divertido y sin complicaciones. No me sentí con derecho a hablar de lo asustada que estaba.

Tampoco me sentí con derecho a decirle a la maquilladora —que me arregló como a Isabel I, con la cara empolvada y los labios color borgoña en forma de corazón— que me había dejado pinta de estar intentando ocultar unas llagas sifilíticas; ni a peluquería que odiaba la corona; ni a la diseñadora que el vestido era demasiado tieso y solo me permitía desplazarme a pasitos. En la alfombra roja tenía un aspecto pálido, espectral. El evento entero me pareció un delirio febril: flashes de cámaras, gente gritando nombres que no eran el mío, un champán que no podía beber circulando como una broma que no iba conmigo.

Le dije a Jenni que seguramente fuese la única persona de allí que había acudido directa desde un centro de desintoxicación solo por una noche.

«Es muy probable que no», me respondió.

A medianoche me subí a un todoterreno negro y volví a Massachusetts: Cenicienta en su calabaza. Me hicieron dejar el vestido en la puerta de mi habitación para registrarlo en busca de contrabando.

Al día siguiente, Gaylen se lo probó y se paseó haciendo el tonto por ahí. Estaba guapísima.

***

Una semana antes de mi salida prevista del centro, a Nick le dieron permiso para sacarme y llevarme a un hotelito de la zona a pasar la noche. Mi madre le prestó su coche (para ser tan desconfiada, a veces le da por confiar de una forma muy rara) y reservamos una habitación con un porche muy mono, y una cena en un comedor a la luz romántica de unas velas. La idea era que la oportunidad de pasar tiempo con la gente con la que volveríamos a encontrarnos al salir, y luego ser capaces de volver y procesar la experiencia, nos ayudase a prepararnos para la vida en el exterior.

Al llegar me cambié para vestirme de civil —un vestido y unos tacones, en vez de un jersey y unos pantalones de chándal— y nos fuimos a comer una ensalada de pera y un filete cerca de otra chica de mi mismo centro de tratamiento y su prometido, que había ido de visita; faltaban tres semanas para su gran día, pese a que ella estaba allí para tratarse de una adicción a la coca bastante

importante. Cada vez que pasaba junto a esa chica de camino al centro de ejercicios, me anunciaba muy contenta: «¡Preparándome para caber en el vestido!».

Nuestra habitación era bonita, de estilo antiguo, con dos camitas individuales de flores, y follamos en una antes de darnos un baño en el jacuzzi. Nick me había dicho que estaba dejando la hierba, pero en cuanto nos secamos se salió al porche a fumar bajo la lluvia y luego volvió dentro, se tumbó en la otra cama y se quedó dormido. Usé mis nuevos lápices de colores para dibujarlo, centrándome en su boca, que era la parte de su cuerpo que siempre me había gustado más. Incluso de niña, antes de que se me apareciese como concepto erótico, había admirado esa boca: el labio inferior mullido en contraste con el pico afilado de su arco de Cupido.

Terminé el dibujo y le puse el creativo título de *Nick durmiendo*. Se despertó. Volvimos a follar, en la otra cama, como si estuviéramos en la luna de miel más corta de la historia, tratando de sacar hueco para todo. Al amanecer me desperté sobresaltada con el ruido de Nick ahogándose, carraspeando y con las convulsiones más fuertes que le había visto nunca. Se enderezó de golpe, como el monstruo de Frankenstein, y de pronto se puso de pie y empezó a tirar jarrones antiguos de mesas y a dar patadas a las paredes; intentaba hablar, aunque solo le salían escupitajos y sinsentidos guturales. Me levanté para agarrarlo y tratar de guiarlo de vuelta a la seguridad de la cama, pero me dio un codazo en la mandíbula, con las pupilas tan dilatadas que los ojos se le veían negros. Cuando eché mano del teléfono para llamar y pedir ayuda, noté algo cálido y húmedo. Tardé un instante demasiado largo en darme cuenta de que con la mano izquierda se estaba tironeando de la polla flácida y

me estaba meando encima: un chorro que describía un arco que se elevaba hasta caerme en el pecho. Terminó y se cayó redondo al suelo, y yo me puse de rodillas para llegar a él. Pasado un momento, vi que le resurgía la conciencia.

—¿Qué? —preguntó.

—Soy yo. Lena. Estamos en el hotel. No pasa nada. Has venido a visitarme y estamos en el hotel. Has tenido un ataque.

—No, no es verdad. No es verdad.

—Sí lo es, pero estás bien.

Empezó a llorar y le temblaba el labio inferior.

—No sé dónde estoy —sollozó—. Por favor, dime dónde estoy.

Lo llevé de vuelta a la cama y llamé a su madre, que sabía lo que un ataque quería decir: Nick había estado bebiendo, y mintiendo, y esto era lo que había al otro lado de todo eso. Sus padres llegaron en dos horas. Habían salido a toda velocidad de la ciudad. Hablamos brevemente en el vestíbulo antes de que su madre, exhausta, apoyara la cabeza entre las manos. «¿Cuándo lo va a entender?», preguntó, y comprendí que aquella mujer solo quería que todo aquello terminase, del modo que fuera.

***

Durante la última semana de tratamiento me identifiqué por primera vez como drogadicta, y, por tanto, fue la primera vez que el doctor Mark me preguntó: «¿Y quieres estar limpia?».

Antes de iniciar el tratamiento ya debía de haberme dado cuenta de que Nick nunca estaba presente. Sin embargo, yo misma estaba tan ausente que tampoco me interesaba cuestionármelo. A esas

alturas entendí lo que su hermano había querido decir cuando me advirtió: «Nick no te lo está contando todo».

Los ataques siempre parecían ocurrir en nuestra primera noche juntos tras unos días separados. Por fin comprendí que eso significaba que había estado bebiendo y los ataques eran la reacción de su organismo a la abstinencia del alcohol. Fueron esos ataques los que le causaron la herida de la cabeza y que lo expulsaran del Ejército, y no al revés. Eran esos ataques los que causaban las migrañas y los síntomas de lesiones cerebrales. Y la causa de esos ataques era lo único que Nick se negaba a dejar de hacer: beber. O más bien lo que ocurría cuando un cuerpo tan acostumbrado al alcohol se veía privado de él.

Sin sustancias en mi organismo, sin la neblina que me permitía bloquear esa información esencial, Nick no me parecía ya un caballero de brillante armadura, sino una persona que había visto una oportunidad. Yo funcionaba mejor cuando centraba todo mi amor y mis necesidades en una sola dirección, y él era un adicto sin hogar. Eso no significa que no me quisiera, ni tampoco que yo no lo quisiera a él, pero queríamos a versiones que habíamos sido en otras décadas, y quizá ni siquiera coincidiéramos en la misma. Nick siempre me decía que el mejor recuerdo que tenía de mí era siendo la niña rubia diminuta sentada en el porche con un diario. Yo quería la versión de Nick que se negó a follarme en la universidad y luego desapareció diez años. Al final nos habíamos encontrado en un lugar totalmente distinto a esos. Y si me quedaba en él no iba a sobrevivir. Quería pensar que además lo estaba dejando ir para que mejorase, pero lo cierto es que yo no podía hacer nada en ese sentido.

Era un poco como el gran debate de *Titanic*: ¿en la puerta flotante solo había sitio para Rose, o le podría haber hecho un hueco a él también? Quién sabe. Ninguno de los dos era capaz de pensar. Tenían demasiado puto frío.

***

El día antes de salir del centro de desintoxicación, Gaylen y yo estuvimos horas sentadas fuera, en los escalones, bajo el sol. Yo la dibujaba y ella leía su libro sobre cristales curativos. Era la primera vez en mucho tiempo, tanto que no recordaba la última, que me fijaba de verdad en cosas del mundo que me rodeaba. El sol tan brillante. El cielo tan inmenso. Más tarde, de camino a terapia, eché a correr. No me lo podía creer. Solo alcanzaba a pensar: *Y mis piernas corrían solas*.

Cuando volví a salir, Gaylen y Jackson me llamaron. Gaylen gritó:

—¡LENA! ¡LENA!

Estaba señalando un huevo de zorzal robín anidado en la hierba, tan azul que parecía coloreado.

—¿Quién lo ha puesto ahí? —pregunté.

—¡No lo ha puesto nadie! —respondió Gaylen, mirándome y riéndose, con el pelo rosa, rubio y negro al sol—. Existe porque sí.

Tercera parte

All I Need Is Time

Dunham fue una importante figura cultural a principios de la década de los dos mil diez, pero desde entonces se ha visto envuelta en diversas y notorias polémicas y, en líneas generales, se ha mantenido alejada de los focos. De forma anecdótica, parece haberse distanciado de una parte de la gente que antes la veía en *Girls*.

Un sitio web.

El día que murió Baby, no se oyó un ruido en la cafetería durante tres horas.

Un guionista anónimo de MGM sobre la muerte de Jean Harlow.

Capítulo dieciséis

El regreso

Salí del Centro de Control Mental, como lo llamaba mi padre, un viernes, dos días antes de cumplir treinta y dos años. Mis padres estaban en Jamaica, en lo que describieron como unas vacaciones «muy necesarias», así que me recogió un coche con chófer. En desintoxicación solo podía mandar correos electrónicos y hacer llamadas desde un fijo muy demandado, así que, de camino a casa, me entraron de golpe todos los mensajes al móvil (cerré los ojos cuando empezaron a saltar los de «¿Dónde te has metido?»), más de los que podía gestionar, aunque menos de los que pensaba que tendría. Abrí el chat de nuestra familia —el único al que era capaz de enfrentarme— y me encontré mensajes y mensajes de mi madre, todo fotos de mi padre: de pie en la playa, con manga larga y pantalones, mirando el mar con severidad, o sentado ante un plato gigante de buñuelos de caracola fritos, claramente impasible. Sabía que mi padre era incapaz de estar presente donde estaba porque yo estaba donde estaba. Ese era nuestro vínculo: si yo no estaba a salvo en mi cuerpo, él no podía estarlo en el suyo. «¿Y este hombre tan guapo?», escribió mi madre en el chat, seguido por una serie de iconos temáticos del mar. Más adelante («Ahora que estás estable»), mi madre admitiría que, por casualidad, se habían alojado en el

mismo resort que Jack y su nueva novia, un sitio al que él y yo siempre habíamos hablado de ir con nuestras familias. «Y lo peor es que les dieron a ellos el bungaló que me habían prometido a mí», me dijo. Cuando Jack y la novia se fueron, mi madre consiguió un *upgrade* y los dejaron que ocuparan el otro; con cierto orgullo, mi padre me contó: «Le desordené todo lo que estaba viendo en Netflix».

Mi hermano estaba en algún punto del este de Los Ángeles, ignorando la avalancha de mensajes vacacionales. Por fin se había embarcado en la vida que yo le había impedido iniciar, según evidenció durante una sesión de terapia que el asesor designado por el centro de desintoxicación describió como «asombrosamente elocuente aunque, en última instancia, poco productiva». Yo había previsto de todo pensando en lo que podría suponer esa sesión —hablar sobre traumas compartidos, preguntarle por qué no había estado más presente en mis largas estancias hospitalarias—, pero Dios se echó a reír cuando mi hermano decidió invertir ese tiempo en detallar las múltiples maneras en las que mi vida pública me había convertido en una persona inaccesible, aburrida, agotadora y, en general, complicada de tener cerca. Esos eran los sentimientos que yo había intuido que albergaba desde hacía mucho pero que mi hermano nunca había expresado —ambos somos una extraña mezcla de propensos a la confesión y a la evitación del conflicto—, y, sin embargo, en aquel momento dejó bien clara su postura. Si bien fue el primero en identificar las señales de mi adicción, también fue quien se sintió más repelido por ellas. Le llevó años explicar que lo que yo percibía como desinterés por su parte, distancia y arrebatos ocasionales de profunda desaprobación en realidad era terror. Sin

embargo, al contrario que yo, mi hermano se negaba a aplicar el código familiar de que nadie se hundiera solo. Cuando le pregunté a una persona limpia de sustancias y con más experiencia cómo podía convencer a mi hermano de que en realidad yo no era la persona en la que él pensaba que me había convertido —o no quería serlo, al menos—, me habló de la idea de las «reparaciones». Al parecer, «reparar» consistía en emprender tu nuevo estilo de vida en sobriedad no solo por ti, sino como una forma de disculpa constante con aquellas personas a las que has hecho daño. Nadie me aseguraba que nos fuesen a acoger bien ni a mí ni a mis disculpas, pero, aun así, yo seguiría con mi vida como esa mejor persona que era, más allá de que mi hermano decidiera o no apreciarme. Sonaba agotador, desmoralizante y necesario.

De desintoxicación me llevaron directa a la ciudad a ver a mis amigos Matt y Carl casarse en el Ayuntamiento tras trece años de relación. Fui vestida con unos leggings y una sudadera, porque las cosas «holgadas» que mi madre me había metido en el equipaje ya no me cabían después de un mes de sándwiches de mantequilla. Casi todos los asistentes lloramos viéndolos besarse en aquel lugar, con sus trajes y los claveles rosas en el bolsillo de la pechera. Sin embargo, me salté el almuerzo posterior porque necesitaba ir a terapia. Al salir, una de las invitadas me dijo que marcharse pronto era una grosería, y a lo mejor tenía razón; sin embargo, tras haber pasado las últimas cuatro semanas recorriendo el tranquilo camino de ida y vuelta entre mi habitación y el «centro de artes sanadoras», la ciudad me resultaba sumamente ruidosa y ajena, como si ahí estuviera ella y aquí estuviera yo.

Aún me quedaba medio miligramo de clonazepam que abandonar de forma gradual, nivel al que había llegado desde mi fondo de cuatro miligramos de media. Tal vez no suene a una gran cantidad, y desde luego no lo era para muchos de mis compañeros de desintoxicación, uno de los cuales —un DJ de veintitrés años, cómo no— me dijo: «Eso no es nada. ¿No podrías dejarlo con un fin de semana de piscina y ya?». Pues no, no podía. El mes restante de medicación me lo habían envasado al vacío en dosis diarias, en una especie de calendario de adviento medicinal que tintineaba en mi bolso mientras caminaba por la ciudad.

Fui de la boda a terapia y luego de terapia a la inauguración de la exposición de una amiga, en un esfuerzo por tener una vida normal que resultó inútil en cuanto la primera persona me preguntó cómo estaba y le contesté que hacía ocho horas que había salido de un programa de desintoxicación. Buscaba algo semejante a un consuelo: el sofá de la terapeuta en el que había pasado tantas horas, un cóctel lleno de conocidos de siempre, el colchón inflable en el salón de Matt y Carl, donde estuve dando vueltas esa noche.

Tenía mucho más claro adónde no ir que adónde sí, más claro dónde no me sentiría segura que dónde estaría cómoda. En terreno vedado quedaba Brooklyn Heights entero: Jack vivía allí, en nuestro antiguo apartamento, y con mucha probabilidad no pasaría las noches solo. Lo había llamado varias veces desde el centro de desintoxicación hasta que me escribió: «Perdona, he tenido un montón de fechas en festivales, ¡menuda locura!». Me vi obligada a subrayarle la gravedad de la situación —«Por favor, solo van a ser cinco minutos»—, pero, cuando por fin me llamó, empecé a llorar en cuanto escuché su voz, y tan solo en recomponerme tardé bastante

más de lo prometido. Antes de la terapia habíamos seguido en contacto constante, a veces en tono más juguetón, otras en tono acusatorio y otras más por pura logística, pero la capa lastrada de la medicación había impedido que nada de eso resultara especialmente emotivo. A esas alturas, ya sin sustancias de por medio, necesitaría un mes para ser capaz de escuchar su voz sin echarme a llorar, como cuando mis padres llamaban al teléfono de la cafetería del campamento de verano hasta que los orientadores sugirieron que quizá recibir noticias de casa no me estaba ayudando a instalarme.

Estaba además la casa de mis padres, donde había hibernado con Nick aquel largo invierno, y sentí un alivio increíble cuando me dijeron que pronto iban a ponerla en venta. Al preguntarle por qué, mi padre me dijo: «He visto a un tío con un puñetero monóculo en el supermercado. ¡Este sitio es una mierda!». Me resultaría imposible saber hasta qué punto aquella bajada mía a los infiernos les había echado a perder aquel lugar.

Una vez más, tendría que volver allí, no a su apartamento, sino al de arriba, donde Nick seguía instalado. En ningún momento desde el día de mi salida me preguntó nada sobre dónde estaba, qué hacía ni si iba a regresar a casa. Cuando le dije que si nos veíamos allí el sábado, me respondió: «¿Te pasas después de la una? Voy a limpiar un poco para tu vuelta al dulce hogar». Yo habría hecho casi cualquier cosa imaginable para evitar la conversación que se avecinaba. No sabía bien si tenía miedo, si me daba asco a mí misma o si era una nebulosa combinación de ambas cosas. Cuando subí a un taxi camino de Williamsburg, empecé a repasar, como en busca de consuelo, todas las cosas que había vivido en el último año y que desde luego habían sido más duras que aquello.

En mi última conversación con el doctor Mark, y después de haber estado evitando el tema desde mi llegada al centro, por fin entendí que en realidad yo no tenía un «prometido» leal y comprensivo, sino un follamigo alcohólico perdido: la única persona que se había beneficiado de mi enajenación pastillera, que me había dejado demasiado atontada y demasiado obsesionada conmigo misma para fijarme en que casi ningún aspecto de su vida tenía coherencia, ni sus hábitos, ni su relato, ni su gestión del tiempo. Lo que me había contado a mí misma sobre Nick —que un amor de una época más joven y pura había llegado sobre un corcel blanco para enseñarme lo que significaba ser amada en los tiempos más oscuros de mi vida— no era más que eso, un cuento. No puedo hablar sobre lo que él sentía por mí; si estaba igual de desesperado, asustado y confuso que yo, quizá ese sentimiento se pareciera mucho al amor. Pudo tener momentos de auténtica belleza, pero también un cúmulo de alivio al no verse descubierto. Tal vez Nick solo estaba entusiasmado por tener un sitio gratis donde vivir. Viendo en retrospectiva quién había sido yo —y quién era todavía, en lo que de verdad contaba—, costaba imaginar que alguien pudiera enamorarse hasta las trancas de una chica así. Aunque quizá era eso lo que necesitaba decirme a mí misma para no sentirme tan culpable por mandarlo de vuelta a correr en plena noche.

Subí al apartamento en el que Nick y yo habíamos planeado vivir. Me dijo que estaría en casa limpiando hasta la una, pero llegué y me senté sola en la cocina a esperarlo, mirando las aristas de las bolsas de reciclaje, aunque sin reunir el valor para revisarlas en busca de las botellas que sabía que habría dentro. Llegó a las dos y cuarto, empapado en sudor, y me pareció un auténtico desconocido.

Me agarró por la cintura y apoyó la cabeza en el hueco de mi cuello. No supe distinguir si era imaginación mía o si de verdad tenía la respiración ansiosa y entrecortada. Me retiré y lo miré, le toqué la mejilla que se había afeitado esa mañana como parte de su escenificación: «Aquí no hay nada que ver, sigan andando». Nunca lo había conocido siendo yo misma, y él no me había conocido más que como el esbozo tembloroso y validante de una persona en la que confiaba para salvarse. Tardé muchos años en entender que yo no lo había recogido para darle un par de vueltas y luego dejarlo caer de nuevo donde me lo había encontrado por ser una desalmada monstruosa con ansias de sangre cishetero. Una vez que empezamos, no supe parar, no solo porque me daba placer, sino porque le tenía miedo. Al principio eso formaba parte del atractivo; cuando salí en su busca, me encontraba en pleno flirteo activo con la muerte. Una parte de mí —el último retazo de sentido común que me quedaba en ese lugar para el que no encontramos palabras— sabía cosas que yo no era capaz de nombrar. Sin embargo, cuando Nick lloró allí en la cocina mientras le decía que me marchaba, que le daba dos semanas para buscar otro sitio donde vivir, pero que para entonces ya me habría ido, no me dio ningún miedo. Me pareció un niño pequeño, aquel niño que había sido mi amigo cuando yo no tenía muchos más.

***

Jenni me dijo que no tenía que volver al trabajo de inmediato. De hecho, me animó a no hacerlo. «No es un rodaje divertido», me aclaró, como si yo tuviera en la cabeza la idea de divertirme. «No sé

explicarte por qué, pero no lo es. A veces hay buenos ingredientes y aun así la sopa sale mala».

Me había saltado el primer mes de producción de *Camping*, la miniserie que estábamos haciendo para HBO, pero las noticias alarmantes que me llegaban de quienes rodeaban a Jenni —su novio diciéndome: «Espero que te mejores, pero esto ha sido muy duro para ella»— me convencieron de que, cuando me viera, sintiera mi presencia y supiera que yo seguía siendo la misma pequeña genia que había resuelto tantos problemas irresolubles en ocasiones anteriores, empezaría a hablarme de nuevo como si me conociera. Su tono en los correos electrónicos o resultaba tranquilizador, o me animaba a invertir el tiempo y el espacio necesarios para recuperarme, o me pedía en estado de pánico que repasara rápido unas páginas que no funcionaban. A veces me respondía a los correos con bromas internas afectuosas y otras se pasaba días sin contestar. Incluso en su cumpleaños, cuando le mandé una pulsera Love de Cartier, de esas que van con un minidestornillador recio de oro para que puedas ponértelas y quitártelas, su mensaje fue seco: «Gracias. Qué detalle tan bonito».

Yo no le había contado a mucha gente que estaba en un centro de desintoxicación. Jemima lo sabía, e hizo como mi madre: me mandó unas zapatillas de casa color borgoña, de piel, con una nota que decía «abandonar es de *losers*»; y también lo sabían un puñado de amistades que sí eran seguras, que me habían querido cuando toqué fondo y que estarían encantadas de saber que me encontraba en un buen sitio. Evité decírselo a la gente de Hollywood, más allá de mi agente medio nuevo, Bryan, que me consoló cuando le pregunté si se sentía como quien compra un microondas defectuoso. «Cariño,

confiaría menos en ti si fingieras que estás bien», me dijo, y durante un momento me sentí valiente.

Al resto les llegaron historias variadas: un retiro de escritura, un centro de tratamiento para el trauma, una temporada en el campo o, como decían en la Inglaterra victoriana, que me había ido a «tomar el aire».

Pese a que Jenni me había dicho que no tenía por qué volver —probablemente un mensaje en clave que significaba «por favor, no vuelvas»—, lo cierto fue que no se me ocurría otro sitio al que ir.

Así que volé de regreso a California. Esa mañana me esmeré en arreglarme para ir al aeropuerto, con un jersey de cachemira extragrande y unos pantalones de vestir caros de crepé de China. Y, cuando al fin llegué a aquella casa silenciosa de Los Ángeles, el frigorífico estaba lleno de botellas de cristal de zumo Erewhon y agua alcalina, además de palitos de zanahoria ya cortados por una asistente que sabía muchísimo sobre mi historial médico pero a quien no había visto más de un par de veces. Esa noche abrí el cajón de la mesilla en busca de un boli y lo único que contenía era un vibrador que había pedido por Postmates, parte de la hierba de Nick abandonada en un triturador y una tira de fotos de una amiga liándose con el hijo de Daniel Day-Lewis.

***

Al día siguiente fui al rodaje de *Camping*, la serie en la que había estado trabajando por las noches desde mi habitación de la casa señorial. Me paseé por allí como una estudiante de intercambio. Aquel lugar ya había fijado sus rituales y su jerarquía sin mí: la

gente había ocupado sus sillas de dirección en torno al combo, había creado elaboradas bromas internas y había averiguado lo que a cada cual le gustaba almorzar. Nadie me ignoró. De hecho, se tomaron muchas molestias para hacerme sentir que me lo había perdido todo («¡Nos lo estamos pasando genial!») y nada («¡Aún queda mucho por hacer!»). Pero sin duda yo estaba fuerísima, como una actriz que se incorpora puntualmente a una compañía de actores que llevan años improvisando juntos, y, pese a que mi nombre figuraba en la cabecera del plan de rodaje, me comportaba sumisa como una becaria.

La serie iba, bueno, sobre estar de acampada. Habíamos decidido hacer un *remake* de una comedia británica brillante de la gran Julia Davis, una idea que, para ser justas, me sugirió Zadie Smith (así que, por favor, quien no la considerase de su gusto, que lo discuta con una de las más grandes autoras vivas que tenemos). Y, dado que iba sobre acampar, teníamos que rodar al aire libre en un rancho de Disney en Santa Clarita, entre kilómetros de maleza seca que nos obligó a contratar a un experto en serpientes y comprar botas de senderismo. Todos los días se desencadenaba un desastre de picaduras de mosquito y quemaduras de sol, rajas del culo sudorosas y coletas de pelo mustio. Era un recordatorio bien claro de que es mejor escribir sobre lo que conoces —interiores— y no sobre lo que odias —todo lo demás—.

En líneas generales, Jenni evitaba mirarme a los ojos. Cada vez que nos quedábamos solas se mostraba nerviosa y distraída, como explorando el lugar en busca de las salidas. Mi desesperado deseo de conseguir su aprobación debía de ser un repelente, y todas las mañanas me recordaba a mí misma que tenía que relajarme, no

mostrarme dependiente, «reparar», igual que intentaba hacer con mi hermano. En algún punto del proceso entre caer enferma y perder la cabeza, a Jenni se le había agotado la paciencia conmigo, aunque me daba la impresión de que, si lograba mantenerme sana y con la mente impoluta, tendría una buena oportunidad de regresar. Quizá durante un tiempo Jenni estuviese fría o poco interesada en mi compañía. Quizá no se riese con mis bromas, ¿y quién podía culparla? Tal como yo lo veía, en el tiempo transcurrido desde el final de *Girls*, mis fracasos se habían sucedido uno tras otro, y, como resultado, a lo mejor debía pasar por un periodo de prueba ampliado. Mi futuro se vería determinado por cómo me tomase el castigo. Si me quejaba, lloraba o pillaba un resfriado de verano, mal. Pero si sabía asumirlo, como el chico de una fraternidad que se traga la carpa dorada porque sabe que en última instancia eso le valdrá una casa llena de hermanos para siempre, entonces quizá tuviese una oportunidad, no solo con Jenni, sino con esa industria, con ese mundo. Por lo tanto, puse en práctica los mismos métodos de afrontamiento con los que había estado trabajando años, repitiéndome frases de consuelo en series de ocho inspiradas por mi TOC, como una niña traviesa a la que le asignaran la tarea de escribir la misma frase una y otra vez en la pizarra. Jenni no te odia y quiere que estés bien. Jenni no te odia y quiere que estés bien. Jenni no te odia y quiere que estés bien. Jenni no te odia y quiere que estés bien.

***

Después de unas semanas de rodaje, decidí acoger a una perra ya mayor llamada Bowie, una yorkshire de trece años con cataratas y una pata rota que nunca se le había recuperado y le colgaba como una segunda cola. Había pertenecido a una amiga abstemia de Los Ángeles que se vio superada al tener dos bebés, incapaz de seguir el ritmo de los intrincados rituales necesarios para mantener a Bowie con vida. La perra tenía que tomar tres pastillas al día y había que ponerle gotas para los ojos todas las mañanas. Solo podía comer pollo a la plancha blandito. Exigía dormir en la cama, aunque de noche solía deambular por la casa como una paciente con demencia. Aunque te animan a no tomar grandes decisiones en los primeros tiempos de tu sobriedad —«Nada de mascotas, solo plantas»—, sentí una afinidad muy concreta con ese animal desde el día que la vi encogida en un rincón, con la mirada perdida en el bebé de mi amiga, como si le hubiesen extraído el lóbulo frontal. Tenía algo que me apelaba de forma directa. No es que fuese especialmente mona; de hecho, había en ella un puntito de monstruo de Frankenstein. No era dulce; lo único que le impedía arrancarme trozos de mano era la falta de dientes. Sin embargo, había algo lleno de sentido para mí —la mirada turbada en sus ojos, sus infinitos problemas cíclicos de salud, el hecho de que tuviera numerosas razones para rendirse y morir pero siguiera luchando—. La idea de hacerme esencial para una criatura con tan poco de recomendable como yo me resultaba, si no noble, sí necesaria.

A Bowie no se la podía dejar sola. Estaba ciega, nunca se había acostumbrado a su condición de trípode y tenía tendencia a deambular y acabar encajada en un rincón, dándose una y otra vez contra una pared como si buscase una puerta diminuta. Le gustaba

que la llevara en brazos, o al menos lo toleraba, como los perros con los que Paris Hilton aparecía en las discotecas a principios de la década de los dos mil. Dado que no sabía qué otra cosa hacer, me la llevé al rodaje y me estuve paseando con ella como si fuera un bolso con ojos; la dejaba en mi silla de directora y le revolvía el pelo canoso, pajizo, de detrás de las orejas.

Esa tarde Jenni me apartó un momento en el remolque.

—No sé si deberías traer a un perro al rodaje. No es muy… serio, que digamos. Teniendo en cuenta todo lo demás, claro.

Después de eso, contraté a un cuidador de perros y le expliqué que no debía perder de vista a Bowie en ningún momento. Le compré un par de gafas de sol diminutas de color rosa, modelo ojo de gato, para que pudiéramos sentarnos juntas al aire libre los fines de semana y mantener la mirada fija y perdida.

***

Si Nueva York me había resultado demasiado ruidosa, en Los Ángeles había demasiada luz. Era como si en mi cabeza alguien hubiese encendido unos tubos fluorescentes —zumbidito incluido— y luego hubiera arrancado el interruptor de la pared. El viernes de mi primera semana de regreso allí, a solo unas horas de acabar la jornada, me inventé que necesitaba pasarme a ver a mi psiquiatra y me fui a Los Feliz a casa de mi amiga Lesley, una adicta a la heroína que llevaba mucho tiempo desenganchada. Aunque yo todavía no sabía muy bien qué hacía la gente sobria ni cómo lo hacía, quería rodearme de personas que en apariencia supieran vivir sin sustancias.

La casa de Lesley era un refugio de papel pintado que compartía con su dulce marido, un cómico que vestía pantalones Dockers, y con la bebé rechoncha y rebosante de alegría que tenían en común. Yo la había conocido en su versión anterior, la de una chica neoyorquina fiestera y caótica que iba y venía con una serie de chicos alegremente sádicos de la revista *Vice*. Y mira por dónde ahí estaba ella: casada, en una casa de tres habitaciones de estilo español, con un marido entregado que preparaba comida casera para el bebé. Nadie lo habría dicho.

Lesley llevaba sobria una docena de años, pero cada treinta segundos le daba una calada al cigarrillo electrónico. Por muy madre que fuera de una criatura, llevaba pantalones de campana de tiro bajo con jerséis de cuello vuelto de estilo antiguo, dejando a la vista una franja bronceada de vientre todavía plano. Lucía canas en el pelo y tenía los brazos salpicados de tatuajes tipo *patchwork* de inspiración vintage. En su boda había llevado un minivestido setentero y unas Reebok blancas enormes, y nada más acabar la ceremonia se había salido a fumar con el velo aún puesto. En resumen, lograba que dejar tus problemas con las drogas no solo pareciese posible, sino algo terriblemente *cool*.

Me esmeré en arreglarme para la noche de juegos en su casa, con un vestido camisero Oxford blanco y unos botines, el pelo en dos moños despeinados, y el sentido arácnido activado por un cosquilleo que me decía que en el horizonte me esperaba algún tipo de distracción.

Cuando llegué la criatura ya estaba dormida. Lesley andaba trasteando con el monitor de bebés y me sirvió una Coca-Cola light mientras me preguntaba cómo me había tratado la rehabilitación con

la informalidad de quien pregunta qué te ha parecido la última peli de Paul Thomas Anderson. Iba de acá para allá por la cocina, contándome cuánto se había masturbado la semana que empezó a dejar la heroína y lo asqueroso que le había parecido aquello a la anoréxica religiosa con la que compartía habitación en el centro de tratamiento. Entonces oímos a alguien en el recibidor:

—Eeeeeeh.

—¡Entra ya para dentro, basura! —gritó Lesley. Y luego me tranquilizó—: Nada, es Nathan. Así voy a llamarlo.

Yo conocía a Nathan porque hacía casi una década había sido el novio de Lesley durante un tormentoso periodo de siete meses. En aquel tiempo, Nathan era el guitarrista de un grupo de punk con relativo éxito del que ella era fan. Lesley se había empeñado en echarle el guante igual que en otra época ponía su empeño en procurarse el siguiente chute. Por entonces las dos estábamos recién llegadas a Los Ángeles desde Nueva York: ella, autora de una exitosa columna de sexo, famosa por sus diatribas cargadas de groserías; y yo, la *showrunner* de veinticuatro años de *Girls*. Lesley vivía con Nathan y otros ocho compañeros de piso en una casa destartalada de Eagle Rock en la que usaban bolsas de basura como cortinas y dormían hasta las cuatro de la tarde. En aquella época eran el modelo perfecto de esos excesos sórdidos indies que todos considerábamos tan sexis, aunque al parecer incluso para ellos acabó siendo demasiado: Nathan terminó con Lesley para siempre tras una pelea en la que él se había negado a que ella pusiera una alarma, lo que la hizo llegar tarde en su primer día de trabajo, y entonces ella le rompió el televisor y luego lo llamó tantas veces que él tuvo que cambiar de número.

Sin embargo, de algún modo dejaron que lo pasado, pasado estuviese. Por increíble que parezca, Lesley llevaba ya más de una década sobria cuando rompió aquella tele —al fin y al cabo, sobriedad y cordura no son lo mismo—, pero ahora Nathan también acababa de estrenar sobriedad y había empezado a acudir todos los viernes a casa de Lesley a jugar, comer pizza y ponerse a la niña en el regazo con cuidado para hacerle el caballito. En realidad yo nunca había visto a Nathan en persona, y, cuando entró, me impactaron su altura —cualquiera por encima del metro ochenta te resulta alto si tu padre mide metro setenta— y su espesa cabeza de pelo negro y brillante, que le caía sobre el ojo derecho como al guapo de los *Bad News Bears* originales. Llevaba unos vaqueros negros y una chaqueta de pana, una camiseta de *Boogie Nights* y unas Nike Dunk blancas.

—Qué pasa —dijo, tras echarle un brazo por el hombro a Lesley con gesto fraternal.

Se parecía a los chicos malos que yo había perseguido por Delancey Street todos los fines de semana de 2005, cuando aún era virgen y me esforzaba un montón por ocultarlo. Jack, pese a ser un chico malo del máximo nivel, nunca tuvo pinta de serlo; su estética era más de artista de vodevil de los años treinta o, en ocasiones más formales, de contable de los ochenta, lo que le daba un aspecto de persona adorable con la que sentirte segura, pese a su proximidad a los excesos del rock. En comparación, Nathan parecía estar a punto de tirarse al público para que lo llevaran en volandas al olvido.

Durante las primeras horas de la noche, Nathan me ignoró casi por completo mientras jugábamos al Trivial Pursuit y escuchábamos

discos de Elvis, hasta que Lesley y su marido se levantaron para ir a ver a su hija, que lloraba, y nos dejaron solos.

—Bueno, ¿y qué has estado haciendo? —me preguntó mientras bostezaba. Un bostezo en la primera frase de la conversación: auténtico e histórico atrevimiento.

—¿Yo? Pues, em… Bueno, acabo de salir de un centro de desintoxicación hace… un mes.

La verdad, aunque con una dosis de ficción, que era justo el tipo de verdad que me interesaba entonces. Y es que, según mi razonamiento, «hace un mes» sonaba mejor que hace una semana. Solo Dios sabe por cuántas sesiones de terapia podría haber pasado en ese tiempo. Hasta donde él podía saber, yo ya estaba curada.

—Ah, guay. ¿Y fue bien o qué? —me dijo.

—Sí, mucho. Me he quitado del clonazepam y ahora estoy… em… ¿estresada? Pero también me divierto. Soy muy divertida.

—Tía, yo estoy intentando dejar el litio ahora mismo. Me diagnosticaron bipolaridad por error y, en fin… Es una puta mierda.

Para cuando Lesley regresó y volvió a agitar los dados, yo ya había convencido a Nathan de que me diera su número para pasarle un vídeo de la primera novia de Kurt Cobain enseñando las obras de arte que hacía con la sangre y el pelo del propio Kurt.

Al acabar la noche, Nathan me acompañó andando a coger el Uber y, mientras me subía a la parte de atrás, lo vi correr hacia la furgoneta blanca grande que había aparcado a la vuelta de la esquina («El otro de mi grupo se mudó a México, así que ahora es toda mía», me había dicho en la cena; la contaba entre los bienes más preciados que aún poseía tras haber tocado tanto fondo por el

alcohol que tuvo que volver a casa de su madre y casi olvidó cómo se escribía).

Desde el coche le mandé un mensaje: «Eres gracioso». Jenni siempre me había dicho que usara las mínimas palabras posibles en el arte de la seducción.

***

Nuestra primera cita consistió en ir a un concierto de Liz Phair en el Hollywood Forever Cemetery. Nathan y yo quedamos en la entrada al anochecer, y fuimos paseando y mirando las tumbas de actores que apenas conocíamos y de algunas personas que seguramente habían aparecido en algún capítulo suelto de *Matlock* para luego ir retirándose poco a poco hasta aquel último adiós. Nathan no se esforzaba mucho por generar conversación; se limitaba a darle caladas fuertes al vapeador.

Antes de aquello le había preguntado si debíamos contarle a Lesley que íbamos a quedar.

«Ya se lo dije —me escribió—. Dice que sin problema».

«Porque entiendo que es una cita, ¿no?», le pregunté.

«Sí, lo es», me respondió, con esa seguridad que siempre reduce a la quinceañera ignorada que hay en mí a un montón de escombros excitados.

Pese a toda la retahíla de amor y odio suscitados, y al mensaje claro de que ninguna relación iba a salvarme, aún buscaba la sublimación a través de la atención ajena.

Nos sentamos en las gradas mientras Liz tocaba *Exile in Guyville*, un álbum del que me sabía hasta la última letra, aunque, en vez de

cantar con ella, me limité a asentir con la cabeza.

Mis rodillas se rozaron con las de Nathan. Miré su pierna larga y esbelta y la mía, corta y regordeta. Durante lo peor del último año o así había estado todo lo delgada que siempre había esperado estar, pero demasiado triste para disfrutarlo. Sin embargo, desde el inicio de la desintoxicación había ganado unos trece kilos, gracias a mi nueva afición por los sándwiches de mantequilla de medianoche, que disimulé con astucia gracias a un vestido de colegiala con múltiples cuellos babero. En realidad, nunca me preocupó si Nick me consideraba sexy; éramos como dos animales dando vueltas uno alrededor del otro, olisqueándonos, follando cuando encartaba y acostándonos en una madriguera de noche. Aquella era la primera vez, desde la cita con Jack de hacía casi siete años, que de verdad me preguntaba si alguien me veía guapa, o quizá solo digerible; o a lo mejor lo bastante aceptable, y nada más, que es justo lo que me parecía el tío que tenía vapeando a mi lado, si hubiese dedicado algo de tiempo a hacer introspección.

Después nos fuimos al Canter's Deli de Fairfax a tomar té y hablar sobre nuestra experiencia compartida como adictos. Nathan aún fumaba hierba. Yo no. Él estaba enfadado con la gente que no lo había apoyado cuando era un ser caótico. Yo me esforzaba por no sentirme así; iba siempre de puntillas con Jenni y me resistía al impulso de llamar a mi hermano a diario y rogarle que viniese a acompañarme un rato. Sin embargo, veía ante mí a alguien con quien podía pasar el tiempo tranquilamente, que se reía con mis bromas y que parecía considerar mi presencia tan relajante como estimulante. Fuera, bajo el brillo de neón del restaurante

veinticuatro horas más sórdido de Los Ángeles, nos besamos de forma superficial y ansiosa, y me subí a un coche.

Unos minutos después me escribió:

«Si todavía bebiese alcohol te habría seguido a casa y me habría vuelto loco contigo, tía».

«Si todavía fuera una pastillera, te habría dejado hacerlo», le respondí.

***

Dos días después, en mi sofá, con todas las lámparas encendidas, se volvió loco conmigo y le dejé. Se me había olvidado lo incómodo que podía ser todo la primera vez. Mi primera vez con Nick me sentía eufórica por la rebeldía y los narcóticos de clase superior. En ese momento, con Nathan, temblaba como una hoja mientras él me bajaba el peto hasta la cintura y se llevaba mis pechos a la boca. Estuvimos follando lo que me parecieron horas; me contó que le costaba correrse por culpa del litio, y me lo tomé como un desafío y me puse a saltar de una postura a otra hasta quedarme sin aliento. Le dije que no tenía útero y debió de pensar que eso era protección suficiente para ambos.

Sin embargo, al acabar, estando allí tumbada, supe, con esa terrible certeza con la que se saben las cosas y que reside en lo más hondo del estómago, que no debía estar allí. No porque Nathan no fuera apañado, o atractivo, o un compañero sexual más que adecuado para cualquiera. No porque no me hiciera reír. No porque su pelo no fuera una muestra increíble de la evolución humana. Sino porque yo no tenía nada que ofrecer. Estaba exprimida, drenada,

emocionalmente explotada hasta el punto de que todo mi petróleo se había secado y los perforadores se habían trasladado a otro continente.

Durante el mes siguiente nos vimos de vez en cuando. Un día, antes de una sesión nocturna de rodaje, fuimos paseando hasta una cafetería con mi nueva perra vieja, coja y de ojos nublados, y nos besamos en el aparcamiento, sin saber muy bien dónde poner las manos porque los dos estábamos sujetando sendos tés helados. Lo hacíamos cualquier noche entre semana, como gente que no tuviera que estar en ninguna parte a la mañana siguiente; nos mandábamos GIF de raperos que nos gustaban… No me paré a plantearme por qué mis relaciones más recientes habían sido con hombres sin ningún tipo de trabajo y sin ningunas ganas de tener un techo —este al menos estaba sobrio—. De haberlo hecho, no me habría gustado mi constatación: que una parte de mí aún quería sentirse importante, impresionante, poderosa. Lo que tenía quizá no fuera suficiente para quienes me habían querido cuando estaba en la cima, pero sí era más de lo que solías poseer cuando tocabas fondo por completo. «Qué locura, tía», me dijo Nathan cuando le conté que tenía una casa en propiedad.

No obstante, no había rayos de sol, ni morreos en el aparcamiento del supermercado, ni café con hielo y sirope de agave que pudieran poner en orden de forma automática todo el caos que había dejado tras de mí. Daba igual en cuántas reuniones de AA plegara sillas, en cuántas colas de abrazos me pusiera o cuántas tarjetas de asistencia obligatoria validara en la reunión de Narcóticos Anónimos del norte de Hollywood. Podía acoger a una perra necesitada, aceptar llamadas a medianoche de chicas histéricas que llevaran sobrias un

total de cero días, escribir mensajes de correo electrónico muy considerados a personas cuyas bodas y fiestas de embarazo me había perdido en la época en la que el tiempo se había detenido. Pero en el fondo no arreglaba nada, y eso podía tenerme despierta hasta las cinco de la madrugada, cuando por fin caía derrotada y sumida en el sueño, para despertarme agitada con la luz del sol y la sensación de que algo no iba bien, y de que quizá no fuera a ir bien nunca más.

***

De vuelta en Nueva York, Nick por fin se había ido de la casa y le había dejado las llaves al portero. Mi madre me informó de que el piso estaba asqueroso: la bañera llena de botellas de vodka, comida pudriéndose en el frigorífico… Intenté explicarme, intenté disculparme.

«Ya se ha ido —me dijo—. Es mejor no darle más vueltas».

Sin embargo, una mañana me despertó una llamada de mi padre. «Hola, cielo. Sé que tienes trabajo hoy, y no me gusta ser portador de malas noticias…».

Se había despertado temprano por un viaje de trabajo a Dallas. Yo sabía que se había vestido para ir al aeropuerto igual que siempre: una camisa de seda abotonada hasta arriba, pantalones de traje, deportivas negras, y con el cuaderno, los lápices, un libro y la funda de las gafas en la bolsa que llevaría cruzada al pecho. Se había aplicado producto en el pelo, se había hidratado con Nivea y se había limpiado los cristales de las gafas. Se había tomado un té negro, que preparaba a partir de hojas y no con una bolsita, y se

había bebido un vaso alto de agua. Pero, al abrir la puerta para marcharse, se había encontrado a Nick tirado desnudo encima del felpudo, con la ropa esparcida por todo el pasillo. Mi padre lo zarandeó para despertarlo:

—Nick —lo imagino diciendo, con una calma inquietante—. Chaval.

Sin embargo, cuando Nick abrió los ojos, salió disparado, corriendo, recogiendo sus prendas por el camino.

El estómago se me llenó de una vergüenza tan densa que noté cómo la bilis me subía por el fondo de la garganta. Yo tenía aguante, pero que mi padre se hubiese visto frente a ese hombre hundido, desnudo, enroscado en su puerta como una alubia… Me parecía el colmo. Me pregunté cuándo cesarían las humillaciones, cuándo dejaría de sufrir las repercusiones de mi mal comportamiento.

Mi padre me escuchó tragar. Me había quedado sin palabras por una vez en mi vida.

—Oye, ha sido desconcertante, eso como poco, pero podemos pasar página. Ya hemos pasado página.

***

Jenni y yo nos dijimos nuestras últimas palabras sinceras en la consulta de un terapeuta de Larchmont Avenue tres semanas después de acabar el rodaje de *Camping*. Aquel lugar era uno de esos espacios que se asemejan a un plató para un anuncio de antidepresivos: sofá gris de Ikea, un jarrón con una sola orquídea, una ventana con vistas cuadriculadas a otras ventanas.

No recuerdo el aspecto exacto del terapeuta, solo los elementos básicos: pelo entrecano, gafas cuadradas, pantalones chinos con

pliegues. Creo que salía con la psiquiatra de Jenni, la misma que Jenni les había recomendado a todas las mujeres con mal de amores que conocíamos en todas las reuniones generales que teníamos. El nombre de la psiquiatra contenía una R que, contra todo pronóstico, se pronunciaba como una T, y sus consejos eran igual de poco ortodoxos y a menudo conllevaban una actitud de «date el gusto» con respecto al vino.

Más o menos un mes después de mi regreso del tratamiento, Jenni y yo salimos a una cena particularmente forzada, en teoría para hablar sobre el brillante futuro de nuestros negocios con nuestro director ejecutivo —amigo de Jenni de cuando tenía veintipocos años— y con el exmarido de Jenni, que aún llevaba *Lenny*. La newsletter seguía tirando, fabricando como churros artículos sobre autocuidados e higiene de la amistad, sobre heroínas olvidadas de la industria de la aerodinámica o sobre la capacidad de los *hobbies* para reconfigurar cómo percibimos nuestro valor personal en el capitalismo. Yo no sabía muy bien cuándo todas las personas con las que interactuábamos habían acabado siendo figuras con las que Jenni se sentía segura, o con las que había cohabitado o cohabitaba, solo que era algo que había ocurrido poco a poco y luego todo de golpe. La única vez que mencioné la idea de contratar a mi hermano para un trabajo —uno que, sin ninguna duda, mi hermano habría rechazado pese a estar cualificado para él —, Jenni se había reído: «¿En serio queremos incorporar el elemento Dunham aquí?».

Mientras fingíamos leer la carta con atención, unas cuantas mujeres conocidas por sus papeles secundarios en series cómicas de mediados de la década de los dos mil se pasaron por nuestra mesa,

algo achispadas de tequila, con los cuellos repletos de unas joyas mucho más caras que la cuenta.

—Qué ganas de que llegue el sábado —dijo una muy animada.

—¿Qué llevamos? —preguntó otra.

Ni siquiera tuve que preguntarle a Jenni si iba a dar una fiesta, o si se había olvidado de invitarme. Al fin y al cabo, antes solía organizarlas con ella. Esas mujeres me saludaron con mucha parafernalia a mí también, y me dijeron cuánto les gustaba mi chaqueta y lo magníficos que eran mis pendientes, pero a aquel lugar le habían desconectado el sonido, y, mientras sus labios se movían, yo solo escuchaba esos guaguaguagua que hacen los adultos en los dibujitos de Charlie Brown.

Apenas llevaba dos meses sobria y me aferraba a cada nuevo día del contador de mi iPhone como si fuera el montante de una cuenta bancaria. Mientras repasábamos una a una nuestras obligaciones, recogidas en una lista —un guion que estábamos coescribiendo para dos señores conocidos por sus franquicias de acción; un libro sobre una sociópata cuya adaptación estábamos negociando; una posible reestructuración de fechas para la gira de *Lenny*—, comenté que notaba que mi cuerpo, siete meses después de la histerectomía, quizá necesitara un descanso. Un mes, tal vez dos.

No sé por qué no me había planteado pedirlo antes. Había gastado mis días de vacaciones en la operación. Me había ido al centro de desintoxicación con la sensación de quien elige escaquearse del trabajo cuatro semanas porque sí para meterse en un spa. Sin embargo, nunca había pensado en tomarme un tiempo con el propósito específico de intentar averiguar dónde había estado y qué quería hacer a partir de ahí. ¿Qué pasaría si me diera un

tiempo libre no mientras tocaba fondo, ni durante una crisis de salud, sino solo porque era algo importante? Me quedé mirando mi plato intacto —el ñame morado, el filete que, si de verdad me paraba a pensarlo, me provocaba repulsión espiritual— y lo único que conseguía ver eran los días constantes de inspiración fingida que me esperaban si no hacía algo, una yo del futuro hurgando muy al fondo para intentar encontrar algo importante que decir y sacando solo bromas típicas y cutres y temas robados de la bibliografía sobre la Marcha de las Mujeres. Me veía apareciendo en la oficina y riéndome en reuniones con guionistas a quienes los agentes nos decían que teníamos «que conocer, y encajaréis a la perfección».

Estaba, por otro lado, el tema del Gran Mal, el incidente, la ruptura que yo había experimentado como la ruptura del yo y que Jenni había vivido como la primera vez que era su nombre, y no solo el mío, el que estaba en la línea de fuego de internet. En el fondo yo no sabía cómo lo había vivido ella porque, más allá de unas cuantas llamadas conjuntas con expertos en relaciones públicas de crisis que recibí postrada en la cama, nunca habíamos abordado aquello. Lo intenté en una ocasión, en el rancho de Disney, en uno de los escasos momentos en que nos quedábamos las dos solas.

—He estado pensando mucho —tartamudeé—. Esto llegó a nuestra vida por algún motivo, hay algún aprendizaje que…

Antes de que pudiese acabar mi frase, Jenni me espetó:

—No estoy ni cerca de llegar a ese punto.

No supe distinguir si quería echarse a llorar o darme un guantazo.

Al parecer, el orden del día que se había decidido en mi ausencia era que íbamos a seguir adelante de forma obstinada hasta que todo el mundo se olvidase del tema. Pero yo no lo iba a olvidar, y sabía

que no tendría nada que decir, nada que escribir ni nada que dar sin antes lograr instalarme de verdad en la humildad de ese error, en el silencio que trajo a mi vida tras disiparse todo el ruido.

Mi cuerpo ya no cooperaba. Pese a la esperanza de que la sobriedad pudiera abrirme una nueva página, de que la aceptación de mi angustia mental sanara mi dolor físico, no había ocurrido nada de eso. El síndrome de Ehlers-Danlos implicaba que siempre habría algún problema, más allá de los cambios que hiciera en mi tratamiento farmacológico o en mi sentido de la serenidad. A veces esas crisis de salud eran tremendas y quijotescas: urticarias que se iban tan rápido como aparecían, una repentina migraña que solo se solucionaba con vómitos violentos; pero, por lo general, eran una cosa mundana, un trasfondo cotidiano de dolor contra el que luchaba, o que aceptaba sin más de forma tácita mientras atravesaba el día. De noche dormía entre una elaborada red de mantas térmicas enchufadas a una regleta. Cuando caminaba me crujían la cadera y las rodillas. En el rancho de Disney, pese a las botas de montaña, me torcí un tobillo y tuve que pasarme el resto del día a la pata coja. Cuanto más sabía, mejor comprendía que no estaba a la espera de una cura, sino de la valentía para reconfigurar mi forma de hablar sobre lo que mi cuerpo podía hacer, y usar palabras como «crónico» y «discapacidad». Jack me había dicho que siempre estaba metida en alguna crisis, subrayándolo como una de las muchas realidades insostenibles de nuestra vida. Pero las crisis solo surgen cuando esperas tener un viaje tranquilo. Yo seguía tratando de aterrizar en la idea de que algunas cosas existían porque sí.

Mientras miraba fijamente mi servilleta, continué:

—Estaba pensando que a lo mejor podía pasar unos meses con mi familia, para centrarme en…

—O a lo mejor podías tomarte el resto del año libre —dijo Jenni—. Dos años, incluso. Y luego supongo que mis hijos podrían pagarse ellos solos la universidad.

En los círculos de sobriedad se habla mucho del «chispazo divino», el momento en el que un poder superior se hace visible. He escuchado a gente describirlo como un destello de claridad, o incluso como una mano invisible que te agarra por el cogote. Pero yo lo experimenté más bien como la voz masculina que narraba los tráilers de las pelis noventeras y nos hacía un resumen básico del argumento de *Señora Doubtfire*.

«Lena, ya no tienes que seguir haciendo esto», me dijo esa voz.

«Me siento como un barco —le había escrito a mi hermano antes de ir a desintoxicación—. Estoy tratando de mantenerme a flote en mitad de un mar picado, de no volver a estrellarme contra las rocas, de seguir sobre el agua y no hundirme y convertirme en un naufragio».

«Pues conviértete en el naufragio —me respondió—. Prueba un tiempo».

***

Al acabar la cena, Jenni me llevó en silencio a casa en el coche que conocíamos como su «bolso móvil», lleno de briks de zumo, ropa para entrenar y pinzas —una de los millones de cosas que Jenni me enseñó es que la luz del coche es la mejor para encontrarte algún pelo rebelde en la barbilla—. Aparcamos delante de mi casa.

—Siento que en realidad ya no quieres pasar tiempo conmigo —le dije por fin, rompiendo el silencio.

Me notaba tiritando bajo la chaqueta, pese al calor de julio en Los Ángeles.

—Sí que quiero pasar tiempo contigo —me respondió con las manos aferradas al volante, aunque ya estábamos paradas—. Me estoy esforzando en serio por volver a estar bien contigo.

Le conté la verdad y traté de exponérsela de la forma más clara que pude, de explicársela a modo de causa y efecto, tal y como el doctor Mark y yo habíamos hablado en terapia: la tríada de enfermedad, trauma y adicción me había venido demasiado grande. Todo lo que había ocurrido en público me resultaba más duro de lo que dejaba ver. Pero era real. Se podía ordenar con claridad en una cronología, como en los libros de historia o en los podcasts de *true crime*. Desde siempre lo había pasado mal físicamente, pero mis síntomas, que parecían difusos, nunca se agrupaban en un diagnóstico, y menos en un mundo en el que se menosprecia el dolor de las chicas y de las mujeres. El estrés tiene un efecto mensurable en las afecciones autoinmunes e inflamatorias y empeoraba mis síntomas físicos, por lo que, ironías de la vida, hacer *Girls* —sin duda lo mejor que me había pasado nunca, aunque también lo que más me había hecho trabajar— solo contribuyó a ponerme más enferma. A esas alturas, no obstante, mis responsabilidades parecían imposibilitar que me tomase el tiempo necesario para ponerme bien. Cuando me ofrecieron medicación para cumplir con esas responsabilidades fue como un milagro, hasta que dejó de serlo. Y ahora, le dije, seguía lidiando con el dolor físico de una enfermedad incurable, una enfermedad cuyas implicaciones

emocionales nunca me había parado a considerar, sin ninguno de los amortiguadores —Jack, sobrecarga de trabajo, pastillas— que me habían servido para sentirme completa, al menos durante breves periodos de tiempo.

—Pero no paras de decir que estás mala, como si todavía pensaras que es algo físico —me replicó Jenni.

Más adelante, mi madre me confesaría que Jenni la había llamado en los días previos a mi ingreso en el centro. Le había dicho que no lo entendía, que, una vez pasada la histerectomía, yo ya debía estar bien. La última excusa que me quedaba había desaparecido. «Y se está aferrando a este diagnóstico peregrino como si fuera una respuesta», añadió, tratando de compadecerse de Laurie Simmons. Jenni desconocía la regla número uno de Laurie Simmons, que es que ella es la única persona legitimada para cuestionar a sus hijos. Y por supuestísimo que no iba a dejar que aquello quedara así, ni de coña.

«JENNI, ¿ES QUE NO LO ENTIENDES? ESTO ES SOLO EL PRINCIPIO. —La oyó gritar mi padre—. Lena quería tener un hijo. Tú tienes dos. Nunca serías capaz de imaginar lo que es eso. ¿Y lo de su diagnóstico? A lo mejor deberías haberle preguntado al médico del seguro si de verdad hacía falta que se metiera tanta mierda».

Clic.

Quizá por eso Jenni ya no me miraba. No era la primera vez que mi madre espantaba a alguien tan próximo a mí, con un destello en los ojos rojo como su pelo teñido de henna.

A la mañana siguiente, las manos me temblaban cuando me senté en mi patio, sin pantalones, a fumarme un cigarro con una mano y escribirle un mensaje a Jenni con la otra: «Estoy esforzándome por

mantenerme sobria. Llevo 62 días. No me haces sentir segura ni orgullosa, así que no puedo hablar contigo hasta que estemos ante un terapeuta».

«¿Estás diciendo que te doy miedo? —me preguntó Jenni—. Si sacas la baza de la sobriedad, no puedo discutirte nada. Solo tú sabes lo que sientes».

Era la primera vez en mucho tiempo que podía decir que así era.

***

Nos reservaron una sesión para dos semanas después. Ese tiempo lo pasé en el condado de Marin con mi familia mientras a mi hermano le quitaban los pechos. Hice el equipaje fatal, así que me vi obligada a comprarme unos vestidos y algo de ropa de deporte en el aeropuerto; mi madre me dijo que me hacía falta una talla más de todo. Mi padre se cabreó conmigo por tardar demasiado en el Starbucks de camino a la operación de Cyrus, y mi madre me abroncó por haberme puesto unos pantalones cortos «de guarrilla» y por llevar a Bowie conmigo a todas partes y darle de comer desde la mesa. «Me necesita», le expliqué. No hacía falta añadir la segunda parte: «No me pasa con nadie más».

Había tomado la determinación de permanecer callada, consciente de que la vida de mi hermano había estado definida al completo por mi forma gelatinosa de ocupar el espacio. Era todo un acontecimiento que nos hubiese permitido acompañarlo y por nada iba yo a cagarla. Después de la desintoxicación decidí que, durante el tiempo que hiciera falta, mi trabajo sería aceptar con gratitud lo que Cyrus me ofreciese y no exigir más. Iba a estar ahí cuando él

me lo pidiera y desaparecería cuando no. Iba a dejar claro que sabía escuchar, que sabía recibir amor sin exigir. Era como el amor cauto que sientes por un gato adoptado, a sabiendas de que —cada vez que el animal se detiene un momento en el brazo del sofá o te da con la cola en la pierna— tu paciencia os va acercando. Lo único que tienes que hacer es no agarrarlo a mano llena como lo haría un bebé eufórico. Lo único que tienes que hacer es captar la indirecta.

Que no se me malinterprete: yo solo quería hablar de Jenni. Desayunando, mientras mi padre leía todos los periódicos de cabo a rabo, me moría por ensayar cómo sería nuestra sesión de terapia, por analizar todos los posibles resultados. No paraba de mirar el móvil, consciente de que ninguna notificación sería de ella; en realidad, hacía meses que no nos comunicábamos como antes —en una ocasión, cuando estábamos en nuestro mejor momento, habíamos intentado contar nuestro cómputo diario de mensajes y paramos al llegar a ciento noventa y dos—. Sin embargo, pese al deseo constante de sacar el tema, solo hablaba de Jenni con Nathan, por mensajes, y él siempre me respondía con alguna versión de «Joeee, colega».

Cyrus había encontrado a un médico en Marin que había practicado un montón de cirugías de torso. Era un hombre negro alto y atractivo, con unas Crocs naranjas y un tatuaje que le asomaba bajo la ropa quirúrgica. Cyrus llevaba más de un año hablando con él sobre la intervención. Había insistido en gestionarlo todo por su cuenta, para gran disgusto de mi madre, a la que muy pocas cosas le gustan más que localizar a especialistas médicos muy reputados. Volvimos a la zona del preoperatorio mientras el doctor Julius dibujaba unas rayas rápidas con un rotulador azul en el pecho

de Cy y mi madre bromeaba: «Son magníficas, ¿no puede usted ponérmelas a mí?». Y, cuando la enfermera le colocó a Cy un gorro quirúrgico azul esponjoso, lo tumbó en la camilla y lo preparó para la anestesia, me acordé de cuando Cyrus tenía seis semanas y contrajo meningitis, con una fiebre de cuarenta que le puso el cuerpecito ultravioleta. Mi madre abrevió una visita a su estudio del MoMa y dobló corriendo la esquina de la calle de camino al pediatra. Se le olvidó el monedero, así que tuvieron que pagarle el taxi al hospital, y recuerda estar en el vehículo mirando la respiración de Cy, conmovida hasta las lágrimas por lo diminuto de su silueta con aquel jersey de tela de toalla verde guisante «asqueroso». En el hospital, rodeada de médicos y enfermeras que preparaban una punción lumbar, mi madre se preguntó: *Ay, por qué no le habré puesto un jersey más bonito*.

Al día siguiente, mi madre me recogió temprano de mi clase de primero y atravesamos andando el parque hasta el centro médico St. Vincent's, donde nos dieron unos pases de visita grandes, plastificados, que se parecían a los números que llevan las chicas en los concursos de belleza. Yo miraba a Cy estirar sus bracitos musculosos de bebé en una cuna con paredes de cristal, con la aguja de un gotero enganchada a la carne del pie rechoncho.

—¿Está muerto? —pregunté mientras Cy dormía.

—No —me dijo mi madre—. Se está recuperando.

Tendría que pasar mucho tiempo desde que Cy llorase vestido con aquel pelele verde guisante hasta que quedó claro que la niñita de mi madre no era una niña. Daba igual que llevara petos o vestidos fucsias y felpas a juego. Era inevitable que alguien se agachase sobre el carrito y dijera: «Su hijo es adorable».

En cuanto Cy pudo vestirse solo, rechazó todo lo que fuera femenino y se vistió con pantaloncitos cargo, camisetas de manga corta encima de otras de manga larga y una gorra de camionero. En el colegio iba por ahí con los chicos y nos pedía que lo llamáramos Jimmy. Mi madre consultó con un terapeuta, que le dijo que aguantase, que dejara pasar esa fase, que ya vería que, en cuanto fuese mayor y las presiones sociales creciesen, en cuanto entrara en la preadolescencia y luego en la adolescencia con toda su energía de quinceañera, se convertiría en lo que todo el mundo esperaba desde que vieron la ecografía. Aun así, aquello siempre le había pasado a Cy algún tipo de factura: carreras obsesivas en la cinta de correr y almendras descartadas a diario en el almuerzo, ansias dignas de Tracy Flick por conseguir la máxima nota en todo, asegurarse de estar siempre en mitad de la pandilla más popular.

Con la universidad, y lo queer, todo eso desapareció. Se fue haciendo más caótico, temperamental y sincero. Empezó a parecerse más a la persona que había sido con cuatro y cinco años. Cuando salió del armario con nosotros, a ninguno nos sorprendió.

Y ahí estaba, temblando mientras la enfermera le ponía la aguja en la sangradura del brazo y se lo llevaban para iniciar el bonito proceso de transformación. Al igual que con la sobriedad, aquel era el primer paso y no el último, el comienzo de todo y el final de otra cosa.

Capítulo diecisiete

Desencadenante

Conforme se acercaba la sesión de terapia con Jenni, me sentaba en la cama y practicaba lo que quería decir una y otra vez. A lo largo de las semanas previas al gran día mis súplicas imaginadas mutaron, tanto en tono como en contenido. A veces me ponía en plan tía empoderada que está cabreada como los demonios, dejando claro que no iba a aguantar ni una más («Mira, ni a mi PERRA le hablo como me hablas tú a mí»). Otras empleaba una voz dulce, me mostraba frágil, llorando con un pañuelo («Solo quiero encontrar la manera de que puedas quererme como antes»). Y en otra versión estaba calmada y centrada, la clase de mujer que lleva pantalones de pana y se sienta con los brazos y las piernas abiertos delante de un grupo, y va mirando a todo el mundo uno a uno a los ojos mientras enseña «técnicas de relajación vasovagal». Me imaginaba siendo todas esas mujeres y ninguna de ellas, pero alguna persona tendría que ser, allí sentada en la terapia junto a Jenni, lista para abordar aquel asunto, que en realidad eran un millón de asuntos.

Cuando le dije que no pensaba hablar con ella si no era con un terapeuta presente, la sensación —al menos para mí, con mi cerebro sesenta y tantos días limpio que aún estaba en su lento proceso de reconexión— fue que se trataba de una decisión nacida de la

madurez, del deseo de mantener un diálogo constructivo, de evitar que la conversación descarrilara dolorosamente.

Sin embargo, cuantas más vueltas le daba a qué decir durante la sesión, menos segura estaba de que hubiera sido una buena idea. No le había pedido vernos en terapia porque fuese una persona valiente y adulta, no; lo que yo quería era lo mismo de siempre: que me asegurasen que todo iba a estar bien, que me mimaran, que me prometiesen que mi actitud no iba a espantarla, que eso no podía pasar. Pero ya había pasado. Las personas adultas no deberían necesitar esas patéticas garantías de seguridad. ¿Cómo conseguían algunas personas que les resbalasen las pullas de sus amigos con lenguas viperinas, cómo podían quitarles hierro, no darles importancia? ¿Por qué yo siempre me lo tomaba todo tan a la tremenda, joder? En cualquier caso, en esos momentos no iba a haber ninguna reafirmación, y conociendo a Jenni no la habría en mucho tiempo, si es que alguna vez llegaba. Jenni era una persona práctica que no quería tirar por la borda una dinámica que funcionaba (más o menos), pero tampoco íbamos a retomarla cantando kumbayá. O aquello nos seguía generando dinero, o nada.

Después de años así (de estar tan sensible que recibir un mensaje de Jenni sin una sola exclamación me provocaba espasmos de baja autoestima), habíamos traspasado oficialmente el límite que imposibilitaba que cincuenta minutos con un terapeuta, por cualificado que estuviese, enmendaran lo nuestro. Las opciones eran someternos a la incomodidad de la terapia todo el tiempo necesario para «sanar» o bien regresar a casa cada una por nuestro lado, dando patadas a piedrecitas por todo el camino.

A cualquiera que quisiera escucharme lo obligaba a repasar conmigo la inminente sesión de terapia, y quienes querían escucharme eran en su mayoría los exyonquis exhaustos que se juntaban los sábados por la mañana en el Canter's después de alguna reunión, gente que había estado en sitios mucho más oscuros que donde yo me encontraba y que sentían consuelo en guiarme para salir de mi atolladero tan básico. Tuve mucho cuidado de no sacar el tema ante ningún conocido común; los pocos con quienes lo intenté me respondieron con un sencillo: «Ya sabes cómo es Jenni, seguro que vuelve, tú distráete».

¿Y qué había estado haciendo yo si no distraerme? Lo había intentado todo, desde follarme a un skater de cuarenta años que vivía con su madre hasta escribir poemas en prosa, unirme a círculos de meditación o cuidar de una perra llamada Bowie con una pierna coja incurable. Me había comprado chándales y pendientes de oro bien gordos, había ido a una parrilla brasileña, había obligado a quedar conmigo a todas las amistades a quienes llevaba cinco años o más sin ver. Había hecho listas tituladas TRAUMAS FORMATIVOS y COSAS TONTAS PERO QUE ME ESTRESAN. Había evitado de todas las maneras posibles lo inevitable de la conversación que se avecinaba.

Y después de infinitas discusiones cíclicas con la gente a la que pagaba por estar conmigo —agentes, abogados, publicistas y terapeutas—, había acabado por darme cuenta de que Jenni y yo no podíamos continuar con la empresa que llevábamos en común. Para empezar, notaba que se me había exprimido hasta la última gota. En segundo lugar, nunca había sido capaz de crear nada si no me sentía en un lugar seguro, acogedor incluso. Y por si mi situación fuera poco, Jenni no parecía muy encantada que digamos. Mi esperanza

era que quizá, al retirar la presión de tener que compartir vida y arte, Jenni y yo pudiéramos hallar la manera de reencontrarnos de una forma nueva, eso que a veces se llama «amistad».

***

Unos días antes de nuestra cita en terapia, Jenni me mandó un enlace a un artículo sobre una actriz joven que llevaba un top atado al cuello de los Beanie Babies; era el tipo de mensajes que nos habíamos intercambiado miles de veces a lo largo de los años: aún sabía cómo llegarme al corazón.

Sin embargo, por una vez mi respuesta no fue instantánea ni supercariñosa, sino dilatada y un poco forzada.

«Qué raro ha sido no compartir estas cosas en las últimas semanas», le escribí.

«Raro que te cagas», me respondió. La sentí de nuevo presente. Y conocía de sobra ese movimiento: esperar a que alguien se quiebre por falta de trato cariñoso y entonces ofrecérselo de nuevo, tentador como una tarta de queso el día que te saltas la dieta. Tuve cuidado de no volver a caer, pese a percibir lo fácil y agradable que sería olvidar los últimos seis meses y aferrarme a eso como si me fuera la vida en ello.

En la sala de espera de la consulta nos saludamos como conocidas que descubren por casualidad que comparten ginecóloga: «Ay, hola».

Antes de tener tiempo de nada más apareció el terapeuta: alto, anguloso y anónimo con sus gafas grises y sus pantalones grises de vestir, para acompañarnos a su consulta gris.

Permanecí de pie con mi vestido sin mangas, meciéndome ligeramente por los nervios, mientras observaba a Jenni sentarse en el extremo opuesto del sofá. Llevaba una blusa blanca romántica con volantes y unos vaqueros, como una adolescente francesa de vacaciones.

—Bueno, ¿me contáis un poco por qué estáis aquí? —empezó el terapeuta.

Las dos intentamos hablar. A las dos nos interrumpieron las lágrimas, lágrimas que daba demasiada vergüenza soltar, me sentía demasiado distanciada. Se me pasó por la cabeza acurrucarme en su regazo, ¿cómo no iba a pensarlo? ¿Cuántas veces lo había hecho antes?

—Era ella la que quería tener esta sesión, así que…

Jenni me señaló con un gesto. Antes de mi segundo intento de emitir una frase completa, me eché a llorar otra vez. Nunca he sabido si mi propensión a las lágrimas es una debilidad o una forma de manipulación, pero es una de mis cualidades que menos confianza me da. Resulta especialmente incriminatorio que también pueda vomitar a voluntad.

—Has sido mi mejor amiga durante ocho años y medio —berreé—. Mi familia. Mi… mi todo. Seguramente te he echado demasiadas cosas encima, lo sé. Y a veces te habré generado mucha ansiedad; también lo sé. —Miré a Jenni, que nunca había tenido un aspecto más ingenuo o inocente que en ese momento, con su blusa a lo Laura Ingalls Wilder y la boca arrugada—. Y no creo que nos estemos haciendo muy felices. De hecho, nos estamos provocando tristeza la una a la otra.

Jenni asintió, con los brazos cruzados, las palmas metidas bajo las axilas.

—Sí, creo…, sí.

Dejó caer la cabeza hacia adelante, agotada.

—La pregunta entonces es… —intervino el terapeuta, desconcertado por la velocidad con la que le habíamos hecho el trabajo— si, a partir de estos largos años de dinámica laboral, existe una amistad que deba salvarse.

Levanté la vista, esperanzada. *Sí, ahí está*, pensé.

Pero antes de que pudiese hablar, Jenni lo miró, luego me miró a mí, y se encogió de hombros. En sus ojos vi todos los instantes en los que no nos habíamos entendido, desde aquel día de hacía ocho años, cuando me dijo que comiese de una puñetera vez, hasta ese mismo momento. Sentí de golpe todos los momentos en los que me había tragado mis palabras con la esperanza de que no acabaran por regurgitar en el peor momento. Y sin que me diese tiempo a responder, Jenni se dirigió a mí:

—Solo te pido una cosa.

—Lo que sea. De verdad, lo que sea —dije.

—Por favor, no escribas de esto de forma inmediata. Sé cómo trabajas, y sé que lo vas a hacer, pero que no sea ahora mismo, por favor.

Me conocía bien. Conocía mis procesos, mejor que nadie. Me había visto procesar mis experiencias a través de la escritura, escribir para dejarlas atrás y, otras veces, escribir para darles vida, como si usara el lápiz morado de Harold. Sentí que me estaba despidiendo de todo ese entender y ser entendida y traté de evocar una respuesta perfecta, algo que expresara que era consciente de

todo: de lo difícil que había sido aquello, en múltiples sentidos, de lo difícil que había sido yo misma, en múltiples sentidos también; difícil de llevar, difícil de entender, difícil de querer. Y de los múltiples sentidos en los que ella había sido mi mejor amiga para siempre, y en los que me había confundido, aterrorizado, convertido en mi mejor y peor versión.

Pero entonces Jenni empezó a recoger sus cosas (bolso, móvil, bolsa de la farmacia) y se puso en pie.

—Gracias por su ayuda —le dijo al terapeuta.

Yo lo miré con gesto suplicante, como si él fuese a detenerla, a decirle que nos quedaban cuarenta y siete minutos más para usarlos como necesitáramos. Pero también el terapeuta se encogió de hombros y ya.

***

Tardé siete años en escribir esto, sobre todo porque ella me pidió que no lo hiciera de inmediato, y yo quería que supiera —a través de mi último acto como «su persona», la persona a la que una vez le dio un anillo de oro en el que ponía MEJORES AMIGAS PARA SIEMPRE en cursiva— que era capaz de mantener una promesa.

Tardé muchos borradores en tan siquiera escribir el nombre de Jenni en este manuscrito. El libro estaba lleno de historias que tenían poco sentido sin su presencia, les faltaba un germen o una chispa esenciales porque sentía que no podía incluirla. Al final quedó claro que iba a tener que elegir entre contar una historia sincera y evitar toda mención a su persona. Sabía que Jenni no me había dicho «nunca» sino «de forma inmediata», pero resulta revelador

que, incluso siete años y medio después de verla en persona por última vez, siga pareciéndome inmediato.

Lo cierto es que no hay forma de explicar aquellos años sin explicar a Jenni, no solo el poder del que la imbuí, el miedo que podía incitar en mí con una mirada torcida, sino también la magia. Eso sí lo tengo permitido: recordar nuestras noches trabajando en guiones en Palm Springs, sentadas en el jacuzzi hablando sobre un futuro compartido que hacía más llevadero el hecho de que mi novio apenas asomara desde que se había subido al autobús de su gira. Y hacía que estar lejos de mi familia me resultara seguro, me pareciese lo normal: crecer y crear familias nuevas, colarnos en nidos vacíos e instalarnos en ellos. Me acuerdo de que siempre nos apetecía comer lo mismo, cosas nada ligeras como hamburguesas, paté y pasta *alle vongole*; y me acuerdo de que percibía su olor (jabón, acondicionador y un leve dulzor) un instante antes de que entrase en una habitación y mucho después de que se hubiese marchado. No he escrito sobre lo que sus hijos significaban para mí, ni sobre lo que me encantaba verla arreglarse para salir de noche, hacerse una onda informal en el pelo con la plancha, ponerse pintalabios rojo difuminado con el dedo índice, pedirme que le subiera la cremallera de la espalda de un vestido largo de flores. Por entonces Jenni lo era todo: la hermana que ya no tenía, la madre que ya no estaba segura de que se alegrara al ver aparecer mi nombre en la pantalla del teléfono, el público que podía adorarme o bien lanzarme una mirada despiadada, según el día. Estoy segura de que era una tarea demasiado inmensa para cualquiera, pero también sé que yo era demasiado joven para entender lo que podía esperar y lo que no, y sé que ella era mayor.

Aún hoy pienso en aquella noche, a los pocos años de iniciar nuestra aventura, cuando me acoplé en su cama *king size* después de mi primera operación y ella me trajo agua de coco y una manta eléctrica. Yo seguía dolorida (aún no sabíamos que esa sería la primera de muchas operaciones, así que nos lo tomamos un poco como un día sin clase por la nieve) y ella se quedó conmigo mientras la medicación me hacía efecto. Nos reímos hasta que casi se me saltan los puntos con un episodio de una serie de comedia que a ninguna nos gustaba siquiera. Ella se quedó dormida primero, hecha un ovillo con sus pantalones de chándal morado en un mar de sábanas de lino exquisitas, con las manos enrolladas bajo la cabeza como una niña en mitad de un sueño. Mientras la observaba me preguntaba qué había hecho yo para ganarme todo ese amor y esa suerte. En aquel tiempo me resultaba imposible entender que puedes ganar el premio gordo y gastarlo con la misma rapidez.

***

En la puerta de la consulta del terapeuta, bajo el sol de julio de la zona este, bajamos las escaleras juntas para salir de aquel edificio anodino. Fuera, en la acera, me volví hacia ella, que ya se había medio girado hacia otro lado mientras mandaba un mensaje. Pensé en preguntarle adónde iba, pero me pareció invasivo. Pensé en intentar continuar con la conversación, pero todavía la conocía lo bastante bien para saber que no habría casi nada que le apeteciese menos. Durante un instante me pregunté si nos daríamos un abrazo, pero sus brazos permanecían firmes a los costados y, tras una pausa tan calculada que pareció guionizada, echamos a andar en

direcciones opuestas. Sus pequeñas sandalias de piel, tipo cangrejeras, resonaban en la acera mientras dejaba atrás el Urth Caffé y su silueta empezaba a diluirse como un espejismo. Es raro llegar a ver a alguien alejarse y ser consciente de que se está yendo de verdad de verdad. No se giró, así que me pregunto si ella también tuvo la impresión de que me marché yo.

***

Un año y medio antes, Jack y yo nos habíamos ido de vacaciones. Fue mi último esfuerzo desesperado por parecer divertida y espontánea, dos adjetivos que nadie usaría para hablar de mí en mi mejor momento, mucho menos cuando pesaba veinte kilos menos por la dieta de la diarrea y me pasaba el ochenta por ciento del tiempo tumbada sobre una manta eléctrica como una ballena varada. No había investigado mucho para saber cuánto se tardaba en llegar a las Maldivas, pero sí sabía que muchos famosos iban allí, así que ¿cómo de lejos iba a estar? Muy lejos. Lo entendí cuando miré nuestros billetes esa mañana y me fijé en la escala en Dubái.

El viaje fue un desastre absoluto de principio a fin, empezando por el momento en el que me llamaron la atención por lenguaje soez en el McDonald's del aeropuerto de Dubái. Cuando llegamos al hotel resultó que éramos dos de los solo seis huéspedes que ocupaban una isla entera. Nos habían dado la habitación más sexy, una ironía que no pasó desapercibida entre dos personas que apenas se tocaban. Jack se durmió a las ocho de la tarde y yo me quedé despierta hasta altas horas viendo *Mánchester frente al mar* y berreando ante la contención dramática de Casey Affleck. «No te

puedes morir así como así», le ruega Michelle Williams, y entonces berreé aún más mirando a Jack, enredado en aquellas sábanas de mil quinientos hilos.

Lo adoraba cuando estaba dormido, pero durante el día hacíamos todo lo que podíamos para evitar mirarnos a los ojos. Yo me daba duchas de una hora, leía ensayos de mujeres deprimidas y tiré una bici al suelo cuando Jack me insistió en que podría disfrutar de nuestro entorno si cambiaba de actitud. «No es tan difícil decidir ser feliz», recalcó. Y a lo mejor tenía razón.

Al cuarto día me notaba un dolor tan punzante en el vientre que nos trajeron a un médico de otra isla, vino en barco con un estetoscopio y codeína. Desde ese momento la cosa no hizo más que empeorar hasta acabar en un viaje de vuelta tenso de veintisiete horas y un trayecto directo a urgencias, donde un residente me mandó una radiografía en la que se vio un «estreñimiento alarmante». El enema no funcionó de inmediato, así que nos perdimos la reunión anual de Nochevieja porque yo estaba tratando de expulsar lo que el residente describió como «rocas endurecidas de materia fecal».

—Pero si he estado haciendo caca —protesté sin energía.

No, me explicaron. Había estado haciendo una cosa que definieron como «caca superficial».

—Venga, que tú puedes —me dijo Jack mientras yo trataba de aguantar el agua jabonosa veinte minutos en mi interior—. Termina ya y nos vamos a casa, por favor.

—No puedo. No puedo —gritaba yo.

(Animo a quien quiera a tratar de aguantar el contenido de un tarro de agua jabonosa en el culo durante un tercio de hora.

Cuesta).

Mirándome los pies, enfundados en sus calcetines amarillos de hospital, retorciéndose sobre el suelo de formica impregnado de desinfectante, me acordé del único momento bonito que habíamos compartido durante nuestras vacaciones: Jack y yo nos habíamos despertado en plena noche para ver a unas crías de tortuga marina salir del cascarón. Las alarmas nos sonaron a las tres y media de la madrugada y nos pusimos los pantalones del pijama, unas sudaderas y las sandalias para ir corriendo a la playa. «¿Cómo saben cuándo tienen que hacerlo exactamente? —preguntó Jack escéptico —. ¿No pasa cuando pasa y ya?». Aun así, apuntamos las linternas del iPhone a la arena.

Y allí estaban. Cientos de ellas, saliendo de dentro de la arena, crías verdes y brillantes del tamaño de una moneda de veinticinco centavos, tan decididas que casi parecían enfadadas. Se abrían paso hacia el agua lanzándose a la marea espumosa con una ausencia de miedo que me quitó el aliento.

Observé a Jack mirarlas, poner voces tontas para narrar la historia de los primeros minutos de las crías, y pensé: *No hay nada que no se pueda arreglar. Vamos a empezar de nuevo, a comenzar de cero. Si me esfuerzo mucho, si soy tan valiente y decidida como estas chiquitinas, podremos crecer juntos. Igual que algún día estas tortugas alcanzarán el tamaño de una piscina infantil y asombrarán a los submarinistas, yo arreglaré lo mío y lo nuestro*.

De vuelta en nuestra habitación, le escribí a Jenni un mensaje de correo electrónico largo y florido sobre las tortugas. Tenía muchísimo que demostrar, no solo a Jack, que quería unas vacaciones y había obtenido otra crisis médica, sino a toda la gente que me apreciaba.

No tengo dudas de que con el párrafo sobre las crías de tortuga pretendía demostrar que yo también era una persona alegre, presente y viva. «Vimos cientos de tortuguillas que iban disparadas hacia las olas —escribí—. Como si no existieran los depredadores ni nada. Van a ponerse supergrandes, sí, pero ¡ahora mismo son muy valientes!».

¿Cómo de grandes se harían? Investigando después me enteré de que solo una de cada mil crías de tortuga marina llega a ser adulta. La mayoría acaba engullida en cuestión de minutos o cae bajo las diversas amenazas del mar abierto.

***

Al acabar el tratamiento me había ido corriendo a Los Ángeles en busca de algo semejante a la normalidad. Después de mi ruptura con Jenni regresé a Nueva York en busca de rehacer mi vida una vez más. Nueva York y Los Ángeles eran las únicas ciudades en las que podía pensar, y parecía destinada a correr de la una a la otra y vuelta: huyendo una y otra vez para siempre.

Alquilé un apartamento de la primera mitad del siglo XX en el West Village sin haberlo visto. Tenía una cocina alargada y estrecha en la que, como Carrie Bradshaw, llené el horno de zapatos. Dejé que una chica muy amable con un sitio web muy chic eligiese todos mis muebles y me organizase las cosas de formas nuevas y sorprendentes. Hizo un trabajo genial, en el sentido de que consiguió que pareciera que aquel sitio pertenecía a una persona ocupada, exitosa, con el teléfono echando humo, un lugar de retiro para una jefaza que necesitaba un lugar en el que desconectar.

Daba igual que no hubiese nada de lo que desconectar. Ese año el teléfono me sonaba muy raras veces. Las ofertas —grandes, pequeñas, ocasionales, trabajos, fiestas, entrevistas, ensayos— empezaron a escasear hasta ser solo un goteo, y cuando alguien me pedía algo lo aceptaba sin pensarlo en cuestión de segundos, tan emocionada de que me tuviesen en cuenta que ni siquiera me preguntaba si yo quería aquello que se me ofrecía. Ya fuera por la ruptura con Jenni, por el Gran Mal o quizá por el hecho de estar enferma y limpia desde hacía poco (las noticias vuelan, y nunca se me ha dado muy bien mantener mis propios secretos), pasé de recibir ese tipo de peticiones que me generaban sentimiento de culpa por lo que no podía cumplir a sentirme como si hubiese flirteado con la radioactividad demasiadas veces y ya no pudiera quitarme esa etiqueta.

Y no solo bajó el ritmo laboral. Notaba que mis amistades no sabían cómo hablar conmigo, ni cómo abordar lo que había hecho, lo que había dicho, por lo que había pasado, ni siquiera las que se preocupaban por mí, las que querían que estuviese bien. Para ahorrarme la humillación, elegían no mencionar los cambios que había experimentado mi vida, pero que obviasen todo aquello me hacía sentir que deliraba, que estaba paranoica. Y yo no sacaba el tema porque había aprendido, durante mis casi diez años en Hollywood, que había pocas cosas menos atractivas que una persona que se dedica a enumerar todos sus fracasos.

Mientras esperaba a que el apartamento estuviese listo, alquilé una habitación en el Greenwich Hotel, que compartía con Bowie, la perra coja geriátrica que me había empeñado en mantener con vida a toda costa. Igual que yo había sido una habitual de urgencias,

Bowie era habitual de la clínica veterinaria veinticuatro horas, donde le trataban de todo, desde una masa tumefacta en el pecho hasta unos raspones en la piel, en el talón de la pata que arrastraba. Cada vez que me gastaba dinero en alargarle la vida, un amable veterinario me planteaba la idea de que quizá Bowie se estaba acercando ya a su fecha de caducidad.

«Ay, no —explicaba yo—. Si sigue poniéndose contentísima cuando huele el pollo. Y le encanta dormir en el hueco de mi brazo. Se lo pasa muy bien. Cuando llegue su hora me lo hará saber».

Y bien que me lo hizo saber. Una mañana me desperté y me encontré el baño salpicado de sangre y a Bowie sentada en un rincón, paciente, esperando a que me fijase en ella. Me había negado a aceptar lo que me había dicho su veterinaria de que su enfermedad intestinal crónica nunca mejoraría, igual que mucha gente se había negado a aceptar mi dolor como una realidad. «Ya está, preciosa, ya te entiendo, tranquila», le susurré.

La veterinaria aceptó ir al hotel, adonde acudió también la antigua dueña de Bowie, mi primera amiga sobria de verdad. La veterinaria nos escuchó hablar con eslóganes de sobriedad —nos referíamos a Bowie como una «señora sobria, con dignidad y gracia»— y admitió que nos había visto a Bowie y a mí en una reunión en Bowery un viernes por la noche, tarde; ese día me había entrado tal desesperación por escuchar a alguien compartir intimidades que salí del hotel a las once y media con la perra guardada bajo la cremallera de la sudadera con capucha. Y allí estábamos entonces, tres mujeres sobrias y una perra que había dejado claros sus deseos. Cuando la veterinaria le puso la inyección y Bowie cerró los ojos para el momento final, no me creía que solo hubiéramos estado menos de

tres meses juntas, pero esos meses eran mi vida entera en sobriedad, en la que había empezado a cambiar, aunque aún no dominase nada de todo aquello.

Por la noche, desvelada, con miedo, sin saber cuánta más realidad sería capaz de asumir, hablaba con ella: «Quédate conmigo al menos hasta que sepa lo que vendrá después», quería suplicarle, pero Bowie había dejado las cosas claras, y quién era yo para discutir con una chica cansada a la que le había llegado su hora.

***

En cuanto tuve listo mi apartamento nuevo (el que estaba en el barrio nuevo que me convertiría en una persona nueva), me mudé y procedí a no salir nunca de la cama. Me instalé sobre una manta eléctrica por infrarrojos y me dediqué a explorar todas las variantes de la franquicia *The Bachelor*. Mi único evento programado digno de mención era mi padre, que se presentaba todas las mañanas a las ocho menos cuarto con un café con leche, como si me tuviese que despertar para alguna reunión muy importante. A menudo se limitaba a sentarse en mi habitación y verme dormir. Mi madre venía al final de su jornada laboral a despejar la cocina de envases de comida para llevar, sin decir nada.

Yo seguía viviendo con el relato de que pasar por un proceso de desintoxicación había sido el punto al final de una frase de cierre, la conclusión de una historia. De niña tenía la obsesión de leer antes que nada las últimas frases de los libros, y luego me pasaba toda la lectura preguntándome qué tendría que ocurrir para llegar a ese final, emocionada cada vez que distinguía una pista. Y ahí estaba,

segurísima de que, si no me movía de mi sitio y me dedicaba a pintar acuarelas en camisón hasta las cinco de la madrugada todas las noches, acabaría por quedar claro que había llegado a mi destino.

Permanecía asimismo bajo la ilusión de que la sanación empezaba y acababa con la decisión de modificar un único comportamiento, en ese caso, el consumo de clonazepam. Por si alguien no lo recuerda, mi viaje hacia la desintoxicación lo había comenzado, en teoría, porque me provocaba náuseas. Me seguía aferrando a esa lógica por los supuestos beneficios espirituales que tenía, aunque de ser así, ¿no debería estar aumentando mi vitalidad día tras día? No obstante, tras muchos meses de sobriedad, se me presentaban síntomas nuevos; y no solo eran nuevas crisis de salud, que llegaban rápido, como esas olas enormes sin espacio suficiente entre ellas para dejarte coger aire, sino cosas de una novedad de verdad sorprendente, como una fobia a las reuniones sociales en las que pudiera ver a alguien que tuviese la noticia de algún gran cambio en su vida, que se señalara la barriga y sonriera. Entretanto, mi radar estaba aún más atrofiado que antes de estar limpia, y les ponía ojitos encantadores a los hombres menos seguros, sanos o reformados que hubiese en kilómetros a la redonda.

Para lo que no estaba preparada era para mi bloqueo como escritora: ¿en qué cruel realidad alguien que había logrado procesar todas sus pequeñas miserias, sus fracasos y las humillaciones escribiendo podía acabar hundida hasta el punto de que el parpadeo del cursor se convirtiera en su mayor enemigo? ¿Había dejado de escribir porque nadie me había pedido que lo hiciera? ¿O nadie me

lo había pedido porque ya sabían, porque era evidente, que no había nada más que sacar de mí?

Empezaron a darme migrañas tan fuertes que tenía que echarme una parka por encima del camisón para irme andando a las urgencias de St. Vincent's, donde me ponían difenhidramina por vía intravenosa y me dejaban un cubo para vomitar, y oía la sangre zumbarme en los oídos como si fuera el mar en la playa mientras veía la luz de la mañana entrar por las ventanas esmeriladas de detrás de mi pequeña camilla. Muchas veces volvía a casa justo a tiempo para colarme en la cama y que mi padre, el repartidor de café, creyera que me había pasado la noche durmiendo plácidamente.

***

Cuando me mudé de nuevo a la ciudad, Nick empezó a mandarme mensajes, a menudo decenas de ellos, a horas que parecían sospechosas, desesperadas. A continuación pasó a presentarse donde estuviese yo en mis raras salidas a la calle: reuniones de sobriedad, vestíbulos de hotel, esquinas de calles. No eran sitios que estuviera anunciando en directos de Instagram («Ey, gente, hoy estaré en Houston en la reunión de Narcóticos Anónimos. ¡Pasaos por allí y os firmo unas fichas de noventa días!»), así que no tenía claro cómo lo hacía. Un día subió corriendo las escaleras detrás de mí hacia una reunión de AA a las siete de la mañana.

«Ey, qué pasa», le dije, con el cuerpo zumbándome mientras le daba un abrazo nervioso. Llevábamos sin hablar desde que había aparecido en el felpudo de mi padre, y no podía decir que me

apeteciese. Tampoco ayudaba que el tema del día en esa reunión (hablábamos por turnos, y yo era la primera a la derecha del coordinador) fuese nuestro comportamiento sexual durante nuestra adicción. Notaba los ojos de Nick abriéndome un boquete mientras yo tartamudeaba algo como que «el sexo, en general, nunca debería ser sustituto de, em…, ¿de otras movidas?». Pero esa tarde me envió decenas de GIF, imágenes de hembras de mantis religiosas arrancándoles la cabeza a sus parejas.

«Para ya», le respondí, aunque no le rebatí su análisis. Aún estaba muy segura de que casi cualquiera de los hombres con los que me había acostado tenía una idea de quién era yo más clara que la mía propia. Claro estaba que Nick poseía la capacidad de mirarme y ver lo que yo me esforzaba tanto por ocultar: que era mala, y que siempre lo sería.

***

En algún momento de principios de enero recibí una llamada de Kathleen McCaffrey, una ejecutiva de HBO que había ayudado a hacer realidad *Girls* («la asistente social de Lena», la llamaba mi padre). Tenía un guion nuevo, magnífico, para una serie británica de bajo presupuesto sobre gente joven que trabajaba (y follaba) en la bolsa de Londres. Quería saber si se me ocurría algún director joven que pudiera estar dispuesto a asumir el desarrollo de un piloto. Le pedí que me lo enviase y lo devoré de una sentada. La serie, *Industry*, era inteligente y elegante, perversa y oportuna. Pese a que no entendía nada de la jerga del dinero, para mí la serie iba sobre

un tema con el que había vivido un romance tórrido aunque tóxico: la ambición.

Le devolví la llamada a Kathleen. «¿Por qué no yo? Podría estar en Londres la semana que viene».

No sé qué instinto me dijo que necesitaba salir pitando de Estados Unidos. Solo sabía que aquella versión de la vida que estaba viviendo no era 2.0; apenas llegaba al 0.01. Y aunque en AA llamasen «fuga geográfica» a escapar del sitio de tus traumas formativos, no estaba convencida de que fuese algo tan insensato. Me daba igual que aquella serie sexy londinense se rodara en realidad en Cardiff, Gales. Básicamente, me habría subido al siguiente avión con destino a prácticamente cualquier parte que hubiese creído que podía prender de nuevo en mí la llama del amor por lo que hacía.

Mis padres ponían en duda la lógica de dejar atrás a mis médicos justo cuando estaba empezando a encontrar algunas soluciones. «Soluciones» era lo que decían ellos; yo no había sacado nada en claro del tiempo que había pasado en la cama durante el último año, salvo más tiempo en la cama. Hasta ese momento estaba aprendiendo más de la mucha gente de internet que vivía con SED y contaba su experiencia posterior a la histerectomía que de cualquiera en cuya sala de espera me sentaba antes de una consulta. Las amistades que seguían a mi lado me señalaban mi fragilidad: que a menudo dar la vuelta a la manzana ya era demasiado, que cómo iba a arreglármelas para pasar tanto tiempo lejos en un sitio en el que no tenía apoyos de verdad. Había dejado de confiar en mis instintos. En vez de eso confié en otra cosa: en que el mundo me estaba poniendo una oportunidad en el camino, y

cualquier oportunidad era mejor que pasarme largas tardes examinado el estante de pasadores para el pelo en la farmacia más cara de Manhattan, C. O. Bigelow Apothecaries.

Cuando llegué a Londres me sorprendió lo diferente que era empezar un proyecto como entidad en solitario. Pese a haber escrito y dirigido siempre sola, Jenni había estado ahí para gestionar las partes del proceso que implicaban hacer cosas de adulta. Ya fuera recoger las indicaciones que dictaba la cadena, detallar memorandos de acuerdo con directores de casting o mantener a raya al equipo, el buen hacer de Jenni me permitía sacar adelante mi trabajo. Sin embargo, allí, con dos guionistas excelentes pero inexpertos, yo era la Jenni; dependía de mí garantizar que el rodaje fuese como la seda, que la diseñadora de vestuario no llorase al verse ante una emergencia de última hora con una falda de tubo, que los hombres mayores que yo miembros del equipo me tomaran en serio.

Los integrantes del elenco principal de *Industry* estaban todos recién salidos de la escuela de arte dramático; aquel era su primer trabajo, quizá el segundo, si es que alguno había actuado algún día suelto en otra serie. El entusiasmo era palpable a diario, y contagioso, un recordatorio de cómo nos habíamos sentido rodando el piloto de *Girls* hacía casi diez años, cuando no podíamos ni creernos la sensación de ensueño que era llegar todos los días para hacer el trabajo con el que siempre habíamos soñado.

Tampoco es que el placer de estar de vuelta en la silla de directora eliminase mi dolor. Durante la época que pasé en Gales fui a urgencias con no uno sino dos quistes ováricos; desarrollé una infección del tracto urinario de inmaculada concepción; aprendí lo dura que podía ser la lluvia para un cuerpo artrítico, y lo profundo

que la humedad y el frío podían hundirme en la cama. Unos cuantos días dirigí desde una silla de ruedas y me sorprendió lo rápido que se adaptaban los actores, agachándose para hablar conmigo a mi altura. Seguía pudiendo hacer aquello que amaba, incluso cuando me despertaba con un cuerpo que se negaba a cooperar y estaba muy enfadado. Me encantó que el único médico especialista en dolor que encontré en Londres se llamara Kris Jenner, y cuando le hice una referencia a las Kardashian (*You're doing amazing, sweetie!*)[5] me miró con una perplejidad absoluta.

Si bien la mayoría de la gente del reparto y del equipo tenía viviendas alquiladas en Cardiff, yo decidí entregarme a lo que la campiña galesa tuviera que ofrecerme, así que alquilé The Old Stone Rectory, una casa gigante de ladrillo gris con media docena de habitaciones, vigas antiguas y un millón de chimeneas polvorientas. El jardín era un estallido de flores cuyo nombre desconocía, moradas, azules y rosas. Me sentaba ahí fuera a pintar en ropa interior, dejando que el sol me diese en la espalda dolorida. Y de noche, en el dormitorio del colchón basto, comencé de nuevo a escribir. Páginas que algún día se convertirían en partes de este libro. Páginas para la adaptación que tanto tiempo llevaba gestando de mi novela juvenil favorita, *El libro de Catherine*, un proyecto que siempre acababa en un segundo plano respecto a las incesantes demandas de la serie. Páginas que debía y páginas que no le debía a nadie, páginas que leía la gente, y páginas que nunca iba a compartir.

Ahí fue donde recuperé mi chispa: en el dormitorio más pequeño de la casa más grande de la aldea de Cowbridge, en el pueblo de Ystradowen, en Vale of Glamorgan, campiña de Gales.

Contra todo pronóstico, aprendí a hacer un fuego y a mantenerlo. Me enseñó mi chófer, Steve, un calvo sexy, antiguo camello de éxtasis reconvertido en padre comprometido (¡los mejores!). De otro modo me habría muerto de frío y habría sucumbido al destino de las Brontë, que siempre estaba llamándome.

A lo largo del verano las visitas se fueron sucediendo por la casa. Mi madre, mi padre y mi hermano vinieron todos en diferentes momentos, y me sentí orgullosa y competente mientras los acompañaba a sus encantadoras habitaciones con vistas a los campos azotados por la lluvia. Al reunirme con ellos en un terreno neutral me percaté de cuántos cambios empezaban a mostrar nuestras relaciones, de lo diferente que reaccionaba yo a ellos y lo diferente que lo hacían ellos a mí. Un año y medio después de mi desintoxicación, por fin estaba ocurriendo.

Al cruzar las puertas de aquel centro, había creído que estaba pasando página y entrando en la parte II, después de que la parte I de mi vida se hubiese detenido en seco con un frenazo chirriante. En realidad, al final demostró ser más bien una posdata en una carta enfadada.

A estas alturas ya no creía en las partes, solo en un lento degradado desde un color de intensa pigmentación a otro.

Capítulo dieciocho

Todas las mujeres intrépidas los tienen

Dos años y un día después de dejar el apartamento que Jack y yo compartíamos, me prendí fuego.

Cuando se declaró el incendio me encontraba en la habitación de un hotel de Londres. Había terminado de grabar *Industry* y había pasado a la preparación de *El libro de Catherine*. De repente, en esa nueva ciudad me sentía bien recibida en sitios en los que había tenido dudas sobre si volvería a tener esa impresión: cenas llenas de artistas y actores, desfiles de moda y galerías de arte. Estaba limpia de sustancias —desde hacía casi dos años ya— y me parecía que los resultados de esa decisión eran como una linterna que iluminaba nuevos caminos. Me despertaba por las mañanas con una decena de collares en una habitación de almohadones exquisitos, con una perra nueva y peculiar a mis pies, y, aunque me seguía doliendo el cuerpo, había dado con un régimen —de medicación (no de la divertida), trabajo y distracciones— que me hacía sentir, durante periodos de horas e incluso días, como la persona que en otros tiempos había sabido con seguridad que era. Desayunaba con chicos monos que conocía en AA, sonriendo coqueta por encima de mi té verde. Mi padre vino de visita y lo llevé a Wimbledon, con un lazo enorme en el pelo, que ya me crecía. Me hice un *piercing* en el tabique nasal un

martes cualquiera, empecé a llevar gafas a lo Gloria Steinem y llenaba mis días con quedadas para tomar algo, en las que me pedía agua con gas y refrescos de lima. Durante mis estancias en Nueva York, Jack y yo habíamos continuado con nuestras peleas cíclicas, a veces por temas territoriales y otras por objetos o amistades compartidos, y casi siempre en una especie de intento desacertado de aferrarnos a una «amistad» que en realidad nunca había mostrado visos de convertirse en algo sano. Antes de marcharme al Reino Unido le había escrito una nota seria, aunque ligeramente dramática y de autobombo: «Siempre te querré, pero necesitamos algo de espacio». Mientras hacía acuarelas de desnudos en el suelo de la habitación del hotel y el móvil se encendía con mensajes de gente emocionada por mi presencia en aquel nuevo lugar, me dio la impresión de que todas las decisiones habían conducido a eso.

Recibía llamadas para hablar de guiones. Me pedían que escribiese ensayos. Me enviaron una petición para que grabase una prueba para el papel de la madre de Elvis en la peli *Elvis* de Baz Luhrmann, y me paseaba por la habitación fumando Marlboro y repitiendo las frases con un gorjeo, improvisando con la voz del personaje: «Elvis, hijo mío, lo tienes tooodddo ahí dentro».

Una noche, que me sentía fuerte y segura de mí misma, diferente en aspectos que parecían dignos de anunciarse, desbloqueé el número de Jack y lo llamé. Respondió al primer toque. Daba la sensación de que el tiempo que habíamos pasado separados había roto un hechizo, y en aquella llamada hablamos con el mismo ritmo imparable que cuando nos vimos por primera vez, sobre música pop, televisión, gente que nos molestaba a ambos… Nos reímos. No ahondamos en mierdas antiguas, pero establecimos que sí, que nos

echábamos de menos. Sí, con toda la rabia y la tensión difuminadas, quedaba algo que salvar. Solo se me llenaron los ojos de lágrimas una vez, al final, en el momento adecuado: «Te he echado de menos —me dijo—. Te quiero. Claro que sí».

Fue en ese aturdimiento de buena fortuna, en esa oleada de dones de la sobriedad, mientras encendía una vela a las cinco de la tarde —una vela perfumada, para deshacerme del olor a humo y crear un ambiente sano para escribir en mi diario—, cuando de repente y sin previo aviso noté que se me prendía el camisón.

Estuve lenta de reflejos, como incapaz de procesar la realidad de aquel momento. Escuchaba las llamas, notaba cómo me rozaban la oreja, olía el pelo de mis sienes, que se chamuscaba. Me eché un vaso de agua en el pecho y el fuego no hizo otra cosa que duplicar su poder. Me quedé quieta, me tiré al suelo y me puse a rodar, y por fin se apagó —siempre hay que hacer caso a las madres—. Cuando las llamas se extinguieron, permanecí tirada en el suelo, sumida en la agonía, agarrándome el pecho derecho y meciéndome adelante y atrás, dando patadas como un poni.

Llamé a recepción. Llevaba meses viviendo en el hotel y siempre había sido indefectiblemente educada, con el mismo tono que usaba para hablar con médicos, gerentes y todas las personas que quería que me tomasen en serio. Sin embargo, durante esa llamada no mostré casi ninguna coherencia y murmuré con voz débil: «Me he prendido fuego. Estoy completamente sobria», y, mientras pedían una ambulancia, le quité el pestillo a la puerta, me eché un albornoz sobre el cuerpo ya desnudo y de inmediato me fui al suelo.

Durante lo que me pareció una hora, un botones —uno de los gemelos que trabajaban allí; aún no sé bien cuál fue el que me

salvó, porque ninguno quiso atribuirse el mérito— estuvo sentado conmigo, echándome agua con suavidad en el pliegue de la axila. Por fin llegaron los de la ambulancia, espléndidos, jóvenes y en forma, y volvieron a desnudarme y me metieron en la ducha. Mientras me rociaban con agua helada, me hicieron una ráfaga de preguntas rápidas:

—¿Te gusta ir de discotecas? ¿Tienes novio? ¿Te arrepientes de algún tatuaje?

No. No. A lo mejor.

—¿Me estáis tirando los tejos? —dije al final entre dientes, sin saber muy bien por qué no me habían llevado todavía a un hospital.

No he mencionado el dolor, que era el peor que había sentido en mi vida, y ya es decir. Se trataba de una nueva clase de dolor. Al mirarme la axila apenas se me notaba, como cuando un niño pequeño se hace un arañazo de nada en el parque y pregunta: «¿Está sangrando?». Sin embargo, notaba que todos los nervios gritaban, peleaban, suplicaban para no morir, como un coro de asesinas desesperadas, sufriendo un ataque, encolerizadas, en sus últimos momentos en la silla eléctrica.

Dije que no pensaba ir al hospital sin mi perra, Ingrid, que desde el principio se había mostrado impertérrita, enroscada sobre sí misma a los pies de la cama, con su trasero sin pelo y sin cola y su cara de culo gruñón casi indistinguibles el uno de la otra. No sé cómo aceptaron, pero se vino conmigo y adoptó la misma postura que en la cama, pero en mi regazo, sobre la camilla. En el trayecto me pusieron óxido nitroso, lo mismo que les ofrecen a las embarazadas, y lo absorbí con desesperación. Cuando por fin llegamos al hospital y los analgésicos me entraron en las venas, y

me quedé dormida con la barbilla apoyada en el pecho y el pezón abrasados, no recordaba mi número de teléfono. Al parecer, solo recordaba el de Jack.

—Su contacto no responde —me explicó la enfermera con amabilidad—. ¿Hay otra persona a la que quiera llamar?

—¿Que mi padre no coge el teléfono? —pregunté.

No sabía qué número había dado, qué hora era donde estuviese esa persona ni quién era esa persona.

A la mañana siguiente me desperté en la unidad de quemados del Chelsea Westminster. Mientras el médico me raspaba la piel ya ampollada de la axila, del pecho y del pezón, llamé a Jack, esa vez queriendo. «No puedo hablar. Si tienes miedo, prueba con mi madre, está en casa», me escribió. Pensé en lo que debía de estar pensando él: había vuelto a abrir la puerta, había invitado a la vampira a cruzar el umbral y necesitaba a su madre para que le hiciese el favor de volver a echarla. La que alguna vez ha sido putaloca lo va a ser siempre. No sé lo que creía por entonces; quizá que la otra llamada había significado que estaríamos ahí el uno para el otro, que podríamos estar el uno para el otro. Para él había pasado mucho tiempo. Para mí, menos.

Masoquista irredenta, llamé a su madre, la misma mujer que me había lavado el pelo con tanta suavidad en el hospital los días previos a la histerectomía, que se había sentado junto a mi cama cuando él no podía.

—Ay, Lee —me dijo, con una voz verdaderamente contrita.

Jack me escribió unas horas después: «En un local. Mala cobertura. Mi madre me ha contado lo que ha pasado. Lo siento mucho. Te pondrás bien. Eres la persona más fuerte que conozco».

Yo no quería ser fuerte. Quería ser poderosa, la mujer que solo un día antes había estado decidiendo su calendario para la London Fashion Week, confundiendo la misma mierda de siempre con una nueva gloria, invitaciones que no eran tan difíciles de conseguir con crecimiento personal.

La persona más fuerte que él conocía. ¿Y eso por qué? *No tendría que ser fuerte si me dejaras ser débil*, pensé. Pero no quedaban peleas que tener, y ya no era viable confundir conflicto con cercanía, y de verdad éramos solo dos desconocidos, aunque su número fuese el único que me viniera a la cabeza cuando estaba reproduciendo los mismos patrones de siempre, de nuevo bajo los efectos de algo, con una pulsera de hospital diferente, pero metida en la misma mierda.

Me pasé la noche en la unidad de quemados mientras esperaba a que se concretaran los planes para llevarme de vuelta a Estados Unidos a operarme. Podían haberlo hecho allí, en Inglaterra, pero mi padre dijo que era mejor que estuviese en casa, como si aquello me hubiese ocurrido en mitad de la selva y no en una atestada metrópolis moderna. La unidad era un pasillo largo y estrecho de camas. Me recordaba al libro *Madeline*, con todas las niñas dormidas en fila. «En mitad de la noche oscura, Miss Clavel encendió la luz: Algo no marcha bien, dijo con *premura*».[6]

Esa noche éramos dos allí, una mujer llamada Susan y yo. Permanecí callada, adormilada por las medicinas contra las náuseas y por los analgésicos, ligeros y efervescentes —mi única crítica a las unidades de quemados del Reino Unido: demasiado tacaños con los analgésicos, aunque no hay que fiarse de mí, la que alguna vez ha sido pastillera lo va a ser siempre—. Pero Susan, ay, Susan: se propuso llamar a su madre y decirle todo lo que pensaba de ella.

Con el acento *cockney* más cerrado, Susan le dijo: «Supongo que traerme a este puto mundo no significó nada, ¿no? Nada de nada, ¿eh? Sí, mi mami, serás gilipollas, ni para desviarte cinco kilómetros vales tú».

Caminé hasta el baño como un pato, con el gotero enganchado, y, cuando me di cuenta de que Susan había colgado y estaba llorando, le pregunté con tono calmado:

—¿Estás bien, Susan?

—Es mi madre, ya está —dijo, y se encogió de hombros.

Luego me aclaró que su lesión se la había hecho por quedarse dormida en el suelo delante de la estufa —«Dormida delante de la estufa, nada más, aquí no hay nada que ver», parecía estar diciendo sobre su historia repleta de lagunas— mientras se «hacía un tecito». El agua había rebosado y le había llegado a la espalda. Estuvo una semana sin darse ni cuenta. Eso también me lo dijo como si pudiera ocurrirle a cualquier hijo de vecino.

Intenté no incorporar todos y cada uno de esos detalles al puzle de «¿Cómo coño he acabado en esta pesadilla?» que estaba montando. A la rebelión de mi cuerpo sí podía verle sentido, pero lo aleatorio de todo aquello me resultaba enfermizo y echaba por tierra mi reciente creencia en un poder superior a mí.

«El fuego es un elemento —me repetía una y otra vez—. A la gente el fuego la toca».

***

Mi padre decidió que necesitaba venir a buscarme.

—Tengo el paquete vigilado —le dijo a mi madre mientras se cernía sobre mi cama y hacía mi equipaje, conmigo dormitando.

Casi acababa de llegar cuando salimos de vuelta a Heathrow para subirnos a un avión con destino a Los Ángeles, donde mi médico insistió en que recibiría el mejor tratamiento —cuando una urgencia pasa al plano de la estética, esa ciudad es sin duda el destino adecuado—. Me habían vendado desde la barbilla hasta la teta y llevaba el pijama de mi último vuelo en Virgin, pero eso no me impidió pedirle al asistente que me acercase con la silla de ruedas al *duty-free* de Chanel, donde, envuelta en la neblina de la petidina, me compré unas bailarinas verdes brillantes.

—Son un clásico —no paraba de explicarle a mi padre—. Imprescindibles. Y no he tenido que pagar impuestos. Muy fuerte.

En el avión saludé muy entusiasta con la mano a Sandra Oh y a Elle Fanning y me puse en pie para ir a felicitarlas por *Killing Eve* y *The Neon Demon*, respectivamente. Mi padre dice que, cuando dejó de intentar controlarme, se limitó a observarlo todo como quien ve una serie. Le hacía gracia cuando se olvidaba de que él también estaba involucrado.

***

En la unidad de quemados estadounidense había menos cercanía; tenías que esforzarte por escuchar los gritos ajenos, pero ahí estaban si los buscabas. Mi enfermera favorita, Angie, me recordaba una y otra vez que a Dios no le gusta que le preguntemos por qué, que siempre les da las misiones más duras a sus soldados más fuertes, que nunca envía un correo a la dirección equivocada. Pero

yo no era un soldado fuerte. La mía era la dirección equivocada. Y quería saber por qué.

Me hicieron dos operaciones en dos días —asquerosas, con injertos de piel de cadáveres y trozos sacados de mi propio muslo— y yo no paraba de mirar el móvil de forma obsesiva para ver si Jack me ofrecía algo más allá de su primera ronda de lugares comunes. Quería saber hasta qué punto estaba inclinando mi relato personal hacia una dirección en la que no había nada. Y ahí tumbada, envuelta de pies a cabeza como una momia, empecé a imaginar un libro en el que se contaría esta historia: cero arbitrario, cero autocomplaciente, solo la verdad, pensé.

Mi madre estaba sentada junto a mi cama, igual que antes se había sentado junto a otras tantas. Era casi Navidad y un hombre vestido con un traje decorado con luces navideñas se pasó por allí para enseñarnos un poco de magia de primera mano.

—La verdad es que no es buen momento para nosotras —le dijo mi madre—. ¿Podría volver luego, cuando esté ella sola?

Quiero escribir este libro, le conté. Contar esta historia. Todo por lo que he pasado. Lo gratuito que ha sido, pero lo necesario que era.

—Buff, Lena. Suena tristísimo —se quejó.

***

Unos meses antes de quemarme había disfrutado de una noche especialmente buena en mi nueva vida especialmente buena en Londres. Fue en compañía de Jane, una glamurosa amiga de mi madre que suele atraer a una determinada variedad de hombres artísticos y poderosos. Jane es productora de cine y fue una de las

primeras mujeres en conseguir someter a su voluntad a un Hollywood todo de hombres. El móvil se le iluminaba sin parar con mensajes de esa clase de señores que reconocemos solo por el nombre de pila. Desde que la conocí —cuando tenía cinco o seis años y ella salía con el amigo soltero por excelencia de mi padre— siempre ha llevado las mejores chaquetas entalladas.

Aquella noche en Londres, en un club aterciopelado de Mayfair, Jane estaba esperando a un grupo compuesto, entre otros, por Robert De Niro, Joe Pesci, Martin Scorsese, Al Pacino y Harvey Keitel. Cuando entraron en tropel cerca de las diez, la sorpresa fue ver a Bruce Springsteen, eternamente joven, con un pañuelo en la cabeza y un pendiente de diamante.

Jane cogió su tequila con soda y me guio hacia un asiento en el extremo de una mesa larga de roble. Yo agarré mi vaso sudado de Coca-Cola light, con la esperanza de sentarme entre Jane y nadie y ser el equivalente social a la tapa del pan de molde. Sin embargo, acabé encajada entre Jane y el señor De Niro, justo enfrente de sir Bruce, masticando una rodaja de lima hasta que se convirtió en un trozo de papel húmedo en mi boca.

A Bruce lo había conocido hacía años, junto con su esposa, cuando yo aún estaba con Jack. Aunque acercarme a famosos para hablarles de mi trabajo o del de cualquier otra persona no me sale de manera natural, el amor que Jack sentía por Bruce —y por Nueva Jersey— era tan profundo que respiré hondo y catalogué aquello como la labor altruista de una novia enamorada. Al fin y al cabo, Jack estaba haciendo un trabajo impresionante al llevar la industria y la música a Jersey con su festival Shadow of the City. ¿Acaso el Boss y su familia no debían saberlo? Más adelante me enteré de que en

aquella sesión de autobombo había germinado una amistad, solo que yo ya no estuve ahí para verlo.

Tras una lectura minuciosa e incómoda de la carta, Bruce levantó la vista, me miró con unos ojos tan transparentes que supe que estaba viendo mi *Secret Garden*, y me dijo:

—Desde la última vez que nos vimos, Jack se ha convertido en una persona muy especial para mí.

A veces pasa que ves dos puertas en la vida, una con el letrero de CONDUCTA NORMAL y otra con el de PSICÓPATA, y tras una breve pausa para reflexionar sobre cuál es la mejor eliges… la de psicópata. Pues eso fue lo que hice, y lo que he hecho tantas veces. De mi boca salió en ese momento un chorro de diarrea verbal que sonó más o menos así: «Me alegro de que sea especial para ti porque a mí me prometió quererme para siempre y al final pues no fue así, y a lo mejor no soy perfecta pero me habría esforzado al máximo y ahora él se avergüenza de mi mera existencia, y pienso escribir unas memorias algún día y no sé cómo voy a conseguir no titularlas TE ODIO, Jack, ME DEJASTE HECHA POLVO, Jack».

Bruce Springsteen podría haber hecho muchas cosas en ese instante. Podría haber pasado de mí, haberse excusado educadamente para ir al baño, haber exigido un cambio de asiento, haberme echado de allí o haber gritado: «ESPABILA, CHICA, QUE ESTO NO ES EL TOCADOR DE SEÑORAS. PONTE UN TAMPÓN Y CÓMPRATE UNA VIDA».

Por el contrario, me miró con los ojos más amables del mundo, unos ojos que se arrugaban con todo el encanto que por supuesto rezuma el padre creativo de nuestra nación, y me dijo:

—Bueno, Lena, esa es la parte dura. Esas son las preguntas que debemos hacernos los artistas. Y ninguno tiene la respuesta para saber cuál es la mejor manera de expresar nuestro dolor mediante el arte. De todas maneras, cuando escribí mis memorias, no paré de repetirme dos cosas. En primer lugar, que si te resulta aburrido hay que dejar de escribir. —Se echó a reír muy discretamente—. Y, segundo, que a la gente no se le debe sinceridad hasta en el último detalle. Eso no significa que mientas, pero sí que puedes tener secretos. A la gente solo le debes que pueda ver cómo funciona tu mente.

Tragué saliva con esfuerzo, en un intento de no vomitar un charquito de Coca-Cola light mezclada con verdad sobre aquella elegante mesa.

—Cuesta mucho escribir sobre personas a las que queremos —siguió Bruce. Y a continuación me miró, como si el contacto con sus ojos fuese un pasillo y yo estuviese adentrándome aún más—. Y a veces se nos olvida que, en su momento, esas relaciones deberían habernos exigido el mismo esfuerzo que nuestros trabajos reales.

Dicho eso, se giró hacia Robert De Niro, que estaba muy cómodo en su arranque de furia contra Trump, y volvió a su tarea de ser Bruce Springsteen. En fotos de ese mismo verano, más adelante, vi a la novia de Jack conducir un descapotable color crema que Bruce les había comprado. Supongo que todo es parte del trabajo de querer mientras puedas a la gente que consideras muy especial. Demostrarles de la mejor manera posible que te importan, y que siempre van a importarte.

***

El sexto día en el hospital por fin conseguí verme el injerto de piel. La enfermera me destapó con delicadeza y la piel estaba roja y veteada como el beicon, aunque suave como el culito de un bebé. Durante un breve instante le lloré a mi pecho derecho, perfecto y lechoso, al que nunca había apreciado lo suficiente cuando estaba entero. No tardé mucho en olvidar cómo había sido y en aceptar cómo era entonces, con sus cicatrices, con la mitad del pezón como borrada mágicamente con la herramienta de Photoshop de un becario. Igual que muchas mujeres, estoy acostumbrada a que mi persona se vea comprometida.

***

En el libro *En piel ajena*, de Tana French, hay una frase que me encanta: «El tiempo todo lo cura, solo hay que permitírselo».[7] La escribí en un pósit y la coloqué en mi mesa, para no olvidarla nunca.

A esas alturas era consciente de que tratar de entender por qué dos personas dejan de quererse es un poco como estudiar un lugar que existió antes de la fotografía y de la imprenta, una época que se mantiene viva solo por los cimientos de piedra de las casas quemadas y por los barriles de hidromiel enterrados y descubiertos por arqueólogos decididos o granjeros con suerte. Puede que dispongamos de evidencias, sí: los mensajes diarios intercambiados entre antiguas parejas («Bizcochito, ¿te gustan las cortinas o te hacen pensar en Las Vegas?»), las imágenes del iPhone del primer cortejo —manos entrelazadas en el avión a una nueva ciudad— y el declive —miradas vacías con gorritos de Año Nuevo con el año 2017 escrito con optimista brillantina—. Sin embargo, nunca podremos ser

la gente que ocupó ese espacio. Aunque lo fuéramos en otro tiempo, ya no. El mundo que compartieron muere junto con sus recuerdos.

En mi caso, el tiempo trabajó lo suyo. Lo que recuerdo cada vez menos son los desprecios, las noches durmiendo encerrada en mí misma, las bromas con una amarga corteza de verdad, las traiciones microscópicas que nadie admitirá ya. Lo que más recuerdo es la sensación de que alguien me amase sin reservas por primera vez, de que alguien me eligiese y me conociera, incluso cuando parecía ser una maldición que me viesen con tanta claridad. Recuerdo las historias que nos hacían quedarnos despiertos hasta las tres de la madrugada, riéndonos a carcajadas como críos en una fiesta de pijamas, y mi forma embobada de correr al ascensor cuando él llegaba recién desembarcado de un vuelo nocturno, descalza y vestida solo con una sonrisa de ojos llorosos. Recuerdo cuando el autobús de la gira paró en nuestra manzana como un avión que aterrizara en el patio de una casa de las afueras, y cómo nos abrazamos sombríamente hasta que tuve que acompañarlo y despedirlo con el gesto ahuecado de la mano de una valiente viuda en tiempos de guerra.

Recuerdo aquella vez, la vez de la que ya he hablado, cuando Instagram inventó los MD y probamos esa tecnología estando en la misma habitación, uno frente a otro:

—¿Te casas conmigo? —le pregunté.

—Primero el niño. Niño en 2015, boda en 2016 —me respondió.

Y pensé que así sería. Y, durante un tiempo, lo fue.

***

En aquel verano de 2020 en Los Ángeles, mientras el mundo giraba fuera de su eje de rotación, las noches se convirtieron en la parte más ruidosa del día. La muerte de George Floyd había desencadenado una serie de levantamientos ciudadanos en la ciudad, que latía al ritmo de cosas invisibles que iban haciéndose visibles. Alcanzaba a oler el humo de los coches en llamas. Arriba, los helicópteros volaban en círculos hasta las cinco de la madrugada. Se escuchaba a la policía decir por los megáfonos, una y otra vez: «Túmbese para que podamos arrestarle de manera pacífica». Una noche, mientras iba en coche a por comida para las mascotas, vi a un hombre desnudo inmovilizado por unos agentes, en el suelo, y a personas que se detenían en mitad de la carretera para salir de los coches y vigilar a la policía.

Entre la pandemia, los incendios y las protestas, la ciudad se llenó de tiendas de campaña. Cogí un coche para ir a tomar un zumo de arándanos rojos con un pelirrojo de veintitantos a quien había conocido en internet —mediante un perfil en el que solo enseñaba un hombro y la silueta de mi teta derecha—. Jemima me había ayudado a crearlo; me explicó que estaba loca si pensaba que la gente famosa nunca buscaba sexo por la red.

Llevaba casi dos años sin tener relaciones sexuales. En algún momento de mis primeros seis meses libre de sustancias, mientras me lanzaba en dirección a cualquier objeto masculino inalterable que me encontraba, llegué a pensar que era igual de adicta a la sensación de desaparecer en el deseo de otra persona que al clonazepam, y también a sentirme necesaria e importante.

Aquel muchacho, un joven amable, propuso que nos viéramos en el aparcamiento de un bar de la zona este. Era un sitio hípster, con

mesas de pícnic fuera que guardaban la distancia social, situado en Echo Park, un barrio de *zillennials* que no se me ocurría frecuentar desde hacía una década. Me planté los vaqueros y la chaqueta en la oscuridad, me peiné el pelo húmedo y me rocié con un perfume de rosas que había comprado por internet porque en la descripción incluía las palabras «atracción» y «placer».

Cuando llegué, el chico ya estaba allí, con una mascarilla negra y un vaso sudado de tequila soda en la mesa delante de él; llevaba el pelo rojo peinado a un lado. Me saludó con torpeza y se levantó para retirarme la silla. Le di un abrazo poco entusiasta, como si fuéramos dos adolescentes que se encuentran en el centro comercial. Yo le había explicado quién era: treinta y cuatro años, antigua figura televisiva, actual buscadora de sexo por internet. Resultaba fácil hablar con él. Tenía una manera graciosa de usar las manos, como si fueran marionetas interpretando una obrita. Me preguntó por mis mascotas y mis aficiones, por dónde había viajado, por las diferencias entre Nueva York y Los Ángeles. Me vi incapaz de centrarme en su cara o en mi cuerpo, en si conseguía sentir atracción por él. Al no beber alcohol ni tomar drogas, me era casi imposible ubicarme en ese tipo de encuentros, y me daba la sensación de que podría besar a cualquiera que me lo pidiese. Él no me lo pidió.

Así que lo hice yo. Después de nuestra segunda bebida le pregunté si quería pasear conmigo monte arriba hasta su casa y enseñarme su colección de cactus. Confiaba en que no reparase en mis jadeos al caminar, en lo poco hecha que estaba a moverme por el mundo —una forma amable de decir que no estaba en forma—. En algún punto cerca de su puerta me agarró de la mano y, ya en su

jardín, me enseñó con ternura todas las plantas, me dijo sus nombres, me explicó el origen de algunos cactus y me contó cómo los había polinizado usando un pincel a partir de esquejes que recogía en sus expediciones por el desierto.

—¿Y tienes todo esto solo para conseguir que las chicas se fíen de ti? —le pregunté.

—No sé —respondió, mientras se planteaba en serio la pregunta —. ¿Funciona?

Lo besé mientras le agarraba la cara y luego el cuello de la camisa, y mientras me subía la sudadera y dejaba que el aire caliente me diera en el pecho.

—¿Entramos? —me preguntó al fin.

Una vez dentro, un compañero de piso que apestaba a hierba nos detuvo en la cocina. Me miró con las rajas que tenía por ojos y dijo:

—Ah, eres tú.

Llevaba una bolsa de deporte y sudaba a través de la camiseta de tirantes.

—Este es Neal —explicó mi cita, con pinta de inseguro por primera vez.

Neal me aseguró que siempre había querido conocerme, porque siempre había querido decirme que en la película que hizo como proyecto final de carrera había algo muy similar a una línea argumental de *Girls* y que él creía que era «más que mera coincidencia». Me explicó el arco narrativo de su película, una cosa que no habría pensado que escucharía nunca en toda mi vida; además, no era ninguna línea argumental de *Girls*.

—Hum —resopló—. Supongo que no presté mucha atención viendo la serie.

La única vez que había usado una aplicación exclusivamente destinada a fornicar, que había atravesado la ciudad entera en un Uber durante una pandemia y que estaba a punto de salirme con la mía, justo esa vez era la primera en la que me topaba con una acusación de plagio. ¿Con quién había que acostarse para conseguir acostarse con alguien por aquí?

—Perdona —dijo mi cita—. Mi compañero es… Lo siento.

Me llevó a su habitación. Estaba pintada de un color amarillo sol, con las paredes cubiertas de pósteres en blanco y negro de películas de los años setenta y oscuras joyas arquitectónicas de Los Ángeles. Por ahí tenía más plantas, una decena de cámaras antiguas en un estante y una cama en el suelo con sábanas color gris paloma.

—¿Te gustan los Smiths? —me preguntó.

Asentí.

—Guay, porque tengo una *playlist* llamada «¿Te gustan los Smiths?».

Volví a besarlo y él me tumbó con suavidad en la cama, poniéndome una rodilla entre las piernas. Me inclinó la cara hacia atrás y me besó las mejillas, la barbilla, el cuello y por fin los labios.

Antes de quitarme del todo la sudadera, le dije que no se asustara, que tenía la cicatriz de una quemadura, y bastante grande. La herida solo tenía seis meses; aún estaba de color rosa como una rata topo, curando lentamente. El muchacho no hizo ninguna mueca. Se limitó a decir: «Por favor, avísame si te duele algo». Me besó esa cicatriz y las otras que tenía en el vientre, donde me había tatuado estrellitas para recordarme todo lo que me había ocurrido, todos los puntos en los que me habían cortado o cosido. Me quitó los pantalones como si abriera un regalo, mientras levantaba la vista

para mirarme con unos ojos verdes sonrientes, como jugando al pilla-pilla. Y, cuando echó mano de un condón —solo porque se lo pedí— y me entró, noté algo raro, incluso más raro que atravesar la ciudad en dirección este. Me sentía segura, y no solo en ese momento sino de cara al futuro: daba igual lo que ocurriera, lo que me pidiese ese chico o quién resultara ser al final, porque yo seguiría ahí. Me había convertido en la persona que había esperado ser: ni perfecta ni libre de faltas ni de vergüenza, pero sí completa. No pensaba ceder esa reciente percepción de mí misma por nadie, independientemente de lo que me prometiesen, de cómo me tocasen o no me tocasen, de que me vieran o no.

Y él tenía algo que ver con eso, sin duda. Era un chico dulce y solícito, tolerante y de ojos amables, presente y nada crítico —cuando le pregunté cómo veía su propia sexualidad, dado que en su perfil decía que estaba abierto a los tríos y a juegos de hombre con hombre, se encogió de hombros, sonrió y me dijo: «No sé, lo que surja. No soy un puto poli»—. Tuvo que ver con eso, sí, aunque la mayor parte era cosa mía. Era el cambio en mí el que posibilitaba aquella experiencia, una experiencia de placer, y no un placer culpable ni lleno de ira, ni movido por una necesidad tácita más profunda.

Por fin entendí, y de una manera exquisita, el coste de todos esos años invertidos en dividirme en dos: putita o muñequita de Jack; zorra dependiente o esposa enamorada; gorda agradecida o jefaza feminista. No podía más. Me dolía demasiado despegarme de mí misma. Solo quería estar en mi cuerpo. Y ahí estaba, toda yo.

Había imaginado que a esas alturas estaría casada y empujando un carrito con mi hija por las calles de Brooklyn, exasperada por sus

hebillas del pelo y por mi calendario infinito. Había imaginado que mi caos habría quedado atrás, y que las noches secretas en lugares en los que no quería que me pillasen serían historias pasadas para un libro más divertido que este. No un libro triste, como lo llamaba mi madre. Pero yo había estado triste. Quizá ya no, aunque volvería a estarlo. Y no pasaba nada.

Capítulo diecinueve

Agarrarse

En cuanto perdí mi fertilidad comencé a buscar un bebé. No estaba segura de cómo iba a ocurrir, pero me aferraba a ese sueño como una cría que se niega a dejar de pedir el mismo juguete en Navidad, incluso después de que sus frustrados padres le digan que está agotado.

En una de mis muchas hospitalizaciones posteriores a la histerectomía (una para quitarme el ovario derecho, otra para quitarme otro quiste del izquierdo), un médico me hizo una ecografía y me dijo que estaba ovulando.

«¿Te has planteado congelar óvulos?», me preguntó.

No me lo había planteado, no. Después de la histerectomía, después de los altibajos hormonales y del diagnóstico del Ehlers--Danlos, después de los días y las noches tomando medicación para el dolor derivado de, simplemente, intentar aferrarme a los pedazos que aún pudiese salvar, me habían dicho que congelar mis óvulos sería un proceso complejo, y algo que debería haber hecho antes de todo lo demás.

Mi madre estaba en la sala cuando el médico me lo preguntó, y aunque siempre me había prometido que la idea de tener nietos biológicos no significaba nada para ella, vi cómo se le iluminaban los

ojos. A la mañana siguiente, ya en casa de vuelta del hospital, me despertó con un cuenco de gachas de avena y una taza de té: «Buenos días, mi niña preciosa». Estaba segura de ver lo mismo que ella: una posibilidad donde antes no la había, una cesta de preciosos y delicados huevos de Pascua con patas.

A los pocos días mi padre y yo estábamos sentados en una consulta del centro de Manhattan, frente al doctor Coperman, un hombre famoso por ser capaz de sacar óvulos de cualquier persona o cosa; oyendo a sus acólitos, cualquiera diría que podía extraer embriones de un trozo de madera. Cuando le conté mi historia, asintió.

—No veo motivos para no intentarlo. ¿Qué opina usted, señor? ¿Lo hacemos abuelo?

—Sería… una locura —respondió mi padre.

Yo sabía lo que estaba pensando en realidad: ¿más dolor?, ¿más fármacos?, ¿más dinero?, ¿y para qué? Pero mi padre siempre había querido que yo tuviese lo que quería. Su vida habría sido mucho más fácil si eso le hubiera dado más igual.

El médico me asignó un puñado de etiquetas nuevas. Con un ovario operativo, era una «buena candidata». Sin un marido, mi perfil era el de mujer que «inicia el proceso en solitario». Con un donante gay, era una «usuaria de esperma fresco de donante homosexual» con semen «no apto para la FDA» (cuando elegí a mi donante no lo sabía, pero si encuentras a un chaval hetero de la escuela de arte adicto a la ketamina, lo sacas de la calle y lo convences de que diga que está saliendo contigo, enhorabuena; si eliges con cuidado a un amigo gay con la vida ya resuelta y estable y

en edad de criar niños, te arriesgas a que las autoridades reproductivas no lo autoricen).

Cuando pagamos en el mostrador —y pagamos toda esa cantidad solo por optar a intentarlo—, la recepcionista confundió a mi padre de sesenta y nueve años con mi marido, cosa que me repugnó, aunque una mirada a la sala de espera me permitió confirmar que era un error inocente. Estábamos como en casa entre aquellos hombres de pelo canoso y sus esposas inviables que hojeaban números de la revista *Parents*. Esos hombres —que iban de meros acompañantes para iniciar su segunda o tercera familia— eran los pacientes a los que se veía con actitud más despreocupada, los que parecían tener menos que perder que nadie. A las mujeres, por su parte, se las veía frágiles e inflamadas, con cajas de pañuelos entre las rodillas, a la espera de una información que podría llevarlas a cancelar planes durante las próximas dos semanas, bien en un arranque de éxtasis de preparación del nido o bien por un vacío devastador.

En cuestión de días tuve el frigorífico lleno de medicinas: fármacos para prepararme para la ovulación, un suministro descomunal de estrógenos, medicación para activar la ovulación cuando mis estrógenos se disparasen a niveles innaturales. Me advirtieron de que todo eso me inflamaría cualquier endometriosis que me quedase en las tripas y en las entrañas, que el dolor seguramente fuese «incómodo», lo que en jerga médica significa insoportable. Contraté a una enfermera para que me ayudase a distinguir la medicación, a montar las jeringas, a inyectarme por la mañana y por la noche.

«Los maridos suelen aprender a hacerlo —me dijo ella—. Aunque a veces se desmayan».

***

Mientras estaba en desintoxicación, tres de mis mejores amigas se habían quedado embarazadas. Todas me dijeron después que se habían sentido dolidas y perplejas por mi falta de curiosidad, por lo desaparecida de sus vidas que estuve, por el poco interés que mostré ante el milagro de la vida que crecía en su interior. Intenté defenderme: había estado centrada en dejar una sustancia; no era consciente de lo que me ocurría ni mucho menos de lo que ocurría en el mundo que me rodeaba. Me estaba recuperando de una histerectomía y no me había percatado de lo traumatizada que me había dejado. No obstante, tuve que entender que el denominador común era yo. Dos mujeres embarazadas podían ser coincidencia. Tres son multitud. Y cuando se enfadan, son un movimiento global.

Unos meses después mi amiga Scotty —que también estaba embarazada, aunque sin presumir tanto de ello— trajo a una doula a mi casa para hacer una ceremonia en honor de mi útero y contribuir a guiar al niño correcto hacia mí. Me encantó la doula, que llevaba unos vaqueros de cinturilla alta y un flequillo rojo despuntado, y parecía en general una niñera de 1975. Tras una conversación muy tierna sobre cómo cada una estábamos en nuestro camino hacia lo divino, la doula me ató un cordel a la cintura y me pidió que eligiese unas cuentas de una bolsa con cierre hermético para hacer un talismán. Me sentía en paz y soñolienta, irritable y hambrienta, y me fastidiaba que aquella mujer quisiera que me pusiera en pie para el final de la ceremonia.

Mientras miraba a esa gurú de la fertilidad, con su flequillo de chica alternativa y su cara abierta y sonriente —y miraba también a

Scotty, que estaba preñada como una casa—, recuerdo pensar que cualquiera podía ser madre. Era algo que ocurría incluso por accidente. Entonces, ¿por qué iba a negárseme a mí, que lo ansiaba tanto?

***

Los últimos tres años había estado en un chat grupal con algunas mujeres que conocía del ámbito profesional. El chat se creó el día después de la elección de Trump como un espacio en el que despotricar y desahogarnos, pero luego continuó, entre altibajos profesionales y personales, momentos de alegría, euforia y pérdida. Nos juntábamos a cenar en diferentes ciudades, quedándonos de risas hasta tarde y sintiéndonos parte de algo.

El chat siguió en activo mientras varias de entre nosotras —bueno, de entre ellas— se quedaban embarazadas y parían. Empezaron a aparecer recomendaciones de cremas con CBD y sales de Epsom, de enfermeras de noche y tronas. Trataban de mostrar delicadeza con mi situación (era la única mujer infértil del grupo), pero no había delicadeza que bastara, y cuando compartían sus historias de hinchazones y náuseas empecé a sentir toda la disparidad que había entre sus cuerpos y el mío.

Muchos de mis mensajes los envié desde camas de hospital o salas de espera, información que me había dicho a mí misma que no compartiría pero que parecía incapaz de guardarme. Una vez que dio comienzo la FIV y las hormonas fluyeron por mi organismo, empezaron a desbordarme emociones para las que no tenía sitio. Las demás mujeres del chat sabían que no lo había pasado bien, o al

menos sabían que estaba atravesando por aquel intento a la desesperada de congelar óvulos. Y desde mi sofá, mientras mi estómago se expandía y mi mente ardía, me notaba errática y demandante, un día obsesionada con la adopción y al siguiente muerta por encontrar una madre de alquiler, un día segura de que estaría bien aunque nunca tuviese hijos y al siguiente convencida de que mi vida había sido un desperdicio. Detallé mi búsqueda de agarraderas chic para la bañera y de retretes aptos para personas discapacitadas, y quizá, si hubiera estado en la posición de mis amigas, también habría cuestionado la idea de que todas esas realidades confluyeran para dar lugar a una madre.

«Ser madre suena muy duro cuando estás tan mala todo el rato», dijo una cuando anuncié que iba a intentar tener un hijo en un año si los embriones salían adelante.

Unos momentos después, otra añadió: «Voy a darme un descanso de este chat para centrarme en mi nuevo bebé. Te deseo lo mejor para el viaje que emprendes».

Las fui viendo salir del grupo una a una, como si las dos primeras hubiesen dado el permiso para el éxodo masivo. Por mucho que intenté convencerme —y lo deseaba con todo mi ser—, me costaba creer que el chat se hubiese apagado simplemente por culpa de nuestros días ajetreados y nuestras noches sin dormir. No había sido capaz de ocultar mi fealdad: mi necesidad y mi deseo, mi obsesión y mis carencias. Era la invitada en la fiesta con la que nadie quería hablar. No me mostraba cruel, ni presuntuosa ni exigente. Era solo alarmante. Era algo que nadie quería mirar. Ni yo misma tenía ganas de mirarme, ¿por qué iban a querer hacerlo ellas?

Más adelante, a una de esas mujeres le fueron diagnosticando, una tras otra, todas las enfermedades que me habían asolado a mí. Recorrió los mismos caminos que yo, recurrió a los mismos médicos, acabó en el mismo centro de desintoxicación. Me escribió para pedirme consejo, aunque nunca mencionó el chat, ni lo rápido que ella se había salido de él ni lo repulsiva que le había resultado mi situación. Yo tampoco mencioné nada de eso; me limité a enviarle una lista de recursos, incluido un enlace a mi manta eléctrica favorita.

Respondí a todas sus preguntas, a todas horas, hasta que volvió a terminar conmigo. Quizá no era mi enfermedad lo que la asustaba, ni los efectos duraderos de la radioactividad. Quizá solo había caído enferma de fama, estaba sufriendo y no se daba cuenta. ¿Y quién era yo para juzgarla?

A posteriori, un verificador de información que trabajaba sobre un artículo que escribí en torno a la infertilidad se puso en contacto con ella y le preguntó: «¿Es cierto que te saliste de un chat grupal con Lena Dunham porque sus dificultades cambiaron el tono de la conversación?».

Le confirmó que sí.

***

Me enteré de que ninguno de mis óvulos era viable el Día de los Caídos, en plena pandemia. Estaba en Los Ángeles cuando recibí la llamada del doctor Coperman, el judío flaco que había sido mi entrada a —y ahora también mi salida de— la industria de la reproducción asistida.

En mi cabeza aún quedaban unas cuantas semanas para el procedimiento de fertilización, que tendría lugar una vez que los óvulos se descongelasen, se considerasen viables y se colocaran en una placa de Petri con el esperma analizado de mi donante homosexual. Mi donante de esperma y yo seguíamos trabajando en nuestro acuerdo con un abogado de derecho de familia, un contrato modelo que básicamente estipulaba que, pasara lo que pasase —que me muriese en un feroz accidente de avión o me pusieran bajo custodia del estado por tatuarme en la cara CERO LÍMITES—, él nunca tendría la obligación ni la capacidad de interferir en la crianza del niño. En vista de la cantidad de dinero que ya me había gastado en ese proceso (una sola ronda equivalía a los ingresos por varios guiones), tres mil dólares en honorarios del abogado me parecían un robo.

Ese día me había despertado a las dos de la tarde con un sudor frío y migraña —otro síntoma del SED que llevaba experimentando desde que era preadolescente y para el que no lograba encontrar solución— y me vino el siguiente pensamiento: *Si tengo un hijo, ¿cómo voy a encajar todo esto?* Salí al porche a fumar, caminando lenta, y me puse a escuchar en bucle una canción titulada «Young and Sad». Luego volví a la cama, derramé una botella de cristal de Coca-Cola en las sábanas y lo limpié todo con una de mis toallas buenas que dejé hecha un gurruño en el suelo.

No entendía por qué el doctor Coperman me llamaba el Día de los Caídos. Me sorprendió tanto como a cualquiera que los médicos siguieran intentando crear embriones personalizados durante la pandemia, y mucho más en festivos nacionales. Cuando pronunció mi nombre con esa inflexión compasiva en la voz, con ese tono

médico pesaroso que he llegado a conocer tan bien, la cara se me arrugó de la aprensión.

«Hola, Lena, soy el doctor Coperman. Siento llamarte para darte malas noticias, pero no hemos conseguido fertilizar ninguno de tus óvulos. Como sabes, teníamos seis. Cinco no prosperaron, y el que sí parece tener problemas de cromosomas, así que al final…». Su voz se fue apagando mientras en mi mente intentaba imaginarlo todo: la sala a oscuras, la placa brillante, el esperma llegando a mis óvulos con tanta violencia que los hacía explotar… Me costó entender que hubiesen desaparecido, que aquello no era como intentar quedar con una amiga para tomar un café un fin de semana y reprogramarlo para el siguiente si perdías la oportunidad. No se parecía en nada a eso.

«Eres una señora excelente —me dijo, y la palabra "señora" me revolvió el estómago—. A todos nos habría encantado darte un resultado distinto».

Me dijo que sabía cuánto había pasado para conseguir esos óvulos, que era consciente de lo difícil que era aquello. Que yo era una campeona; eso mismo me decían siempre que volvía a un rodaje con algo roto, siempre que hacía mi trabajo cuando no debía estar haciéndolo. Quise creer que aquella experiencia guardaba algún valor, lo de ser dura cuando pasas por algo duro. Pero en última instancia mi sensación era la de haber ido a *Supervivientes* teniendo que actuar como si los cámaras no estuvieran delante. Me había presentado voluntaria al espectáculo, así que tampoco tenía mérito.

El doctor Coperman me explicó que tendríamos más resultados a finales de semana y entonces podríamos hablar sobre «las otras

opciones», pero él sabía que yo sabía que no había ninguna. El instante temporal en el que generé esos óvulos había sido un rayo de sol entre las nubes. Habían llovido monedas de oro durante un día, y habíamos sacado los cubos para llenarlos.

***

No sabía dónde meter todo lo que estaba sintiendo, así que le mandé un email a mi amigo Bill, un amigo que había llegado a mi vida como un relámpago en un cielo despejado, justo cuando todo empezaba a destejerse, y que en los momentos más bajos me había hecho sentir que sí tenía algo que ofrecer. Bill aparecía por el hospital —con su pelo rubio y sucio revuelto por el viento, el cuello del abrigo levantado a lo Richard Gere en una peli noventera— y me leía. Poemas de Auden. Fragmentos de novelas. Siempre llegaba con las manos llenas de dulces y con su sonrisa me decía que sabía exactamente en qué lugar me encontraba y era capaz de imaginar hacia dónde me dirigía.

A los pocos meses de ser amigos decidimos hacer un viaje improvisado a Sedona. Coincidió que fue una semana después de las elecciones de 2016. Jack estaba de gira. No sé bien lo que pensó cuando le anuncié que mis primeras vacaciones en años iban a ser con un relativo desconocido. Aunque en realidad no era ningún desconocido. Lo que había empezado como una correspondencia por email tan maravillosa que aguardaba sus mensajes como una mujer con un amante en la guerra se había transformado en una relación que nos permitía sentarnos horas ante un fuego entre viejos cotilleos y revelaciones tan cristalinas que parecía que estábamos puestos de

alucinógenos. Si Bill no hubiera estado casado y no hubiese sido gay, habría abandonado mi vida con Jack para irme con él. Pero lo que acabé teniendo fue mejor: cuando me vi eyectada de aquella vida, Bill estaba ahí esperando. Cuando lloré bajo un árbol en el centro de desintoxicación, más como el toro Ferdinando que como una mujer, Bill me tranquilizó diciéndome que llorar en el campo entraba dentro de lo esperable. Me enviaba libros y emojis y me hacía sentir que había un futuro que vivir después de haber tocado el fondo de la piscina; solo tenías que impulsarte de vuelta a la superficie y dejar que el agua hiciera el resto.

En Sedona comimos hamburguesas de frijoles negros, fuimos a una tienda que vendía cristales sanadores a granel e hicimos una ruta de senderismo hasta el vórtice guiados por Feather, una mujer de pelo gris con el porte orgulloso de una cabra montesa.[8] Feather nos pidió que escribiéramos nuestros deseos en un trozo de papel, los quemáramos y luego gritáramos al cañón. No recuerdo qué deseamos (quizá estuviéramos centrados en la seguridad nacional), pero no me había sentido tan a salvo en mucho tiempo. Sentados allí, con la espalda apoyada en la roca fría, rodeados por un paisaje tan surcado de arrugas como un rostro antiquísimo, estábamos en ningún sitio y en todos a la vez, sonriendo como tontos. Feather nos regaló una bolsita de su fórmula patentada de té, que se asemejaba mucho en olor al Sleepy Time, pero fue un detalle encantador.

Bill me respondió casi de inmediato:

> Ay, joder.
>
> Amor, lo siento mucho.
>
> Has invertido una barbaridad como para que acabe en esta conclusión (y el dinero es lo de menos). Lo siento muchísimo.

No necesitas que te suelte un discursito de ánimo, ni creo que lo quieras. El duelo es el duelo y tiene que tener su rato de oscuridad. Pero te cuento que esta noche le he leído las últimas páginas de *La telaraña de Carlota* a nuestra peque y he acabado llorando y ella me ha agarrado del brazo y se le han llenado los ojos de lágrimas, y no podría sentirme más cerca de otro ser humano ni aunque la hubiese llevado en mi vientre. Al final, cómo llegan tus hijos no importa. Lo sé porque la mía llegó caída del cielo. Como tú para mí.

Te abrazo desde aquí. Cuéntame si puedo hacer algo. Mientras tanto, E. B. White sabía de lo que hablaba cuando terminó así su carta de amor a la amistad, su fábula sobre el amor improbable y la aceptación entre una araña y un cerdo:

«Rara vez encontramos a alguien que sea al mismo tiempo leal camarada y buen escritor. Carlota fue ambas cosas».[9]

Tú, cariño, eres ambas cosas.

Todo mi amor, toda mi pena y toda mi amistad para siempre.

Guardé el mensaje pensando: *Esto debería salir en un libro algún día*.

***

Unas semanas después de descubrir que nunca me convertiría en madre biológica, empecé a producir leche. Al principio fue leve y solo me dejaba unos sutiles círculos húmedos en las camisetas. Cuando empezaron a dolerme los pechos, mi amiga Scotty se pasó por casa para enseñarme a exprimir la leche en una taza. No era mucha, pero al acabar sentía un alivio enorme, como si me hubiese explotado una espinilla. El médico no pareció tan alarmado por ese incidente como lo estaba yo —ni por sus implicaciones para la salud ni por las poéticas—, así que durante un mes me levantaba todas las mañanas y me tiraba del pecho como si fuera una masa en pleno

levado. Un día, al despertarme, vi que se había acabado. Me sorprendió la pena que sentí. Durante un tiempo había conocido algo, un mínimo atisbo, de lo que suponía ser madre primeriza. Y de nuevo era una vieja bruja estéril.

***

Estando en desintoxicación, me animaron a hacer terapia de exposición para el TEPT. El asesor encargado de la tarea me pidió que eligiese un disparador emocional que experimentara una y otra vez hasta que ya no ejerciese el mismo efecto en mí (un recuerdo, un objeto, un sonido). El objetivo de esa terapia de exposición era que aquello que me hubiese alarmado ya no tuviera tanto poder, que pudiera moverme por el mundo habituada a algo que hasta entonces me había desestabilizado. Alguna gente elegía revivir un recuerdo horrible, una agresión o una pérdida. Otra miraba fotografías de un padre abusador. Yo escogí un número muy concreto de la revista *People*. Lo había visto tirado inocentemente en un sofá de la zona común y me había llamado, pidiéndome que hojease sus páginas. Se trataba de un número especial sobre «famosas y maternidad», lleno de mujeres ricas y radiantes posando en salones cómodos y patios lozanos y verdes, rodeadas de niños bien vestidos entretenidos con juguetes de alta tecnología. Muchas de las mujeres estaban embarazadas, de pie ante encimeras de cocina, vestidas con leggings y blusas de lino, troceando verduras. Una salía sentada en la cama con una mascarilla para el contorno de ojos y un niño pequeño acariciándole la creciente barriga.

Le dije a mi terapeuta que esa revista me había arruinado la semana. No, la semana no, la vida entera, y eso que ya la tenía bastante echada a perder. «¿Qué es lo peor?», me preguntó. Le describí cómo me hacía sentir físicamente: la náusea que me erizaba la piel y me invadía al pensar en la logística de un útero al estirarse, una vagina cada vez más hinchada y las caderas ensanchándose. Al fin y al cabo esas partes de mi cuerpo no me habían dado a mí más que dolor. Dolor puro y duro. Me encantaba ser mujer, pero odiaba tener que manejar todo ese equipo.

Aunque había algo más. Pensaba en un futuro abstracto en el que mi ex y su nueva pareja concebían un hijo. Imaginaba la foto de los paparazzis, una instantánea con teleobjetivo desde el otro lado de una calle otoñal en nuestro antiguo barrio. Ella llevaba un abrigo color camel, abierto por la barriga, que se expandía como una pelota de playa bajo una camiseta blanca limpia. Él la protegía con un brazo, asegurándose de que el tráfico que se aproximaba no rozara a su hijo no nato mientras bajaban el bordillo. Esa imagen —esa futura página proyectada de la revista *People*— era la prueba de que su viaje hacia la paternidad no había acabado conmigo. Y de que el mío sí había acabado con él.

***

Es una locura todo lo que llegas a alejarte de ti misma en el proceso de intentar conseguir aquello que deseas. Lo que empezó siendo un deseo de llevar en mi vientre al hijo del hombre al que amaba acabó convertido en el deseo de tener un hijo con un hombre que estaba dispuesto a ayudarme a hacerlo. Y eso a su vez se convirtió en la

contratación de un abogado para redactar un contrato para un amigo gay donante de esperma, y en la llamada a una madre de alquiler que venía muy recomendada por otra persona famosa. Cuando los óvulos fracasaron, cuando ya no me quedaba ninguna idea más, cuando supe que, en cualquier caso, estaba demasiado enferma para criar a nadie, me vi obligada a admitir hasta qué punto todo aquello tenía que ver con acabar lo que había empezado. Intenté tener un hijo. Por el camino mi cuerpo se rompió. Y mi relación también. En el proceso (¿o fue por culpa del proceso?) me convertí en una yonqui funcional. Había perdido el rumbo, y media docena de óvulos guardados en el centro de Manhattan me prometían enseñarme el camino de vuelta a casa.

Por el contrario, cada paso alejaba un poco más ese proceso de mi cuerpo, de mi familia, de mi realidad. Cada movimiento era más caro, más desesperado, más solitario. Dejé de ser capaz de imaginar siquiera el final.

Hay muchas cosas que puedes corregir en la vida (puedes poner fin a una relación, conseguir estar sobria, tomarte en serio, pedir perdón), pero es imposible obligar al universo a que te dé un bebé cuando tu cuerpo ya te ha dicho por activa y por pasiva que eso es inviable. Lo irónico es que saber que no puedo tener hijos —mi capacidad para aceptarlo y pasar página— quizá sea el único motivo que me haga digna de ser madre: creo que por fin tengo algo que enseñarle a otra persona.

Capítulo veinte

De vuelta a casa

Lo conocí en el patio trasero de una casa de Los Ángeles en plena pandemia. Estaba sentado en una silla plegable con la mascarilla puesta y los pies cruzados por los tobillos, con unas Vans gastadas y perfectas. Llevaba unos vaqueros con el dobladillo vuelto y un manojo de llaves enganchado al cinturón, una camiseta vintage rasgada y una gorra ajustable como la de un repartidor en bici, justo el *look* que, viéndoselo a la cita de Tinder de cualquier amiga, me habría hecho decir: «¿Esto qué es, 2009?». Pero, cuando se bajó la mascarilla para darle un sorbo al agua, noté que el estómago se me agitaba. Había algo en la simetría de su cara, en la proporción áurea de su boca mullida y en su nariz recia pero angelical; era como si hubiesen seleccionado todos esos elementos de un catálogo de «Rasgos faciales de Brad Pitt».

Dieciocho meses antes, había llegado a rezar para calmarme un poco con los tíos. Scotty había hecho una broma de pasada sobre la puerta giratoria de los hombres que me habían acompañado a su casa a cenar, y que solo era cuestión de tiempo que sus hijos llamaran a mi nuevo novio por el nombre del anterior («¡Hola, Jason!». «Soy Josh»). Consciente de que tenía razón, me mandé a mí misma al banquillo durante un tiempo.

Al principio el celibato resultó liberador. Dejé de hacer vigilia por mi cuerpo: comía galletas saladas en la cama hasta que me quedaba dormida con migas por la almohada, me dejé crecer los pelos de las axilas, llevaba bragas enormes de algodón. Mi móvil ya no era un bloque caldeado de ansiedad y mi corazón ya no latía al ritmo del calendario extrañamente apretado de un ayudante de fotografía cualquiera con el pelo recogido en un moño masculino.

Y entonces lo vi. Y, en cuestión de segundos, supe que iba a tirar por la borda toda esa paz que tanto me había costado ganar para tomar malas decisiones con aquel puñetero tío, malas decisiones estando sobria, consciente de mí misma, a pleno pulmón.

Esa noche, más tarde, se me acercó en un rincón polvoriento de aquel patio. Se presentó con un nombre que sonaba demasiado sensato para alguien que me había desorientado tanto, así que lo llamaré Craig —evoca la misma sensación—.

—Me he dado cuenta de que tu té lleva en remojo unos cinco minutos. Si es un té verde, que creo que sí, eso es demasiado tiempo. Debería infusionar tres minutos a ochenta grados.

Antes de que me diera tiempo a responder, me arrancó la taza de las manos, sacó la bolsita de té empapada y se la metió en el bolsillo de los vaqueros, donde empezó a expandirse una mancha húmeda.

—Guau —dije—. ¿Eres un superbebedor de té o qué pasa?

—No, es solo que me gusta que las cosas estén bien hechas.

Le pregunté cuántos años tenía y me dijo que treinta y seis, y luego se corrigió:

—Treinta y cinco. Perdona, me has puesto nervioso.

La Navidad se acercaba. Como mucha gente separada de sus familias por la geografía y por el virus, mis planes eran pasar ese día

con algunas amistades. Me había trasladado de la casa prestada en los montes a un «remolque» alquilado en Malibú; pongo remolque entre comillas porque tenía un jacuzzi, suelos de hormigón vertido y una lámpara de araña que lucía diversos colores fluorescentes cuando trasteabas con un interruptor.

—El inquilino anterior intervino mucho en esta casa —me dijo el casero.

Tardé poco en saber —cuando llegó una férula dental infantil a nombre de Charlie J. Sheen— que había tenido un predecesor con mucho que contar.

Craig me mandó un mensaje, un simple «Hola, me ha encantado conocerte».

Con un atrevimiento que me había eludido durante un tiempo, le escribí: «Vente en Navidad a bailar conmigo junto a mi árbol de espumillón rosa».

«¿Lo dices en serio? —preguntó. Y, al momento—: Aún me estoy recuperando de una historia, ¿podemos ir en plan sencillo y tranquilo?».

«Ja, ja. ¿Qué te crees? ¿Que voy a dejarte KO y nos vamos a despertar casados en Las Vegas? Me mudo a Londres dentro de dos semanas. Vente a bailar un lento conmigo».

Cuando Craig apareció en la puerta parecía mayor de lo que lo recordaba, curtido por el sol y somnoliento. Tenía una botella de tequila bajo el brazo y me la tendió.

—No, gracias, no bebo —le dije, aunque le ofrecí un vaso.

Fue el último «no» que le dije.

Me había traído tabaco —que conste que fue un hábito en plan «qué más da, es el fin del mundo» que adquirí muy tarde en mi vida y que he dejado desde entonces— y nos pusimos a fumar en el porche. No sé cómo llegamos al tema de llorar y me contó que no había soltado ni una lágrima en siglos, aunque hacía poco le había pasado algo horrible. Le pregunté qué era, esperando que me viniera con alguna chorradilla, un error menor, pero era algo espantoso de verdad. No supe qué decirle, así que le froté el hombro por encima de la chaqueta de pana.

Conduje a Zuma Beach en mi carrito de golf y di una curva cerrada peligrosa por la Pacific Coast Highway.

—¿Te estoy asustando? —le pregunté—. No tengo carnet.

Él iba bebiendo tequila de una tacita, con las piernas cruzadas, recostado en el asiento de piel sintética rasgado.

—No, pero es cierto que no sabes conducir, ¿eh?

En la playa nos sentamos sobre su chaqueta, escuchando una mezcla de pop noventero y acercándonos cada vez más hasta que las frases se nos quedaban sin terminar y pude notar su aliento, que olía a alcohol, a tabaco y a no beber suficiente agua. Cuando por fin pegué mi boca a la suya no pareció sorprendido, como si hubiese empezado él mismo.

***

A nuestra segunda cita Craig vino muy bien vestido. Nuestra última noche juntos había acabado con un forcejeo torpe en mi dormitorio excesivamente iluminado, bromeando con que tendría que volver otro día para dar un «espectáculo mejor». Por lo galante de su

comportamiento, era como si en los días intermedios se hubiese leído varios *bestsellers* sobre citas. Trajo pizza estilo Chicago para recalentarla en mi horno. Me regaló unas zapatillas de casa japonesas para que no se me enfriaran los pies en el Reino Unido, con un estampado de pata de gallo que sabía que me gustaba por el abrigo que llevaba el día que nos conocimos. Nos cogimos de las manos sobre la mesa del comedor bajo la luz del árbol de Navidad rosa.

Craig era ese tipo de pareja sexual que invertía todo el esfuerzo necesario para que pareciese que le importaba cómo se sentía la mujer —cosa que tampoco requería demasiado—. Pero besaba de lujo; por probar con una metáfora deportiva, era como si estuviese perfeccionando el método y pudiera llegar a convertirse en entrenador una vez pasada su época de gloria.

Luego, acurrucada en una toalla a los pies de la cama, le pregunté si quería hacer una excursión conmigo a algún sitio: un último hurra antes de irme y desaparecer en un país extranjero y un futuro desconocido. Me respondió que «seguramente sí», que le parecía una estupidez, dadas sus ganas de estar soltero, pero que también era «algo que deberíamos hacer».

Yo solo escuché lo de «algo que deberíamos hacer».

Unos días después, le escribí para preguntarle si íbamos a vernos alguna vez más antes de mi marcha. «Dos veces solo llega a rollo. Con tres veces al menos podré calificarlo de aventura en mi recuerdo».

«Por mí, encantado, aunque prefiero escarceo a aventura», me respondió, y me mandó una captura de pantalla con la definición: «Comienzo o iniciación de una relación amorosa».

***

Craig y yo llegamos a Santa Bárbara al martes siguiente. Se ocupó él de meter nuestro equipaje en una casita adorable con chimenea, un sofá capitoné, un rincón para comer y una cama blanca con dosel. Me había esforzado al máximo por implicarme de una manera que pareciera «informal». Mencioné en varias ocasiones que «por casualidad tenía dos días sin nada de trabajo y encontré este hotel rápido» —nada de eso era verdad—. A la entrada de la habitación había un tablón de madera en el que el hotel detallaba los nombres de los huéspedes en unos cursis bloques de madera. A esas alturas tenía por costumbre viajar bajo el nombre de Rose O'Neill, no porque a nadie le siguiera importando mi paradero, sino sencillamente porque me sentaba bien… no estar.

—Bueno, señora O'Neill —me dijo Craig—. Vayamos a probar la cama.

Me llegaba el sonido de los pájaros y de lo que pensaba que podían ser cigarras, y el murmullo del tráfico a lo lejos, ¿o era el mar? Mientras Craig me besaba y nos quedábamos en silencio, me pregunté cuánto de aquella magia eran delirios míos y cuánto era su asombrosa capacidad para intensificar la intimidad: su forma persistente de mirarme a los ojos aquel primer día, o cómo me agarró por la nuca en el coche camino de Santa Bárbara, igual que mi padre le hace a mi madre en los trayectos largos.

Esa noche, más tarde, sentados junto al fuego, le pregunté a Craig cómo se sentía con respecto al trauma que me había contado, eso que implicaba que no pudiese estar de verdad allí conmigo ni con nadie. Mientras me hablaba yo asentía con empatía, en un

espacio libre de juicios. En nuestras conversaciones mi tendencia era a exponerme como alguien que había sanado, un caso cerrado, con un servicio de mantenimiento exquisito. ¡Quien me comprase no iba a necesitar ni garantía!

No sé cómo llegamos al tema de mi locura con los hombres. Le conté que se me había manifestado muy temprano y con frecuencia, y que hacía poco había encontrado mi diario de 1991, en el que había dibujado a mi flechazo de entonces: cara naranja, camisa azul, corte a lo tazón, rodeado de docenas de corazones rosas amontonados, y encima había garabateado las palabras: «Este es Colin, mi amigo, mi chico prefe». Unos años después, había tachado con violencia esas palabras, y también la cara, con un bolígrafo, humillada por mi antiguo yo, aunque todo seguía siendo legible.

—¿Quién fue tu primer flechazo? —le pregunté.

Se lo pensó.

—En realidad no me acuerdo. Me fijaría en algún grupo de chicas guapas y diría: «Cualquiera estará bien».

Yo estaba bien. Aquello estaba bien. Me estaba diciendo que todo estaba superbien. Y se suponía que eso debía bastar.

***

A la mañana siguiente me marchaba a Londres. Al parecer, la película que se había retrasado con la pandemia, *El libro de Catherine*, por fin iba a pasar a producción. Me desperté temprano, no para hacer el equipaje, sino para prepararle unos regalos a Craig. Elegí cuál de mis valiosas cadenas de oro le quedaría bien al cuello, midiéndolas con cuidado unas con otras. Luego escribí a mano una

carta en la que describía lo que habían significado exactamente aquellas últimas dos semanas para mí —habían pasado dos semanas desde el día de Navidad—.

Estaba orgullosa de esa carta. En aquel momento me pareció una carta bonita, de esas que una persona se sentiría afortunada de recibir. A un hombre resistente lo volvería cariñoso, a uno asustado lo haría valiente, a uno reticente lo llevaría a pensar: *Esta es una de esas grandes notas de la historia. Esta es una de esas grandes mujeres de la historia*.

Al leerla ahora, tiene el timbre de niña melodramática de esa película en la que Mandy Moore le canta una canción magnífica a su clase de secundaria, besa al chico popular y luego de pronto se muere, justo cuando las cosas empiezan a irle bien. Este ha sido un paseo para recordar, era lo que decía en esa carta.

***

Un sol cegador brillaba por la ventana del dormitorio de Craig y me caía en la cara, y me sentí como una flor que se abre a hipervelocidad en uno de esos vídeos científicos acelerados que se ven en secundaria.

—Estás muy guapa hoy —me dijo sonriendo—. Y feliz.

Me había apoyado en su regazo, con un vestido de flores.

Craig puso una alarma a los treinta minutos para que no perdiese el vuelo. Nos quedamos así mucho rato, yo con las piernas envueltas en su cintura, con el vestido medio subido, besándonos en esa mancha de sol como dos gatos perezosos.

Cuando sonó la alarma le coloqué mi cadena de oro. Le quedaba perfecta; le caía justo a la altura de la clavícula. Craig nos hizo unas fotos y me dijo que no sacara la lengua, que me pusiera seria «para el recuerdo». Yo lo miré a él y él miró directo al objetivo («Testosterona con patas», dijo mi amiga cuando le mandé la foto luego). Vi el futuro: esa cadena colgaría del cuello de otras mujeres que estarían superbien, en días soleados, en una habitación que Craig ocuparía con gusto hasta que su casero vendiera el piso o por fin él se decidiera a parar de una vez y comprometerse con una vida compartida con alguien. No había manera de saber qué ocurriría primero.

Entonces le di la carta y le pedí que no la leyese hasta que yo estuviese volando; coincidió conmigo en que eso era lo más romántico.

Le dije que iba a echarlo de menos, con los labios temblándome, mientras añadía que ojalá hubiéramos coincidido en otro momento.

—Bueno, hemos coincidido cuando teníamos que coincidir —me respondió, como una especie de buda surfero, sonriendo radiante.

Craig estaba en paz. Para él todo era fácil. Se quedó allí fuera de pie, agitando la mano mientras el coche se alejaba.

***

Más tarde, en el avión, miré las fotos hechas en la habitación de Craig y sentí una aturdida nostalgia de un lugar que no había sido mi hogar, mientras añoraba a un amante que no me había amado y me preguntaba si habría leído ya la carta, si la leería una segunda vez, si estaría ya dormido, y luego si se habría despertado.

Lo que yo aún no sabía era que me bajaría de ese avión para descubrir que no tenía ningún mensaje, con la vana esperanza de que solo me entraran mensajes de mi madre por algún problema de cobertura en el aeropuerto.

No sabía que luego solo recibiría un breve acuse de recibo: «Ey, tía, gracias por la nota, muy bonita».

No sabía que durante la semana siguiente sus mensajes se reducirían a un goteo hasta desaparecer.

No sabía que me pasaría los catorce días de cuarentena en Londres llorando, tanto por el rechazo como por mi propia estupidez, por la fuerza con la que intenté lanzarme a un objeto inalterable, por las partes de mí que había cedido.

Me encantaba aquella cadena de oro.

Apenas dormía, como si estuviese atravesando una especie de abstinencia de feromonas.

—¿Cómo se puede pasar de hacerlo cinco veces al día con alguien a no querer saber nada de esa persona? —me lamenté con mi madre.

—Bueno, es que ahí está tu problema —me respondió—. No puedes hacerlo cinco veces al día. Así se pierde el norte.

No sabía que, dos semanas después de que acabase la cuarentena, un amigo me animaría a volver al ruedo y le enviaría mi número a un hombre del que me juró: «No va a ser ni tu marido ni nada, solo un tipo con el que pasarlo bien».

No sabía que ese hombre, de hecho, se convertiría en mi marido.

***

Llegó y me preguntó de inmediato si quería pedir *pho*. Antes de que viniese la comida, me había contado que era abstemio, que estaba trabajando con su propio trauma infantil, al que no había accedido hasta que no le llegó la sobriedad, que vivía para crear música, y que, con casi treinta y cinco años, por fin se sentía bien con la idea de estar solo.

Al instante estaba haciéndole a ese hombre preguntas complicadas, y lo escuchaba de verdad cuando me respondía de manera lenta y expresa, a veces diciéndome cosas que sabía que yo no querría escuchar, pero sin evitarlas en ningún caso —he llegado a pensar que eso es amor—. En cuestión de semanas, ese hombre estaba viviendo conmigo en el pequeño apartamento amueblado de Marylebone que hacía muy poco había sido como un purgatorio para mí, y salía conmigo las noches de lluvia a pasear a la perra, que evitaba con cuidado los charcos —una chica de California de los pies a la cabeza—. Ese hombre se reía a carcajadas junto a mí mientras me enseñaba clásicos de la comedia británica, *The Inbetweeners* y *Brass Eye*, y una noche, observándolo fumarse un cigarro de liar en la ventana, pensé —sin un ápice de la obsesión que había sentido aquel otro día en Ventura—: «Este lugar es perfecto».

Poco después, ese hombre y yo decidiríamos buscar una casa juntos.

—Vamos a probar seis meses —dijimos—. Y si a alguno no nos gusta, o a ninguno de los dos, cuando se venza el contrato cada uno se irá por su lado y sin rencores.

Nos dimos la mano para cerrar el trato.

Encontramos un alquiler en Hampstead, por donde sacábamos a Ingrid —a quien él quería tanto o incluso más que yo; se la quedaba

mirando horas a la cara, la llamaba «mamá», «bebé» y «niña guapa»— a pasear junto a familias adorables que hacían pícnics y a hombres que estaban de *cruising* en la maleza, según la hora del día. Y luego por St John's Wood, donde veíamos a los turistas escribir su nombre en Abbey Road y esforzarse por conseguir una buena foto en el famoso cruce. Y por Islington, donde memorizábamos la silueta de los salones ajenos a través de las ventanas, y nos obsesionamos en particular con una mansión italiana que daba al parque, con unas ventanas tan cubiertas de telarañas que no me cabía duda de que estaba habitada por la señorita Havisham —Dickens la describió como de «unos cuarenta años» y su destino se había parecido mucho al mío recientemente—.

Antes de que acabaran los seis meses nos casaríamos en el Soho, detrás de una puerta roja a última hora de la tarde; nuestros invitados rebosarían por Greek Street y fumarían entre los fiesteros borrachos pasada la medianoche. Conduciríamos siete horas hasta Gales para adoptar a un segundo perro, un tirillas del color del *sticky toffee pudding*, y decidiríamos que no podía y no debía seguir llamándose Dobby.

Durante el año siguiente Craig me escribiría en varias ocasiones y me mandaría fotos suyas arreglando la cadena de oro cada vez que se le rompía, hasta que al final me dijo: «El joyero dice que no puede volver a repararla, supongo que necesito una nueva».

Una noche, seguramente borracho, seguramente cachondo, me escribió: «Fuiste muy buena conmigo, Lena».

Escribir, igual que tener citas, consiste tanto en lo que te niegas a ver como en lo que sí observas. La inmadurez de Craig me hacía sentir menos vieja, y su belleza me hacía sentir más guapa. Quería

ser ambas cosas, me moría por serlo, así que vi muy poco. Tardé más de lo que me habría gustado en admitir que Craig no me había despertado, que yo ya estaba despertando y él simplemente pasó por ahí. Craig fue un espejo, no una luz. Fue un trayecto en metro, no un destino.

Todos lo fueron. Y me bajé cuando llegamos a mi parada.

***

En enero de 2019, cuando más enferma estaba, después de otro ingreso poco claro en el hospital, después de salir otra vez con más dolor del que tenía al llegar, me hice un tatuaje: pone *SICK*, enferma, mala, en letras gruesas diseñadas para imitar una cuerda. Lo tengo en la nuca, y es enorme. Cuando mi madre lo vio gritó:

—¿Cómo has podido hacer eso? ¡No quieres aportar esa energía al mundo!

En aquel momento, con la rabia acalorada con la que las *riot grrrls* siempre han educado a sus madres, le chillé que pretendía resignificar la palabra.

—Como «puta» —le expliqué.

Le dije que la matriz que ella usaba para entender mi vida —su sensación de que yo estaba encaminada hacia la curación, de que iba detrás de la normalidad— era errónea de principio a fin. Tener una enfermedad crónica significaba que nunca iba a mejorar. No había un «estar bien» cuando el *statu quo* era «estar enferma», y quizá a todos nos iría mejor tener eso en cuenta. Ya había visto a demasiados médicos que, desde sus consultas soleadas llenas de complementos y aceites corporales, me habían explicado que «la

sanación no es lineal». Yo le había hablado con amabilidad a mi cuerpo, le había dicho que lo estaba haciendo genial. Me pareció que había llegado la hora de recurrir al amor duro.

Cuando conocí a mi marido me habló de su trauma, y yo le dije dos cosas que consideraba hechos: que estaba enferma y que no le caía bien a la gente. Si lograba sentirse cómodo con esas dos verdades inmutables, podríamos estar juntos. Lo vi como un comportamiento muy adulto: preparar a alguien para lo peor, y que así no puedan acusarte de publicidad engañosa. Asintió.

—Guau, sí que parece que vienes de la guerra. ¿Qué quieres de cena?

Me asombró la facilidad con la que pasó a otra cosa. Más adelante me explicó:

—Sabía que esa era la historia que te contabas a ti misma.

Igual que sabía, con mucha inteligencia, que yo no estaba lista para que me desengañaran de todo eso. Las personas nos aferramos a nuestras tragedias tanto como a las cosas que más queremos, como si fueran explicaciones irrefutables de lo que nos aflige.

Mi marido fue empujándome poco a poco, consciente, sin decirlo, de que presionarme demasiado significaría perderme. Quizá, solo quizá, podía plantearme salir a dar un paseo en un día malísimo, igual que me planteaba trabajar dieciséis horas seguidas delante del ordenador o berrear desde una silla de directora durante meses y meses. De algún modo mi cabeza se había dado la vuelta y los aspectos más complicados de mi vida —trabajar, los retos interpersonales— me parecían relajados, mientras que las cosas que la mayoría de la gente hacía por instinto —caminar, beber agua, dormir— me resultaban imposibles.

Su manera de empujarme hacia algo similar a la curación era muy sutil, aunque yo no consintiera llamarlo curación, no hasta que mi cuerpo dejara de tener dolor, pero el dolor formaba parte de la vida en mi cuerpo. Aprendí hábitos nuevos. Hablaba sobre mí misma de forma distinta. Me atrevía a hacer más cosas. Poco a poco, lentamente, empecé a asemejarme a una persona que era parte del mundo.

A nadie debería sorprenderle que retomase la escritura mientras ocurría todo eso. Era como si unas potentes ráfagas de ideas me despertaran y me llevaran en volandas durante el día, convirtiendo de nuevo las horas en minutos. Empecé a ver historias por todas partes, no solo en la monotonía de lo que mi cuerpo había soportado, sino también en su manera nueva de moverse, en los sitios a los que me estaba llevando, en los cafés de barrio y en las floristerías, en las colas de los museos y, sí, incluso en la sala de espera del médico, donde mi marido me enseñó a hacer preguntas en vez de aceptar *ad nauseam* todo lo que me contaban y las pastillas correspondientes.

Estaba acostumbrada a intentar distinguir con desesperación el dolor emocional del físico, la angustia psíquica de las alarmas que mis terminaciones nerviosas parecían hacer sonar día y noche. Para mí era importantísimo que estuviesen separados, que nadie pensara que la rebelión de mi cuerpo era resultado de la desorganización de mi mente. Nunca se me ocurrió que, mientras mi cuerpo se desintegraba, estaba hablándome, y que, al negarme yo a escucharlo, gritaba más. Me estaba diciendo —porque yo me negaba a ver las señales, a prestar atención a las luces de advertencia— lo que no me permitía a mí misma saber sobre los espacios vacíos a los

que se me había recluido solo por estar llena del deseo de crear arte. Mi cuerpo sabía que la fama solo traía desilusión y aislamiento. Sabía que la gente que me quería cuando estaba arriba no iba a sostenerme cuando cayera. Estaba seguro, aunque yo no pudiera estarlo, de que eso no era el «más» al que siempre pensé que estaba destinada.

Mi cuerpo me decía que yo no tenía por qué colaborar con mi propia mercantilización, que se me permitía parar. Que, de hecho, no aflojar no demostraba que fuese digna de todo lo que se me había dado. Solo demostraba que era tan densa como me decían mis detractores.

***

Yo no paraba de preguntar cuánto iba a tardar en sanar, y las respuestas siempre me las daban hombres con batas blancas y sin vagina. Respuestas como «Dentro de seis semanas ya no notarás molestias» y «La abstinencia puede durar de tres semanas a tres meses» y «Espera cinco días y volverás a estar en pie».

Mientras coleccionaba heridas también coleccionaba fracasos. Nunca me sentía fuerte en el plazo asignado. Nunca me sentía yo misma. Pasado un tiempo, me olvidé de lo que significaba «yo misma».

Llevo limpia de sustancias ya casi ocho años. Han pasado casi nueve desde que me quitaron el útero. Hace siete años que me quitaron el primer ovario y tres del segundo. Y eso no es ni mínimamente representativo de todos los procedimientos menores, los raspados y las biopsias, los quistes que duelen más de lo que

indicaría su tamaño. Mi abdomen quizá nunca deje de modificar su contenido, en busca de un nuevo equilibrio, incluso después de que se me olvide a qué viene todo ese gorjeo.

Luego estaban los traumas más pequeños, las subidas de cortisol, las amistades heridas, los números bloqueados y desbloqueados, la espera de historias vergonzosas que vuelvan a asomar en los resultados de Google al buscar mi nombre. Me había hecho pequeñas concesiones: un día en la cama mirando el techo, una tarde con un libro que estaba demasiado angustiada para leer, unas horas con el móvil cargando fuera de la habitación… No me dejaba espacio para soñar, para sanar, para crecer. La gente de internet era cruel conmigo, aunque nadie lo era más que yo.

En una de las primeras reuniones de sobriedad a las que asistí, en una iglesia del centro de Manhattan, escuché a alguien decir: «El tiempo lleva tiempo». Recuerdo haber hecho una mueca ante la simpleza de la afirmación, pensando que nunca iba a sobrevivir en una secta de gente que hablaba como un imán de nevera que hubiese cobrado vida. Por supuesto que no debemos Comparar y Desesperar. Obviamente, Nada Cambia Si Nada Cambia. Y, guau, redoble de guau, la guinda del pastel del guau: el Tiempo Lleva Tiempo.

No obstante, si me hubiese creído que el tiempo lleva tiempo, que la sanación necesita tiempo, nunca me habría obligado a mí misma a volver a trabajar con el abdomen lleno de puntos, para luego tumbarme junto a un calefactor en el suelo de mi camerino en cada instante libre. No habría regresado corriendo a un rodaje con un brazo roto, llorando a solas en el baño de un restaurante chino mientras el equipo esperaba fuera, tomando analgésicos en un tren

en marcha mientras el ayudante de dirección gritaba: «¡Próxima parada, a rodar!». No me habría lanzado a cualquier tío con labios rosados, no habría hecho mamadas en Griffith Park de noche, ni les habría exigido compromiso a hombres con los que ni siquiera quería comprometerme. El tiempo tenía que pasar. Mi cuerpo tenía que expandirse, contraerse, volver a expandirse. Mis pechos tenían que hundirse, uno más que el otro. Mi vista tenía que irse, un pelín. Me tumbé en la cama. Vi series sobre mujeres que buscaban el amor en playas, que lloraban con eliminaciones, que follaban bajo la mirada de una cámara de visión nocturna, que iban a sitios a los que yo no podía ir. Crie a un perro dependiente y a uno independiente. Les gritaba a mis padres cuando me sugerían que saliera a dar un paseo. Me disculpaba desde lo más hondo. Dejé de pedir perdón cuando no lo sentía. Me casé, pero eso no me sanó. Volví a crear arte, y la gente era más amable, y aun así sentía dolor. Me planté en la fiesta, y me torcí la rodilla la única vez que intenté llevar tacones. Dejaron de invitarme a la Met Gala, aunque la gente empezó a invitarme a sus bodas de nuevo. A veces no tenía energía para ir, pero lo decía con sinceridad. No podía ser otra cosa que sincera.

He encontrado una manera de hacer este trabajo que adoro. La cultura de Hollywood siempre ha sido permisiva con todo menos con la fragilidad humana. La crueldad en nombre de los logros se consideraba justificada, pero parar en nombre de la pena, del dolor o sencillamente del cansancio no. Por fin empecé a creer que bastaba con ser sincera, amable y apasionada, y que tenía permitido pedir lo que necesitara para poder hacer las cosas y aun así sobrevivir. Si alguien responde juzgando o añade exigencias nuevas ante mis limitaciones, sé avanzar decidida en la dirección opuesta.

Como resultado de este sistema de filtros, trabajo con gente a la que miro de frente. Eso no quiere decir que Jenni o alguno de los colegas que estuvieron ahí durante *Girls* pretendieran hacerme daño; solo significa que yo no tenía ni idea de cómo no hacerme daño a mí misma.

Y un día la gente empezó a mirarme, a ladear la cabeza y decir: «Qué bien te veo». No se referían a mi pelo; me están apareciendo mechones grises de bruja que me sobresalen por la coronilla como si me hubiesen electrocutado. No se referían a mi cuerpo; ahora mismo, me remeto la barriga bajo los pantalones como una camiseta interior hecha de carne. Desde luego no se referían a mis cejas, que están ahí solo a medias. Se referían a algo que veían en mis ojos: después de tanto tiempo siendo dos pozos solitarios a ninguna parte, dos agujeros negros de necesidad, sencillamente eran marrones de nuevo. Se referían a que podía sentarme sin plegar y desplegar mis extremidades, a que mi voz no empezaba a menguar hacia el final de una comida. Se referían a que había sabido esperar a que pasara la tormenta: minuto a minuto, hora a hora, día a día, año a año.

A eso me refiero cuando digo que he sobrevivido.

Epílogo

Recaída

Unas semanas antes de acabar este libro me registré en el Sunset Tower para una estancia de dos noches. Habían pasado casi tres años desde la última vez que había estado en Los Ángeles, y había debatido brevemente si de verdad estaba preparada para regresar a la escena no solo «del» crimen, sino de todo un festival de crímenes en cadena. Desde mi anterior visita, el vestíbulo se había infestado aún más de ese tipo de personas que van de «que tu gente llame a la mía». Desde entonces, yo había cogido mucho peso y luego solo había perdido un poco. Desde entonces, Jack se había casado con una actriz muy guapa que tenía una risa sorprendente y de quien me había hecho amiga siete años antes, cuando llevaba poco tiempo sobria y estaba cruda como un plato del famoso tartar del propio Sunset Tower, durante el rodaje de *Érase una vez en… Hollywood*. Una vez más, Jack se había quedado con la amiga que yo quería, así que cuando lloré como una cría la primera tarde que vi una foto de ellos besándose en el puente de Brooklyn sacada por los paparazzis, supe que nadie entendería por qué me había afectado tanto, que darían por hecho que era porque sentía celos de ella, y eso me hizo llorar aún más.

Viven juntos en el apartamento de Brooklyn Heights que yo tanto odiaba y que a ella seguro que le gusta, aunque había oído que iban con frecuencia a Los Ángeles, así que me imaginé encontrándome con ellos, con cualquiera: ¿me reconocerían? ¿O tendría que vivir ese momento inquietante en el que intentaban identificarme, como si yo fuese una actriz detrás de muchas prótesis haciendo una descarnada interpretación para el Oscar? No sabía si iba a ser capaz de soportarlo.

Pero en última instancia no imaginaba ningún otro sitio en el que pudiera ser más feliz dentro de esa ciudad. Silver Lake me recordaba a la pandemia, a tener una vía PICC enganchada en el brazo, con ese tubo metido por la axila hasta el corazón durante meses, fumando frenética como una carretera, aportando mi granito de arena para que a los antibióticos fuertes les costase más hacer su trabajo. Malibú para mí iba asociado a estar sola; Venice Beach, a la vergonzosa esperanza que sentí al llegar por primera vez. Me daba la sensación de que, de alguna manera, entre los veinte y los treinta años había logrado mancillar barrios enteros, metrópolis al completo. No obstante, el Sunset Tower abarcaba tanto que en cierto modo los sucesos se anulaban unos a otros, como cuando en desintoxicación, en el cuestionario de admisión para el TEPT, me pidieron que citara el recuerdo que más funcionaba como un detonador emocional para mí y, al ser incapaz de fijar uno solo, se me vino a la cabeza la nieve.

***

Cuando aterricé por primera vez en el Sunset Tower en los últimos días de noviembre de 2011, aún estaba deslumbrada por el sol

permanente y reluciente, las palmeras de postal, el desfile infinito de gente guapa que en cualquier otra ciudad te quitaría el aliento, pero que en Los Ángeles pasaba desapercibida mientras hacía cola para la ensalada de moda. De vuelta en Nueva York, me habría plantado en el cruce entre Hudson Street y Canal Street con una bufanda gruesa, la cara cortada por el viento helado, dado que, no sé cómo, siempre acababa buscando un taxi a esa hora muerta que son las cuatro de la tarde, cuando todos encienden las luces de fuera de servicio. Por fin, tras darme por vencida, subiría caminando una manzana tras otra hacia el norte de Manhattan, levantando el brazo sin mucha convicción ante todos los coches que pasaran, hasta acabar cubriendo a pie las trece manzanas que distaban de la consulta de mi terapeuta, con lo que llegaría veinte minutos tarde a una sesión de cincuenta minutos. De vuelta en Nueva York, habría estado esperando un mensaje que nunca llegaba para luego irme a casa y cenar algo improvisado con lo que hubiera en un tarro o en algún envase de la cocina, escuchando a mis padres debatir cosas de logística.

—Podemos pasarnos por la galería Gagosian diez minutos.

—Contigo nunca son diez minutos, Laurie, en serio.

—Bueno, perdona por querer ver a gente.

Los vería moverse del sofá a la estantería y luego a la mesa del comedor para organizar el correo, en su coreografía habitual, mientras yo mordisqueaba un pepinillo. Era como si siempre estuviera observando la vida desde la isla de una cocina, recogiendo fragmentos de diálogo para un día de lluvia que quizá nunca llegase.

Y en Los Ángeles apenas llovía nunca, pero ese día sí. Aquella era la ciudad a la que ibas cuando la posibilidad llamaba a tu puerta. No

solo la posibilidad, sino el glamour, la intriga, la promesa de algo que me negaba a admitir que sonaba de puta madre: reafirmación. Cargamentos enteros de reafirmación.

Desde la ventana de mi primera habitación en el Sunset Tower, veía Sunset Boulevard en ambas direcciones. Hacia un lado se sucedían un montón de hoteles de segunda donde gente con misiones de segunda estaría tomándose cócteles de segunda; y también el Sierra Towers, donde, al parecer, múltiples miembros del elenco de *Friends* tenían unos espaciosos apartamentos de estilo *mid-century* pese a tener también unas espaciosas casas de estilo *mid-century* en el mismo barrio. La vista me alcanzaba hasta casi la frontera con Beverly Hills, donde la hierba se volvía tan verde que parecía de plástico. En la otra dirección estaba el bar cutre de vaqueros en el que aspirantes a *playmates* de *Playboy* montaban un toro mecánico mientras las observaba algún tío que se había impreso unas tarjetas de visita únicamente para generar ese tipo de situaciones. La vista desde el otro lado del edificio abarcaba el Chateau Marmont, con sus diversos tentáculos que se extendían monte arriba como un castillo en un libro infantil. Y en el lateral de un bloque moderno de apartamentos, frente a la licorería, veía una valla publicitaria cuyo contenido cambiaba todos los meses y que, dos años después, mostraría una imagen retocadísima de mi cara, de diez plantas de altura.

Cuando llegué por primera vez, dije mi nombre en recepción, mi nombre de verdad, no uno de los alias con los que me registraría durante los diez años siguientes. Era Lena, sin más. Ese nombre no significaba nada para ellos. Es probable que solo reparasen en el hecho de que —por muy agotada que estuviese, con el pelo sucio,

con un manojo de pulseras de oro falso dejándome un rastro verde en la piel— me mostraba invariablemente educada, les preguntaba cómo se llamaban, les daba las gracias a cada paso del proceso.

«No tienes que darme tanto las gracias», solía decirme mi padre; casi siempre en ocasiones en las que hacía algo por mí que debería haber hecho yo sola, tareas que se me tendrían que haber dado mejor a esas alturas, o las noches que se me olvidaban las llaves y tenía que llamar a la puerta cuando ya estaba dormido.

Durante todos esos días que pasé en el Sunset Tower —cientos y cientos de días—, la gente hacía por mí lo que debería haber hecho yo por mi cuenta. Preparar mi comida, hacer mi cama, lavar mi ropa interior y doblarla con delicadeza en torno a un papel de seda, de manera que cada vez que me llegaba era como si abriese una compra nueva. Y casi siempre que volvía a entrar al edificio me detenía en el mostrador, pesarosa: «Creo que me he olvidado otra vez la tarjeta para entrar».

«Indefensión aprendida», lo llamaba Ilene, nuestra productora de *Girls*. Es el mal de esos famosos que tienen que llamar a alguien en estado de pánico para averiguar la contraseña de su propio ordenador o el código de la puerta de su casa, pedir un café con leche o cambiar las sábanas, o «un médico, un médico ahora mismo, por favor, no puedo pasar por maquillaje y peluquería hasta que no me vea un médico».

Precisamente por eso tenía su gracia que, cuando de verdad me vi indefensa, ya se me daba genial. Jugaba con ventaja en lo de dejar que la gente me recordase que debía comer, dormir, respirar. Un hospital no es rival para una chica a la que le daban los plátanos pelados, a la que homosexuales con ojo de halcón vigilaban por el

monitor y le remetían el pelo por detrás de las orejas una y otra vez, a la que el calendario se lo daban hecho, no se lo consultaban.

Y la verdad es que la fama tampoco es rival para la enfermedad. No es ningún talismán mágico que proteja nuestro cuerpo para que no haga lo que todos los cuerpos hacen de forma inevitable, es decir, romperse. Como pasa con casi todo en la vida, alguna gente llega ahí antes que otra.

***

Esa vez, llegué un martes por la noche tarde, con una maleta muy bien hecha, el pelo recogido en un moño bajo y toda vestida de negro. En la recepción había caras nuevas y jóvenes, adorables con sus chaquetas.

—¿Una reserva a nombre de Rose O'Neill? —le pregunté a un tipo pulcro y serio.

De inmediato reconocí que debía ser actor en ciernes, por la lectura de guion tan entregada que hizo a continuación:

—No tenemos ninguna reserva a ese nombre. ¿Quizá esté a nombre de otra persona?

Aquel era un viaje de trabajo que me pagaba otra gente, que además lo había gestionado todo. Era demasiado tarde para llamar a mi asistente en Londres, a quien me esfuerzo diligentemente por no molestar fuera del horario laboral; guardo todas las contraseñas y documentos importantes en una carpeta de la que sí me sé la contraseña.

Por tanto, me aventuré a adivinar: «¿Ruth Stein?». No. «¿Renata Halpern?». Nada. «¿Lauri Reynolds?». Tampoco Lauri.

—¿Podría estar a otro nombre? ¿A lo mejor…? —me preguntó el chico, como invitándome a seguir probando.

Al mismo tiempo lo veía estudiar mi rostro y me daba la sensación, aunque no estaba segura, de que estaba haciendo cálculos mentales para intentar confirmar si yo era la persona que él creía que era.

Aunque también puede que no fuera así. Al fin y al cabo, ese muchacho debía tener diez años cuando se estrenó *Girls*, cuando por primera vez atravesé aquellas puertas. Quizá ese chico solo estaba pensando que iba a llevarse una bronca de una persona que, suponía él, era lo bastante pudiente para alojarse allí en una junior suite pero no tanto para poder permitirse unos buenos rellenos dérmicos. Tal vez temiese el momento en el que tuviera que echarme de allí y mandarme al Best Western de al lado.

Y entonces caí:

—¿Lena Dunham? ¿Está a nombre de… Lena Dunham?

El chico soltó un suspiro de alivio perfectamente audible.

—Ya está. Perfecto, señorita Dunham. Está usted en la habitación once cero ocho. Avisaremos a Joseph para que le suba el equipaje. Entiendo que ya se ha alojado antes con nosotros, ¿verdad?

Dudé si contarle o no lo siguiente. ¿Quedaría como un fósil humano? ¿Como alguien desesperado por ser importante para una trama en la que apenas pintaba nada? Pero al final lo dije, porque, citando a mi padre por millonésima vez: «Esta historia tiene el beneficio añadido de ser verdad».

—En realidad viví aquí durante un tiempo —susurré en tono conspiratorio.

—Sí, sí, eso lo sabemos —intervino su colega, una *butch* de pelo largo con pajarita.

Durante un instante entré en pánico.

—¿Te han contado lo de aquella vez que le prendí fuego a una mesa?

—Ah, vaya, pues no, esa no me la sabía —me respondió riéndose —. ¿Deberíamos poner las cerillas bajo llave?

—No —le dije—. Esos eran otros tiempos.

Agradecimientos

Este libro ha sido posible gracias al apoyo, al amor y a la fe de dos hombres: Bill Clegg, familia primero y agente después, mi amor y mi equipaje, y Andy Ward, mi editor de siempre, que es un santo en su vida pero un demonio con el boli rojo. Gracias a los dos por mandarme libros cuando estaba en desintoxicación y *cronuts* cuando no podía salir de la cama, y por repetirme que no pasa nada por ser blanda en la vida y dura en la página.

Tampoco sería una realidad sin Michael P. Cohen, mi socio de producción y «mi chica 24/7», a quien le debo el poder disfrutar de la posibilidad de ser una mujer enferma, con una carrera de morirse de buena. Es un privilegio surcar las aguas de este trabajo y esta vida con una persona de tan buen corazón, tan sabia, divertida y rara. Erez, perdón por llamar a tu marido cincuenta y siete veces al día. No puedo quereros más.

Mi equipo en CAA: la valiente y elegante Maha Dakhil; Alexandra Trustman, la chica con más estilazo del mundo con un máster en empresariales, y por supuesto Bryan Lourd, el último de los auténticos caballeros de Hollywood. Me habéis guiado con mucha delicadeza para poder salirme del camino trillado y avanzar hacia la vida creativa de mis sueños. Gracias.

Gretchen Rush, Huy Nguyen, Matthew Rosengart, Kelly Bush, Rebecca Sides Cappelan, Court Barrett: vuestro poder me daría un

miedo tremendo si no estuvieseis siempre de mi lado. Incluso cuando creo que no me lo merezco, me hacéis sentir que sí. Gracias.

La gente de Random House: Julia Harrison, Allison Rich, Erica Gonzalez, Rebecca Berlant, Robert Siek, Richard Elman, Jo Anne Metsch y Daphne Chiang.

Judd Apatow: quizá me haya hecho mayor, pero en mi cabeza tú siempre serás mi jefe. Quiero mucho a Leslie, a Maude y a Iris. Gracias por darme esta vida que solo brevemente di por sentada. Sé que sigues cabreado porque me quedé dormida en aquel concierto de los Who en 2010. Creo que por fin ha llegado el momento de contar que mi abuela decía que eras muy sexy.

Matt Wolf, con quien llevo teniendo un diálogo permanente desde que nos conocimos en 2009. Me has hecho regalos que puedo nombrar (camisetas muy raras, una lámpara ucraniana de un perro) y otros demasiado sagrados y profundos para mencionarlos en voz alta. Nunca has dejado de resultarme fascinante. Gracias por las Navidades en el hospital, por las aventuras explorando esas estructuras arquitectónicas inusuales y tu mente, tu mente desbordante.

Alissa Bennett, mi socia en el cotilleo y en el arte, y en dormir juntas mientras escuchamos *Dateline*. Eres una auténtica genia, la única señora de verdad y la única rebelde genuina que conozco. Te quiero, y quiero a Ollie, a Leigh y a Mike.

Scotlan Goldbeck, gracias por enseñarme los límites desde el cariño, la sinceridad, la confianza, la aceptación, y lo que significa cuidarse mutuamente en sobriedad desde la dignidad.

TayTay: tú cantas las canciones con las que escribí este libro, las historias que sacaron de mí estas historias, la música que consigue

que el mundo entero se sienta visto, y aun así, de algún modo, milagrosamente, también respondes a cualquier llamada desesperada a cualquier hora desesperada. Te quiero mucho y para siempre, por las mismas razones que todo el mundo y por otras que son solo mías.

Russell Brown, hombre sabio, calmado, ansioso, alerta, bienintencionado, sarcástico y brillante, mi gurú de la pérdida y del cambio, de la alegría y de la irritación, y de los nuevos comienzos. Me enseñaste la belleza de la fragilidad, la fortaleza del cuerpo y de todas las cosas que este contiene. Sigo tratando de dejarlas ir, pero contigo a mi lado duele mucho menos. Por cierto, ¿te acuerdas de aquella noche, hace catorce años, cuando creí que nos habíamos enamorado, aunque tú estabas en aquella fiesta en el mismísimo oeste de Hollywood con tu mismísimo novio? Pues resulta que tenía yo razón, perra.

Amor eterno y muchas y variadas gracias a Saam Emme, Collier Meyerson, Emily Ratajkowski, Roberta Smith, Jerry Saltz, Mathew Weinstein, David Bers, John Avery Newman, Carly Mark, Spike Jonze, Rose Garnett, Zadie Smith, Susanna Fogel, Andrew Scott, Phoebe Waller-Bridge, Alicia Van Couvering, Rashida Jones, Rosa Mercuriadis, Janicza Bravo, Blake Mars, Andrew Rannells, Stanley Brinkley, Monica Heisey, Isabel Halley, Joana Avillez, Audrey Gelman, Emma Chitty, Jesse Barron, Teddy Blanks, Willa Nasitir, Myha'la, Danielle Bartholamew, Pe Ferreira, Natalie Portman, Hari Nef, Merritt Wever, Jenoa Harlow, Tim Bevan, Buuski y Gabor Maté.

Allison, Jemima, Zosia: siempre seremos las chicas de *Girls*, pero ahora… ¿somos ya las señoras? Le doy las putas gracias a Dios porque todo aquello lo hiciéramos juntas.

Mamá, papá, Cy: creo que en este libro hay elogios suficientes para vosotros. Pero, por si acaso no lo habéis pillado, sois mi tribu, mi *dream team* y mi obsesión.

Y a Luis Delfin Attawalpa Saul Felber Rizo Patron. Me alegra mucho que me hayas encontrado después de todo. Me alegra mucho que me hayas encontrado. Gracias por ser el primero en comprender la verdad. Gracias por el regalo de la libertad y de una familia. *I think you'll find I love you more*.[10]

Ingrid, Cornichon, Elegance, Rhett, Truman, Portia, Smudge, Victor, Cherry, Lila, Leslie, Tammy y Patsy. Por no mencionar a los animales que ya no están aquí: Lamby, Gia, Bowie, Dean, Sophia, Thor, India, Guy, Ginger, Morgan, Harper, Chaipau y muchísimos más. Mis compañeros, más que nada.

No sería ninguna exageración decir que fue la amabilidad de gente desconocida lo que me salvó la vida: médicos y enfermeras de urgencias a quienes quizá nunca vuelva a ver pero que me hicieron pasar una noche con menos dolor, que charlaban de cosas sin importancia y que me alejaron del borde del precipicio. Ese pediatra buenorro que me habló de su huerto de tomates y luego desapareció de los pies de mi camilla en la sala de espera. Gente que me crucé durante el proceso de desintoxicación y a la que luego perdí la pista, o que solo vi una vez. Gente que conocí por internet y con la que hablé de la enfermedad. Por no mencionar a todos los profesionales en materia de salud mental y las personas que me ayudaron a sanar. Rezo por la salud, la felicidad, la prosperidad y la paz de todos vosotros.

Y gracias en especial a la gente que ha acompañado mi trabajo, dándome espacio para crecer en voz alta y para seguir haciendo lo

único para lo que estoy preparada. No doy nada de eso —ni a ninguno de vosotros— por sentado. Gracias.

Un testimonio feroz sobre la enfermedad, la fama y el coste de perseguir tus sueños.

«Me cuesta conjugar en una frase todo lo que he sentido leyendo este libro. Siento que es una especie de biblia para las que crecimos con Lena Dunham.»
Sabina Urraca

«Me ha encantado. Lena Dunham me parece brillante. Si hubiese sido un hombre diríamos que es un genio.»
Victoria Martín

«Te cuenta un sinfín de chismes que te hacen no soltar el libro, pero también construye un relato y un retrato puramente literarios, con la maestría propia de las grandes escritoras norteamericanas.»
Laura Chivite



¿Luchar por tu pasión implica convertirte en esclava de tu propia ambición?

En estas crudas memorias, Lena Dunham se enfrenta a la pregunta que ha marcado su vida adulta: ¿es el dolor el precio que hay que pagar por cumplir tus sueños? Durante la última década, mientras su carrera la hacía ascender de forma meteórica -desde la venta del piloto de *Girls* hasta las alfombras rojas, la Casa Blanca o los Globos de Oro-, Dunham constató cómo su cuerpo se derrumbaba poco a poco. Cada logro venía acompañado de largas hospitalizaciones, diagnósticos inciertos, dependencias farmacológicas y crisis personales. Arrastrarse como quien remolca un coche averiado en mitad de la noche se convirtió en la condición invisible de su éxito.

Dividido en tres partes que recorren los triunfos y las sombras de su trayectoria, este libro indaga en cómo la vida profesional puede distorsionar las relaciones, aislar a las personas y amplificar las

fragilidades. Cuando ni el reconocimiento ni los fármacos logran anestesiar el sufrimiento, la búsqueda de sentido se vuelve ineludible. En *Famesick*, Dunham examina el coste de sus ambiciones y emprende el camino hacia un aprendizaje transformador que la lleva a aceptar lo que no puede cambiar, a reconciliarse con sus límites y a sustituir el arrepentimiento por una fortaleza capaz de sostenerla.

La crítica ha dicho:

«Tan provocadora como siempre, brillantemente escrito.»
Vogue

«Sus ráfagas de ingenio son como bocanadas de aire fresco.»
The New York Times

«Pocas personas están dispuestas a mostrarse tan humanas como Lena Dunham.»
The Observer

«Una voz generacional.»
Financial Times

Las lectoras han dicho:

«No esperaba sentirme tan identificada. Lena Dunham es una escritora increíble.»

«Me lo leí en menos de 24 horas porque claramente no estoy bien.»

«¡Se merece todo el *hype*!»

«No podía parar de leer. Me dejaba con la boca abierta cada pocas páginas. Icónico.»

«Una de las mejores autobiografías de famosas que he leído.»

Lena Dunham (Nueva York, 1986) es escritora, directora y actriz. Es autora del libro *No soy ese tipo de chica*, número uno en la lista del *New York Times*, y creadora de la serie *Girls*, por la que fue nominada a ocho premios Emmy y obtuvo dos Globos de Oro, incluido el de Mejor Actriz. Fue, además, la primera mujer en recibir el premio del Sindicato de Directores de Estados Unidos por dirección de comedia. Guionista, directora y protagonista de *Tiny Furniture*, galardonada con el Independent Spirit Award al mejor primer guion, ha escrito y dirigido también las películas *Sharp Stick* y *El libro de Catherine*, así como la serie *Sin medida*. Es, asimismo, presentadora del pódcast *The C-Word*, dedicado a mujeres a las que la historia ha etiquetado como «locas».



Título original: *Famesick*

Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Lena Dunham
Publicado por primera vez por Random House,
división de Penguin Random House LLC.
Derechos de traducción acordados por MB Agencia Literaria
y The Clegg Agency, Inc., USA. Reservados todos los derechos.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Esther Cruz, por la traducción

Diseño de la cubierta: adaptación del diseño original de CHIPS. Penguin Ramdon House Grupo Editorial
Fotografía de la cubierta: © Anna Gaskell

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley

24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-88092-25-1

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: debatelibros
X: @debatelibros
Instagram: @debatelibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Notas

[1] Todas las referencias extraídas de la serie *Girls* aparecen en la versión para el doblaje oficial al español de HBO (en traducción de Beatriz García Alcalde). *(N. de la T.)*

[2] Frances Farmer (1913-1970) fue una famosa actriz estadounidense, con un carácter muy fuerte, que acabó recluida en varias ocasiones en distintos centros psiquiátricos y sometida a tratamientos espantosos, como tantas otras mujeres de la época. *(N. de la T.)*

[3] Se han modificado los nombres y detalles identificativos de todo el mundo según los principios de la recuperación.

[4] Se trata del estribillo de la canción de Pink «Beautiful Trauma»: «Después del subidón y del fin del chute de amor, quedabas tú». *(N. de la T.)*

[5] «¡Lo estás haciendo genial, cariño!» es lo que le dice Kris Jenner a su hija Kim Kardashian durante una sesión de fotos para Playboy. *(N. de la T.)*

[6] Cita extraída de *Madeline*, de Ludwig Bemelmans, en traducción de Estrella B. del Castillo, Libros del Zorro Rojo, 2016. *(N. de la T.)*

[7] Cita extraída de *En piel ajena*, de Tana French, en traducción de Gemma Deza, AdN, 2010. *(N. de la T.)*

[8] En ciertos círculos se considera que en la zona de Sedona, Arizona, hay un vórtice chamánico de energía, por lo que es un

destino muy frecuentado para hacer viajes de espiritualidad y sanación. *(N. de la T.)*

[9] Cita extraída de *La telaraña de Carlota*, de E. B. White, en traducción de Guillermo Solana Alonso, Noguer y Caralt Editores, 2006. *(N. de la T.)*

[10] Este párrafo está entero en español en el original, salvo la frase final entrecomillada: «Creo que vas a descubrir que yo te quiero más». *(N. de la T.)*

Índice

Famesick. Unas memorias

Nota de la autora

Introducción

Primera parte. I’m Not a Girl

- 1. Tengo ideas
- 2. Cambio de papeles
- 3. Piloto
- 4. La basura de un hombre
- 5. ¿Qué vamos a hacer ahora con Adam?
- 6. I Love You, Baby

Segunda parte. Not Yet a Woman

- 7. Es difícil ser fácil
- 8. Escritora
- 9. Hello Kitty
- 10. Ronda de despedida
- 11. Rehenes
- 12. Evacuación dolorosa
- 13. Buen hombre
- 14. Viejos amores
- 15. Déjame en paz

Tercera parte. All I Need Is Time

- 16. El regreso
- 17. Desencadenante
- 18. Todas las mujeres intrépidas los tienen
- 19. Agarrarse
- 20. De vuelta a casa

Epílogo. Recaída

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Lena Dunham

Créditos

Notas